

SANTA MONTEFIORE

*Un misterio
en Italia*

¿Existe el amor después de la muerte?



Umbriel

Annotation

Gianluca ha de reconocer que su vida está vacía. Su opresivo trabajo en la ciudad, sus ingresos de siete cifras, sus deslumbrantes amigas... hace mucho que todo eso ha dejado de satisfacerle. Su matrimonio se ha acabado y apenas conoce a sus hijas. Buscando serenidad y un fin a su existencia más profundo, viaja a Italia, al mágico palacio Montelimone, restaurado por sus padres, para calmarse y valorar su futuro. Pero la vida en la soleada consta de Amalfi no es tan tranquila como Luca imagina.

El palacio está repleto de los excéntricos amigos de su madre y encantado por los fantasmas de su mortífero pasado. Conoce a una mujer cuyos ojos oscuros están colmados de pesar y a un serio chiquillo con un increíble secreto. A medida que comienza a desentrañar un enigma que tiene sus raíces en un antiguo acto de violencia, Luca se ve obligado a hacer frente a su mayor temor a cambio de la mayor de las verdades.

SANTA MONTEFIORE

Un misterio en Italia

Traducción de Alejandro Palomas

Umbriel

Sinopsis

Gianluca ha de reconocer que su vida está vacía. Su opresivo trabajo en la ciudad, sus ingresos de siete cifras, sus deslumbrantes amigas... hace mucho que todo eso ha dejado de satisfacerle. Su matrimonio se ha acabado y apenas conoce a sus hijas. Buscando serenidad y un fin a su existencia más profundo, viaja a Italia, al mágico palacio Montelimone, restaurado por sus padres, para calmarse y valorar su futuro. Pero la vida en la soleada costa de Amalfi no es tan tranquila como Luca imagina.

El palacio está repleto de los excéntricos amigos de su madre y encantado por los fantasmas de su mortífero pasado. Conoce a una mujer cuyos ojos oscuros están colmados de pesar y a un serio chiquillo con un increíble secreto. A medida que comienza a desentrañar un enigma que tiene sus raíces en un antiguo acto de violencia, Luca se ve obligado a hacer frente a su mayor temor a cambio de la mayor de las verdades.

Traductor: Palomas, Alejandro

Autor: Montefiore, Santa

©2009, Umbriel

ISBN: 9788499442044

Generado con: QualityEbook v0.72

Un misterio en Italia

Traducción de Alejandro Palomas

Argentina • Chile • Colombia • España • Estados Unidos • México • Perú •
Uruguay • Venezuela

Para Louis Dundas

Amor eterno

Inglaterra

Primavera, 2001

Luca contemplaba, a solas, por la ventana de la biblioteca los relucientes jardines de Dinton Manor. Las nubes bajas y pesadas tapizaban el cielo de Hampshire y caía una llovizna persistente, aunque apenas perceptible. Una pareja de pájaros negros picoteaban entre la hierba en busca de gusanos antes de regresar a los imponentes tilos en cuyas ramas acababa de asomar el verde de las primeras hojas. El relajante silencio quedaba salpicado de vez en cuando por las risas procedentes del salón situado al otro lado de la pared, donde el resto del grupo comentaba en voz alta los periódicos dominicales o jugaba al Scrabble. A Luca la *joie de vivre* de los ocupantes del salón vecino le resultaba irritante. Si estaba allí era única y exclusivamente por Freya, con quien había perdido el contacto con el pasar de los años. Tras admirar su casa, su familia y su evidente felicidad, había caído en la cuenta de que en el curso de las dos últimas décadas había perdido su propio rumbo.

Exhaló el humo contra el cristal, presa en una nebulosa de melancolía mientras pensaba en su vida. Tenía cuarenta y un años y volvía a estar soltero. Padre de dos niñas enmarañadas en el naufragio de un amargo divorcio. Desempleado después de haber dejado atrás la City de Londres tras veinte años ejerciendo de administrador de fondos y ganando dinero a espuertas y con una dedicación tal que el enriquecimiento económico había terminado por convertirse para él en un fin en sí mismo: una codiciosa y vacía existencia que no le producía la menor satisfacción.

Luca había renunciado a la City dejando a su paso una estela de especulaciones. Los teléfonos rompieron a sonar en cuanto la noticia recorrió los cinco continentes, dejando al mundo de la banca en estado de *shock*. Luca Chancellor, con mil millones de libras a su cargo, había vendido su parte de la empresa a sus dos socios y se había marchado. Nadie encontraba respuesta a su decisión y él no dio la menor explicación. Al contrario: se limitó simplemente a bajar la cabeza, apagar el móvil y huir al campo. Tras una vida dedicada a las

finanzas, su recién descubierta libertad le inquietaba, pues carecía de límites.

Antes de que pudiera seguir cavilando sobre los vericuetos de su nueva vida, Luca se dio cuenta de que no estaba solo. El olor a azucenas le recordó el remoto verano en el que Freya y él habían sido amantes. Ella le rodeó la cintura con el brazo y se apoyó contra él.

—Así que estabas aquí, Luca. ¿Qué haces?

—Pensar.

—Pensar es peligroso. ¿En qué piensas?

La sonrisa que Luca apreció en su voz le animó a sincerarse.

—En ti y en mí. En el verano del setenta y nueve.

—¿Te refieres al verano en que me enamoré de ti y en el que me rechazaste en cuanto llegó el otoño? —Se rió, por fin preparada para enfrentar con humor una situación que en otro momento la había herido en lo más profundo—. Rechazada como tantas otras mujeres que creyeron ser la que conseguiría domesticarte.

—Tú siempre has sido distinta. Rechazarte fue la estupidez más grande que he cometido en mi vida.

—No seas tan duro contigo mismo. Simplemente no tenía que ser.

—Me habrías hecho mucho bien.

—Soy yo la que no está demasiado segura de que tú me hubieras hecho bien a mí. Eras demasiado guapo y arrogante para ser fiel a una sola mujer.

—Ahora soy un hombre distinto.

—Las manchas de los leopardos no cambian nunca. Los sinvergüenzas no tienen remedio. Aun así, Claire y tú habéis estado juntos ¿cuánto tiempo? ¿Diez años? Eso son nueve más de los que cualquiera habría esperado.

—Mírate —dijo Luca, volviéndose a mirarla con sus ojos azules como el aciano colmados de pesar—. Felizmente casada con Miles. Una casa de campo enorme y hermosa, y cuatro hijos rubios y sonrosados. —Le acarició el rostro con la mirada—. Y más hermosa cada año que pasa.

Ella se sonrojó.

—Vamos, Luca, no digas eso. Siempre quieres lo que no tienes.

—¿Eres feliz con Miles?

—Mucho. —Freya se enrolló un zarcillo de pelo rubio tras la oreja.

—Lástima. Me gustaría volver a hacerte el amor.

Ella retiró el brazo.

—Sólo por ser mitad italiano, eso no te da derecho a hablar así a una mujer casada.

—Eres mi amiga más antigua. No hay nada que no pueda decirte —la corrigió él, dando una nueva calada al cigarrillo, que había quedado reducido a una simple colilla.

Freya cogió un cenicero de porcelana de la mesita que estaba junto al sofá y se lo dio.

—Es un hábito espantoso. Deberías dejarlo.

—No es un buen momento.

—Nunca lo es.

—Es como si me estuviera muriendo y viera pasar mi vida ante mis ojos. He estado tan concentrado en ganar dinero que nunca tenía tiempo para las cosas que son realmente importantes. He dado al traste con mi matrimonio. Nunca quise ser uno de esos padres que destrozan las vidas de sus hijos. Y mírame. He ganado más dinero del que Claire podrá llegar a gastar en toda su vida. Dudo mucho que se acuerde de cuándo fue la última vez que viajó en turista. La condenada me está chupando la sangre todo lo que puede y más. Aun así, si es un monstruo, sólo yo tengo la culpa de haberla convertido en eso. El dinero no es sustituto del amor. A pesar de mis mundanas posesiones, Freya, estoy vacío.

Ella le tocó el brazo.

—Las niñas sobrevivirán. Yo lo hice.

—Tú tuviste suerte. Tu madre volvió a casarse enseguida. Fitz te recogió antes de que tuvieras tiempo de derrumbarte. Y tu madre no es tan vengativa como Claire. Es una mujer sensata. Nunca te predispuso en contra de tu padre.

—Aun así, no deja de resultar desconcertante descubrir que tus padres no se aman y que quieren estar con otra persona. Por muy amigable que sea la separación, en cierto modo sientes que tú tienes la culpa..., que no te quieren lo suficiente para seguir juntos. Pero los niños son fuertes. Se adaptan rápido. Y eso es lo que les pasará a tus hijas.

—John Tresco no se parece en nada a Fitzroy Davenport. Se me eriza la piel al imaginarle ejerciendo de padre de mis hijas. —Palideció y dio una última calada al cigarrillo antes de apagarlo.

—¿Por qué no desapareces durante el verano? Acabas de contarme lo de ese increíble *palazzo* que han comprado tus padres. Seguro que la costa de Amalfi es el lugar ideal para desaparecer unos meses. Tómate un tiempo para decidir lo que quieres hacer. Londres es agobiante en verano y todo el mundo se marcha. Si te quedas, lo lamentarás. Quizá tus hijas podrían reunirse contigo y pasar allí las vacaciones. A los niños les encantan los palacios.

—¡Mi madre no tiene nada de tranquila! Llevo la mayor parte de mi vida adulta intentando evitarla.

—Y haciendo pagar por ello a tu padre.

—Mi madre es incansablemente sociable. No logro entender cómo mi padre puede soportar a toda esa gente. Te aseguro que eso no es precisamente lo que necesito en este momento.

—Un cambio de escenario te hará bien: el sol, el mar, tiempo para reflexionar...

—¡Sobre todos mis errores!

—Nadie es perfecto.

—Llevo ya mucho peso a mis espaldas, Freya.

—Pues suéltalo. Ve a visitar a tus padres. Ya sé que Romina puede resultar insoportable, pero tiene un buen corazón. La sangre es más espesa que el agua y además estoy segura de que están ansiosos por enseñarte el *palazzo*.

Luca la miró y sonrió de oreja a oreja. Durante un instante, Freya sintió que se le encogía el estómago al ver al guapo rufián de sus años de juventud en los rasgos ajados de Luca.

—Ya ves lo bien que me sientas —dijo él, recuperando el destello en su mirada—. Debería haberme casado contigo cuando tuve la oportunidad. He tardado años en descubrir que la mujer a la que siempre he amado ha estado a mi lado durante todo este tiempo. Miles es un hombre afortunado.

—Algún día te reirás de esta conversación. En realidad, no es a mí a quien quieres, sino lo que represento. Soy como un puerto seguro, pero en cuanto te hayas tomado tu tiempo para repostar, te darás cuenta de que no es un puerto seguro lo que deseas. Siempre has sido un amante del mar abierto. Yo soy demasiado plácida para ti. Volverías a aburrirte de mí como te pasó en el año setenta y nueve.

—Te equivocas. Nunca me aburrí de ti. Simplemente no estaba preparado para sentar la cabeza. Fue un error de sincronía.

—Ven, volvamos al salón. Mamá y Fitz no tardarán en llegar a almorzar.

—No, salgamos a dar un paseo.

—¿Con esta llovizna?

—¡Creía que eras una chica de campo!

—Ése es mi papel estelar. Debo fingir que lo soy por Miles. Se niega a poner un pie en Londres. ¿Estás seguro de que no te apetece darle una oportunidad a Annabel? —preguntó, cambiando de tercio—. Estoy segura de que le gustas.

—Tiene esa mirada voraz y descarnada que me enfría la sangre en las venas —respondió él, viendo cómo Freya arrugaba la nariz al reírse—. He empezado a percibirla en los ojos de las mujeres solteras que rondan los cuarenta..., además de ese potente tictac de sus relojes biológicos. Gracias por pensar en mí, Freya, pero paso.

—Una buena anfitriona piensa siempre en las necesidades de sus invitados.

—Mi única necesidad es la que tú no puedes satisfacer.

—Y que tú no deberías mencionar bajo mi techo —se apresuró a replicar ella.

—No te recordaba tan recatada.

—Estoy casada —repitió ella con firmeza.

Luca suspiró.

—No es así como quiero recordarte.

—No quiero saber cómo me recuerdas. —Freya volvió a sonrojarse.

—El capó del coche, el granero de tus padres, medianoche, verano...

—¡Basta! ¡No tengo ni idea de a qué te refieres! Estoy preparada para dar ese paseo. Veamos si a los demás les apetece un poco de enérgico ejercicio antes de sentarnos a comer el asado de cordero.

Luca lamentó que Freya hubiera invitado a todo el grupo —incluidos los adultos, los niños y los perros— a que se unieran al paseo. No se sentía en absoluto sociable. Además, no había nadie, aparte de Freya, con quien tuviera ganas de hablar. Miles, en su papel de terrateniente, con su Barbour, las botas y la gorra de *tweed*, les llevó sendero arriba hacia el bosque mientras su esposa le seguía obedientemente unos pasos por detrás con su cuñado y la esposa de éste. Luca se vio de pronto acompañado por mujeres a derecha e izquierda. Annabel, la misma que Freya había elegido para que fuera su pareja, era hermosa aunque seca como un pollo asado que hubiera pasado demasiado tiempo en el horno, mientras que Emily, cuyo marido de magra verticalidad se cernía tras ella con sus hijos, tenía el rostro encendido y era rolliza como una oca engordada a la fuerza para elaborar con ella el consiguiente *foie gras*. Luca disimuló su ceño alzando la barbilla al tiempo que su altura le daba una gran ventaja, y contempló desde donde estaba cómo los rizos rubios rebotaban contra la espalda de Freya, que caminaba con paso firme entre la hierba alta para mantener el paso de su marido. Luca no entendía lo que ella veía en Miles, por muy agradable que fuera el hombre. Dos de los niños de la pareja pasaron corriendo junto a él, persiguiendo a un labrador negro, y Luca se detuvo a contemplar la piel y el cabello dorado que afortunadamente los pequeños habían heredado de su madre. Miles tenía esa piel pálida típicamente celta salpicada de pecas y el pelo, que había empezado a perder, de un rubio rojizo y mate. A Luca le irritó ver a Freya con un hombre así. De haberse casado con alguien como él, habría levantado su copa y habría renunciado a la partida con una inclinación de cabeza, aceptando con elegancia la derrota de manos de un jugador que era su igual. Miles no lo era; Miles era inferior a él en todos los sentidos. Indudablemente, Freya se había conformado.

—¡Vamos, tortugas! —gritó Miles a la entrada del bosque—. ¡No conseguiréis abrir el apetito a menos que os esforcéis un poco! —Su labrador se había sentado obedientemente a sus pies y jadeaba excitado.

—Es como cuando íbamos de campamentos —se quejó Emily—. Miles siempre tiene que ser el primero, ya sea esquiando o en la pista de tenis. Siempre

tiene que ser el mejor en todo.

—¿Y lo es? —preguntó Luca, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo.

—No —respondió secamente Emily—. Al menos no cuando juega al tenis con Hugo. Puede que mi marido sea bajo, pero se mueve muy rápido por la pista. —Bajó la voz—. Miles no es un buen perdedor.

—¿Hace mucho que les conoce?

—Casi diez años. Desde que se mudaron aquí. Vivimos a unos veinte minutos de su casa, justo a las afueras de Alresford. Nos presentaron unos amigos comunes. Freya es un cielo. No tiene un solo hueso competitivo en su cuerpo.

—¿Y qué hace que funcionen como pareja? —quiso saber él. El rostro redondo de Emily se iluminó ante la posibilidad de satisfacer la curiosidad de su apuesto interlocutor.

—Supongo que funcionan porque son totalmente opuestos. Freya es muy relajada. Miles es un hombre deportista y competitivo. Freya simplemente pone los ojos en blanco y sonríe. —Lanzó una mirada cauta a Annabel y bajó la voz—. La verdad es que Miles me resulta muy pomposo. Quizá lo que pasa es que a Freya le gusta que sea su hombre quien lleve los pantalones en casa.

—¿Qué opina usted, Annabel? —A Luca se le ocurrió que, ya que estaba, por qué no aprovechar y sacar algo en limpio del paseo. Para entonces lloviznaba intensamente y sintió un frío reguero de agua que se le colaba por la espalda. Se encogió de hombros al tiempo que se preguntaba cuánto tiempo más tardarían en almorzar.

—Miles es un gran amante —declaró Annabel con autoridad. Luca se estremeció. La mera idea de Freya haciendo el amor con Miles se le antojó tan poco atractiva como la lluvia que le bajaba por la espalda.

—¿Se lo ha dicho ella?

Emily soltó una carcajada.

—¿Que si Freya dice que Miles es un buen amante? —repitió, viéndole de pronto bajo una luz totalmente distinta—. Santo Dios. —No veía el momento de contárselo a Hugo.

—Sí, Miles tiene un miembro enorme —explicó Annabel como si estuviera hablando del tamaño de su coche—. Y disfruta dando placer a su esposa. Puede pasarse horas atendiéndola. —Luca observó a Annabel con más aprecio. Le gustaban las mujeres que no mostraban ningún reparo con el sexo. De hecho, había sido la inocencia de Freya lo que le había asustado en 1979.

—¿Secretos de tocador?

—Estoy segura de que Freya te mataría si supiera que nos lo has contado —dijo Emily, claramente encantada con la conversación.

—Pero no lo sabrá, ¿verdad? —respondió Annabel, no sin cierto desdén en su tono de voz—. No es precisamente la clase de cosas que se comentan durante el almuerzo, ¿no?

—¿Y cómo es que conoce usted ese cotilleo tan íntimo? —preguntó Luca, viendo caminar a Freya delante de ellos, totalmente ajena a los secretos sobre ella que en ese momento se divulgaban.

—Una noche, muy poco después de que ella conociera a Miles, nos emborrachamos. Yo había pasado una noche más que lamentable con un hombre parecido a Sylvester Stallone que resultó ser una auténtica decepción, y ella me lo soltó. Las apariencias pueden llegar a ser muy engañosas. Miles no es sólo rico, sino también un amante maravilloso. ¿Qué más puede pedir una mujer?

Freya se reunió con su marido. Miles le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él durante un instante mientras los demás les alcanzaban. La pareja compartió un comentario gracioso y ella reposó brevemente la cabeza en el hombro de él. Luca sintió celos. Miles no era guapo, pero sí era un buen amante. No pudo evitar caer en la tentación de compararse con él. Había pasado mucho tiempo y Freya probablemente lo habría olvidado. Pero Luca no la había olvidado a ella. El recuerdo que conservaba de las veces que había hecho el amor con ella era como las escenas de un vídeo. Podía poner la cinta en el aparato y volver a verlas una y otra vez a su antojo. Freya había sido en aquel entonces una joven inocente, dulce como el néctar, y tímida. Luca la había abierto como a un capullo, desflorándola. La había despojado de su vergüenza con sus besos y ella se había rendido a él, abandonándose a los placeres del sexo. Y entonces Luca la había apartado a un lado, aterrado ante la intensidad del deseo que ella había expresado de casarse y de vivir felices por siempre jamás. La había abandonado, dejando que la recogiera Miles, con su gran casa, su gran ego y su gran miembro. «Si en aquel entonces hubiera sido más maduro, ¿dónde estaríamos todos ahora?», se preguntó.

Mientras Emily susurraba los secretos de Freya a Hugo, Luca empezó a percibir cierta conexión no formulada con Annabel, como dos ladrones que acabaran de regresar de haber cometido un robo. Caminaron juntos, charlando como un par de viejos amigos, arropados por el trasfondo de una química sexual cada vez mayor. Luca no fue consciente de las miradas que Freya lanzaba en su dirección. Había invitado a Annabel para divertir a Luca, pero al ver que ambos parecían disfrutar de su mutua compañía, el plan dejó de gustarle.

El grupo regresó acalorado y con los rostros encendidos, el pelo mojado y visiblemente animado. El aroma del cordero asado flotaba ya en el pasillo, procedente de la cocina. Heather Dervis había venido del pueblo a cocinar a la casa, y Peggy, la limpiadora que vivía en la pequeña casa de campo situada al

final del camino, había acudido a ayudar a servir. Peggy había reemplazado el desaliñado uniforme que solía llevar por una bata de vestir de color rojo chillón con unas mallas rojas a juego y unos zapatos de hebilla plateada en los que apenas había conseguido embutir sus pies de malvavisco. Freya no ocultó su sorpresa al verla y, recuperando la compostura, dijo:

—Cielos, Peggy, estás espléndida, aunque no deberías haberte tomado tantas molestias por nosotros.

La mujer se pasó las manos por el vestido.

—Hacía años que no me lo ponía —respondió orgullosa—. ¿De verdad cree que me sienta bien?

Freya estudió detenidamente el rechoncho cuerpo de la viuda de sesenta y ocho años y decidió no decir la verdad. A fin de cuentas, Peggy se había vestido así en honor de su padrastro, y sin duda él lo encontraría de lo más divertido. A Peggy se le iba la mano cada vez que el señor iba de visita.

—Yo creo que estás estupenda —dijo. Las rollizas mejillas de la viuda experimentaron un imperceptible sonrojo.

Los invitados se reunieron en el salón y Miles descorchó una botella de champán. El fuego ardía en la chimenea y llenaba la sala con el dulce olor de la madera de manzano. Fuera, la llovizna se había convertido en lluvia que repicaba contra los cristales de las ventanas como una cortina de piedrecillas. Luca se sentó en el sofá con Annabel. Podía oler su perfume, dulce y embriagador. Ella se inclinó hacia él para que sus hombros se tocaran.

—Si tuviera que acostarse sí o sí con alguien de esta habitación, ¿a quién elegiría? —preguntó ella con la inocencia de un ángel en el rostro—. Salvando lo presente, claro —se apresuró a añadir—. Así no tendrá que ser cortés en su respuesta.

Luca la miró con ojos somnolientos y, aunque, sin el menor asomo de duda, habría escogido a Freya, la idea de disfrutar de Annabel después del postre le resultó tentadora.

—Sin salvar lo presente, la elegiría a usted —respondió con firmeza.

En ese preciso instante la alta y apuesta figura de Fitzroy Davenport llenó el umbral de la puerta del salón.

—¿Queda algo de champán para nosotros? —preguntó, señalando con la cabeza la botella de champán que Miles acababa de vaciar.

—¡Fitz! —exclamó Freya, cruzando a toda prisa la habitación para saludar a su padre—. ¿Dónde está mamá?

—Aquí, cariño, justo detrás. —Su madre se abrió camino y adelantó a su esposo. Rosemary Davenport era delgada y vivaz, con el pelo rubio y salpicado de reflejos que le llegaba hasta los hombros y unos pálidos ojos grises como los

de su hija. Estaba orgullosa de aparentar mucha menos edad de sus sesenta y seis años y practicaba Pilates tres veces a la semana con un grupo de GCN, la abreviatura que Rosemary y sus amigas empleaban para referirse a la «Gente Como Nosotras». Eficiente y sociable, era la primera en reconocer que en ocasiones podía llegar a ser un poco pesada: «De no haberlo sido, nunca habría llevado a Fitz al altar. Un hombre como Fitz necesita a una mujer pesada. Son precisamente las pesadas las que consiguen que se hagan las cosas».

Rosemary miró a su marido. Fitzroy había sido bendecido con la eterna juventud. Todavía tenía el pelo castaño, con apenas una ligera sombra de canas en las sienes, y era incluso más guapo ahora que cuando ella le había conocido. Para ser un hombre divorciado en dos ocasiones, se había mostrado realmente abierto a dar una nueva oportunidad al matrimonio. Rosemary no era la clase de mujer dispuesta a dejar que un buen hombre como Fitz se le escurriera entre los dedos. Aunque quizá no era tan hermosa como algunas de las anteriores novias y esposas de Fitz, a pesar de Freya y de sus tres hermanastros, se conservaba envidiablemente. Y es que sabía que en cuanto se abandonara un poco, no tardaría en parecer la madre de su marido.

—Por ti abriré otra botella, Fitz —anunció Miles, presionando con los pulgares el extremo inferior del corcho.

—He dejado a *Bendico* y a *Digger* en el coche —dijo Fitz, refiriéndose a sus dos labradores dorados—. Quizá los saque esta tarde. Podrían enseñarme ese monte bajo del que me habías hablado.

—Necesitaré bajar el almuerzo de Heather.

—Debería ir a saludar. ¿Cómo está nuestra excéntrica Peggy Blight?

—Hecha un espantajo. No dejes que te indigeste el almuerzo. —Los dos hombres se rieron. Miles descorchó por fin la botella y sirvió el burbujeante Mœt & Chandon en una copa de tallo alto.

—¿Si yo tuviera que tirarme a alguien del salón? —musitó Annabel, mirando a su alrededor—, mejorando definitivamente lo presente, elegiría al delicioso padrastro de Freya. Me gustan los hombres altos. Es un buen ejemplo de la clase de hombre que mejora con la edad. Debe de rondar los setenta, aunque parece mucho más joven. Sí, ¡creo que ese perro viejo tiene todavía mucha vida!

—¿Y sin mejorar lo presente?

—Ah, no sabría decirle —bromeó ella—. Miles ya ha pasado la prueba del algodón y debo decir que la ha superado con nota. ¿Debe una chica apostar por lo bueno conocido o por un hombre que parece tener lo que hay que tener, pero que quizá resulte ser una terrible decepción?

—Le aseguro que no habría tal decepción —dijo Luca, sonriéndole con confianza.

—Lo pensaré durante el almuerzo.

—Aunque, claro, juego con ventaja. Miles no está disponible.

—Y tampoco es guapo. Eso es una ventaja..., aunque también una desventaja.

—¿Por qué?

—Porque los hombres guapos suelen tenerse en muy alta estima y normalmente consiguen lo que quieren, de ahí que traten mal a las mujeres. No respetan lo que no suponga un reto para ellos. —Se levantó cuando Peggy apareció en la puerta para anunciar que el almuerzo estaba servido. Todos se quedaron mirando perplejos el conjunto rojo de la mujer, todos salvo Fitz, que se dirigió a ella con una luminosa sonrisa en el rostro.

—¡Mi querida Peggy! —exclamó—. Es usted una auténtica aparición escarlata.

Las mejillas de la mujer se tiñeron del color de sus medias.

—Gracias, señor Davenport. Es tan sólo un vestido que he decidido ponerme esta misma mañana. Nada especial.

El almuerzo se sirvió en la gran mesa redonda de nogal del comedor. Freya había colocado un elegante arreglo de lirios dorados en el centro y había utilizado la cubertería y las copas que había recibido como regalos de boda. Seguía lloviendo y las nubes, espesas y dentadas, se deslizaban despacio en el cielo. Freya encendió las velas porque la luz era demasiado tenue y el resplandor dorado magnificó la comodidad de la habitación, tan elegante como su dueña.

Luca se sentó a la izquierda de Freya, con Emily a su izquierda. Fitz tomó asiento a la derecha de su hijastra. En cuanto empezaron a dar cuenta del cordero, quiso ponerse al día de la vida de Luca, al que hacía tiempo que no veía.

—Freya se casó con Miles y yo me casé con Claire, por eso dejamos de vernos —se limitó a responder Luca—. Y ahora que me he divorciado he vuelto a buscar la compañía de mis viejos amigos. Freya me ha recibido sin un solo reproche.

—Lamento que tu matrimonio no haya funcionado.

—Yo también —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero así es la vida.

—He pasado dos veces por eso y sé lo que es.

—A la tercera va la vencida —dijo Luca—. No creo que vaya a darme ninguna prisa en volver a atarme.

—No hay ninguna necesidad —intervino Freya—. Tienes dos niñas adorables a las que dedicar todo tu tiempo.

—A mí me gusta estar casado —dijo Fitz—. Rosemary me eligió cuando yo estaba pasando por un mal momento y desde entonces me ha organizado la vida. No sé lo que haría sin ella.

—Claire se limitaba a gastar mi dinero y a sermonearme —replicó Luca no sin cierta ironía.

—Todas las mujeres sermonean —dijo Fitz—. Me han dicho que te has ido de la City.

—Sí, es correcto.

—La noticia ha aparecido en todas las páginas de economía.

—No las he leído.

—Nadie lo entiende. Les tenías aterrados. ¿Sabes quizás algo que ellos no sepan?

Luca negó con la cabeza y sonrió.

—Una mañana me desperté y me di cuenta de que estaba trabajando como un ratón de cuerda programado para ganar dinero. Para hacer más ricos a los ricos. ¡Qué existencia más vacía! Dinero, dinero, dinero. ¿Cuánto dinero necesito para ser feliz? ¿Cuánto para ser libre? Quiero algo más, aunque todavía no sé lo que es.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Fitz.

Luca se encogió de hombros.

—La pregunta del millón.

Freya se unió a la conversación.

—Le he dicho que se tome el verano libre. Que se vaya a Italia y que se quede con sus padres en el nuevo *palazzo* que tienen en la costa de Amalfi.

A Fitz se le iluminaron los ojos.

—¿En la costa de Amalfi?

—Es un pequeño pueblo pesquero llamado Incantellaria. Probablemente no haya oído hablar de él.

—Incantellaria —repitió Fitz, palideciendo—. ¿Romina y Bill han comprado el *Palazzo* Montelimone?

—¿Lo conoce? —preguntó Luca.

Fitz lanzó una mirada nerviosa a su esposa.

—Estuve allí una vez, hace muchos años. El *palazzo* era una ruina.

—Mis padres lo compraron hace unos tres años. Les llevó dos restaurarlo.

—¡Y son el equipo perfecto! —exclamó Freya—. Bill es arquitecto y Romina es decoradora de interiores. Apuesto a que les ha quedado espectacular.

—Han querido recrearlo tal como era antes de que un incendio prácticamente lo destruyera en los años sesenta. Devolverle su esplendor. Yo todavía no he ido. He estado demasiado ocupado. Hace meses que no les veo. Ahora que estoy libre quizá vaya a visitarles.

Se volvieron expectantes hacia Fitz.

—¿Qué le llevó a Incantellaria? —preguntó Luca.

El hombre clavó la mirada en su plato.

—Una mujer muy especial. —Pronunció las palabras con tanta ternura que Freya sintió que se le erizaba el vello de los brazos—. Antes de conocer a tu madre, querida —añadió diplomáticamente.

—Al parecer, es un lugar muy secreto —dijo Luca.

—Secreto y plagado de secretos —confirmó Fitz—. En cuanto uno empieza a hurgar en Incantellaria, es difícil imaginar lo que queda aún por descubrir.

FITZ sacó él solo a los perros después del almuerzo. Miles tuvo que sentarse a la mesa de *bridge*, cosa que para Fitz supuso un alivio, pues deseaba quedarse a solas con sus recuerdos, tan vívidos en ese instante como si de pronto hubieran recibido un inesperado lustre. Subió con paso firme por el sendero que llevaba a los bosques. *Digger* y *Bendico* desaparecieron en el acto por los campos tras las liebres. Las nubes oscuras se habían alejado, llevándose con ellas la lluvia, y por fin algunos fragmentos del azul quedaron a la vista y salió el sol, prendiendo en el follaje mojado y resaltando su brillo.

Incantellaria. La simple palabra le estremeció el corazón, provocando en él una mezcla de pesar y de añoranza. No pudo evitar pensar en lo que podría haber sido. Ahora que se había hecho viejo era capaz de apreciar el milagro del amor; sabía que, al haber renunciado a él, no volvería a recuperarlo.

Se acordó de Alba y volvió a verla como había sido cuando se había enamorado de ella, treinta años atrás: su desafiante expresión, sus extraños ojos pálidos, tan en contraste con su piel mediterránea y su cabello oscuro, su risa salvaje y el despreocupado desinterés por la demás gente, su irreprimible encanto. Recordó también su vulnerabilidad, la necesidad de ser admirada y su inesperado amor por la pequeña Cosima, la sobrina que había encontrado en la familia de su madre cuando había viajado a Incantellaria buscándoles. La felicidad con la que Alba había aceptado su propuesta de matrimonio y había regresado con él a Inglaterra. El día que había estrechado a Fitz entre sus brazos y le había dicho que deseaba volver a Italia, que no podía seguir viviendo en Inglaterra. Le había implorado que la acompañara. Había insistido en que le amaba..., pero no lo suficiente. No lo suficiente. «No me digas que todo ha terminado. No podría soportarlo. Veamos qué pasa. Si cambias de opinión, te estaré esperando. Aguardaré, esperanzada y dispuesta a recibirte con los brazos abiertos. Mi amor no se enfriará. En Italia no.» Fitz la había dejado marchar y no había ido tras ella. El amor de Alba debió de enfriarse. Ella necesitaba el amor como una mariposa necesita el sol. Se adentró en los bosques y avanzó por el trillado sendero. Los helechos habían empezado a abrirse con las primeras campanillas y sus retoños refulgían, verdes, lustrosos y vibrantes contra las hojas y el fango marrón. El aire era dulce y húmedo y el trino de los pájaros, animado, mientras construían sus nidos. Fitz se preguntó dónde estaría Alba en ese momento. Se habría quedado en Incantellaria o se habría aburrido de aquel

pequeño y adormecido pueblo y se habría mudado a algún lugar más excitante. Quizá se había casado y había tenido hijos. A los cincuenta y seis años quizás incluso fuera ya abuela. ¿Pensaba en él tan a menudo como él en ella? El pesar que le encogía el corazón no desaparecería jamás. Y, aunque era feliz con Rosemary, lo cierto es que, después de Alba, le había sido imposible volverse a enamorar. Había cerrado su corazón y se había casado con la cabeza. Sin embargo, a menudo se preguntaba cómo habría sido su vida si la hubiera seguido a Italia. Sueños que iban y venían como las nubes que se deslizaban por el cielo, algunos oscuros y otros rutilantes y algodonosos, pero siempre la sensación de haber desperdiciado una oportunidad de oro.

—¿Está bien Fitz? —preguntó Freya a su madre cuando estaban sentadas en el sofá del salón, tomando café en unas preciosas tazas rosas—. Le he visto muy callado durante el almuerzo.

—Las cosas están un poco tensas en el trabajo. Uno de sus autores favoritos se ha ido con A. P. Watt.

—Pobre Fitz. Debería jubilarse.

—Eso le digo yo una y otra vez. Trabaja muy duro. Pero le encanta lo que hace. Sólo parará cuando se muera. Pero perder a Ken Durden ha sido un golpe muy duro.

—Debería haberle acompañado en su paseo.

—No seas boba, cariño. Le gusta salir a pasear solo. —Acarició a Freya en la rodilla—. Qué grupo de invitados tan encantadores tienes en casa este fin de semana. Me alegra que hayas reencontrado a tu viejo amigo Luca. Santo cielo, es guapísimo.

—Ha pasado por un divorcio terrible.

—Bueno, la verdad es que sí parece estar un poco tocado. Más turbulento de lo que le recordaba. Hiciste bien casándote con Miles. Los hombres como Luca están bien si una quiere divertirse, pero no para siempre.

—¡Vamos, mamá! —protestó Freya—. Hace mucho tiempo de eso.

—Nunca le perdonaré el daño que te hizo. Aunque eso es agua pasada, ¿no? Además, apuesto a que él lo lamenta. Siempre es la misma historia.

—¿Has oído hablar alguna vez de Incantellaria? —le preguntó Freya.

—Sí. Aunque sólo porque tu padrastro estuvo a punto de ir allí tras una ex novia justo antes de que nos conociéramos. Pero yo le hice entrar en razón. No tiene sentido intentar juntar los pedazos de algo que está irremediabilmente roto. Además, es un lugar muy triste. No tiene vida. Está entre Sorrento y Capri, totalmente obviado en los mapas. Italia no era el lugar idóneo para Fitz. Es demasiado inglés. ¿Te lo imaginas casado con una extranjera? —preguntó, acompañando la pregunta con una risilla estúpida.

—Entonces, ¿esa mujer no fue su «gran amor»?

—¡No, por Dios! —replicó Rosemary, un poco demasiado deprisa—. Ella le rompió el corazón, pero yo volví a pegar los pedazos. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso la ha mencionado? —El repentino arrebató de ansiedad sorprendió a Freya. Treinta años era demasiado tiempo para seguir teniendo miedo.

—No, ha sido Luca quien ha mencionado Incantellaria —se apresuró a responder Freya. No podía hablarle a su madre de la anhelante expresión que había asomado al rostro de Fitz cuando había mencionado a la mujer que le había llevado allí—. Simplemente siento curiosidad por su pasado. Todos tenemos un pasado y apuesto a que el de Fitzroy es muy interesante.

—Era un buen partido. —Rosemary sonrió orgullosa—. No sólo malévolamente guapo, sino también un agente literario en ciernes. ¿Sabías que en su día representó a Vivien Armitage?

—¿A Vivien Armitage? Es una autora formidable. —Freya se mostró adecuadamente impresionada—. No me lo habías dicho.

—Ya está muerta, aunque seguirán leyéndola durante décadas. La gente no se cansa nunca de leer historias de amor no correspondido y de corazones rotos. No olvides que también a mí tu padre me rompió el corazón. Fitz y yo nos curamos mutuamente y yo evité que se muriera de aburrimiento en Incantellaria.

—Los padres de Luca se han comprado allí un *palazzo* con vistas al mar.

—Qué maravilla —dijo Rosemary con un tono de voz protector—. Un rincón agradable.

—Puede que Luca vaya allí a pasar el verano, mientras decide qué quiere hacer. Ha dejado la City y está en boca de todos, o eso dice Miles. Ha provocado un buen alboroto.

—Un pequeño rincón tranquilo como ése es probablemente lo que Luca necesita, aunque apuesto a que volverá corriendo a Inglaterra en cuanto llegue el otoño. No creo que haya mucho que hacer en Incantellaria.

Fitz regresó de su paseo y metió a los perros en su Volvo Estate después de darles de comer y de beber de un cuenco con agua. Los animales se tumbaron en las mantas de tartán jadeando contra el cristal y él se quedó un rato con ellos, acariciando sus sedosas cabezas, perdido el pensamiento entre los olivares al tiempo que sus sentidos revivían el olor de los higos que siempre impregnaba el lugar. Por fin, cerró el maletero y apartó sus recuerdos al rincón más remoto de su mente para que acumularan allí polvo. No tenía sentido regodearse en la tristeza.

El salón estaba tranquilo. Los niños corrían en el exterior de la casa mientras los adultos jugaban a las cartas, charlaban o leían los periódicos dominicales. Peggy retiró las tazas del café, y se encontró con Fitz en el pasillo de regreso a la

cocina.

—Mi querida Peggy, no puede llevar todo eso usted sola —dijo, cogiéndole la bandeja.

—Oh, ya estoy acostumbrada.

—Quizá, pero aun así pesa demasiado. —Peggy le siguió por el pasillo hasta la cocina, donde Heather Dervish estaba recogiendo sus cosas para volver a casa.

—¡Qué banquete más espléndido nos ha preparado hoy! —exclamó Fitz.

—Me alegra que le haya gustado —respondió ella, metiendo el delantal en el bolso y cerrando la cremallera—. Volveré para preparar la cena.

—Lástima que no estaré aquí para saborearla.

—Voy a preparar un suflé de queso y de postre tenemos tarta de melaza. Sé que le encanta. —Cogió su bolso y se dirigió a la puerta trasera para acceder desde allí a su pequeña furgoneta blanca.

Fitz hizo una mueca a fin de mostrar su desilusión.

—Mi favorita.

—Otra vez será —dijo ella, despidiéndose con un pequeño gesto de la mano—. ¡Hasta pronto!

—Será mejor que también yo me vaya a casa y ponga los pies en alto —dijo Peggy, colocando las tazas en el lavavajillas—. De lo contrario no seré capaz de servir la mesa esta noche.

—La esperanza de poder disfrutar de la tarta de melaza le ayudará con sus quehaceres, Peggy —comentó él.

—Oh, no creo que sobre nada para mí.

—En ese caso, estamos en el mismo barco.

—También es mi tarta favorita. Aunque, a mi edad, tengo que andarme con un poco de ojo.

Fitz la estudió detenidamente y Peggy metió barriga, apenas atreviéndose a respirar.

—Es usted una mujer con una figura espléndida. No creo que un poco de tarta de melaza vaya a hacerle ningún daño.

La viuda soltó una risilla.

—Reconozco que no me privo de casi nada.

—Me alegra oírlo. La vida es demasiado corta como para que tengamos que hacer esa clase de sacrificios. —Le dedicó una sonrisa afable—. Le deseo una tarde tranquila. Si alguien se merece un buen descanso, es usted.

Peggy le vio salir de la habitación y se derrumbó en una silla con un suspiro. Se sentía ligeramente mareada y cogió una revista para abanicarse con ella. Una taza de té dulce bastaría para reanimarla. El señor Davenport siempre conseguía que se sintiera especial como nadie lo había hecho nunca. Habría estado

encantada de prepararle una tarta de melaza sólo para él.

Fitz y Rosemary se marcharon poco después de tomar el té y Freya y Miles salieron a despedirles. El labrador negro de la pareja intentó saltar contra el maletero del Volvo para ver a *Digger* y a *Bendico* antes de levantar la pata contra una de las ruedas traseras. Luca, que había completado una visita guiada por los jardines de la casa, acompañado por Annabel, se inclinó sobre la ventanilla de Fitz.

—Un placer verle, Fitz —dijo, dándole una pequeña palmada en el hombro—. Dígame: ¿qué puedo esperar encontrar en Incantellaria?

—Magia, milagros y asombro.

—No le entiendo.

—La estatua de Jesús de la pequeña iglesia de San Pasquale llora lágrimas de sangre. Se cuenta que en su día la marea cubrió misteriosamente la playa de claveles rojos...

—El Mediterráneo no tiene mareas.

—Exacto —respondió sombríamente Fitz—. Incantellaria funciona según sus propias reglas.

—El sur de Italia está lleno de supersticiones como ésa —arguyó Luca.

—Incantellaria es especial. Ya lo verás. En cuanto al *Palazzo Montelimone*, está poseído por una suerte de magia completamente distinta.

—No creo en fantasmas, si a eso se refiere.

—¡No es de los muertos de quien debes preocuparte, sino de los vivos! —Fitz se volvió a mirar a Rosemary—. ¿Vamos, cariño?

Luca les vio alejarse, perplejo. No estaba seguro de si Fitz había estado bromeando.

Esa noche los invitados bajaron al comedor con esmoquin y ellas lo hicieron con sus vestidos de noche y discretas joyas. En cuanto Luca vio a Freya, sintió que su belleza le encogía el estómago. Se había recogido el pelo, dejando a la vista su delicada estructura ósea y su largo cuello. Tenía una piel suave y pálida y sus ojos grises refulgían, enmarcados por el rímel oscuro que le cubría las pestañas. Había envuelto su figura delgada y esbelta en un ceñido vestido de flores. Olía a azucenas y a Luca el olor volvió a recordarle su alocada juventud.

—Sigues siendo hermosa —dijo en voz baja para que sólo ella pudiera oírle.

—Gracias, Luca.

—Eres, sin duda alguna, la chica más bella del salón.

—Creía que Annabel y tú por fin habíais intimado.

—Es una mujer sensual —concedió Luca—. Aunque carece de tu belleza y de tu porte.

—Pero está libre y dispuesta. Ya me he dado cuenta.

Él esbozó una sonrisa malévola.

—Yo también lo estoy.

—¿Entonces?

Él clavó la mirada en los plateados ojos de Freya, repentinamente serio.

—Ya no me interesan las relaciones superficiales que me dejan vacío.

—Quizás encuentres a una voluptuosa *signorina* en Incantellaria. Estoy convencida de que tu madre llenará el *palazzo* de ardientes bellezas latinas.

—No me interesan las bellezas latinas.

—Quieres lo que no puedes tener.

—Sí. —Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y lo golpeó con suavidad contra su mano—. ¿Te molesta si fumo?

—¿Cambiaría algo si te digo que sí?

—En realidad, no. Simplemente intento ser cortés. —Se colocó un cigarrillo entre los labios y lo encendió con el mechero. Sonrió luego a Freya con sus ojos de color azul intenso, y al hacerlo las patas de gallo se le resaltaron aún más y Freya sintió esa conocida efervescencia en la boca del estómago.

—Independientemente de lo que creas que sientes, Luca, quiero que sepas que me hace muy feliz que volvamos a ser amigos. Lamento que nos hayamos distanciado. Debería haber puesto más empeño, pero Claire no me caía bien y sé además la opinión que tienes de Miles...

—Miles es un buen hombre —la interrumpió Luca. Ella arqueó una ceja—. De acuerdo, estoy celoso, pero él no tiene la culpa. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado.

—Tú también lo harás cuando te necesite. Para eso estamos los amigos.

Durante la cena, Freya había sentado a Annabel al lado de Luca en un intento por juntarles. Verle tan atormentado por el arrepentimiento provocaba en ella una perversa sensación de victoria. Cuánto la había decepcionado Luca. Aun así, se sintió exonerada por el indisimulado deseo que veía en sus ojos.

Peggy se había puesto un sencillo vestido negro sobre el que se había atado un almidonado delantal blanco. Freya sintió lástima por ella. Con la ausencia de Fitz y de sus cumplidos, el rostro de la viuda había adquirido un semblante taciturno a la trémula luz de las velas. Cenaron suflé de queso y pastel de pescado, para terminar con la famosa tarta de melaza de Heather. Las botellas de vino no tardaron en vaciarse y en ser reemplazadas. Luca se dio cuenta de que estaba constantemente llenando la copa de Annabel. La conversación derivó una vez más hacia el sexo, que al parecer era el tema preferido de ella.

Freya se dirigió a su marido desde la otra punta de la mesa.

—Cariño, ¿sabías que Hugo es médium?

—¿En serio, Hugo?

—Un poco —fue la tímida respuesta de Hugo.

—Lo es, y mucho —interrumpió Emily—. Ve espíritus por todas partes y a menudo sabe lo que va a ocurrir en el futuro. El otro día, sin ir más lejos, me dijo que intuía que un viejo amigo de Nueva York iba a venir a visitarnos. Cinco minutos más tarde, sonó el teléfono y era Bobby que llamaba desde Manhattan para preguntar si podía venir y quedarse en casa. Esa clase de cosas pasan constantemente.

—Todos somos un poco médiums —explicó Hugo—. La mayoría de la gente desprecia la intuición como una simple coincidencia. En cuanto empezamos a entrar en sintonía, nos damos cuenta de que en realidad somos muy intuitivos.

—¿Y ves muertos? —preguntó Annabel, estremeciéndose de excitación.

—Sí, los he visto —respondió Hugo.

—¿Y alguna vez los confundes con los vivos? —preguntó Sarah.

—No los veo siempre —dijo él—. Tengo que conectarme. He aprendido a desconectar. Antes solía confundirlos con los vivos.

—Bueno, pues conéctate, ¡vamos! —le animó Miles.

—Oh, sí, Hugo. Será divertido —insistió Freya.

—No debe hacerse sólo por diversión —dijo Hugo muy serio—. No es un juego. Estamos hablando de energías espirituales. Si lo hacemos con la intención de provocar diversión o temor, atraeremos la misma energía. Los iguales se atraen. No quisiera animar a que espíritus malignos golpeen la mesa y apaguen las velas. Pero lo que sí puedo hacer es tomar alguna de las joyas de las chicas y decirles cosas sobre ellas que quizás os sorprendan.

—Oh, cielos —dijo Freya—. Toma mi alianza. —Se quitó el anillo y se lo dio. Luego miró a Luca y vio las gotas de sudor que le perlaban la frente.

Hugo cogió el anillo y lo sostuvo en las manos.

—Este anillo contiene tu energía, Freya. Simplemente voy a conectarme con ella y te diré lo que veo y lo que percibo. —Cerró los ojos e inspiró hondo unas cuantas veces. La habitación guardó silencio. Nadie se movió. Se limitaron a mirarse unos a otros, presas de una agitación nerviosa. Luca se mordió la cara interna de la mejilla. La situación le tenía acalorado e incómodo.

—Bien, Freya, tienes una energía femenina muy potente. Como la de una almendra azucarada: dulce y hermosa por fuera y dura como la nuez por dentro. Te obsesiona en secreto el orden y pasas la aspiradora por el salón cuando nadie te ve. De hecho, te veo guardando a toda prisa la aspiradora antes de que Miles regrese de su paseo.

Ella se rió.

—No es ningún secreto que Freya se pasa la vida limpiando. ¡Es una obsesiva de la limpieza! —dijo su marido.

—Te veo pasando mucho rato doblando la ropa de los niños y colocando las latas en línea con las etiquetas en la parte delantera. Te veo ahora de niña, con un vestido rojo y llorando porque tus zapatos no eran iguales.

Freya contuvo un jadeo.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Pero tu madre te puso unos cordones rojos en los zapatos negros de charol y ahora te veo sonreír y bailar por la habitación. —Emily se iluminó, orgullosa. Su marido resultaba muy atractivo cuando utilizaba su «don»—. Tenías un pequeño perro blanco llamado *Pongo* y veo a una anciana con una falda plisada de *tweed*, un suéter de color beis y una chaqueta sin mangas de jardinera, ya sabes, esas chaquetas acolchadas.

—Las forradas —dijo Emily, intentando ayudar.

—Ésas, sí —concedió Hugo.

—Mi abuela —observó Freya en voz baja.

—Está aquí en espíritu —continuó Hugo—. Pero está siempre contigo, cuidando de ti.

—¿Cuál era el apodo con el que llamaba a Freya? —preguntó Miles, con la esperanza de pillar a Hugo en un renuncio.

—Calabaza —respondió el hombre.

—¡No es verdad! —se apresuró a corregirle Miles—. Era Frisby. —Hugo frunció el ceño.

—No, cariño. Hugo tiene razón —dijo Freya—. Me llamaba Calabaza.

Hugo asintió con la cabeza, todavía con los ojos cerrados.

—Pero tú le pediste que dejara de llamarte así cuando te hiciste mayor. —Miles guardó silencio.

—¿Podrías decirnos lo que le depara el futuro? —preguntó Sarah.

—Te irás a Italia —dijo Hugo.

—A visitarte, Luca —intervino Freya, visiblemente feliz.

—¡Espero estar invitado! —intervino Miles.

El rostro de Hugo se ensombreció durante un instante y volvió a arrugar la frente.

—Por supuesto —dijo.

Miles siguió sonriendo, pero sus ojos dejaron entrever cierta desazón. Nunca le había gustado Luca. Había sido un hombre carente de peligro mientras había estado casado con Claire, pero ahora que volvía a estar soltero tenía ese destello predador en la mirada que le convertía en un hombre peligroso. Y aunque Miles era un tipo seguro de sí mismo, no era idiota. Entre Freya y Luca había una historia inconclusa.

—Ese lugar me inquieta. —Hugo abrió los ojos y devolvió el anillo a Freya.

—Estás de guasa —dijo ella, sintiendo un estremecimiento de ansiedad.

—Por supuesto que está de guasa —intervino Emily, aunque sabía, a juzgar por el rostro de su marido, que él había visto algo demasiado espantoso para poder compartirlo con el resto de invitados.

—¡Menuda sarta de estupideces! —Luca se aflojó la pajarita y había empezado a desabrocharse el primer botón de la camisa.

—Pero ¿cómo es posible que Hugo haya sabido todas esas cosas sobre Freya? —preguntó Annabel.

—Podría habérselas contado Rosemary durante el almuerzo.

—En ese caso, dale algo tuyo —sugirió Emily—. Dale tu reloj y a ver qué dice sobre ti.

—Sí, el gran jugador de la City —dijo Miles con gran cordialidad—. ¿Cuál es el verdadero motivo de tu renuncia y qué harás a partir de ahora?

—No —se apresuró a decir Luca—. Ya he tenido suficiente de este juego.

—No puedes acusar a mi esposo de mentiroso y negarte a dejar que se defienda —prosiguió Emily, elevando ligeramente la voz.

—No tiene importancia —dijo Hugo con una sonrisa—. No estoy aquí para convencer a nadie. Me encuentro con cínicos constantemente.

Luca se levantó.

—¿Qué tal si pasamos al salón?

—Buena idea —dijo Freya, saliendo tras él.

—Ése es el comportamiento típico de un hombre que tiene algo que ocultar —dijo Miles.

En cuanto salió al pasillo, Freya cogió a Luca del brazo.

—¿A qué ha venido eso?

—Es sólo que no quiero que Hugo se invente nada sobre mí.

—No se estaba inventando nada. Decía la verdad. No hay modo de que supiera todas esas cosas. ¿Qué me dices del apodo con el que me llamaba mi abuela? ¿Cómo explicas eso?

—No puedo.

—Entiendo que no quieras dejar que lea tu reloj. No es ningún juego. Nunca se sabe lo que Hugo puede revelar. Pero no hacía falta que le ridiculizaras así.

—Ya tiene a su mujer para defenderle.

Freya frunció el ceño.

—Te has puesto muy raro, Luca. ¿Qué ocurre?

Él la miró fijamente durante un instante, como a punto de divulgar un secreto terrible. Tenía los ojos velados y una de las comisuras de los labios contraída. Parecía asustado. Pero Annabel y Miles salieron en ese momento al pasillo, interrumpiéndoles con su alegre cháchara.

Luca fue al baño y se miró en el espejo. Luego se echó agua a la cara y se frotó los ojos. Aun así tenía un aspecto terrible. Era presa de la conocida sensación de estar precipitándose a toda velocidad sin nada a lo que agarrarse. No se atrevía a cerrar los ojos por temor de que las voces regresaran. De que las sombras volvieran una vez más a entrar a la habitación. De volver a invitar a todos aquellos seres que tanto había luchado por evitar. Oyó la voz de su madre diciéndole que madurara y que dejara de inventarse amigos imaginarios. Que si realmente oía voces, eran espíritus del Infierno que intentaban convencerle de que les siguiera al ardiente horno. Se acordó de cuando el médico le decía que se comportara y que dejara de asustar a su madre con sus mentiras y de cuando los profesores le decían a su madre que Luca se lo inventaba todo para llamar la atención. Había llegado un momento en que había aprendido a callar. Poco a poco, había logrado cerrarse a ellos y los espíritus por fin habían quedado silenciados.

Esa noche no quería estar solo. Se quedó tumbado en la cama mirando el techo mientras la luz de la mesita de noche proyectaba sombras en los rincones de la habitación. Por fin, se deslizó por el pasillo hasta la habitación de Annabel. La puerta estaba entreabierta, como si le estuviera esperando. Ella se incorporó en la cama al verle entrar, con los pechos blancos a la vista.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, retirando las mantas tentadoramente. Luca se desabrochó los pantalones del pijama y los dejó caer al suelo. Hacer el amor con Annabel era la mejor forma de olvidar su infancia y de volver a sentirse hombre.

Miles sacó a *Sinbad* a dar un paseo por el jardín antes de acostarse. Volvía a lloviznar sobre los brotes verdes y sobre los narcisos. El perro se adentró trotando en la oscuridad, olisqueando la hierba y meneando el rabo. Cuando estuvo lo bastante lejos de la casa para que nadie pudiera oírle, Miles cogió el móvil y pulsó la tecla de rellamada.

—Hola —dijo en voz baja—. Soy yo.

3

A la mañana siguiente Luca regresó a Londres. Le había prometido a Annabel que la llamaría, pero sabía que no lo haría. En cuanto a Freya —la felizmente casada y hermosa Freya—, no tenía sentido hacerse ilusiones. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado hacía mucho tiempo. Luca avanzó por la M3 en su Aston Martin plateado, cavilando sobre lo que podría haber sido su vida. ¿Estaría en pleno divorcio de haberse casado con Freya en vez de haberlo hecho con Claire? ¿O simplemente no estaba hecho para la institución del matrimonio? Pensó entonces en Coco y en Juno, sus hijas, y se estremeció al imaginarlas saltando a la cama de John Tresco todas las mañanas. Esperaba que Claire tuviera la sensibilidad suficiente como para no meter a John en casa hasta que estuvieran casados y el buen tino para no obligarlas a mantener una intimidad forzada con un hombre que no era su padre.

Los rasgos de John Tresco eran más propios de un muñeco de tienda que de un hombre de carne y hueso. Luca desconfiaba de los hombres que parecían chicos apuestos y que se pasaban el día admirando su belleza en el espejo y tardando demasiado en vestirse por la mañana. John Tresco estaba demasiado enamorado de sí mismo como para poder sentir alguna emoción por alguien más. Arrogante y petulante, era un fanfarrón y un sabelotodo. Heredero de una gran fortuna, no había trabajado un solo día en toda su vida y se dedicaba a mariposear de una fiesta a la siguiente, alternando los fines de semana en Escocia y alguna boda en Saint-Tropez en compañía de fatuos y famosos. Se dedicaba a invertir el capital de la familia y tenía a su servicio a un ejército de criados a los que pasaba horas adiestrando y a los que despedía en cuestión de segundos en cuanto no respondían a sus expectativas. Al menos Luca había ganado su dinero con su propio esfuerzo.

Había empezado a sospechar que Claire tenía una aventura mucho antes de que la sorprendiera en un hotel de Beaulieu, cuando supuestamente disfrutaba de un pequeño viaje de dos días con su madre. Ocupado como estaba, lo cierto es que no había dado importancia al incidente. La chispa entre Claire y él se había apagado unos años después de haber tenido a las niñas. En cuanto el fuego de la pasión había quedado reducido a un simple rescoldo, volvieron a convertirse en las dos personas totalmente distintas que eran. Las niñas les habían unido, aunque brevemente: madrugones, noches de sueño interrumpido y momentos compartidos viendo a esos dos pequeños milagros desde el borde de la cuna.

Entonces hasta el rescoldo se había extinguido y Claire y él habían existido como simples conocidos o compañeros de piso que ya no se reían juntos. Luca no la culpaba por haber encontrado a otro hombre que la amara, pero ella se sentía culpable y decidió acusarle de haberla empujado a los brazos de John. Los años de resentimiento brotaron de improviso en un venenoso torrente: Luca la había desatendido; había tenido que criar sola a las niñas; ya no la escuchaba; sólo hablaba de sí mismo; era un mal padre que no merecía haber tenido hijos. Aunque se había defendido muy bien de todas esas acusaciones, Luca sospechaba que Claire probablemente estaba en lo cierto. Era culpable de todas ellas. Poco después se divorciaron, alegando diferencias irreconciliables. Todavía les quedaba por delante llegar a un acuerdo económico, pero Claire se había atrincherado en la casa común de Gloucestershire durante fines de semana alternos y también durante las vacaciones. Su pensión mensual era muy superior a la que la gran mayoría necesitaba para pasar un año. Si se había convertido en una malcriada, él era el único culpable.

Claire le dejaba ver a las niñas a regañadientes. Luca se había comprado unas antiguas cocheras en Chelsea y había contratado a un arquitecto de interiores para que la restaurara de modo que cada una de las niñas tuviera su propio dormitorio y una sala de juegos llena de juguetes, aunque él nunca se había sentido allí en su casa y estaba convencido de que ellas tampoco. Los fines de semanas que las tenía con él, se apoyaba en los amigos que tenían hijos de la misma edad. Coco, aunque de sólo siete años, era una niña precoz a la que no era difícil imaginar fumando Marlboro Lights y tomándose un capuchino en un Starbucks. Vestida con ropa de Bonpoint y Marie Chantal, guapa y delgada, había heredado el pelo oscuro y los ojos azules de su padre, aunque tenía una cara triste, como si ya lo hubiera visto y hecho todo y nada consiguiera despertar su entusiasmo. Juno, de cuatro años y medio, no era tan guapa, pero sí era efervescente y sonriente, y prestaba más atención a sus orugas de juguete que a su armario lleno de ropa bonita. Desde que Luca había dejado de trabajar, había empezado a conocer a sus hijas. Se dio cuenta de que no había mucho en Coco que le gustara. Juno era más maleable: con ella todavía había esperanza.

Ponderó el consejo de Freya. La idea de salir de Londres le resultaba tentadora. El *palazzo* de sus padres ofrecería la clase de tranquilidad que él necesitaba para buscar el sentido de su vana existencia. Encontraría un rincón alejado de su madre y de los amigos de ella, se llevaría una maleta llena de libros que siempre había querido leer y pasaría tiempo solo. Se bañaría en el mar, iría a dar largos paseos, relajaría los años de tensión que poco a poco habían empezado a asfixiarle como una soga alrededor de cuello. Había en su vida una nota de insatisfacción, aunque Luca no sabía lo que era. Tenía dinero, hijas, mujeres

siempre que lo deseaba, pero había un vacío que, desde que había dejado el frenesí del mundo de la banca, había empezado a sentir con mayor agudeza; un silencio en el corazón tan potente como el sonido de unos címbalos.

Llegó a Chelsea justo antes del almuerzo. Su casa parecía un hotel, hermosa aunque impersonal. La asistenta la había limpiado, borrando de ella cualquier señal de vida. Tan sólo el pulcro montón de correspondencia sobre la mesa de la cocina indicaba que alguien vivía allí. La luz del teléfono parpadeó, avisando de que había mensajes en el contestador. Pulsó el botón «borrar» sin tan siquiera prestar atención a las quejas de los amigos que le acusaban de no haberles comunicado sus planes.

Abrió la nevera. La encontró vacía, salvo por un par de botellas de Chablis y un poco de paté de Lidgates. Dejó la maleta en el recibidor y se fue a Vingt Quatre, el café de la esquina, donde leyó los periódicos mientras disfrutaba de un plato de salmón ahumado y unos huevos revueltos. Delante de la suya, había una mesa llena de niños supervisados por dos madres que chismorreaban mientras los pequeños se arrojaban comida y se levantaban y volvían a sentarse a la mesa, jugando al escondite. Las dos madres eran guapas: de unos treinta y tantos, rubias, con reflejos caros en el pelo, bolsos de marca y uñas perfectas. Una de ellas vio que Luca las miraba y empezó a apartarse el pelo, tímidamente, mientras le decía algo a su amiga, que se volvió a mirar y sonrió, coqueta, antes de regañar a sus niños por alborotar. «¿Así que es esto lo que me espera? —pensó Luca con desazón—. ¿Captar la atención de las madres guapas con sus hijos?» Sintió que se le cerraba el estómago.

Esa noche sonó el teléfono mientras estaba en la bañera. Luca lo oyó sin la menor intención de cogerlo. Estaba sumergido entre fragantes burbujas, pensando en nada y abandonado a la apatía. Cuando por fin salió del baño, se anudó una toalla a la cintura y escuchó el mensaje. Se le encogió el corazón cuando escuchó la alegre voz de Annabel. ¿Le habría dado su teléfono Freya? «Querido Luca —decía—. Lo de anoche fue fantástico. ¿Qué te parece otra ronda? Pasaré a verte y te prepararé la cena si quieres. Llámame.» Dejó su número. Luca no tenía la menor intención de llamarla. La posibilidad de pasar una temporada en Italia le resultó de pronto más atractiva todavía. Eran muchas las cosas de las que quería huir en Londres. Desgraciadamente no podía huir de sí mismo. La única llamada telefónica que no podía evitar era la que le debía a su ex mujer. Si tenía pensado desaparecer a Italia, Claire debía saberlo.

—Ah, eres tú —dijo ella—. Todo el mundo habla de ti. ¡Deben de pitarte los oídos!

—Me voy a Italia a ver a mis padres —dijo Luca.

—Cualquiera diría que has matado a alguien.

—Aún no.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? Supongo que no me llamarías si pensaras irte sólo un fin de semana.

Luca se rió entre dientes. Claire siempre había sido rápida como un dardo.

—No lo sé. Voy a pasar allí el verano.

—Estamos en abril.

—Va a ser un largo verano.

—¿Me estás diciendo que vas a dejarme cuatro meses con las niñas?

—Por supuesto que no. —A decir verdad, sólo había pensado en ellas un fugaz instante.

—Eso espero. Me parece justo que las tengas al menos unas semanas durante las vacaciones. John y yo queremos irnos a algún sitio. Los Von Meister nos han vuelto a invitar a Saint-Tropez. Han invitado a Elizabeth y a Arun, lo cual es perfecto para las niñas, y Damien es un encanto. Así que después me gustaría dejártelas para que John y yo podamos pasar unos días solos.

—Por mí, perfecto —dijo Luca, intentando manifestar algo de entusiasmo. Siempre que la niñera también las acompañara, no habría problema. Su madre adoraba a las pequeñas.

—Te llamaré al móvil, ¿te parece?

—No lo cojo. Te llamaré desde el teléfono del *palazzo*.

—Así que de verdad estás huyendo.

—Sólo necesito un respiro.

—Si te lo hubieras tomado hace unos años, quizá nos hubiéramos ahorrado todo este desastre. —La voz de Claire tembló, presa de la amargura.

—Lo dudo. El nuestro era un fracaso cantado.

—Para ti es muy fácil decirlo. Has estado casado con la condenada Turtle Management durante tanto tiempo que no puedes imaginarte la vida sin tu empresa.

—Pues ahora estoy a punto de descubrirlo.

—Con tres años de retraso.

—¿Qué tal va todo con John? —preguntó Luca, cambiando de tercio.

—Fantásticamente —respondió ella, un poco demasiado rápido—. John es todo lo que tú no eres. ¿Quieres que te enumere sus cualidades o prefieres imaginarlas por ti mismo?

—Pensaré en ello y lo hablaré con mi terapeuta. Con un poco de ayuda profesional intentaré convertirme en mejor persona. —Se odió por haber mordido el anzuelo de Claire.

—Bah, cállate. Odio cuando te pones sarcástico.

—Te llamaré desde Italia.

—Como quieras —replicó ella.

—Dales un beso a las niñas de mi parte.

—¿Te parece justo darles esperanzas cuando no vas a verlas en meses?

—Las tendré conmigo en cuanto estés dispuesta a compartirlas. Una vez más, la pelota está en tu tejado, Claire.

Esa noche, Luca escuchó con atención el zumbido de sus propias cavilaciones como si tuviera un constante ventilador instalado en su cabeza. Vivir en unas antiguas cocheras era sinónimo de vivir en un remanso de paz. No se oía el runrún del tráfico, ni el ulular de sirenas, los ladridos de los perros, los gritos de la gente o el clamor de las bocinas; tan sólo el mortecino silencio del sueño. Si cuando trabajaba en la City se acostaba tan tarde que se quedaba dormido en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada, ahora se quedaba mucho tiempo despierto, incómodo e inquieto con su nueva existencia. No se sentía bien sin planes a la vista. Sin metas. Tenía una sensación nerviosa en la boca del estómago, como si hubiera olvidado algo importante.

De pronto, desde alguna parte se le coló una idea en la cabeza. «La oscuridad no es más que la ausencia de luz.» Se preguntó qué querría decir el mensaje y por qué se le habría ocurrido. Se quedó mirando el techo oscuro y los rayos de luz que entraban desde la farola de la calle por encima de la barra de la cortina, cortando a cuchillo la oscuridad. Y con la mente fija en esa idea, cayó en un sueño profundo.

Por la mañana se encontró presa de una extraña calma. Se quedó holgazaneando en la cama hasta que el teléfono sonó y lo sacó abruptamente de su trance, devolviéndole de un plumazo al presente. Los nervios le tensaron el estómago y la tranquilidad que había sentido hasta entonces quedó reemplazada por la conocida pesadez en el corazón. No había nadie con quien quisiera hablar: ni Annabel, ni la City, ni la prensa, ni tampoco con sus molestos amigos. Freya estaba en lo cierto: necesitaba marcharse. Resolvería sus asuntos y lo abandonaría todo y a todos. Entonces sería completamente libre.

LUCA navegaba sentado en su lancha motora con destino a Incantellaria. Recorrió con los ojos las escarpadas rocas rojas que emergían afiladas de las aguas y los detuvo en un par de aves que danzaban flirteando en la brisa. La primavera insuflaba una nueva vida a la vegetación, que lanzaba verdes destellos contra un lustroso cielo azul cerúleo, y los pequeños capullos amarillos empezaban ya a asomar. Luca aspiró el aroma a pino y sintió que se le animaba el espíritu, como si con cada exhalación alejara de sí la negatividad que impregnaba su corazón. Su madre le había recomendado que accediera al pueblo en barco.

—La mejor forma de ver Incantellaria es desde el mar —le había explicado con un acento mucho más marcado desde que el matrimonio se había instalado en Italia—. La magnificencia de las vistas te impresionará. Bajaré a buscarte en coche. ¡No sabes cuánto me alegra que por fin hayas decidido venir! Ha pasado tanto tiempo que ya empezaba a creer que no lo harías. —Su voz sonaba rebotante de vida. No había preguntado por Claire ni por las niñas, y no por una cuestión de tacto (no había nadie menos discreto que Romina), sino porque la amargura que había acompañado el divorcio de Luca también le había afectado a ella y no quería ver enturbiado su día.

La lancha zigzagueó entre las rocas, que se abrieron de pronto para dejar paso a una bahía con forma de herradura de tal belleza que Luca se levantó para poder verla mejor. El pueblo medieval se bronceaba al sol del mediodía, con sus tejados de tejas rojas relumbrando sobre las casas blancas y rosadas. Los delicados balcones de hierro forjado estaban decorados con macetas de flores blancas y rojas, y sobre los tejados asomaba la cúpula amarilla y turquesa de la iglesia. Al acercarse, Luca vislumbró las piedras de color gris claro de la playa y los barcos de pesca azul celeste y blancos varados en la orilla. Se acordó en ese momento de los claveles rojos que había mencionado Fitz y sonrió ante lo absurdo de la imagen. El sur de Italia estaba plagado de esa clase de «milagros». Hasta su madre, que era italiana, los despreciaba con un bufido desdeñoso. Por fin arribó al muelle. Había unos cuantos coches aparcados al otro lado de la playa, donde un montón de abarrotados restaurantes ocupaban la carretera entre un par de elegantes tiendas de ropa y un quiosco que vendía caramelos y postales. Una pareja de ancianos vestidos de negro sentados en un banco rumiaban sus vagos recuerdos con sus dientes podridos mientras un trío de niños

desastrados se turnaban para saltar desde un bolardo de hormigón. Luca vio de inmediato a su madre. Llevaba unas desproporcionadas gafas de sol y el pelo negro retirado de la cara y recogido con un estridente pañuelo de Pucci. Agitaba frenéticamente las manos. Él le devolvió el saludo con la esperanza de menguar su entusiasmo, pero ella no hizo sino saludar más animada al tiempo que chillaba:

—¡Cariño, cariño! ¡Has llegado! ¡Has llegado!

Cuando Luca se preparaba para desembarcar, una mujer morena acompañada de un pequeño que se acercaba despacio por la playa captó su atención y se protegió los ojos del sol con la mano para verla mejor. Era atractiva, con largos rizos morenos, la piel color caramelo y un cuerpo muy femenino y lleno de curvas enfundado en un sencillo vestido negro. A medida que la mujer se acercaba, Luca se fijó en la seriedad de su expresión y en su mirada abatida. El pequeño charlaba a su lado, pero ella parecía distraída, con los brazos cruzados en una actitud claramente defensiva y un andar lento y melancólico. El pequeño seguía charlando, inmutable.

—Luca querido —exclamó entusiasmada su madre, rodeándole con los brazos, aunque sólo le llegaba a la altura del pecho—. Has crecido. Te lo juro. ¡Estás más alto!

—Mamá, si sigo creciendo a los cuarenta, ¡cuando sea viejo me habré convertido en un gigante!

—¡Te lo juro! —insistió ella con una sonrisa que mostró el blanco de sus dientes contra su piel olivácea. Luca vio entrar a la chica guapa en uno de los restaurantes.

—¿Tienes hambre? —preguntó a su madre sin apartar los ojos de la puerta—. ¿Qué tal son estos restaurantes?

—Se come bien —respondió ella—. Pero ya tengo el almuerzo preparado en el *palazzo*. Me muero de ganas de que lo veas. No creerás lo que tu padre y yo hemos hecho con él. Deberías haberlo visto cuando era una ruina.

Aunque decepcionado, Luca no pudo negarse. Recogió su bolsa y siguió a su madre hasta el pequeño Fiat amarillo mal aparcado junto a la acera.

—Estas calles son demasiado estrechas para los coches. Han arreglado la carretera que sube al *palazzo*, lo cual es una auténtica bendición —dijo Romina, haciendo girar la llave del contacto—. Al menos así el pueblo no se llena de turistas. Hay un hotel maravilloso en la plaza y la pequeña iglesia de San Pasquale, que es un edificio encantador.

—Ah, la iglesia donde la estatua de Jesús llora lágrimas de sangre.

—¿Así que te has puesto ya al día sobre Incantellaria?

—Sólo porque Fitzroy Davenport me lo ha contado.

—¿Cómo está mi querido Fitzroy? ¿Sigue fastidiado? No sabía que había estado aquí.

—Sí. Hace mucho tiempo.

—Pues esto no ha cambiado demasiado. Es un lugar muy apartado y escondido, como una pequeña joya, y me gusta que sea así. A los lugareños les gusta la discreción. Hay muy pocos turistas. Como verás, no hay playas de arena, ni hoteles glamurosos con piscina. No hay espacio para eso. El pueblo atrae a los observadores de aves y a los ancianos que vienen a disfrutar de la belleza del paisaje. La gente elegante se va a Portofino y a Capri. *La dolce vita*. A decir verdad, la vida es más *dolce* sin toda esa caterva de modelos y de estrellas de cine.

—¿Conoces lugareños?

—A algunos, sí. Vivimos bastante retirados allí arriba, en lo alto de la colina. Ya sabes que no voy a misa y que no me involucro nunca en la vida de la comunidad, pero la gente del pueblo es muy amigable, aunque creo que les infundimos un poco de temor. Nadie quería comprar el *palazzo*. No era más que un montón de escombros. El dueño ya no quería vivir allí. Al principio se negó a vender, pero le hicimos una oferta que no pudo rechazar. Creo que la gente del pueblo nos considera muy excéntricos. Claro que no es de extrañar con tanto ir y venir de amigos que vienen a vernos de todas las partes del mundo. Somos como un hotel, con la diferencia de que no cobramos. ¿Qué sentido tiene haber ganado tanto dinero si no podemos permitirnos disfrutarlo? A tu abuela le habría gustado que gastara mi herencia así, restaurando una casa hermosa en su país natal, y no en comer y beber como el idiota de mi hermano. Por cierto, tu padre se ha empeñado en construir una piscina para que puedas venir con las niñas la próxima vez. Hace meses que no las veo y las echo terriblemente de menos. Son mis únicas nietas, y ahora que no tengo ningún contacto con su madre, verlas es aún más difícil. —Dedicó a Luca una mirada de soslayo—. No permitas que Claire las monopolice. También necesitan a su padre.

Subieron por las estrechas calles, dejando tras de sí las casas de color ocre con sus altas y ornadas ventanas y las grandes puertas de madera que daban acceso a los hermosos patios y jardines. Un par de perros escuálidos trotaban contra las paredes en busca de restos de comida mientras los lugareños observaban con curiosidad el coche al pasar. Luca bajó la ventanilla y apoyó el codo contra el marco, admirando los viejos edificios, las mujeres colgando la colada en los umbríos balcones y las feas antenas parabólicas atornilladas a los muros medievales, al tiempo que saboreaba el cálido aroma de la primavera que se elevaba en el aire con el calor. Volvió a pensar en la mujer que había visto en la playa, aunque sin duda debía de ser madre y esposa. No tenía la menor intención

de complicarse más la vida acercándose a una mujer casada, y menos aún en un pueblo italiano donde los hombres a buen seguro protegían a sus mujeres y desconfiaban de los extranjeros. Se la quitó de la cabeza.

—Así que has decidido marcharte de la City —dijo Romina cuando dejaron atrás el pueblo e iniciaron el ascenso por la colina—. ¡Ya era hora! Ahora te veremos más.

—He llegado a una encrucijada en mi vida. Necesito un tiempo para decidir qué hacer.

—Tienes el mundo a tus pies, Luca. Y dinero suficiente para hacer lo que quieras. Ni siquiera tienes que volver a trabajar si no te apetece.

Él suspiró.

—Ese es el problema, que tengo demasiadas opciones. Las cosas son menos complicadas cuando tienes límites, es más fácil elegir. La verdad es que no encuentro nada que me inspire.

—Eso es porque el divorcio te ha dejado conmocionado. Claire ha resultado ser una gran decepción. Pero eres joven. Todavía estás a tiempo de volver a casarte y empezar una nueva vida. Has venido al lugar idóneo. El *Palazzo Montelimone* te dará toda la inspiración que necesitas. Ya casi hemos llegado. —La carretera giró abruptamente después de una curva y dibujó una pendiente más pronunciada, aparentemente más estrecha a la sombra de los invasivos árboles y arbustos. Por fin, se desviaron a la derecha—. Ahora nos acercamos a la puerta de entrada. Hemos conservado las puertas originales. Eran demasiado hermosas para tirarlas —explicó Romina—. ¡Ahí están! ¿No te parecen espléndidas?

Las puertas de entrada a la propiedad eran negras e imponentes como deben serlo las puertas de entrada a un magnífico palacio. Los padres de Luca se habían tomado tantas molestias en la restauración del edificio que le extrañó que no hubieran instalado unas puertas eléctricas que se abrieran simplemente pulsando un botón. Bajó a abrirlas y contempló el camino, que trazaba una elegante curva por una avenida de cipreses y que desembocaba a lo lejos en un estanque de radiante luz del sol. Y allí, en ese mágico estanque de luz, se levantaba el *palazzo*. Su madre tocó la bocina para darle prisa.

—Vamos, sube, cariño. Tengo hambre.

—Es la entrada más hermosa que he visto en mi vida —dijo Luca al volver al coche.

—La primera vez que lo vi no era más que un montón de piedras y hiedra. El jardín lo había cubierto todo, colándose por los agujeros y echando raíces en las habitaciones. Sólo una de las dos torres estaba en pie. Era una visión muy triste. Estaba todo muy abandonado. Era como si el *palazzo* se hubiera rendido,

abandonándose a su destino como una mujer hermosa lisiada por la edad. Me enamoré en cuanto lo vi, Luca.

—¿Cómo lo encontraste, si el dueño no quería vender?

—Por casualidad. Estaba pintando un *palazzo* a las afueras de Sorrento y la dueña mencionó este lugar. Dijo que de haber tenido dinero lo habría comprado y lo habría restaurado ella misma. Como tenía un gusto exquisito, me intrigó. Cogí el coche y vine a verlo. No había nadie en la casa. Llamé a tu padre y le dije que viniera a echarle un vistazo. De todos modos, estábamos pensando jubilarnos en Italia. Yo sabía que éste sería un proyecto increíble para los dos. No te imaginas lo divertido que ha sido trabajar para nosotros después de haber trabajado para otros durante toda la vida.

Romina aparcó en la grava delante del *palazzo*. El edificio era del mismo color arena que el pueblo. Las ventanas estaban cubiertas de frontispicios barrocos y se abrían a balcones ornamentales de hierro. El pesado enladrillado había sido sustituido por el yeso en el primer y en el segundo piso, y el tejado estaba cubierto de baldosas rosas que se alzaban en dos magníficas torres. La casa estaba enclavada entre altos pinos y cipreses de color verde oscuro.

—Ven, cariño. Adelante.

La puerta era de roble viejo, enorme y con forma de arco. En el interior había una puerta más pequeña que daba a un vestíbulo de grandes baldosas de piedra cuadradas.

—Éstas son las originales —dijo Romina, llevándole a un precioso patio—. Las descubrí bajo una gruesa capa de musgo y de hierbajos. ¡Menudo hallazgo! —En el centro del patio había una fuente de piedra desde donde procedía el suave y constante goteo del agua. Contra los muros, entre las ventanas, Luca pudo ver unos limoneros en grandes maceteros de terracota. El suelo era un mosaico de piedras redondas de suaves contornos y de otras lisas y cuadradas. El efecto era asombroso. A Luca no le sorprendió. Su madre podía ser una excéntrica, pero estaba dotada de una gran inteligencia y de un enorme talento en todo lo relacionado con la estética.

En el cuerpo principal de la casa, las habitaciones tenían techos altos y atrevidas molduras y las paredes estaban pintadas con los colores originales: azul celeste, gris huevo de pato y rosa palo.

—He querido devolverle su gloria de antaño —explicó Romina, señalando con un gesto los antiguos tapices y las chimeneas de mármol—. Hemos conservado todo lo que hemos podido del edificio original. Nos ha llevado dos años de trabajo. Tu padre y yo hemos puesto en ello el alma, por no hablar del dineral que nos ha costado. Pero, bueno, ¿dónde se ha metido este hombre?

Luca siguió a su madre a un salón donde unas cristalerías daban a una terraza

que dominaba los jardines. Le sorprendió encontrar allí a un anciano que vestía traje y chaleco de *tweed* y que leía *The Times*. El hombre miró por encima de sus anteojos y asintió formalmente con la cabeza.

—Te presento a mi hijo, Caradoc —dijo Romina, cuyos amplios pantalones se inflamaron cuando se acercó a él—. Y éste, Luca, es nuestro querido amigo el profesor Caradoc Macausland. —El hombre tendió una mano huesuda y tan retorcida por la artritis que parecía una garra.

—Le ruego que no me considere un grosero por no levantarme a saludarle, joven —explicó con su entrecortado acento inglés de la década de 1950—. Uso bastón para caminar y parece haberse marchado sin mí. Debe de haber sido esa encantadora jovencita.

—Ventura —comentó Romina con un suspiro melodramático—. Cree que le ayuda dejándolo contra una pared fuera de su alcance.

—De modo que es usted el famoso Luca —dijo el profesor—. Sus padres le tienen en muy alta estima.

—No son imparciales —respondió él, lamentando tener que cargar con el vejete.

—Lo contrario sería de extrañar. ¿No le parece esto un lugar espléndido?

—Sin duda. —Luca reparó en que el profesor parecía encontrarse como en su propia casa instalado en el sillón de cuero—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó.

—Oh, un par de semanas. Aquí uno pierde la noción del tiempo. Su madre es una anfitriona perfecta, de modo que no veo motivo alguno para volver a casa.

—¿De qué es usted profesor?

—De historia —respondió Caradoc—. Soy especialista en historia antigua. Este *palazzo* debe de tener un magnífico legado y le he dicho a Romina que en cuanto encuentre a un intérprete me dedicaré a descubrir su pasado. No hablo italiano, pero sí latín, que resulta de cierta ayuda, aunque hasta cierto punto. Más allá de eso, cualquier esfuerzo es completamente inútil. Los lugareños no parecen hablar ni una palabra de inglés.

—Vaya, eso sí es un obstáculo —dijo Luca.

—Los obstáculos se superan siempre que utilicemos un poco de pensamiento lateral. Está usted en mi campo de visión lateral, joven. ¿No hablará usted italiano?

—Por supuesto.

—Bien. Cuento entonces con su ayuda. Los dos formaremos un equipo formidable. —Chasqueó los labios—. ¡Holmes y Watson! Lo vamos a pasar en grande. Me encanta desentrañar misterios. —Luca estaba ya planeando cómo dar esquinazo al anciano erudito.

—Vamos, cariño. Al profesor le gusta disfrutar de su rato de silencio antes del almuerzo —dijo Romina, invitando con un gesto de la mano a su hijo a que se reuniera con ella en la terraza. Caradoc volvió a su periódico y Luca regresó a su visita guiada, siguiendo a su madre hacia la luz del sol.

En la terraza encontró, sentados a una larga mesa y paladeando unas *bruschettas*, a un grupo de desconocidos. En cuanto los vio, se le encogió el corazón. Había ido hasta allí huyendo de la gente. Tenía planeado dedicar el tiempo a pensar en su vida, no a estar cotorreando con un puñado de ancianos.

Miró a su alrededor. La vista del mar y del pueblo era espectacular y abarcaba hasta el mismísimo corazón de Incantellaria. Romina se acercó al instante a sus invitados.

—Amigos, quiero presentaros a mi hijo Luca. —Éste recorrió al grupo con la mirada y, al verles allí sentados a la sombra con sus copas de vino, no pudo evitar preguntarse si llevarían instalados en el *palazzo* tanto tiempo como el profesor.

Romina procedió a presentarlos uno por uno, empezando por una mujer menuda de pelo rubio y rizado y unos enormes ojos azules. La mujer llevaba una blusa de chifón de color rosa claro atada con un lazo al cuello.

—Éstos son Dizzy y su marido, Maxwell. Viven en Viena. Y la adorable criatura que ves sobre las rodillas de ella es *Smidge*. —Dizzy acariciaba un perro blanco y peludo con unas uñas largas y pulcramente cuidadas.

—Hola, Luca. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Hola —saludó Maxwell, pasándose la mano por la calva—. ¡Qué alegría conocerte por fin! ¡Un hombre que batea en el mismo equipo!

—Maxwell también trabaja en el mundo de las finanzas —explicó Romina. Luca intentó reprimir la irritación. Todo lo que vio en Dizzy y en Maxwell le pareció repugnante.

—Y ésta es Ma Hemple. —Romina puso las manos en los blandos hombros de una anciana señora. Ma tenía el cabello totalmente gris salvo por unos dramáticos mechones negros que iban desde la frente al moño que coronaba lo alto de su cabeza, como un mapache. Cuando se quitó las gafas de sol con montura roja, sus ojos resultaron ser de un verde sorprendentemente pálido. Los labios carmesíes hacían juego con las amapolas de su vestido, bajo el que asomaban unos anchos pantalones negros. Era una mujer corpulenta con un seco sentido del humor que fácilmente podía confundirse por grosería.

—¡Ya era hora! —dijo sin tan siquiera sonreír—. Estábamos empezando a pensar que su madre se había inventado su existencia. —Su acento era tan característico de la clase alta como el del profesor, y su tono de voz, grave y pastoso.

—Por eso he venido, para salvar las apariencias —respondió Luca con solemnidad.

—¡Pues llega usted justo a tiempo! Venga, siéntese con nosotros. Queda una *bruschetta* y lleva escrito su nombre. —Luca no tuvo otra opción que quedarse y formar parte del extraordinario grupo. Se preguntó dónde les habría conocido su madre. Romina mostraba un voraz apetito por la gente nueva.

—¡Qué divertido! —dijo Romina, volviendo la vista hacia la cristalera con la esperanza de que Ventura apareciera con más refrescos—. ¡Qué mujer más tonta! Será mejor que vaya a buscarla. Necesitamos más vino. ¡Vino para mi hijo!

Cuando Romina desapareció dentro, el profesor irrumpió en la terraza del brazo del padre de Luca.

—Ah, aquí está mi chico —dijo Bill, sonriéndole de oreja a oreja. Era alto y flaco, y tenía el pelo canoso y escaso semiculto bajo un sombrero de paja: un hombre apuesto con una amplia y contagiosa sonrisa. Bill hacía gala de un carácter moderado y era muy jovial, un rasgo harto conveniente estando casado con la voluble Romina.

—Hola, papá —le saludó Luca. Ambos se abrazaron, claramente complacidos de verse.

—¿Qué te parece nuestra nueva casa?

—Espectacular.

—No está mal para un arquitecto y una pintora, ¿eh?

—No, nada mal.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—No lo sé. Prefiero disfrutar del día a día y decidirlo cuando llegue el momento.

—Como nosotros. Eso es lo fantástico de la jubilación —intervino el profesor.

—O del desempleo —añadió sarcásticamente Luca.

—Eso parece —dijo su padre—. Así que ha llegado el momento de probar otra cosa.

—Sí, aunque todavía no sé exactamente qué.

—Ya lo descubrirás. Toma, coge una silla y una copa de vino. Verás qué bien te sienta.

Romina regresó seguida de Ventura, una atractiva joven con una larga melena castaña oscura y unos ojos también oscuros, que llevaba en una mano el bastón del profesor y en la otra una botella de *rosé*.

—No te olvides de sacarle comida a *Porci* —le ordenó Romina, retirando una silla—. *Porci* fue un regalo de bienvenida de tu tío Nanni, Luca. —Éste arqueó una ceja. A su madre normalmente no le gustaban los perros, ni siquiera los

pequeños, blancos y peludos como *Smidge*—. Es un cerdo —añadió la mujer, agitando la servilleta y colocándosela sobre las rodillas—. ¡Un cerdito encantador!

—Que va por ahí dentro con un pañal —dijo Ma—. Una visión cuanto menos poco frecuente. Aunque debo reconocer que posee cierto encanto cochino.

—Es una preciosidad —trinó Dizzy—. Aunque es malo porque no le gusta *Smidge*.

—No me extraña —soltó Ma entre dientes.

—El único motivo de que no forme parte del menú es que tu madre quiere que las niñas lo vean —dijo Bill a Luca.

—Les encantará —gorjeó Romina.

—Y si no les gusta, nos lo comeremos —añadió Ma.

En ese momento aparecieron en la terraza dos camareros de uniforme con bandejas de comida. Los ojos del profesor se iluminaron al ver el festín, pero Ma dejó escapar un suspiro de fastidio.

—¿Qué se supone que debemos hacer con todo eso? ¿Es que no estoy ya lo bastante gorda? El cerdito va a convertirse en un cerdito afortunado en cuanto hunda el morro en los restos del banquete.

—Recuerda que no como carbohidratos —intervino Dizzy con una risa de disculpa—. Me hinchan.

—Más comida para el cerdo —replicó Ma, obviamente irritada por Dizzy—. ¿Hay algo más que no puedas comer?

—Oh, sí... —empezó Dizzy, pero el bufido de Ma la hizo callar.

—Debe de ser muy divertido vivir contigo.

—¡Vamos, queridos, empecemos! —los instó Romina, visiblemente entusiasmada.

—Tú no, Dizzy. Aunque puedes ver cómo comemos los demás —dijo Ma. La aludida dedicó una mirada severa a su marido, que optó por hacerle caso omiso al tiempo que se servía un abundante cuenco lleno de espaguetis.

Almorzaron pasta con tomate y ajo, filete con verduras y un suflé de queso y frambuesa. Cuando por fin llegó el café, estaban atontados a causa del vino y adormecidos después de la copiosa comida. Luca encendió un cigarrillo y se recostó contra la silla. Romina también fumaba, aspirando satisfecha el humo mientras los demás aligeraban sus estómagos con agua de menta y café solo.

—Bajaré al pueblo en cuanto me eche una siestecilla —dijo el profesor—. ¿Le apetece bajar conmigo, Luca? Me iría bien su ayuda.

—Creo que esta tarde me quedará aquí —respondió. Prefería tomar el sol en la piscina.

—La gente del pueblo es una inagotable fuente de talento —intervino

Maxwell.

—Las chicas italianas son muy guapas —declaró Dizzy con un entusiasmo exagerado.

—Pero todas terminan poniéndose tan gordas como yo —remató Ma.

—La culpa la tienen todos esos carbohidratos —insistió Dizzy con una sonrisa.

—Ven, quiero enseñarte el capricho —anunció Romina.

—Es lo único que hemos conservado tal como estaba —añadió Bill.

—Oh, es una fabulosa casita como la de Hansel y Gretel —dijo Dizzy, renovadamente entusiasmada—. Aunque *Smidge* se puso un poco inquieto ahí dentro, ¿no es verdad, cariño? —Besó al perro en la boca, provocando una mueca en Ma cuando la pequeña y rosada lengua del perro revoloteó sobre los labios de su dueña.

—¡Piensa un poco en tu marido! —dijo Ma—. Los perros se lamen el culo.

—Porque pueden —soltó Max con una sonrisa suficiente. Los labios carnosos de Ma se contrajeron en una contenida muestra de regocijo.

Romina se levantó.

—Ven, Luca —dijo.

—¿Quién es toda esa gente? —preguntó cuando bajaban por un estrecho sendero que serpenteaba por el jardín hacia los acantilados.

Romina se encogió de hombros.

—Gente que hemos ido recogiendo por el camino.

—¿Siempre tenéis la casa llena de... monstruos?

—¡Cariño! —le reprendió—. Tenemos toda clase de amigos, viejos y nuevos por igual. Me encanta llenar el *palazzo* de gente interesante de todas las partes del mundo.

—¿Cuándo se marchan?

—No lo sé. La gente viene y va, pero casi todos quieren quedarse. Incantellaria tiene una magia particular. Cuando vienes, no quieres irte.

—Creo que eso tiene tanto que ver con tu libre y generosa hospitalidad como con la magia del lugar.

—No estás siendo justo, cariño. Mis amigos no son indeseables parásitos, sino gente a la que elijo recibir en mi casa. Tengo un don para la amistad.

—¿Quiere eso decir que tengo que compartir mis vacaciones con un montón de chiflados?

—Si vinieras más a menudo, no tendría que llenar la casa con otra gente. Sabes muy bien que os prefiero a ti y a las niñas por encima de todos mis amigos. En cualquier caso, no les juzgues tan a la ligera. Caradoc es fascinante. Sus conocimientos de historia son vastos y maravillosos. Deberías preguntarle al respecto. Creo que es eso lo que le mantiene joven: la historia y la poesía.

—¿Y qué me dices de Maxwell y Dizzy? Son un auténtico horror.

—Sí, son un poco sosos, ¿no? Son amigos de tu prima Constanza. No suelo encontrar manzanas podridas en la cesta, te lo aseguro. Ojalá se marchen pronto. ¡A este paso tendremos que fingir que el *palazzo* está embrujado!

BAJARON deambulando la colina por una segunda avenida de cipreses hasta el capricho, un pequeño edificio de piedra gris con vistas al mar.

—Aquí lo tienes —dijo Romina—. ¿No es encantador? —El capricho era una construcción totalmente simétrica, con una ventana alta a cada lado de una gran puerta de doble hoja.

—¿Qué es?

—No lo sé —respondió Romina, haciendo girar la llave en la oxidada cerradura—. Quizás el escondrijo de unos amantes. —La puerta crujió al abrirse, dejando a la vista una armónica habitación cuadrada de paredes de terracota y techo abovedado pintado con un fresco de unos rechonchos querubines sobre un cielo celeste. En el centro había una cama con dosel del que colgaban unas gruesas cortinas de seda que en su día habían sido verdes, y delante de una de las ventanas, una preciosa cómoda de nogal; delante de la otra, un tocador. Las paredes estaban cubiertas con cuadros de chicos desnudos y las estanterías, llenas de libros eróticos. En una hornacina Luca alcanzó a ver una réplica del *David* de Donatello.

—Está claro que al antiguo propietario le encantaba el sexo —dijo sin ocultar su diversión—. ¿Quién era?

—No lo sabemos. La venta se hizo a través de sus abogados. Creo que el hombre debía de ser muy mayor. No se llevó nada con él. El *palazzo* lo construyó la familia Montelimone hará unos cuatrocientos años. Una familia acaudalada. Creo que el último *marchese* fue todo un personaje porque siempre que lo menciono la gente arquea la ceja. Después de su muerte, no sé quién lo compró. Nadie quiere hablar de eso. Quizá ni siquiera lo sepan. En cualquier caso, cuando lo encontramos era una ruina y estaba totalmente vacío, salvo por un viejo sillón de piel y una cama, que quemamos. Pero esto estaba bellamente conservado. No creímos adecuado cambiarlo. Es muy bonito, ¿no te parece?

—¿Habéis estado durmiendo aquí? —preguntó Luca, señalando la cama deshecha.

—No —respondió Romina, arrugando los labios visiblemente irritada—. Supongo que tu padre habrá venido alguna vez a dormir la siesta. Es el único sitio donde hay un poco de paz. No permito a mis invitados que vengan. Lo tengo cerrado con llave.

—No culpo a papá. La cama parece muy cómoda.

—Sí, ¿verdad? —concedió Romina, llevándose la mano a los labios—. Aun así, no me gusta que nadie la utilice, ni siquiera tu padre. Esta clase de abandono me resulta un poco triste. Ahora que te tenemos aquí para que puedas traducir, mandaré al profesor a que intente averiguar quién fue el anterior dueño. Así el anciano tendrá algo que hacer. Menudo personaje. La verdad es que estoy muy intrigada, ¿tú no?

—Sí —respondió Luca, cada vez más curioso—. ¿Por qué iba alguien a marcharse sin llevarse consigo sus pertenencias?

Esa tarde, Luca se tumbó junto a la piscina a leer una novela de Wilbur Smith. Mientras sentía el calor del sol sobre la piel y una sedosa brisa le mantenía agradablemente fresco, se olvidó por completo del profesor. Más tarde, pidió prestado el coche a su madre y bajó al pueblo, donde aparcó en la plaza dominada por la iglesia de San Pasquale, con sus muros blancos y la cúpula de mosaico. El centro de la plaza estaba ocupado por un pequeño parque con palmeras y bancos donde se sentaban a chismorrear las mujeres a la sombra mientras los niños jugaban alrededor de una fuente entre risas de excitación. Luca reconoció a uno de los pequeños: era el niño que había visto en la playa, y el único que no vestía una bata de escolar. Miró entonces en derredor intentando encontrar a la madre del pequeño, pero no la vio.

Era agradable no tener que hablar con nadie ni tener que explicarse. Deambuló hasta un *caffè* y pidió un *espresso* antes de recostarse contra la silla y fumar perezosamente. No pasó mucho tiempo hasta que tuvo compañía.

—*Buona sera.* —La mujer era delgada, tenía la piel olivácea, el pelo oscuro y rizado y la mirada segura de una sofisticada manipuladora—. ¿Tiene fuego? — Sus labios carnosos esbozaron una sonrisa al tiempo que sus ojos prometían más que eso.

—Claro.

La mujer se inclinó hacia delante y aspiró el humo de cigarrillo que pegó a la llama.

—No es usted de por aquí.

—No. Estoy de visita.

—¿Turista?

—Sí.

—Por su forma de hablar parece italiano, pero con cierto deje de otra cosa. ¿De dónde es?

—De Londres.

—Un italiano que vive en Londres. ¿Por qué iba a desear alguien vivir en una ciudad como ésa cuando puede quedarse aquí, en el país de Dios?

Luca se rió.

—Eso es lo que estoy empezando a preguntarme.

La mujer dejó flotar el humo entre sus labios.

—¿Le importa si le acompaño?

—En absoluto —respondió Luca, al que se le hizo difícil resistirse viendo cómo ella se le ofrecía en bandeja de plata.

—Tomaré un *espresso*. Mi nombre es Maria Fiscobaldi.

—Luca —dijo él.

—Aquí sirven un buen café, pero si quiere un consejo, el mejor lo sirven en Fiorelli's. Está en el muelle. Debería probarlo.

—Lo haré.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—No tengo ni idea.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—¿El tiempo suficiente para disfrutar de la mejor vista de Incantellaria?

—Seguro. ¿Dónde está eso?

—Se lo enseñaré después del café. Le aseguro que no verá nada igual. —Había cierta malicia en sus ojos.

Luca llamó al camarero y pidió dos cafés. Terminaría subiéndose por las paredes con tanta cafeína. Maria se recostó contra la silla y le estudió detenidamente. Luca conocía bien esa mirada: los ojos somnolientos, la expresión de reconocimiento, el arrobamiento de admiración en las mejillas, el deseo desnudo vibrando en el espacio invisible que los separaba. Sabía que después habría sexo, aunque no estaba de humor para ello. No había ido hasta allí para eso, aunque había que reconocer que la mujer era hermosa. Llegaron los cafés y charlaron. Ella le contó cosas de su vida y él se contentó con escuchar, hartado como estaba de hablar de sí mismo. Una hora más tarde, pagó la cuenta y se levantó para marcharse.

—¿No va a venir a ver las vistas? —preguntó ella, decepcionada.

—En otro momento quizá.

—No sabe lo que se pierde.

—En ese caso, soy yo quien sale perdiendo.

—Gracias por el café.

—Un placer.

Ella le dedicó una sonrisa sugerente.

—Todo lo contrario. El placer ha sido mío.

Luca regresó al *palazzo*. Su madre hablaba con Ventura y con otra criada en el

vestíbulo.

—Cariño, ¿dónde estabas?

—En el pueblo —respondió él.

—¿A que es una monada?

—Más de lo que había imaginado —dijo él con una sonrisa.

—Ven a tomarte una copa. La cena se servirá a las nueve.

—Creo que iré a darme una ducha.

—No tardes. El profesor ha preguntado por ti.

Luca puso los ojos en blanco.

—No quiero tener que hablar con ese vejete. He venido de vacaciones.

—Pues tendrás que hablar con él. Fin del asunto.

Luca se retiró a su habitación. Cuando por fin salió a la terraza, encontró a Dizzy sentada hablando con su madre. Se unió a ellas, visiblemente irritado.

—¿Qué tal su tarde? —preguntó Dizzy con una deslumbrante sonrisa, al tiempo que agitaba su pelo rubio—. Yo he pasado un rato muy relajante al sol, leyendo mi libro. Luego Max y yo hemos hecho un poco de conejismo.

—¿Conejismo? —repitió Luca.

—Sí, cuando pasas un rato abrazados en la cama como dos conejillos. —Hizo una mueca de fingida culpa—. Ya sé que es muy indulgente de nuestra parte, pero la cama es tan cómoda que cuesta salir de ella.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. Compré las mejores sábanas de Frette —intervino Romina.

—Mañana nos vamos a Capri. ¿Por qué no nos acompaña? —preguntó Dizzy a Luca.

—Gracias, pero creo que me quedaré por aquí y haré un poco de conejismo conmigo mismo.

Su madre le lanzó una mirada recriminatoria.

—Luca está agotado. Necesita descansar.

Él conversó con monosílabos durante la cena y no se quedó al café. Romina le excusó.

—Está pasando por un momento muy difícil. Ha dejado la City, se ha divorciado y no sabe qué hacer. Tengo que encontrarle una buena chica.

—El pueblo está lleno de ellas —sugirió Caradoc—. Las italianas son muy atractivas.

—No, no quiero ni oír hablar de las chicas de aquí —se mofó Romina—. ¡Por Dios bendito, no! Estaba pensando en una chica con un poco más de clase.

—No creo que el matrimonio entre en los planes de Luca —la amonestó su padre.

—Pues desde luego sí entra en los míos. Los hombres están mucho mejor

casados. No hay más que ver a Nanni —dijo, refiriéndose a su propio hermano—. ¡Menudo desastre!

—No le desearía un matrimonio con Nanni ni a mi peor enemiga —dijo Bill.

—La verdad es que yo tampoco —concedió Romina.

Durante los días que siguieron, Luca se las ingenió para dejarse ver poco. Se mostraba cortés, aunque distante. Pasaba la mayor parte del tiempo en la piscina o andando solo por la playa de piedras, sumido en sus cavilaciones. A pesar de la belleza de Incantellaria, le resultaba imposible aligerar el peso que le oprimía el alma. Pensó en Maria y sintió que se le encogía el corazón. Como muchas de las mujeres que había conocido, Maria era un delicioso frasco de miel, y cuando la miel se terminaba, lo único que quedaba era el frasco vacío. Su alma anhelaba algo más. Un frasco que no se vaciara nunca. Una miel que durara. Quizá no había nacido para las relaciones largas, y estaba destinado a volar de flor en flor como las abejas, sin quedarse mucho tiempo en ninguna.

Durante casi una semana, había conseguido declinar las invitaciones del profesor a acompañarle al pueblo, pero no podía seguir eternizando su negativa. Durante el almuerzo, cuando Dizzy sugirió hacer una excursión a Positano, decidió que el profesor era sin duda el menor de los dos males. No tenía deseo alguno de pasar el día con un par de conejos amorosos.

El profesor disfrutó de una larga siesta y se levantó a las cuatro para bajar al pueblo. Romina le dejó el coche a Luca y salió a despedirles. El olor a pino y a eucalipto impregnaba el aire y el ligero trino de los pájaros envolvía el silencio desde sus ramas.

—Creo que el *palazzo* cuenta con una trágica historia —dijo Caradoc—. Lo percibo en las habitaciones. Son hermosas, aunque el ambiente está cargado de una melancolía provocada por algo que no alcanzo a identificar. La he percibido antes en los antiguos templos y palacios griegos. Es la energía de los acontecimientos que tuvieron lugar en ellos y que queda impresa en la piedra. Si esos acontecimientos son trágicos, es como si las propias paredes estuvieran cubiertas de tristeza. Y quiero llegar al fondo. Dos mentes funcionan mejor que una. ¿Me acompaña en la aventura, joven?

Luca no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo mostrado por el anciano.

—Cuente conmigo, profesor. ¿Por dónde quiere empezar?

—Por el centro del pueblo. Por la iglesia.

—¿Qué es lo que espera encontrar allí? —«Aparte de la estatua que llora lágrimas de sangre», pensó no sin cierto cinismo.

—Viejos —respondió el profesor—. Los viejos pasan mucho tiempo en las iglesias. Los viejos saben cosas. Y a los viejos les encanta hablar del pasado.

Luca ayudó a bajar al profesor del coche y le dio su bastón.

—Concédame un minuto para que sienta las piernas —dijo Caradoc, agitándolas un poco—. La verdad es que soy un afortunado por conservarlas. A punto estuve de perderlas en la guerra. —Se rió entre dientes mientras avanzaban despacio por la calle que llevaba a la iglesia. Había tiendas de ropa, una farmacia, una carnicería, un barbero y una panadería, y todos habían abierto después de la siesta. Luca reparó en el niño que había visto hacía unos días y que deambulaba sin rumbo aparente entre los árboles como un perro perdido.

La iglesia era un lugar fresco entre cuyas gruesas paredes de piedra reinaba la penumbra. Salvo el eco de la silenciosa oración, no se oía en ella sonido alguno. Al fondo, donde estaba situado el altar, estaban las mesas con cirios que parpadeaban fantasmagóricamente en la semioscuridad, iluminando la estatua de mármol del Cristo en la cruz. Luca no se había creído ni por un segundo que la estatua en algún momento hubiera llorado sangre. Algún listillo con pintura roja y una especial afición por el drama era sin duda el responsable. Siguió a Caradoc por el pasillo central, sin saber con seguridad qué era exactamente lo que buscaban. El lugar olía a cera caliente y a incienso. Recorrió con los ojos los frescos de la Natividad y de la Crucifixión; la iconografía decorada con pan de oro relumbraba a la luz de las velas. Se trataba de una capilla encantadora y a todas luces bien atendida, lo cual no resultaba sorprendente en un lugar como ése, donde el catolicismo era la esencia misma de la comunidad.

Había gente a ambos lados del pasillo: una anciana con un rosario, un anciano con un sombrero negro arrodillado en oración, una joven con un velo negro que prendía un cirio al tiempo que cerraba los ojos y pedía un deseo imposible. Caradoc se apoyó en su bastón.

—¿Y ahora qué? —siseó Luca, metiéndose las manos en los bolsillos. ¿Cómo diantre se había dejado engatusar por el profesor para llevar a cabo su demente empresa?

—Estoy buscando a la persona más anciana del lugar —se rió alegremente Caradoc—. Alguien de mi edad. Ah, ahí está. —El hombre arrodillado en oración estaba tan quieto que bien podría haber estado muerto de no haber sido por el brusco movimiento de su pie, que se agitó de pronto como la cola de un gato dormido.

—No puede interrumpir su oración.

—Por supuesto que no. Esperaré a que termine.

—Quizá le lleve toda la tarde.

—No tengo prisa. Tengo un par de cosas que contarle al buen Dios mientras

espero —dijo Caradoc, caminando pesadamente hacia el hombre y tomando asiento a su lado.

Cuando se sentó a esperar, Luca vio que la mujer que estaba junto a los cirios se volvía y avanzaba por el pasillo central hacia él. Era la misma que había visto en la playa, la madre del niño que jugaba fuera. La reconoció de inmediato por el modo en que sus caderas se bamboleaban suavemente al caminar.

—Ahora vuelvo —le susurró a Caradoc antes de salir tras ella hacia la *piazza*. La mujer vestía de negro y el velo le llegaba a la cintura. Luca reparó en el modo en que ondeaban sus cabellos, en la delicada curva de sus caderas y de su trasero y en los finos tobillos y pantorrillas. Antes de que hubiera pensado en lo que le diría, se encontró saludándola en italiano. Ella se volvió, sobresaltada.

—Siento haberla sobresaltado —dijo él, intentando distinguir sus rasgos ocultos tras el encaje bordado del velo—. No pretendía espiarla. Acabo de llegar a Incantellaria de Inglaterra. Mis padres viven en el *Palazzo Montelimone*. —La mención del lugar pareció captar la atención de la mujer, que de pronto se mostró menos tímida que curiosa. «Bien», pensó Luca. «Voy a tenerla a punto antes de que el viejo haya llegado a la mitad de sus oraciones»—. Estamos intentando descubrir algo sobre la historia del lugar. Quién vivió en la casa, cómo era, ya sabe... Es natural querer saber cosas sobre el pasado. Es un *palazzo* muy hermoso.

—Yo no sé nada —dijo ella. Su voz era suave y grave como una flauta de pan. Acto seguido dio media vuelta y cruzó la plaza.

—Quizá tenga usted una abuela que sepa algo —insistió él, corriendo tras ella.

—No —respondió la mujer, apretando el paso—. Hace décadas que el *palazzo* está deshabitado. Era una ruina.

—Pues ya no lo es. Es precioso. ¿Podría recomendarnos a alguien? ¿Algún historiador local, quizás? ¿Hay alguna biblioteca en el pueblo?

—No, a nadie —respondió ella con firmeza.

Luca se sintió estúpido yendo tras ella.

—Bueno, pues gracias por su tiempo —le gritó.

Ella sonrió educadamente y se alejó presurosa, deslizando rápidamente sus piececillos sobre las baldosas de la plaza. El niño salió de entre las sombras de los árboles y corrió a reunirse con ella. Luca le sonrió y le saludó con un pequeño gesto de la mano. Los enormes ojos marrones del niño parecían perplejos. Vaciló un instante, boquiabierto, antes de dar media vuelta y correr tras su madre, que salía ya de la plaza por una estrecha callejuela, casi perdida entre las sombras.

Luca regresó a la iglesia. No iba a ser tan fácil como había creído. Entendió de pronto que su madre no hubiera logrado descubrir nada sobre la historia de la

casa si nadie quería hablar. Tomó asiento al lado de Caradoc.

—Apuesto a que no ha descubierto nada —susurró el profesor.

—Así es. No ha querido hablar.

—Por supuesto que no. Debe de haber creído que simplemente quería darle conversación.

—¡Nada más lejos de la realidad! —bromeó Luca.

—Tenga cuidado con los hombres de su familia. No le aconsejo tener que vérselas con un italiano.

—¿A mí me lo dice?

—Usted es sólo mitad italiano. Estos sureños son muy pasionales. Hay hombres que mueren por mucho menos.

Por fin, el anciano cogió su misal y se dispuso a salir. Caradoc le dio una palmadita en el hombro.

—Buenos días —dijo el profesor en latín. El anciano pareció confundido.

—*Buona sera* —susurró Luca—. Perdónenos por importunarle. Somos nuevos en el pueblo. Vivimos en el *Palazzo* Montelimone, en la colina. ¿Le importa si le hacemos algunas preguntas sobre la historia del lugar? Nos ha parecido que sería usted la clase de persona que podría ayudarnos.

El anciano sorbió ruidosamente.

—Salgamos —siseó, levantándose con dificultad. Los dos hombres le siguieron hasta la *piazza* y tomaron asiento en uno de los bancos. Las madres chismosas se habían ido a casa y la *piazza* estaba en silencio.

—Soy Caradoc Macausland —se presentó el profesor estrechando la mano del hombre.

—Tancredi Lattarullo. ¿Así que viven en Montelimone? —Sonrió al profesor, dejando a la vista unos grandes huecos negros entre unos cuantos dientes largos y marrones. Tenía la piel bronceada y cubierta de pelo, y las alegrías y penas de la vida impresas en profundas arrugas como áridos ríos en un desierto. Volvió a sorber por la nariz.

—Mis padres viven aquí —intervino Luca en italiano—. Me llamo Luca.

—Sí, sé quién vive en el *palazzo*. Nadie del pueblo viviría allí arriba. Deben de ser muy valientes —dijo Tancredi al tiempo que su risa repiqueteaba en su pecho como un viejo motor.

—¿Siempre ha vivido aquí? —preguntó Luca.

Tancredi estuvo encantado de hablarles un poco de sí mismo.

—Llevo toda la vida en Incantellaria —dijo, exhalando una bocanada de humo—. Sobreviví a la guerra. Luché por mi país. Las cosas que he visto bastarían para helarle la sangre en las venas. Pero fui un héroe. Deberían haberme concedido unas medallas por las cosas que hice en Monte Cassino. Y mírenme

ahora. A nadie le importa. La vida era mucho mejor entonces. La gente cuidaba de los demás, no como ahora. Cada uno se preocupa solamente de sí mismo. Los jóvenes no aprecian aquello por lo que sus paisanos lucharon y murieron.

—¿Quién vivió en el *palazzo* durante la guerra? ¿Lo ocuparon los alemanes?
Tancredi negó con la cabeza.

—Pertenecía al *marchese* Ovidio di Montelimone. Era un pequeño príncipe. Demasiado bueno para mezclarse con la gente de aquí. Celebraba su propia misa privada en el *palazzo*. El padre Dino subía la colina en bicicleta y volvía a bajar en pleno calor, a pesar de que el *marchese* tenía chófer y un lustroso Lagonda blanco. Era como una pantera, ronroneando al pasar, una auténtica belleza. Todavía lo recuerdo. Parece que fue ayer. La única persona que también tenía coche era el *sindaco*. Ahora no sólo tiene coche el alcalde, sino todo el mundo, y el olor se me mete en la nariz. —Volvió a sorber por las fosas nasales para dejar claro su argumento—. Las personas se convierten en animales tras el volante. Se creen invencibles. En aquellos tiempos viajábamos a caballo y la vida era mejor.

—¿Qué fue del *marchese*?

—Le mataron allí, en su *palazzo*. —Tancredi trazó una línea sobre su cuello de pollo. Luca tradujo enseguida sus palabras a Caradoc.

—Pregúntele si fue un asunto de honor —dijo el profesor, que parecía haber rejuvenecido gracias a su entusiasmo.

Tancredi se encogió de hombros y puso cara de pez.

—Nadie sabe la verdad. Pero mi tío era el *carabiniere* del pueblo y he oído murmurar que el *marchese* mató a Valentina, su amante, y que el hermano de Valentina le mató a él.

—Una cuestión de honor —repitió Luca—. No me extraña que nadie quiera hablar de ello.

—La muerte de Valentina apareció en todos los periódicos de la época porque estaba en el coche con el infame mafioso Lupo Bianco; los mataron a los dos. Una belleza de pueblo cubierta de diamantes y de pieles, que iba camino a Nápoles en plena noche. —Arqueó las cejas, claramente complacido ante la posibilidad de divulgar el chisme—. Como supondrá, fue una historia sensacional. Alba, la hija de Valentina, vive aquí, en Incantellaria. Es inglesa, como usted. Pero vino hace treinta años y jamás ha vuelto a Inglaterra. Eso es lo que les ocurre a los que vienen. Que no vuelven. Pero no conseguirá que hable de lo que sucedió. Ha pasado mucho tiempo. A nadie le gusta remover el pasado. El *marchese* recibió su merecido. Valentina era la luz de Incantellaria y él la extinguió.

—¿Y eso es todo? —dijo Luca—. ¿Por eso nadie quería comprar el *palazzo*?
Tancredi pareció inquietarse.

—Está embrujado.

—¿Embrujado? ¿Por el *marchese*?

—Claro.

—¿Cómo lo sabe?

—Todo el mundo lo sabe. Durante años el *palazzo* estuvo deshabitado. El *marchese* se lo dio a un hombre llamado Nero, que a su vez dejó que el *palazzo* se pudriera como un pastel que nadie quiere. Luego Nero se fue. Creo que se arruinó. Nadie quería comprarlo. No sé qué fue de él, pero durante los años siguientes, durante las noches oscuras, se veía parpadear luz de velas por las habitaciones. La policía subió a investigar en numerosas ocasiones, pero no encontró nada. —Dio una larga calada a su cigarrillo, haciendo una pausa para provocar un mayor efecto—. Naturalmente, abundaban las historias, testimonios de visiones, gritos, ruidos... Nadie duda de que el *marchese* sigue allí, en la colina.

—Bueno, pues mamá tiene por fin la historia que tanto buscaba —dijo Luca mientras volvía caminando al coche con el profesor.

—Un asesinato, nada menos —exclamó Caradoc—. Con fantasma incluido. No esperaba menos del sur de Italia. Material detectivesco más que satisfactorio. Buen trabajo, hijo.

—Menudo peligro tenía la tal Valentina.

—Ya lo creo —concedió Caradoc, soltando una risilla entre dientes—. La guerra llevó a la gente a extremos insospechados. No había límites. Yo combatí por el rey y por la patria. Fue brutal y romántico a la vez. La muerte estaba por doquier y teníamos una novia en cada puerto. Luego regresé y me casé con Myrtle, mi novia de toda la vida.

—¿Qué fue de Myrtle?

—Murió. Cáncer.

—Lo siento.

—Los mejores se van siempre los primeros.

—¿Hijos?

—Cuatro. Ya son mayores. Pero viajo desde que me jubilé. Nada me complace más que ver mundo. Creo que me quedaré aquí un tiempo. Como ha dicho Tancredi, la gente viene a Incantellaria y nunca se va.

—Oiga, Caradoc, ¿qué le parece si vamos a tomar una copa al paseo marítimo?

—Pues me parece una idea excelente, joven. Hay una agradable *trattoria* llamada Fiorelli's. Sirven el *espresso* en la terraza y las chicas son de buen ver.

—Suenan de maravilla —dijo Luca, tomando suavemente al profesor del brazo.

6

ALBA permaneció en las sombras con su hija mientras los dos hombres se sentaban a una de las mesas de la terraza.

—Ése es el hombre —dijo Rosa, estudiándolo detenidamente con sus ojos claros—. Cosima ha dicho que era alto, moreno y guapo.

—Me alegro de que se haya fijado en él —comentó Alba—. Ya es hora de que siga adelante con su vida. Han pasado tres años.

—¡Es guapísimo! Si yo no estuviera casada...

—La verdad, a juzgar por cómo os comportáis Eugenio y tú, es un milagro que sigas estándolo. Peleáis como perro y gato.

—Pero las reconciliaciones son deliciosas —replicó Rosa con una sonrisa.

—Me pregunto quién será el hombre que le acompaña. ¿Será su padre?

—¿Te refieres al anciano? Es inglés. Ya ha estado antes aquí... Viene del *palazzo*.

—Será mejor que les atiendas, Rosa. No se los dejes a Fiero. Quiero detalles.

Alba se retiró a la cocina, donde Alfonso sudaba delante de un caldero de sopa mientras su hijo Romano, vestido con un delantal y un gorro blancos y limpios, cortaba verduras en la tabla de carnicero en el centro de la habitación. Alba se sentó a una pequeña mesa de madera situada en el rincón y se frotó la frente, cansada. A sus cincuenta y cinco años seguía siendo hermosa. El pelo lustroso le caía sobre la espalda en una densa melena ondulada y tenía la piel del color de la densa miel, aunque el resplandor de la juventud había sido reemplazado por un color más mundano. Sus ojos, de color gris claro y del todo inesperados en un rostro tan latino, todavía poseían el poder de cautivar, y su cuerpo era voluptuoso como el melocotón más jugoso. En su día había sido una mujer muy directa, aunque los años la habían calmado y los hijos le habían suavizado el carácter, limándole las aristas y otorgándole el don de la generosidad, de ahí que fuera muy querida y respetada en su pequeño rincón de Italia. Alba suspiró. Los ires y venires que tenían lugar en el *palazzo* tan sólo le estaban ocasionando dolores de cabeza. Le gustaba Incantellaria como era: tranquila, secreta, anclada en el tiempo. Obviamente, los recién llegados no traían consigo nada bueno. Desde que se habían instalado en el *palazzo*, un constante flujo de gente había ido llegando al pueblo. Jóvenes y viejos, todos buscaban diversión. Y aunque unos cuantos eran beneficiosos para la economía del pueblo, en general todos ellos eran una amenaza para su modo de vida. ¿Acaso pretendían convertir el

palacio del *marchese* en un hotel? De pronto imaginó clubes nocturnos y fiestas en la playa y temió la llegada de los promotores inmobiliarios. ¿Por qué no se compraban una casa en algún pueblo que estuviera más de moda y que tuviera ya la infraestructura necesaria para acogerles?

—Por encima de mi cadáver —masculló entre dientes—. ¿Dónde está el fantasma cuando más le necesito?

Rosa salió pavoneándose a la terraza, bamboleando las caderas y sacando culo para acentuar la hermosa curva de su espalda. El corto vestido rojo se le ajustaba al cuerpo y su lustroso cabello moreno le caía sobre los hombros en oscuras oleadas. Había heredado los ojos claros de su madre, sus pestañas negras y el mismo arco petulante en los labios, aunque la barbilla fuerte y la cara ancha y angulosa eran herencia de su padre. Se sabía hermosa. La mayoría de peleas que provocaba con su marido, Eugenio, llegaban motivadas por sus flirteos: Eugenio estaba muy guapo cuando se enfadaba y la vida sería aburrida sin el fuego de sus batallas y la dulzura de sus reconciliaciones.

Luca alzó los ojos y a Rosa el corazón le dio un vuelco. Era un hombre malévolamente apuesto.

—Buenos días —saludó alegremente. Su perfecto inglés les dejó perplejos a ambos.

—Santo Dios —exclamó Caradoc—. Una belleza latina que habla inglés como la mismísima reina.

—Me complace mucho que piense así. Mi madre es inglesa. Mi padre, italiano.

—Ah, eso lo explica —dijo el profesor—. ¿Qué le había dicho, Luca? Las chicas están de buen ver, ¿no cree?

—Mi amigo dice que sirven un café muy bueno.

—Ah, pero ¿no es su padre? —preguntó Rosa.

—Somos hermanos —bromeó Caradoc—. ¿Acaso no ve usted el parecido?

Rosa soltó una risilla.

—Por supuesto. ¡Qué boba! Entonces, ¿dos cafés, hermanos?

—Que sean dos cafés bien cargados, y tráiganos también una jarra de leche caliente —dijo Luca—. Leche ardiendo.

—¿No ha traído a su esposa? —preguntó ella inocentemente.

—No tengo esposa. —Aunque estaba acostumbrado a tratar con mujeres como ella, Rosa no parecía tener más de veinticinco años.

—Qué lástima —respondió ella con una sonrisa compasiva—. Y díganme: bajan ustedes del *palazzo*, ¿verdad?

El profesor asintió.

—Los fantasmas todavía no nos han ahuyentado.

—¡Bah, bobadas! —exclamó Rosa, poniendo los ojos en blanco—. Les traeré

el café. Y luego les contaré todo lo que quieran saber sobre ese lugar. No sé si saben que mi abuela era Valentina. —Vio cómo los ojos del más joven se iluminaban presas del interés.

Alba salió en ese momento de la cocina.

—¿Y bien? ¿Quiénes son?

—El más joven se llama Luca. No son padre e hijo. Luca le ha llamado «amigo mío». —Esbozó una sonrisa malévola—. Y no está casado.

—Divorciado —observó Alba.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición. Tiene todo el aspecto de ser un hombre que se ha visto arrastrado por los tribunales víctima de una mujer avariciosa.

—¡Es guapísimo! —jadeó Rosa al tiempo que colocaba dos tazas bajo la máquina del *espresso*—. Yo podría hacerle feliz.

—Ten cuidado —le advirtió Alba—. Conseguirás hacer enfadar a Eugenio y no me veo capaz de soportar otra pelea de las vuestras.

—Si quieres, nos mudamos —dijo Rosa, enfurruñada.

—No digas tonterías. ¿Y dejarme con Cosima?

—Parece una bruja, siempre vestida de negro.

—Está de luto. Es su elección y también su derecho.

—Pues es un engorro para los que vivimos con ella. No sé si sabes que mis niños la llaman *la strega* a sus espaldas.

—Si la llaman bruja, querida, es sólo porque te han estado escuchando. Ten un poco de compasión.

—Me parece una exageración. Como tú misma has dicho, ya han pasado tres años.

—Esa clase de pérdidas no las cura el tiempo —sentenció Alba implacablemente—. Ruega a Dios que no te ocurra a ti. Y ahora llévalas el café. Estás aquí para servir, no para flirtear.

—No sé a quién me parezco.

—No seas descarada.

—Papá siempre ha dicho que costó lo suyo domesticarte.

—Bobadas. Fui suya en cuanto le vi en el muelle. —Alba vio cómo su hija caminaba provocativamente por la terraza. Vio también cómo los ojos del joven se posaban durante un instante en el escote de la chica antes de subir hasta su rostro. Alba negó con la cabeza en un gesto de resignación. Indudablemente, era un hombre muy guapo. Se acordó al verle de Fitzroy Davenport, el hombre con el que a punto había estado de casarse, y con el que se habría casado si él hubiera tenido la valentía de seguirla. Se acordó de la aventura que habían vivido en el *palazzo*, colándose entre las ruinas en busca de misterios que rodeaban a la

muerte de su madre. Qué bien lo habían pasado buscando pistas en las húmedas habitaciones cubiertas de hiedra y de moho. Luego habían conocido al demacrado Nero, impregnado de ese olor a alcohol y a decadencia mientras se pudría en el *palazzo* que había heredado del *marchese*. ¿Por qué habría decidido finalmente vender el lugar? La enojaba que lo hubiera hecho. Debería haberlo dejado como estaba, convertido en una ruina. La naturaleza habría terminado devorándolo, tragándose el pasado y la oscuridad que envolvía las visitas secretas de su madre, cuando había dejado que el *marchese* le hiciera el amor en el capricho. La idea de que unos desconocidos hubieran construido sobre el pasado sin el menor cuidado, borrando la historia con pintura y papel pintado era un insulto a la memoria de su progenitora. Nero debería haber dejado que el *palazzo* se cayera en pedazos, abandonándolo al espíritu del *marchese*, que sin duda vagaba por esos pasillos en un infernal limbo de su propia maldad.

¿Y qué decir de Fitz? Alba le había amado, pero más había querido a Italia y a Cosima. A menudo pensaba en él. Se preguntaba qué estaría haciendo y si todavía se acordaba de ella. Alba le había roto el corazón. Se había marchado de Inglaterra y había empezado una nueva vida. No se había arrepentido. Dos de sus hijos se habían ido a vivir al norte, a Milán, pero Rosa se había quedado junto con sus tres pequeños, que eran, sin duda, una alegría infatigable. De no haber sido por Cosima y su trágico pasado, Alba habría afirmado que era una mujer absolutamente feliz. Se acordaba de Immacolata, su abuela, y de los altares que había levantado en honor a Valentina y al hijo que había perdido en la guerra. Todavía podía oler la cera de los cirios impregnada en las paredes de la casa que había heredado. Immacolata a punto había estado de morir de pena, un peligro que también corría Cosima. Alba tenía a su sobrina pendiente de las cuentas de la *trattoria*, intentando así mantener su mente ocupada para que procurara superar la pérdida que había sufrido. Pero Francesco lo había sido todo para ella: el sol, la luna, las estrellas... Sin él, los días de Cosima se hundían en el marasmo del pesar y de la culpa. Si no le hubiera perdido de vista, quizás él no se habría ahogado.

Rosa tomó asiento en la silla que el profesor había retirado para ella.

—Soy el profesor Caradoc Macausland —se presentó el anciano, tendiéndole una mano nudosa. Ella la estrechó con las yemas de los dedos como si la artritis del profesor fuera contagiosa.

—Rosa Amato —respondió. Luca no le ofreció la mano. No tenía intención de darle esperanzas de ningún tipo, por muy encantadora que fuera. A juzgar por los anillos que llevaba en el dedo, la muchacha estaba casada, y su redondeado estómago indicaba que también era madre.

—Luca —se limitó a pronunciar su nombre a modo de presentación, al tiempo

que añadía leche caliente al café.

—Y bien, caballeros, ¿qué tal todo por allá arriba? —Rosa tenía los ojos bien abiertos de pura curiosidad.

—Una auténtica maravilla —respondió Caradoc—. La madre de Luca tiene un gusto exquisito.

—Mi tío abuelo Falco conoció al *marchese* —declaró Rosa—. El viejo pervertido tenía toda clase de amantes, hombres y mujeres.

Les distrajo una ráfaga de viento al tiempo que un destello negro pasó como una furiosa exhalación junto a la mesa y entró a la *trattoria*.

—Oh, cielos, ésa es mi prima Cosima. No parece muy contenta.

Luca reconoció a la misteriosa mujer que había visto en la iglesia.

—¿Es pariente suya?

—Sí, mi abuela y su abuelo eran hermanos. ¿No cree que nos parecemos? Aunque el negro no es mi color. —Se levantó—. Será mejor que vaya a ver qué ocurre. ¡Seguro que vuelve a ser culpa mía! —Dejó a los dos hombres ansiosos por saber lo que se decía dentro del local.

—Me pregunto si está casada —dijo Luca.

—Rosa lo está, sin duda —respondió el profesor con una sonrisa—. *Go, lovely Rose! Tell her, that wastes her time and me, that now she knows, when I resemble her to thee, how sweet and fair she seems to be.*[*]

—No, no me refiero a ella, sino a la mujer de negro.

—Ah, Edmund Waller. ¿Conoce su obra? ¡Qué genio! La misteriosa mujer de negro, ¿eh? Supongo que se trata de una viuda. Por eso viste de luto.

—¿Eso cree? —preguntó Luca, arqueando las cejas esperanzadoramente.

—Ah, jovencito, está usted buscando una oportunidad.

—Es una mujer fascinante.

—Sólo porque no quiere hablar con usted.

—Lo hará.

El profesor negó con la cabeza.

—Precisamente es esa clase de arrogancia el motivo de que jamás consiga a la mujer que realmente desea.

Cosima hablaba tan deprisa que sus palabras eran como la descarga de una ametralladora.

—Han vuelto a llevarse sus cosas. ¡Están por toda la casa! —Sus brazos se agitaban, removiendo el aire a su alrededor—. Pero ¿es que tengo que cerrar mi puerta con llave para impedir el paso a mis propios primos? ¿Cuántas veces voy a tener que decirles que no entren a mi habitación? Que no toquen sus cosas. Son todo lo que me queda de él. Si las desperdigan por la casa, las perderé, y entonces seré yo la que pierda el oremus. ¿Es que no te das cuenta? ¿Nadie es

capaz de verlo? —Se echó a llorar.

—Siéntate, Cosima —dijo Alba con suavidad, ayudándola a tomar asiento en una silla. En ese momento apareció Rosa con los hombros tensos de pura irritación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, intentando parecer preocupada.

—Los niños. Han vuelto a coger las cosas de Francesco.

A Rosa se le oscureció el semblante en una reacción claramente defensiva.

—Eso no es cierto. Saben que no deben entrar en tu habitación.

—Pues si no han sido ellos, ¿quién ha sido?

—No lo sé —dijo Rosa, cruzándose de brazos—. Pero no han sido mis niños. Lo juro.

—Se lo preguntaremos cuando volvamos a casa —dijo Alba diplomáticamente.

—Bien. Preguntádselo. Pero sé que tengo razón. No puedes ir por ahí culpando a mis hijos cada vez que una de las baratijas de Francesco aparece en el salón.

—Ya, querida, pero no querrás que culpe a tu padre, ni a Eugenio o a Toto.

—Estoy harta de que siempre me acuses a mí —dijo Rosa con la mirada encendida—. No hago más que vagar por la casa tratando de pasar desapercibida, aterrada por si digo o hago algo equivocado, temiendo que mis hijos te ofendan, hagan algo que te duela o, peor aún, apaguen el cirio que tienes siempre encendido. Ya han pasado tres años, Cosima.

Ésta clavó los ojos en su prima.

—¿Tres años? —preguntó despacio—. ¿Y crees que tres años es tiempo suficiente? ¿Crees que no debería dolerme después de tres años? Pues deja que te diga que cada día tengo que hacer un esfuerzo titánico para poder llegar a la noche. Cada segundo es una tortura. Cada momento de mi penosa vida siento su pérdida como si me hubieran arrancado los miembros. Ojalá pudiera ponerle fin y reunirme con él donde esté. Pero tengo miedo porque no sé lo que hay después.

—Oh, Cosima —suspiró Alba, atrayendo su cabeza hacia su estómago—. Francesco está con Dios.

—¡Basta! —saltó Rosa—. Estoy harta de que siempre me acuses de todo. Nos mudaremos y encontraremos una casa propia. Vivir todos juntos es una ridiculez. Parecemos una lata de sardinas.

—No seas boba —rezongó Alba, pero su hija entró caminando con paso firme a la cocina.

—Lo siento, Alba —se disculpó Cosima, sorbiendo por la nariz—. Pero es que Rosa no lo entiende.

—Es joven, cariño. No ha sufrido la muerte como tú ni como yo. Todos nos

marchamos al final y te prometo que vamos a un lugar mejor. Tu Francesco sigue vivo en otra dimensión.

Cosima se abrazó a la cintura de Alba y se echó a llorar.

—Ojalá tuviera el valor de poner fin a todo.

—Hace falta mucho más valor para seguir viviendo.

Luca y el profesor estuvieron en la terraza hasta avanzada la tarde. El restaurante empezó a llenarse. Rosa reapareció con el semblante tenso. No parecía dispuesta a seguir hablando del *palazzo*. Luca sonrió compasivamente cuando la vio acercarse con la cuenta y se aseguró de dejar una generosa propina. Ella respondió con una agradecida inclinación de cabeza antes de volver a ocuparse del resto de clientes. Un rato después apareció Cosima. Tenía la cara enrojecida e hinchada a causa del llanto, y su piel pálida contrastaba con el duro color negro de su vestido. Si vio a Luca, le ignoró por completo.

—Ahí tiene a su hermosa viuda —dijo Caradoc—. *Grief for a while is blind, and so was mine. I wish no living thing to suffer pain.* Ésos, mi querido muchacho, son versos de Percy Bysshe Shelly.

Cuando se levantaron, dispuestos ya a marcharse, Luca reparó en el niño que estaba de pie en la puerta de la *trattoria*, mirándoles con unos ojos como platos. Ayudó a Caradoc con su bastón y esperó un instante a que el anciano desentumeciera las piernas. Cuando alzó los ojos, el niño se sacó lentamente la mano del bolsillo y abrió los dedos, dejando a la vista una hermosa mariposa azul posada en la palma de su mano. La mariposa extendió las alas y se estremeció de placer al sentir que el sol brillaba directamente sobre ellas. Luca sonrió al verla, y eso sobresaltó al pequeño, que parecía deseoso de obtener una reacción, pero que se sorprendió al recibirla. Luca quiso hablar con él, pero el pequeño se esfumó a la vuelta de la esquina entre las sombras, dejando paso a Rosa, que apareció en ese instante con una bandeja llena de platos humeantes.

Había algo extraño en el niño. Parecía muy solo, o solitario. Luca no dejó de pensar en él durante el camino de vuelta al *palazzo*.

—¿Y qué es lo que ha descubierto, profesor? —preguntó Ma, dejando a un lado su labor y mirándole por encima de sus gafas de sol—. ¿O deberíamos llamarle Holmes?

El profesor cogió una silla y se sentó a la mesa, que ya estaba puesta para la cena. La terraza estaba desierta, salvo por *Porci*, el cerdo que trotaba sobre las baldosas en busca de un sitio fresco donde tumbarse.

—Nada que me haya sorprendido.

—Qué aburrido —dijo Ma—. Prefiero las sorpresas, sin duda.

Caradoc sonrió de oreja a oreja como un escolar.

—Sólo un par de asesinatos, un romance ilícito y un fantasma.

—Vaya, no parece tan aburrido. Siga. —El anciano le contó lo que habían descubierto. Ma escuchaba, embelesada. Cuando el profesor terminó, ella dejó escapar un pequeño suspiro—. No creo que sea buena idea que se lo cuente a Romina. Ya está demasiado excitada tras haber descubierto que alguien ha estado durmiendo en su capricho. Ha acusado a Bill, pero él defendió su inocencia. Si cree que aquí arriba hay un fantasma, le dará algo.

Caradoc se rió entre dientes.

—Y eso sería un auténtico inconveniente, ahora que estoy empezando a sentirme aquí como en casa.

—Yo también —concedió Ma, cambiando de postura en la tumbona al tiempo que su lustroso caftán azul se derramaba sobre las baldosas como el agua—. Pero recuerde que ella es italiana y, aunque dice no compartir ninguna de las primitivas supersticiones de los lugareños, seguro que eso se lleva en la sangre. Por cierto, me ha dicho que la semana que viene se celebra la famosa *Festa di Santa Benedetta*. Es una especie de festival religioso que tiene lugar en la iglesia. Dicen que la estatua de mármol del Cristo lloraba sangre para asegurar una cosecha provechosa. Hace cincuenta y siete años que eso no ocurre, aunque ello no parece haber afectado a los limones ni a las olivas. Por lo que veo, tienen un aspecto magnífico. Yo pienso ir a ver de qué se trata. Quizá le apetezca acompañarme, Caradoc, aunque sólo sea por curiosidad.

—Será un honor —dijo él—. Llevaré al joven Luca para que nos sirva de traductor.

—No lo mencione a nadie más. No soporto ese perro ridículo de Dizzy. Parece la borla de una polvera. Además, ¿qué clase de nombre es *Smidge*? *Soppy* o *Rata vestida de conejo* sería un nombre mucho más apropiado. Voy a decirle dónde puede meterse todos esos carbohidratos de los que tanto habla. Si sigue adelgazando, desaparecerá del todo. —Rumió sus palabras durante un instante—. Aunque, la verdad, tampoco es mala idea. No entiendo qué ve en ellos Romina. Cualquiera cuya conversación gire en torno a las salas VIP y los accesos directos de los aeropuertos se merece una medalla a la banalidad. No, iremos sólo nosotros tres. No comente nada.

—A ver: ¿quién de vosotros sacó las cosas de Francesco de la habitación de Cosima? —Alba estudió severamente los rostros de los tres pequeños. Delante de ella tenía a Alessandro, de siete años, con su pelo de color chocolate y la sedosa piel morena; Olivia, de cinco, que había heredado la belleza de su madre y también sus claros ojos grises, y Domenica, de tres, tan morena como su

hermano y traviesa como un ardilla. Los tres miraban a su madre con unos ojos inocentes como platos.

—Ya lo ves —dijo Rosa—. Ninguno es culpable.

—Entonces, ¿quién lo ha hecho?

—¿Y yo qué sé? Probablemente, haya sido la propia Cosima y ahora no se acuerda.

—Ya sabéis que no podéis entrar en la habitación de Cosima, ¿verdad? —insistió Alba. Los niños asintieron con la cabeza y salieron corriendo de la casa.

—Vas a tener que decidirte entre Cosima y yo —anunció Rosa muy seria.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo vivir bajo el mismo techo que ella. Cosima vive como un fantasma. Es deprimente verla deambular por ahí medio muerta.

—¡No hables así!

—¡Vamos, *mamma*! ¿Acaso quieres que tus nietos se críen en este caldo de tristeza?

Alba se acercó a la ventana y miró desde allí al jardín. El olor a eucalipto y a jazmín impregnaba la brisa al tiempo que el sol se sumergía en el mar.

—Cuando llegué aquí por primera vez, era un poco mayor que tú —dijo con nostalgia—. Tu bisabuela Immacolata era como Cosima, vestida de negro como un pequeño cuervo y con la cara encogida de dolor. Había perdido a su hija, mi madre, y a uno de sus hijos en la guerra. Vivía en una especie de limbo entre la vida y la muerte como tu prima. Tenía dos altares iluminados con velas, y les rezaba a diario. La casa era un lugar infeliz. Pero no estaba sola. Tenía a su hijo Falco, a Beata, su esposa, y a Toto, el hijo de ambos, y también a su bisnieta Cosima. —Se volvió hacia su hija y le tomó las manos—. La cuestión es que Cosima nos necesita, cariño. Somos su familia y la fuerza que ella no tiene. Si cada día es un esfuerzo, debemos intentar aligerar ese esfuerzo. Algún día lo superará. Quizás incluso vuelva a enamorarse. Es todavía joven para tener más hijos. Las cosas no tienen por qué ser siempre así. Pero debes ser paciente. Imagina que te hubiera pasado a ti. —Rosa bajó los ojos—. Imagina que hubieras sufrido la misma pérdida.

—Es demasiado horrible imaginar algo así.

* Fragmento de uno de los poemas líricos más famosos de la literatura inglesa, obra de Edmund Waller (1606-1687). (*N. del T.*)

EN la granja situada en lo alto de la colina que había pertenecido a su bisabuela, Cosima volvió a colocar laboriosamente las cosas de Francesco. Se acercó cada uno de los objetos a la nariz y los olisqueó como lo habría hecho un perro huérfano. A veces sentía que le encontraría dormido en su cama como si los últimos tres años no hubieran pasado. Casi podía oír su respiración y sentir su presencia en la habitación. Pero entonces se volvía a mirar y él no estaba allí. Lo único que encontraba eran los recuerdos que seguían presentes como fantasmas. Se sentía muy sola. Y abandonada. Cerraba entonces los ojos y deseaba que se la llevara la muerte.

Alba estaba sentada en la terraza con su tía Beata viendo ponerse lentamente el sol en el mar. La casa no había cambiado mucho desde los tiempos en que había vivido Immacolata. En aquel entonces no había una carretera que subiera desde el pueblo hasta allí: tenían que aparcar bajo el eucalipto situado en lo alto de la colina y bajar hasta la casa por un estrecho sendero. Alba y Pánfilo, su marido, habían construido un camino en condiciones y habían sumado algunos añadidos a la casa para acomodar a toda la familia. Toto, el padre de Cosima, había vuelto a casarse y había llevado a su esposa a vivir con sus padres, a la misma casa donde él había nacido y que estaba situada a unos cientos de metros por los olivares, dejando a Cosima con Alba, donde se sentía más cómoda. El hermanastro y las hermanas de Cosima se habían casado y tenían sus propios hijos, y habían comprado casas en los alrededores, de modo que lo que antaño había sido una silenciosa colina se había impregnado con las alegres risas de los más pequeños. El lugar seguía oliendo igual, a jazmín y a laurentina, a eucalipto y a gardenia. El viento barría la costa desde el mar, llevando con él el olor a pino y a tomillo, y, al caer la noche, a medida que el aire se enfriaba y la luz menguaba, los grillos chirriaban con el coqueto trino de los pájaros en las ramas.

—Me preocupa Cosima —dijo Alba, viendo cómo los niños jugaban en la hierba—. Tiene treinta y siete años. Debería estar disfrutando del matrimonio y de la maternidad. Tendría que centrarse en los que siguen vivos y la quieren.

—Lo sé —concedió Beata—. Los niños juegan a su alrededor y ella apenas los ve. El pequeño Alessandro la sigue como un perro perdido, como si intuyera el motivo de su infelicidad e intentara compensarla por ello, pero ella le ignora. Es la culpa, hija. Se culpa por la muerte de Francesco.

—Dicen que los que mueren ahogados no sufren.

—¿Y cómo lo saben?

—Espero que sea cierto.

—Ojalá tuviera fe. —Beata dejó la camisa que estaba zurciendo y un ceño dibujó unas cuantas líneas en su lisa frente—. De ese modo, sabría que Francesco está con Dios y que Dios le cuida como cuida de Immacolata y de mi querido Falco.

—Y de Valentina —añadió Alba con suavidad. A la familia seguía costándole pronunciar el nombre de su madre, como si mencionarlo fuera en cierto modo un sacrilegio—. Pero ha perdido la fe. La muerte a menudo nos acerca a Dios, pero Francesco la ha alejado de Él.

—Hay que aceptar las cosas como vienen. ¿Cómo pretender saber cuál es el plan de Dios?

—¿Sabes lo que me ha dicho hoy Rosa?

—¿Que quiere mudarse? No le hagas caso, Alba. Es testaruda y pasional, como lo eras tú a su edad. Rosa da mucho trabajo. No me sorprende que no le guste que su prima atraiga toda la atención. A fin de cuentas, la gente siempre hablaba de ella. Era la ruidosa, la excitable y vivaz de la familia, además de ser mucho más joven que Cosima. La malcriamos terriblemente. Ahora tiene que ver cómo su prima le roba todo el protagonismo, vagando por ahí vestida de negro, llorando y lamentándose.

—¿Te parece que Cosima es indulgente consigo misma?

—Jamás diría algo así de mi nieta. ¿Cómo podría juzgar a una joven que ha perdido lo que más quiere? Mi corazón está con ella. —Beata se santiguó.

—La semana que viene es la *Festa di Santa Benedetta*. Voy a intentar animarla para que nos acompañe.

Beata volvió a su labor.

—Esa estatua no ha vuelto a sangrar desde hace casi cincuenta años. La última vez que lo hizo fue el año en que tus padres se conocieron. Tu padre estaba radiante con su uniforme de marino. Hacían una pareja digna de verse.

—Al año siguiente la estatua no lloró sangre, justo el día antes de su boda. El día que la encontraron en la carretera de Nápoles con sus pieles y sus diamantes, asesinada con Lupo Bianco.

—Aun así, aunque la estatua se haya secado seguimos celebrando el milagro.

—Quién sabe. Quizá vuelva a ocurrir.

—Los caminos del Señor son inescrutables. De todos modos, debes ocupar tu lugar en el festival como lo hacía tu madre. Eres descendiente de santa Benedetta.

—Es difícil no echarse a reír. Todo el mundo se lo toma muy en serio. La desilusión que sienten todos cuando los ojos de Cristo siguen secos es terrible.

Probablemente fuera una patraña desde el principio. Cosas del padre Dino y un poco de salsa de tomate.

—¡Que el Señor se apiade de ti, Alba! —Pero las comisuras de los labios de Beata se curvaron hacia arriba al tiempo que reprimía una sonrisa.

—Ah, Cosima —dijo Alba cuando su sobrina se reunió con ellas—. ¿Ya está todo en su sitio?

—Sí, gracias —respondió la joven, tomando asiento en el sillón de mimbre que había sido el de Immacolata—. Todo está donde debe estar.

Alessandro dejó de jugar y se quedó mirando a su tía muy serio. Acto seguido, inspirado por un sentimiento que no habría podido comprender, arrancó una rosa y se acercó tímidamente a ella.

—Para ti.

Cosima frunció el ceño.

—¿Para mí?

—Sí, de Francesco.

A Cosima se le llenaron los ojos de lágrimas y durante un instante fue incapaz de articular palabra. Alba y Beata se miraron. Contuvieron el aliento a la espera de la reacción de la joven..., anticipando lo peor. Sin embargo, Cosima cogió la rosa con una pequeña sonrisa en los labios. Era amarilla, el color favorito de Francesco. Miró a Alessandro con tanta ternura que al pequeño se le inflamó el corazón. Cosima le acarició la cara con las yemas de los dedos.

—Gracias, *carino* —dijo. El rostro de Alessandro se tiñó de un profundo carmesí y se volvió a mirar a su abuela, buscando su aprobación.

—Ha sido un gesto muy dulce —comentó Alba, halagüeña.

—Es un cielo —concedió Beata, aliviada al ver que Cosima no se lo había tomado mal. Alessandro volvió a reunirse con sus hermanos y primos, echando a correr por el olivar.

—Estoy muy emocionada —dijo Cosima, haciendo girar la flor entre el pulgar y el índice—. Qué detalle, haberse disculpado así.

Alba se alegró de que Rosa no estuviera cerca y no la hubiera oído, pues estaba convencida de que sus hijos no tenían motivo alguno por el que debieran disculparse.

—El amarillo te sienta muy bien —dijo Alba, cansada de ver siempre a su sobrina tan pálida y tan macilenta vestida de negro—. ¿Te acuerdas de aquel bonito vestido de las florecillas amarillas?

—Lo tengo en el armario —respondió Cosima.

—¿No te parece que ya has llevado luto bastante tiempo?

A Cosima se le endureció la expresión del rostro.

—No volveré a vestir nunca con nada de color. Es un insulto a la memoria de

Francesco. Jamás dejaré de llorar su pérdida.

Era como si Cosima repartiera cáscaras de huevo en el suelo a su alrededor para que nadie supiera dónde pisar. Para ella todo era motivo de ofensa. Beata estaba en lo cierto: con el tiempo se había vuelto indulgente consigo misma y eso tenía que terminar, de lo contrario acabaría por separar a la familia.

Afortunadamente, justo en ese momento la camioneta de Pánfilo se detuvo bajo el eucalipto y Alba no tuvo oportunidad de dar voz a lo que tenía en mente. Oyeron rugir el motor detrás de la casa y el ladrido de *Garibaldi*, su perro.

—Qué bien —dijo levantándose—. No le esperaba hasta más tarde. —Dejó a Cosima y a Beata en la terraza y rodeó la casa para salir al encuentro de su marido.

Garibaldi saltó de la parte trasera de la camioneta y echó a galopar por el sendero tan rápido como sus cortas patas se lo permitieron. Su pequeña cola se agitaba furiosamente. Alba se agachó y se dio unas palmaditas en las rodillas, llamándole por su nombre. El perro se lanzó sobre ella con un ladrido y la mujer se echó a reír mientras el animal corría en círculos a su alrededor.

—¡Hola, esposa! —exclamó Pánfilo, avanzando con paso firme por el sendero en compañía de Toto—. ¡Mira a quién he recogido por el camino!

—Hola, Toto —gritó ella, saludando con la mano. Luego posó la mirada en su marido y sintió el cálido resplandor del amor expandirse por su cuerpo como si le viera por primera vez. A sus sesenta y nueve años, Pánfilo seguía siendo un hombre toscamente apuesto, con el pelo cano hasta los hombros, una frente ancha salpicada de arrugas y una larga nariz romana sobre una boca grande y sensual. Tenía los ojos de color turquesa, hundidos y rodeados de patas de gallo que se extendían hasta las sienes, reflejando en ellas la risa. Era alto y corpulento, tenía la piel bronceada y curtida y las manos, grandes y finas. Sonreía de oreja a oreja mientras se acercaba con la bolsa de la cámara colgada al hombro. Rodeó a Alba por la cintura con el brazo que tenía libre y la besó, permaneciendo pegado a su piel tanto tiempo como pudo.

—Te he echado de menos —murmuró, recorriendo el rostro de Alba con los ojos.

—El trabajo es el trabajo —respondió ella despreocupadamente—. Yo también te he echado de menos.

—¿Qué tal todo? —Se refería a Cosima.

—Igual. —Alba hizo una mueca con la que dijo más de lo que podría haber dicho con palabras—. ¿Qué le ha pasado a tu coche, Toto? —preguntó cuando su primo se reunió con ella.

—Se lo he dejado a Gianni. Han vuelto a fallarle los frenos.

—Pues es importante repararlo —dijo ella echándose a reír—. No puedes

correr el riesgo de despeñarte con él por los acantilados.

—¿Así que la gente del *palazzo* ha bajado a tomar café? —preguntó Toto—. Rosa no hablaba de otra cosa.

—Le entusiasma la idea bastante más que a mí —respondió Alba—. La verdad, creo que son un auténtico fastidio.

—¿No sientes ni un poco de curiosidad por ver lo que han hecho allí arriba? —se burló Pánfilo, estrechándole la cintura en un gesto juguetón.

—¿Y por qué iba a tener curiosidad? Mi tío cometió un asesinato ahí arriba. Deberían haberlo destruido, y no haber permitido que gente con demasiado dinero y sin un ápice de tacto lo reconstruyera y lo redecorara.

—Probablemente desconozcan la historia —dijo Toto.

—Pues alguien debería habérsela contado.

—Siento mucha curiosidad —reconoció Pánfilo.

—Eso es porque te dedicas a los interiores —dijo Alba—. Supongo que subirás a fotografiarlo. —Él no dijo nada y ella se volvió a mirarle—. ¿Pánfilo?

Él se encogió de hombros en un gesto culpable.

—El trabajo es el trabajo.

—Ni hablar. ¡Por encima de mi cadáver!

—No tienes que acompañarme. Creía que te gustaría saber que he aceptado un trabajo cerca de casa en vez de seguir viajando por el mundo.

—¡Pero es que es el *palazzo*! —jadeó Alba.

—No tiene nada que ver con el sitio que conociste hace treinta años, amor mío. Ni siquiera sabes si Nero tuvo algo que ver con la venta. Quizás haya muerto hace tiempo, o quizá se marchara. Todo ha quedado enterrado en el pasado.

—Y tú vas a desenterrarlo otra vez.

—Sólo voy a sacar unas fotografías.

—¿Y quién va a escribir el artículo que acompañará a las fotografías?

—¿Qué importa eso? Será un reportaje sobre diseño.

—Ah, entonces es para el *House and Gardens*.

Pánfilo pareció avergonzado.

—No —respondió.

—Sabes tan bien como yo que no se trata simplemente de un artículo sobre decoración, ¿verdad?

—Eso no es asunto mío. Yo me limito a sacar las fotografías.

—¿Para qué revista es?

Pánfilo miró a Toto, que esbozó una sonrisa maliciosa y negó con la cabeza antes de meterse las manos en los bolsillos y alejarse diplomáticamente, dejándolos solos.

—Para el *Sunday Times*.

—¡El *Sunday Times*! —Alba se separó de él—. Sabes muy bien que eso equivale a un reportaje minucioso.

—¿Y qué importa? Si no lo hacen ellos, lo hará otro.

Ella se llevó la mano al cuello.

—¡Santo Dios! Terminará por salir todo a la luz. Puede que incluso descubran que Falco no actuó solo en el asesinato del *marchese*.

—No hay ninguna prueba de que Falco le mató, y menos aún de que tuviera un cómplice. No te preocupes, tu padre está a salvo. Te lo prometo.

Rosa, con su bonito vestido rojo y el perfume de Saint Laurent que Eugenio le había regalado las anteriores Navidades, esperaba que el apuesto Luca volviera por la *trattoria*, pero él no apareció. A la joven le sorprendía que su rostro no hubiera bastado para atraerle de nuevo al restaurante. A fin de cuentas, era una belleza local y la comparaban constantemente con su abuela, la legendaria Valentina. Incluso hizo horas extras con la esperanza de verle. Un poco de flirteo era saludable, se dijo. Aun así, después de haber conseguido salir indemne de un romance, no tenía intención de poner en riesgo su matrimonio una segunda vez sólo por poder dar un pequeño mordisco a la fruta prohibida.

Desde que sus pequeños habían sido culpados de un crimen que no habían cometido, Rosa apenas había dirigido la palabra a Cosima. Las dos mujeres desayunaban bajo la parra de la terraza con Alba, Pánfilo, Eugenio y los niños, y cada una de ellas se comportaba como si la otra no existiera. Rosa estaba harta de tener que moverse de puntillas alrededor de su prima, consciente de que la mera existencia de sus hijos debía de causarle dolor. ¿No era ya hora de que Cosima se pusiera un bonito vestido, se recogiera el pelo, se aplicara un poco de colorete y de lápiz de labios y volviera a salir al mundo? Si tardaba mucho más ningún hombre la querría. Francesco estaba muerto. Llorarle como ella lo hacía no iba a conseguir traerle de vuelta.

Alba parecía ajena al creciente distanciamiento que separaba a las dos mujeres. No hacía más que darle vueltas al trabajo de Pánfilo en el *palazzo*, aunque él se tomaba su preocupación a risa, consciente de que terminaría por salirse con la suya. Rosa ni siquiera era capaz de imaginar por qué a su madre le preocupaba tanto ese lugar. Treinta años eran toda una vida. Le sorprendía que la memoria de Alba pudiera remontarse tan atrás.

Le había dicho a Eugenio que quería cambiarse de casa, aunque sabía que era imposible. No tenían dinero suficiente para poder costearse una gran casa propia... y sólo una casa grande satisfaría sus deseos. Eugenio la había acusado

de insensible y ella, a su vez, le había acusado de desleal y de haber dejado de quererla. Las diferencias entre ambos se habían convertido por fin en una pelea en toda regla. Si en algún momento Rosa había temido que su matrimonio se hubiera vuelto aburrido, desde luego lo reavivó con su reconciliación, encantada al ver que la pasión seguía allí para ser reanimada cuando era necesario. En ningún momento se le ocurrió pensar en el esfuerzo que suponía para su esposo tener que confirmarle una y otra vez la devoción que le profesaba. No se daba cuenta de que con cada uno de sus arrebatos y la consiguiente reconciliación, él iba agotándose cada vez más. Su sueldo de policía era bajo, y si bien sabía lo mucho que a Rosa le gustaban las cosas caras, y como una urraca se sentía atraída por los adornos brillantes y el oropel, sabía también que jamás podría satisfacerla.

LUCA estaba sentado a solas en el banco, mirando al mar. Disfrutaba de la soledad y de la nueva sensación de libertad que había encontrado en Incantellaria. Le gustaba todo de aquel lugar, desde el clamor de los pájaros a los suaves aromas de fertilidad que emergían del césped mezclados con los olores medicinales de las hierbas silvestres que crecían entre los hierbajos. Disfrutaba con el ir y venir de los pequeños botes azules en el agua en los que faenaban los pescadores. Su piel absorbía los rayos del sol junto a la piscina y había perdido la palidez de la ciudad. Dormía más de lo que había dormido en veinte años y las pesadillas fueron remitiendo hasta que por fin dejó de soñar del todo. Daba paseos al anochecer por la playa rocosa a la que se accedía por un sendero que serpenteaba por la falda de la colina desde el *palazzo*. Los grillos chirriaban entre los matojos y el crujir de la hierba dejaba a la vista a algún conejo o alguna serpiente. Era un placer estar solo, refugiado bajo el manto de la noche.

Pensó en Freya y anheló la comodidad y lo conocido, al tiempo que lamentaba la pérdida de lo que no había sabido conservar por culpa de su juventud y de su estupidez. Pensó también en Annabel, en la vacua relación carnal que habían compartido y en la aburrida ristra de similares encuentros carentes de sentido que no tardaron en difuminarse en una gris nebulosa sin sentido. Y se acordó entonces de Claire y de las niñas y de cómo les había fallado.

Mientras había trabajado, su vida había sido como un tiovivo de fiestas glamurosas, cenas en restaurantes caros, cócteles en clubes elegantes, fines de semana en Saint-Tropez, practicando el esquí náutico tras la estela de yates perfectamente equipados, o esquiando en los Alpes suizos, estableciendo relaciones sobre la frágil base de la riqueza y el estatus. El tiovivo había girado cada vez más deprisa, más y más alto, hasta que el divorcio le había impuesto un parón no sólo violento sino mortificante. En la quietud que siguió a ese parón, Luca pudo por fin tomar distancia y examinar su vida. Sintió repugnancia ante la extravagancia y el despilfarro. Sus amigos se habían dividido en dos grupos: los que apoyaban a Claire y los que le apoyaban a él, aunque la mayoría se limitó simplemente a volar hasta la siguiente fiesta como un puñado de hermosos pétalos a merced del viento. Ir a buscar a las niñas al colegio una vez por semana era como tener que soportar el acoso de una multitud de madres acusadoras y, desgraciadamente, Luca se reconocía al verse reflejado en sus ojos. En el silencio de Incantellaria, en cambio, se dio cuenta de que no quería seguir siendo

ese hombre.

Casi amanecía cuando volvió en sí. Parpadeó y se levantó rígidamente. Miró su reloj. Eran las cinco. Se desperezó y sintió cómo la sangre le llenaba los músculos. Luego se levantó, viendo salir el sol. Su espíritu rebotó de nostalgia ante la belleza del espectáculo y fue presa de un tremendo deseo de hundir las manos en el fango, plantar una semilla y verla crecer..., de crear algo tangible. Sin embargo, no sabía ni cómo ni por dónde empezar.

Cuando regresó al *palazzo*, encontró a su madre haciendo yoga en la terraza.

—¿Qué demonios haces levantado tan temprano? —preguntó Romina sin moverse de la postura del loto. Llevaba una larga camisa blanca y unos pantalones de lino también blancos e iba descalza. Sus uñas, pintadas de rojo escarlata, contrastaban con la serenidad de su ropa.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Hago yoga todas las mañanas antes de que los demás se levanten. Me despeja la cabeza y me calma el espíritu. Me prepara para el día que me espera.

—Pensaba que no creías en esa tontería.

—Es una forma de ejercicio como cualquier otra.

—No si empiezas a levitar.

—No creo que tenga demasiadas posibilidades de desafiar a la fuerza de la gravedad. Soy demasiado terrenal para eso.

Luca se rió.

—He bajado a la playa.

—¿A que es preciosa? —preguntó ella, visiblemente entusiasmada—. Incantellaria es un lugar muy mágico. No pienso volver jamás al espantoso y gris Londres.

—Y no te culpo. Vives en el paraíso, mamá.

—Y van a fotografiarlo para el *Sunday Times*. —Se iluminó, orgullosa—. Leyton Hugues vino a pasar un fin de semana y se enamoró de esto. ¿Y sabes una cosa? —Demasiado distraída para continuar con sus ejercicios de yoga, se levantó, dejó la alfombrilla contra la pared y se sentó en la silla que estaba junto a la de su hijo—. Adivina quién va a sacar las fotos.

—No lo sé. ¿Quién?

Romina inspiró hondo y pronunció cada sílaba con auténtico deleite.

—Pánfilo Pallavicini.

Luca la miró sin comprender.

—Cariño, pero ¿es que no sabes quién es? —preguntó Romina, chasqueando la lengua desaprobatoriamente—. Es el fotógrafo de interiores más famoso de toda Italia. No hay nadie que se le compare. ¡Y encima es tremendamente atractivo! Leyton me lo ha prometido.

—Espero que no te lleves una decepción.

—Confío ciegamente en Leyton. Le di la mejor habitación con vistas al mar. ¡Me adora! Y su esposa adora a *Porci*. Se pasó todo el fin de semana jugando con él y él la seguía a todas partes como un perrito faldero.

—¿Cuándo va a ocurrir todo eso?

—Lo hemos programado para junio y saldrá en el número de septiembre. Fíjate si planifican las cosas con antelación que están trabajando ya en el número de Navidad. ¡Debe de ser muy difícil imaginar el espíritu de la Navidad en pleno verano! La periodista vendrá dentro de unas semanas. Se quedará todo el fin de semana y así podrá conocer la casa. Quizá Caradoc y tú podáis ayudarla con su investigación. ¿Habéis encontrado ya algo?

Luca se encogió de hombros.

—Nada que tú no sepas.

—Menudos inútiles. ¿Qué habéis hecho? ¿No os habréis pasado toda la tarde tomando café?

—Más o menos. El profesor es una compañía excelente.

—¡Ya te lo había dicho! ¡Aunque eres todo un hombre a veces tu madre sabe más que tú! Bueno, la periodista puede perfectamente investigar por su cuenta. Al fin y al cabo, para eso le pagan. Que se gane su sueldo.

—Quizá descubra quién ha estado durmiendo en el capricho.

—¡No menciones ese lugar! Es tu padre, no me cabe duda. Lo que pasa es que se niega a reconocerlo. No quiere admitir que se está haciendo viejo y que necesita echarse sus siestas. —Se rió—. No te preocupes, algún día le pillaré y se avergonzará de haber estado mintiéndome.

—¡Quizá sea el fantasma! —bromeó Luca.

—¡No! ¿Tú también? Dizzy dice que vio a un hombre cruzando el jardín en mitad de la noche y esa bobalicona de Ventura se queja todo el tiempo de que el *palazzo* está embrujado.

—¿Y tú no crees en fantasmas?

—Por supuesto que no. No quiero. Tu abuela... —Vaciló durante un instante—. En fin, no hablemos de ella. Si hay alguien que podría volver en forma de fantasma sin duda sería mi madre y no he oído un solo chillido desde que murió. Créeme si te digo que si estuviera chillando en el otro mundo Italia entera la oiría. Ésas son cosas de gente con pocas luces y con nada mejor que hacer. —Su rostro se endureció y Luca sintió que se le encogía el estómago al recordar el modo tan brutal en que su madre había desestimado sus temores infantiles.

Se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Romina. Había esperado compartir con él una taza de café a primera hora de la mañana.

—A la cama —respondió él con un bostezo.

—¿Significa eso que todavía no te has acostado? ¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo en la playa?

—Meditar.

Romina se rió, incrédula.

—¿Es eso lo que hacen los banqueros en sus horas libres?

—Ya no soy banquero.

Ella negó con la cabeza y fue a recoger su alfombrilla de yoga.

—¡Se puede sacar a un hombre del banco, pero jamás a un banquero del hombre en el que habita!

Se oyó entonces una especie de resoplido y *Porci* apareció trotando en la terraza. Su aparición distrajo a Romina, y Luca aprovechó el momento para desaparecer, dejándola con su precioso cerdo sobre las rodillas y retirándose a su habitación para acostarse. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó dormido.

Era mediodía cuando despertó. La voz estridente de Ma se elevaba desde la terraza junto a la aguda risilla de Dizzy, salpicada por las sabias interrupciones del profesor. Luca se quedó un rato tumbado, disfrutando de la brisa cálida que se colaba por el hueco de las persianas. Qué maravilla no tener que levantarse al alba para ir al trabajo. No echaba de menos el humo de los tubos de escape, el rugido de los motores ni el pitido de los cláxones, y mucho menos el frenético palpitar de la City. Tenía la sensación de haber rejuvenecido varios años. En la tranquilidad de su nueva vida estaba empezando a percibir partes de sí mismo cuya existencia había olvidado.

Se acordó entonces de Cosima y volvió a verla entrando furiosa a la *trattoria* con el rostro bañado en lágrimas. Se reconoció atraído por la intensidad de su drama, atrapado por el imperioso magnetismo de su luto y por su rabia evidente. Era demasiado joven para ir siempre vestida de negro, y demasiado atractiva para ignorar a los hombres que la rodeaban. Su rechazo cuando había intentado hablarle había dejado impresa en él una intensa oleada de deseo. No, Luca no estaba acostumbrado a que las mujeres le desairaran.

Se levantó, se dio una ducha y bajó a buscar a su madre.

—¿Te importa si te cojo el coche? Quiero bajar a tomar un café al pueblo.

—No hace falta que bajes al pueblo, cariño. Yo misma te lo preparo. — Romina era incapaz de imaginar por qué iba nadie a desear salir del *palazzo*.

—Me gustaría tomarlo junto al mar.

Ella le lanzó una mirada cómplice.

—Ya, las chicas bonitas —dijo, guiñando el ojo a Ventura—. ¡Todos los hombres son iguales! Pues ya que bajas, podrías llenar el depósito.

Romina le vio marcharse y se le inflamó el corazón de orgullo. Era un hombre alto y muy guapo, de hombros anchos y espalda recta. Lo que necesitaba era una buena chica italiana que le quisiera y cuidara de él. Claire se había convertido en una criatura avariciosa que esperaba que se lo hicieran todo: una mujer egoísta y una auténtica desagradecida.

—Vamos, Ventura —dijo, quitándose a Claire de la cabeza—. Tienes que superar tu miedo a subir al piso de arriba. Los fantasmas no existen. Están sólo en tu imaginación. Tendrás que aprender a controlarlo o buscarte otro trabajo. No quiero que andes por ahí asustando al servicio y no puedo cargar con exceso de equipaje en este lugar. Comportate o vete.

Ventura la miró, perpleja.

—Pero es que sé que hay alguien ahí arriba.

—La casa está llena de invitados. No es de extrañar que hayas oído pasos.

—Dicen que está encantada.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo.

—Habladurías. El *palazzo* ha estado deshabitado durante años. Vamos, Ventura, no irás a creer las boberías de las campesinas que no tienen nada más que hacer que ir por ahí esparciendo rumores. —La chica quiso hablar, pero Romina la hizo callar con un gesto de la mano—. Basta. Y ahora sube a hacer las habitaciones. No quiero oír una palabra más sobre fantasmas. ¡Cuando era niña no oía hablar de otra cosa, y no pienso seguir escuchándote ni un minuto más!

Luca aparcó el coche en la *piazza*. La pequeña plaza estaba abarrotada. El *caffè* donde había conocido a Maria estaba lleno de clientes sentados alrededor de las redondas mesas bajo parasoles verdes. Los camareros, vestidos de blanco y negro, tomaban los pedidos y servían el vino en grandes copas. Un puñado de turistas ya entrados en años salieron del hotel y los niños jugaban en la hierba mientras sus madres y sus abuelas charlaban animadamente sentadas en los bancos. El pueblo tenía un aire festivo y Luca se preguntó cuál podía ser el motivo.

La estrecha calle que conducía al muelle estaba bloqueada por los coches y las motos, que hacían sonar furiosos sus bocinas al vehículo que estaba delante y que se había calado en la subida. En el paseo marítimo, los niños correteaban de acá para allá, mirando los barcos y charlando con los marineros. Los restaurantes empezaban a llenarse, sobre todo las terrazas, pues todo el mundo quería sentarse fuera. Luca vio llegar un gran barco cargado de turistas y decidió ocupar una mesa en la *trattoria* antes de que no quedara ninguna libre.

Rosa estaba tomando un pedido cuando él apareció. Le gritó entonces a Toto con la voz temblorosa de excitación:

—Dale a Luca una buena mesa. Es un cliente muy especial. —Le guiñó el ojo, coqueta, y él sonrió. El entusiasmo de Rosa era contagioso. Toto le acompañó a una mesa situada en el borde de la terraza, junto a un gran macetero de piedra lleno de geranios rojos.

—Desde aquí podrá ver girar el mundo —dijo.

—¿Qué ocurre hoy? —preguntó Luca—. ¿Se celebra algún festival?

Toto se encogió de hombros.

—Nada especial, que yo sepa. Lo mismo de todos los sábados.

—Ah, claro, es fin de semana. ¡Últimamente vivo en otro planeta! —Se sentó, divertido al darse cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Como no tenía nada que hacer, todos los días parecían ser el mismo.

—¿No es usted de por aquí? —preguntó Toto. El acento italiano del joven no le resultaba familiar.

—De Londres —respondió Luca.

—Pero habla muy bien italiano.

—Mi madre es italiana. Vive en el *palazzo*.

—En el *Palazzo Montelimone*. —Toto soltó un pequeño silbido—. Menudo lugar. —La noticia le había pillado con la guardia baja. Buscó algo más que decir, pero lo único que se le ocurrió fue—: ¿Qué le pongo?

Rosa apareció entonces como un destello carmesí.

—Ya le sirvo yo —dijo, despidiendo a Toto con un suave golpe de cadera. Éste se alejó a acomodarse a un grupo que acababa de desembarcar en ese momento, procedentes de Sorrento—. ¿Qué va a ser? Le recomiendo el salmonete rojo. Lo han traído hoy mismo.

—No tenía pensado comer nada. Sólo en tomar un café —respondió Luca.

—¡No puede venir aquí y no comer nada! Un hombre joven como usted necesita alimentarse. Además, Fiorelli's es famoso por su cocina. Mi bisabuela le dio sus recetas a mi madre, y ella a mí. Las atesoramos como oro en paño. ¿Por qué no deja que yo escoja algo para usted? ¡Vamos! Relájese y disfrute, hombre.

Luca terminó por dar su brazo a torcer. Además, no tenía nada mejor que hacer.

—De acuerdo —dijo, devolviéndole la carta—. Elija usted. Y tomaré también un poco de vino. Una copa de Grego di Tufo, frío.

—Ahora mismo —respondió ella con una larga y persistente mirada.

Luca se recostó contra la silla. Disfrutaba mirando a la gente. Eso era algo que nunca había tenido tiempo de hacer. Desde hacía unos días, sin embargo, había empezado a reparar en quienes le rodeaban y a fijarse en detalles que hasta entonces le habían pasado desapercibidos: desde cómo vestían a los pequeños

gestos que compartían. Intentaba imaginar las relaciones que les unían, las dinámicas y también los estados de ánimo. Rosa apareció con el vino y él tomó un sorbo.

—¿Le gusta? —preguntó ella.

—Perfecto —respondió, quitándose las gafas de sol. Sus ojos azules eran del mismo color que los pequeños botes pesqueros varados en la orilla—. ¿Sigue usted metida en problemas? —preguntó, intentando obtener alguna noticia sobre la misteriosa prima de Rosa.

—Con Cosima siempre estoy metida en alguno.

—¿Cuánto tiempo hace que lleva luto?

—Demasiado. Tres años. Ya es hora de que se ponga un bonito vestido y se busque marido. —Sorbió suavemente por la nariz—. La verdad es que puede ser muy guapa si se lo propone.

A Luca le hizo gracia la descarada malicia de la joven.

—¿A qué se dedica?

—Prácticamente a nada porque a mi madre le inspira mucha lástima. Supuestamente, lleva la contabilidad. Antes trabajaba aquí a tiempo completo, pero se convirtió en una carga. Éste es un bonito lugar..., no necesitamos a una viuda negra inspirando tristeza por donde va.

—Supongo que no se comería a su marido, ¿verdad?

Rosa se rió.

—A veces me gustaría comerme al mío —murmuró, y Luca se preguntó en ese momento cuántas veces habría sido infiel Rosa a su esposo. Su danza coqueta parecía perfectamente practicada.

La joven se alejó a servir a otros clientes. Se paseaba por el restaurante sacando trasero, metiendo barriga y con un andar lento y sensual, consciente de que Luca podía estar observándola. De hecho, él se había vuelto a mirar al muelle, donde el pequeño de Cosima saltaba desde un bolardo. Se irguió en su silla: si el niño estaba allí, sin duda su madre no tardaría en aparecer.

Cosima apareció, en efecto, en la terraza con un ramo de hermosas flores blancas y amarillas. Pasó por su lado sin dedicarle una sola mirada y dejando tras de sí un olor a limones. Luca la vio serpentear hábilmente entre las mesas y sintió aumentar su deseo. Aunque Cosima no era abiertamente sensual como Rosa, ni tan dramáticamente hermosa, había algo en ella que le excitaba. No estaba acostumbrado a que las mujeres fueran distantes con él. Sabía que había fuego bajo ese hielo porque lo había visto allí mismo, en la terraza. Tomó un sorbo de vino y vio cómo Cosima desaparecía en el interior del local. Esa mujer representaba un gran desafío.

Rosa apareció en ese momento con un plato de salmonetes rojos acompañados

de verduras y patatas asadas. Insistió en esperar a que los probara.

—Buenísimo —dijo sinceramente Luca.

—El secreto está en el aceite. Lo mezclamos con hierbas y especias.

—¡Pues es un auténtico acierto!

—Me alegra saberlo. ¿Le apetece alguna otra cosa?

—Su prima parece estar hoy de mejor humor.

—Tiene sus momentos. Al menos ha venido a echar una mano. ¡Puede ayudarnos a lavar los platos!

—¿Nunca sirve las mesas? Están muy ocupados.

—No, asustaría a los clientes. Es importante sonreír y Cosima no lo hace muy a menudo.

—¿No tiene a nadie que la haga sonreír?

—Ya sonrío yo por las dos —dijo Rosa, volviendo a centrar en ella la conversación. Luca se dio cuenta de que se había retocado el lápiz de labios. Era rojo como su vestido.

—Tiene usted una hermosa sonrisa.

—Muchas gracias, *signore* —respondió ella—. Si necesita algo más, grite.

Luca observó al hijo de Cosima y se acordó de sus hijas con un pequeño aguijonazo de culpa. Distaba mucho de ser el padre más atento del mundo, por mucho que las pequeñas tuvieran la mejor educación que podía comprarse con dinero, vivieran en casas hermosas y pasaran sus vacaciones en los hoteles más exclusivos. Las malcriaba con regalos y caprichos cuando pasaban los fines de semana con él. Entendió de pronto que simplemente estaba comprando su perdón por todas sus carencias. Decidió compensarlas por ello.

El niño se plantó sobre el bolardo y arrojó una pluma blanca al aire. Luego se lanzó tras ella, cogiéndola antes de que la pluma llegara al suelo. Era un juego solitario. Aunque había otros niños jugando cerca, no parecía tener el menor interés en unirse a ellos. Por fin dejó de jugar y se acercó despacio a la *trattoria*. Luca se volvió a ver si su madre salía del restaurante, pero no la vio, de modo que volvió a concentrarse en el pequeño, que se había quedado no muy lejos de él, contemplando una gran mariposa azul que se le había posado en la mano y que retozaba al sol con sus alas abiertas. El niño alzó los ojos y al ver a Luca se quedó helado a causa de la sorpresa. Contuvo el aliento, mirándole fijamente con sus enormes ojos marrones.

Luca le saludó entonces con un pequeño gesto de la mano y el niño se acercó, vacilante.

—Hola —dijo Luca con suavidad para no alarmarle—. Qué mariposa más bonita. —El niño se detuvo a unos pasos de él con una gran arruga dibujada en su joven frente y sopló sobre la mariposa, que revoloteó en el aire alrededor de

los geranios antes de posarse en la mano de Luca. Éste se quedó perplejo—. Deberías dársela a tu madre —comentó, pero el pequeño se había alejado corriendo de regreso al bolardo. Luca se quedó donde estaba, viendo la extraordinaria mariposa, que se posó entonces sobre la mesa con sus alas como de aceite, reflejando todos los colores del arcoíris.

Terminó de comer y tomó una segunda copa de Greco di Tufo. Luego se quedó sentado a la mesa con un *espresso*. La mariposa voló hasta los geranios y el pequeño se aburrió del juego y se unió a los demás niños, que correteaban entre los botes como pilluelos. Por fin, Cosima apareció y se quedó hablando con Toto. El hombre la miraba con ternura y Luca dedujo que eran padre e hija. Luego Toto dijo algo que la hizo sonreír y a Luca el corazón se le paró en el pecho. Esa sonrisa encerraba una dulce hermosura.

Cuando Cosima se volvió y echó a andar hacia él, la mariposa alzó el vuelo desde los geranios, cruzándose en su camino. La mujer se detuvo y durante un instante siguió su errático vuelo. Seguía sonriendo y Luca se animó a hablarle de nuevo.

—Qué mariposa más amigable. —Cosima volvió hacia él sus ojos oscuros al tiempo que la mariposa se posaba en su hombro, rebosante de color sobre el negro de su vestido—. Parece que le ha gustado.

—Eso parece —respondió ella—. La llevaré como un broche —dijo antes de reemprender el paso.

—Su hijo tiene un auténtico don con los insectos.

Los hombros de Cosima se tensaron y ella se volvió para dedicarle una mirada colérica colmada de perpleja incredulidad.

—¿Qué ha dicho?

—Me la ha traído su hijo. Es suya —explicó Luca.

Cosima cerró con fuerza los ojos y negó con la cabeza, como si sus palabras le hubieran dolido. Él sintió que el corazón se le encogía al ver su reacción e intentó frenéticamente entender qué podía haber dicho para ofenderla de ese modo. Cuando quiso hablar, ella le hizo callar con un resuello al tiempo que mascullaba entre dientes: «¡Extranjeros!» Acto seguido dio media vuelta y se marchó con paso firme sin volverse a mirar. Su pequeño se separó de los demás niños y corrió tras ella. La mariposa siguió posada en su hombro.

Luca terminó de tomar su café viendo cómo se evaporaba su buen humor. Pidió la cuenta a Toto con un gesto de la mano, pero fue Rosa quien se la llevó.

—Creo que acabo de ofender a su prima —dijo, dándole unos billetes—. Quédese con el cambio.

Ella agitó la mano, restándole importancia.

—Se ofende muy fácilmente. No se preocupe.

—No era mi intención.

—Se acostumbrará. Yo la ofendo constantemente. Bienvenido al club. Somos muchos.

—Dígale que... —empezó Luca, pero enseguida se calló. No tenía sentido. Él no era nada para ella, simplemente un desconocido que había demostrado no tener ni un ápice de tacto. Quizá no debería haber mencionado al pequeño. Esperaba no haber metido al niño en algún problema.

—No se moleste en disculparse, *signore* —dijo Rosa con una amplia sonrisa—. Si la ha ofendido, ella nunca se lo perdonará.

9

LUCA regresó al *palazzo* y se tumbó junto a la piscina, tan contrariado que apenas podía concentrarse en su libro. Dizzy y Maxwell bajaron a reunirse con él, cosa que no hizo sino irritarle aún más. Por fin, en un intento por darles esquinazo y animarse un poco, llamó a Freya.

Freya estaba sentada a su mesa escribiendo unas cartas cuando sonó el teléfono. Ligeramente irritada por la interrupción, lo cogió y se lo encajó bajo la barbilla. Tenía una reunión benéfica en el pueblo a las cuatro y tenía intención de terminar con todas las tareas administrativas antes de salir.

—Hola —dijo enérgicamente.

—¿Te pillo mal?

—¡Luca! —Dejó el bolígrafo sobre la mesa y estiró la espalda, excitada—. ¡No me has devuelto ni una sola de mis llamadas!

—Estoy borrando mis mensajes sin tan siquiera escucharlos.

—¿Y te parece bonito?

—Necesito un respiro.

—¿Y qué tal todo? ¿Maravilloso?

—Bueno, ahora mismo estoy tumbado junto a la piscina. Hace sol y calor. La vida me sonríe.

—No sabes cuánto me alegro. Realmente necesitabas un descanso. ¿Cómo es el *palazzo*?

—Han hecho un trabajo espléndido. Absolutamente glorioso. Como podrías imaginar, mamá no ha omitido un solo detalle. Va a salir fotografiado en el *Sunday Times*. La periodista llegará dentro de unas semanas. Sabe Dios lo que descubrirá. Este lugar tiene una historia de lo más sangriento.

—¡No me digas! —Freya se había olvidado por completo del papeleo que tenía entre manos. Poco importaba ya que llegara tarde a su reunión. Ya inventaría alguna excusa.

—Un viejo marqués vivió aquí durante la guerra. Su amante era una belleza local llamada Valentina, que además estaba liada con un famoso capo de la mafia y con un inglés con el que estuvo a punto de casarse. El marqués, en un arrebato de celos, la asesinó.

—¡Santo cielo! ¡Eso es terrible!

—Luego el hermano de Valentina lo mató en el *palazzo*.

—¿En vuestro *palazzo*?

—Exacto. Ventura, la criada, se niega a subir al primer piso porque dice que el *palazzo* está encantado.

—¿Lo está?

—¡Por supuesto que no!

—Aun así, es una historia genial.

—Pues eso no es todo. Valentina tuvo una hija con el inglés llamada Alba. Vive aquí, en Incantellaria.

—Todo eso suena la mar de excitante.

—La belleza de este lugar quita el aliento a cualquiera, Freya. —De pronto pareció haberse puesto serio—. Me encantaría enseñártelo.

Ella vaciló durante un instante.

—A mí también me gustaría.

—¿Dónde está el encantador Miles?

—Por ahí. No sé.

—¿Te estás aburriendo de él?

—¡No! —se rió—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Mi optimismo.

—¿No has encontrado todavía a ninguna guapa italiana?

—No quiero a ninguna italiana —respondió Luca, volviendo a sentir el agujijoneo del rechazo de Cosima.

—¿Y qué pasa con Annabel? No ha dejado de preguntar por ti. Tampoco le has devuelto las llamadas. —Le oyó soltar un gemido—. Te acostaste con ella, ¿verdad?

—Error —fue todo lo que respondió Luca.

Freya estaba encantada.

—La mantendré a raya. Obviamente fuiste demasiado bueno...

—¿Te acuerdas?

—¡No! Ha pasado mucho tiempo.

—Pues yo me acuerdo de cada centímetro de ti.

—Vamos, Luca. No deberías. —Aun así, sus palabras la hicieron sentir muy deseable.

—Hacíamos buena pareja. ¿Por qué no vienes?

—No puedo.

—Tienes a la niñera.

—¿Y qué iba a pensar Miles?

—Tráelo contigo. Seguro que aquí le encuentro alguna distracción.

—No seas bobo.

—Venid a pasar las vacaciones con los niños. Seguro que tengo a las mías mientras Claire se dedica a ascender en la escala social. Podrían jugar juntos

mientras yo te enseño Incantellaria.

—Miles jamás me dejaría sola. No se fía de ti.

—Qué poco razonable de su parte. Trae a tu madre.

—Según ella, Incantellaria es un pueblucho sin encanto.

—Sólo porque Fitz tuvo aquí una novia. Te aseguro que es todo menos un pueblo sin encanto. Si algo tiene, es precisamente que es muy pintoresco. Piénsalo. Es perfecto. Casi perfecto —añadió con firmeza—. Tú lo harías completo.

Freya vaciló durante un instante. Luca se sentía mucho más animado.

—No creo que pueda —dijo por fin.

—¿Por qué? No voy a comerte.

—Eres muy peligroso y Miles lo sabe.

—En ese caso, tendré que vivir del recuerdo.

—Fabrica nuevos recuerdos, Luca, con otra mujer. Acuérdate de que tú y yo somos sólo amigos.

Él suspiró.

—Me acuerdo, créeme. Juego, set y partido para Miles.

Animado por la conversación, nadó unos largos en la piscina con la mente puesta en Freya y en la improbabilidad de tener una aventura con ella. Sin embargo, por cada momento que pensaba en su amiga, rechazaba dos veces el rostro de Cosima, que emergía una y otra vez para eclipsar el de Freya como una luna inesperada.

Dizzy retiró un poco más del agua su tumbona cuando Luca la salpicó con sus enérgicos braceos. Maxwell recibía llamadas telefónicas de trabajo desde Viena y hablaba a voz en grito en alemán, añadiendo pretenciosamente alguna palabra en inglés para hacer hincapié en su mensaje. Cuando Luca salió del agua, Caradoc había aparecido y se había sentado a leer un libro a la sombra.

—Ah, profesor —le saludó, enrollándose una toalla a la cintura.

—Le veo rebotante de energía —observó el anciano, dejando a un lado su lectura.

—He ido a la *trattoria* —le explicó Luca.

—¿Estaba la chica encantadora? ¿La del vestido rojo?

—Rosa.

—Ah, la encantadora Rosa, sí. ¿Estaba allí?

—Trabaja allí, profesor. Creo que está siempre en la *trattoria*.

—En ese caso, debería hacer una peregrinación diaria al lugar.

Luca se rió.

—A ella le encantaría.

—Aunque ya no tengo edad, entre usted y yo, en mis tiempos fui un auténtico

seductor.

—Seguro que sigue siéndolo.

—Ya estoy demasiado mayor. Prefiero contentarme con recordar mis buenos tiempos.

—También he visto a la viuda —dijo Luca apesadumbrado.

—¿Y le ha vuelto a rechazar? Eso debe de haberle herido en su orgullo.

—No sé qué es lo que puedo haber dicho para haberla ofendido.

—¿Y bien?

—Es una larga historia... Su hijo estaba allí y me ha dado una mariposa. Luego, cuando ella ha pasado por mi lado, la mariposa ha volado hasta su vestido. Le he dicho que era una mariposa preciosa y ella casi me ha sonreído.

—Y ha creído que ya la tenía en el bote. Un hermoso pez en el anzuelo —dijo el profesor, dando muestra de una gran perspicacia.

—Digamos que estaba empezando a resultarle simpático.

—¿Y qué ha ocurrido entonces?

—He mencionado a su hijo y me ha lanzado una mirada cargada de veneno. Caradoc frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—No sabría decirlo. Luego masculló «extranjero» entre dientes y se ha ido.

—Pero usted no es cien por cien extranjero. Le estaría hablando en italiano, ¿no?

—Por supuesto. Lo que ha querido decir es que no soy de aquí.

—No se fía de usted. Ése es el problema.

—No me conoce —se quejó Luca.

—Las mujeres tienen un sexto sentido para reconocer a los hombres como usted. No me lo niegue, Luca. Le conozco. Entre iguales, no hace falta disimular. ¿Por qué cree si no que nos entendemos tan bien? Pues porque en el fondo somos iguales. Nos gustan las mujeres bonitas y en mis tiempos yo también les gustaba a ellas. Me metí en unos cuantos líos. Luego maduré.

—¿Qué le hizo madurar?

—El amor. El amor lo cambió todo.

—Myrtle.

—Mi Myrtle. No volveré a amar. —Miró a Luca con afecto—. Algún día entenderá lo que quiero decir.

Luca se encogió de hombros.

—No estoy seguro de estar hecho para el amor.

—Es justo en momentos así cuando nos llega el amor. Cuando creemos que no lo necesitamos. Y entonces nos parece increíble haber vivido tanto tiempo sin él. Y ahora, volviendo a esa preciosidad de jovencita...

—Rosa.

—*And she was fayr as is the rose in May.*[*] ¿Le apetece tomar el té conmigo en la *trattoria*?

Luca negó con la cabeza.

—Ya he tenido bastante de ese lugar por hoy. —Al ver la decepción en el rostro del profesor, decidió ceder—. Podríamos almorzar allí el lunes. Preparan un salmónete estupendo. Se lo recomiendo encarecidamente.

Esa noche cenaron en la terraza. La luz de las velas atrajo a las mariposas nocturnas y a los pequeños mosquitos, y los grillos chirriaban entre los matojos. La luna brillaba, baja y oronda, en un cielo tachonado de estrellas. Luca no podía dejar de pensar en Cosima. ¿Cómo se atrevía a rechazarle cuando sólo había pretendido ser amable con ella?

—He leído en mi guía que la semana que viene se celebra la festividad de Santa Benedetta —dijo Dizzy—. A Maxwell y a mí nos encantaría quedarnos para poder ir.

Ma y el profesor se miraron, y ella hizo una mueca de horror.

—Es muy aburrido —dijo Romina—. La estatua nunca llora y todo el mundo vuelve a casa decepcionado.

—¿No os parece que puede ser interesante desde un punto de vista cultural ver cómo los lugareños celebran sus festividades religiosas?

—En absoluto —respondió Romina—. Son muy primitivas.

—De hecho, a mí sí me resulta muy interesante —intervino Bill—. ¡No escuchéis a Romina! No sabe lo que dice.

—Pero, cariño, si hasta a ti te pareció aburrido.

—Decepcionante, no aburrido. La festividad responde a la celebración de un milagro que data de hace cientos de años. Los descendientes de Benedetta todavía viven aquí, en Incantellaria. Son ellos quienes encabezan la procesión...

—Y después celebran una gran fiesta, a pesar de su decepción —replicó Romina con dureza.

—Siguen celebrando el milagro original —la corrigió pacientemente Bill.

Ella puso los ojos en blanco.

—A los italianos nos encanta la fiesta... y los fuegos artificiales. Todo resulta muy ruidoso y excesivo.

—Hablas como una anciana —bromeó su marido.

—Es que eso es lo que soy. Me gusta la tranquilidad y el silencio.

—En fin, creo que deberíamos ir —dijo Maxwell.

—Es peligroso —intervino Ma—. Por los rateros.

—¿Aquí? —dijo Dizzy.

—Buscan a personas como usted. Que destaquen. Es usted demasiado rubia.

Dizzy miró a su esposo.

—Seguro que Maxwell me protege —dijo con una sonrisa de niña. Él le tomó la mano.

—Pero ¿qué sentido tiene correr el riesgo? —preguntó Ma misteriosamente.

—Cierto —añadió el profesor.

—Lo pensaremos —declaró Maxwell—. Quizá podríamos ir todos juntos.

Ma miró ceñuda su copa de vino.

Esa noche Luca durmió mal, atormentado por sentimientos encontrados sobre Cosima. Por un lado, la joven viuda le había herido en su ego. La encontraba atractiva, pero ella le había rechazado. Por el otro, se había mostrado grosera y a Luca no le gustaban esa clase de mujeres. Deseaba poder olvidarla, pero de algún modo ella había conseguido metérsele bajo la piel.

Se despertó presa de un ligero rencor. Aunque al principio no logró recordar la causa, poco a poco los recuerdos de la jornada anterior volvieron a hacerse presentes. Cuando intentaba decidir qué hacer durante el día, una mariposa entró revoloteando por la ventana abierta. Era un ejemplar de la misma especie que la del día anterior: inusualmente grande y de un vibrante color azul. La mariposa revoloteó por la habitación hasta posarse en su mano. Era como si conociera a Luca, que levantó la mano para verla mejor. La mariposa había cerrado las alas y saboreaba su piel con su trompa. Luca se acercó a la ventana y abrió las persianas de par en par. Casi esperó ver al niño en la terraza que tenía debajo, o en el jardín, mirándole con esos grandes ojos marrones, pero no vio a nadie, salvo a un pájaro que brincaba en la hierba en busca de gusanos.

Tendió la mano para que la mariposa echara a volar, pero la criatura siguió en la habitación mientras él se cepillaba los dientes y abría el agua de la ducha. Por fin, imitó al pequeño y sopló sobre la mariposa, que pareció entrar en razón y echó a volar en el aire, desapareciendo por la ventana hacia el jardín.

Después de desayunar, Luca se tumbó junto a la piscina a leer un libro. Esta vez sí pudo concentrarse y agradeció la distracción. Había prometido a Caradoc que le acompañaría a almorzar a la *trattoria* al día siguiente. Después de haber desestimado a Ma y al profesor por considerarles un par de excéntricos con los que no debía perder ni su tiempo ni su esfuerzo, estaba empezando a tomarles cariño. Ambos eran personalidades muy positivas. Decidió que si Cosima estaba en la *trattoria* al día siguiente no se dirigiría a ella. Ya había hecho el esfuerzo en dos ocasiones. No habría una tercera.

Caradoc estaba sentado a la sombra leyendo un libro de poemas mientras Dizzy tomaba el sol con los auriculares del *walkman* metidos en los oídos y el pie derecho moviéndose al ritmo de la música, al tiempo que *Smidge* dormía en su bolso Birkin. Ma detestaba las piscinas. Estaba demasiado gorda para nadar y

no soportaba a las mujeres que, como Dizzy, tenían cuerpos hermosos. Se había quedado en la terraza con *Porci*, bordando un par de zapatillas para su sobrina e intentando decidir cómo ir a la *festa* sin tener que ver cómo Dizzy y sin Maxwell se añadían al grupo y daban al traste con el plan.

Después del almuerzo, el profesor se retiró a echarse su siesta y Ma desafió a Luca a una partida de cartas. Dizzy y Maxwell regresaron a la piscina y se tumbaron al sol para «freírse como un par de babosas», como apuntó Ma con crueldad.

—No le pillo el punto a Dizzy —añadió mientras barajaba.

—Pero ¿tiene que tener un punto? —preguntó Luca, encendiéndose un cigarrillo.

—Una persona sin un punto es como un lápiz sin punta. Inútil. Aunque es muy guapa y eso ya es algo.

—Bueno, tampoco es para tanto.

—No la he oído decir una sola cosa interesante desde que estoy aquí.

—A algunos hombres les gustan las mujeres así.

—¿Y a usted qué es lo que le gusta, Luca?

Él dio una larga calada al cigarrillo.

—A mí también me gustan las mujeres guapas. —Ma puso los ojos en blanco en un gesto claramente desdeñoso—. De acuerdo: me gusta la inteligencia, el ingenio, que me diviertan y sentirme desafiado. Me gustan las mujeres independientes y seguras de sí mismas.

Ma soltó un bufido.

—Menudo aburrimiento, Luca. Lo que usted necesita es una mujer que le fascine y que siga fascinándole hasta el día de su muerte; que en cuanto sienta que la conoce le muestre algo que no haya visto antes en ella. Eso es lo que usted necesita. De lo contrario, ella le aburrirá. —Repartió las cartas—. Sí, búsquese a alguien fascinante y encontrará en ella un eterno desafío. —Jugaron al *Racing Demon* toda la tarde. Ma resultó ser una perspicaz oponente que parecía jugar a un ritmo lento y caviloso, y que aun así se las ingeniaba para terminar siempre la primera.

—¡Es usted una auténtica ganadora, Ma! ¿Cuál es su secreto?

Ella se dio unos golpecitos en la sien con un dedo.

—Está todo aquí y no pienso compartirlo con nadie. ¡Si jugáramos con dinero, ahora mismo sería una mujer rica!

—Si jugáramos con dinero, hace tiempo que yo habría dejado de jugar —replicó Luca—. No soy de los hombres que despilfarran su fortuna.

—No, ya se ha encargado su esposa de hacerlo por usted. ¿Qué demonios le llevó a casarse con Claire?

—Que era un desafío —respondió Luca.

—¿Le resultaba fascinante?

—No lo suficiente.

—¿Qué ocurrió?

—La malcrié.

—Las mujeres cambian cuando se encuentran con el anillo en el dedo. Si yo fuera un hombre, no me casaría nunca.

—¡Pero si es usted una mujer y no se ha casado!

—El matrimonio es como un lápiz sin punta, Luca. —Se inclinó hacia él y siseó la palabra con deleite—. ¡Absurdo!

Cuando a las cuatro volvió a aparecer el profesor, reclutó a Bill para jugar una partida de *bridge* con Ma y Luca. Jugaron hasta la hora de la cena. Romina y Dizzy regresaron de una breve visita al pueblo. Más tarde, oyeron discutir a Dizzy con Maxwell por la ventana del primer piso. Cuando bajaron a cenar se sentaron cada uno en un extremo de la mesa, ignorándose mutuamente. A Ma la situación le pareció de lo más interesante y ardía en deseos de saber cuál había sido el motivo de la discusión.

Al día siguiente, el cielo amaneció gris y nublado. Como había prometido, Luca acompañó al profesor al pueblo. Las calles estaban en silencio, el aire parecía haberse enfriado y una tormenta se gestaba en el horizonte, donde unas nubes violetas se reunían como un ejército preparándose para el combate. El entusiasmo del profesor no se vio en ningún momento menoscabado por las inclemencias del tiempo.

—Almorzaremos dentro —sugirió Luca mientras aparcaba el coche lo más cerca del muelle que pudo.

En cuanto volvió a ver al niño jugando entre los botes, supo que Cosima debía de estar en la *trattoria*.

—Ese pobre niño está siempre solo —dijo Luca, expresando así su desaprobación.

—¿Qué niño?

—El hijo de Cosima. La sigue a todas partes y ella prácticamente ni le mira. Me parece muy bien que llore a su marido, ¡pero no debe olvidar a los vivos!

—Yo de usted no lo mencionaría —dijo Caradoc, cruzando despacio la terraza en dirección al restaurante.

—No se preocupe. No tengo el menor interés. ¿Dónde está la encantadora Rosa?

La *trattoria* era un local anticuado, con pequeñas mesas y sillas sencillas. El suelo estaba cubierto de baldosas y el olor a lavanda y a hierbas secas que colgaban de las paredes sobre las hileras de fotografías enmarcadas endulzaba el

aire. Había cuencos con limones en el aparador y botellas de vino en altos estantes. A pesar de que algunas mesas estaban ocupadas, el mal día parecía haber ahuyentado a la clientela. Rosa apareció con un vestido verde que se ajustaba a su cuerpo como un manto de algas. Se había recogido el pelo, dejando a la vista su largo cuello, y se había pintado los labios de escarlata, a juego con las uñas. Luca se fijó en las uñas de sus pies, pintadas como las de los dedos de las manos, que asomaban por la punta de unos zapatos de tacón muy alto. Se preguntó cómo podía andar con ellos todo el día.

—Hemos vuelto por los salmonetes —dijo Luca con una sonrisa.

Rosa le devolvió la sonrisa.

—Creía que habían vuelto por mí —respondió.

—Yo sí he vuelto por usted, hermosa Rosa —intervino el profesor.

—Bueno, uno de dos no está mal. ¿Desean un poco de vino?

—Greco di Tufo. Muy frío —dijo Luca—. Parece que va a caer una tormenta.

—Y una de las buenas —respondió Rosa—. Quizá se queden aquí atrapados toda la tarde.

—No se me ocurre un lugar mejor para quedarme atrapado —replicó el profesor.

—¿De quién son todas esas fotografías? —preguntó Luca.

—De mi familia. —Rosa señaló a un bosquejo de un desnudo reclinado que colgaba de lo alto de la pared—. Ése es un retrato de mi abuela Valentina que pintó mi abuelo. ¿No les parece hermosa? —Le brillaron los ojos—. A menudo me dicen que me parezco mucho a ella. Pero, por desgracia, comparada con la suya, mi vida es terriblemente aburrida.

—Espero que viva usted más que ella, querida —dijo Caradoc—. Y que tenga un mejor final.

En mitad del almuerzo los cielos se abrieron, el trueno sacudió las colinas y la lluvia cayó a plomo sobre el muelle. Cosima, si estaba en la cocina, no se dejó ver. Luca la detestó todavía más por no haberle dado la oportunidad de ignorarla. Se volvió a mirar la tormenta y el mar oscuro y tempestuoso y esperó que el pequeño estuviera a salvo en casa.

* Extracto de *The Legend of Good Women* de Geoffrey Chaucer. (N. del T.)

LUCA no volvió a la *trattoria*. Empezó a visitar un *caffè* de la plaza donde preparaban un exquisito y fuerte café y donde servían *brioche*s, e intentó no pensar más en Cosima. El profesor y Ma conspiraron contra Dizzy y Maxwell y lograron convencer a Romina para que les animara a quedarse en el *palazzo* y evitaran asistir a la famosa *Festa di Santa Benedetta*.

—Les prepararé una buena cena —dijo—. Yo también estoy muy aburrida de Max y de Dizzy. No contribuyen en nada. Seguro que deben de tener que retomar sus obligaciones en casa. ¿O es que Max puede realmente hacer todos sus negocios por teléfono y vía Internet?

Afortunadamente, el día de la fiesta, Maxwell sufrió una migraña y se pasó la tarde en cama mientras que Dizzy, aburrida y malhumorada al verse sola, se tumbó a la sombra a leer una novela. Ma cacareaba de felicidad mientras Luca esperaba la fiesta con cierta aprensión. ¿Encontraría allí a Cosima?

Al anoecer, los tres bajaron al pueblo. Ma a duras penas logró pasar su enorme trasero por la puerta del coche de Romina y se sentó encima del cambio de marchas, de modo que Luca tuvo que pedirle que se moviera cada vez que cambiaba la marcha.

—De haber sabido que me vería metida en una lata de sardinas como ésta, no habría venido —se quejó Ma.

—Valor, querida señora —dijo Caradoc desde el asiento trasero—. *Ring in the valiant man and free, the large heart, the kindlier hand.*[*]

—El gran trasero, la mano errante —dijo Ma cuando Luca buscó el cambio de marchas bajo sus pantalones—. No es el momento más indicado para los versos de Tennyson, profesor. No deberían fabricar vehículos tan pequeños. Es insultante.

—¿Por qué no alquila un coche más grande, Luca?

—Supongo que por una simple cuestión de pereza, o quizá por la necesidad de verme libre de cualquier pertenencia.

—Ser libre es tener un gran coche en el que poder sentarse cómodamente —intervino Ma—. Alquilar un coche no sería impedimento para que pudiera cumplir con su búsqueda espiritual, se lo aseguro. ¡Y desde luego mejoraría la mía!

—La espiritualidad no consiste en renunciar a las cosas materiales ni en darles una importancia indebida. No permita que el dinero sea su dios; debe ser su

esclavo.

—Espero que le haya quedado claro, Luca —dijo Ma—. Aunque Caradoc es un poco gruñón, es un viejo sabio. Yo, en cambio, soy sólo vieja. Me gustaría saber lo que nos espera esta noche.

—Diversión —respondió Luca—. Al menos yo espero disfrutar de algo espectacular.

—Una estatua que llora lágrimas de sangre y que no ha derramado una sola lágrima desde hace medio siglo —rezongó Ma—. No pienso apostar por ello.

—Un pueblo azuzado por la locura religiosa —comentó Caradoc, no sin cierta salacidad—. Sospecho que nos espera la histeria de la masa.

—A Dios gracias que no tenemos que cargar con ningún parásito —dijo Ma—. Como habla usted la lengua con absoluta fluidez, podremos mezclarnos con la multitud, Luca.

Él se volvió a mirarla para cerciorarse de que hablaba en serio. Ma no era la clase de mujer que pudiera pasar desapercibida. Jamás.

Aparcaron cerca del muelle y subieron por las estrechas callejuelas hasta la plaza de San Pasquale, donde los habitantes de Incantellaria se habían congregado delante de la capilla con cirios en la mano. El denso olor a cera y a incienso impregnaba el aire, ya de por sí preñado de expectación, mientras la gente esperaba a que las magníficas puertas de la iglesia se abrieran. Luca vio de inmediato a Rosa. Su vestido y su chal rojo destacaban entre la muchedumbre, pidiendo a voces llamar la atención. Los niños se arracimaban a su alrededor y Rosa iba acompañada de un hombre que presumiblemente era su esposo. Entonces Luca vio a Cosima, vestida de negro y con el rostro oculto una vez más tras un velo de encaje. Estaba demasiado lejos para que pudiera descifrar la expresión de su rostro, y junto a ella tenía a un hombre alto con el pelo largo y canoso y rostro amable. De vez en cuando, el hombre le rodeaba los hombros con el brazo y la atraía hacia él, agachándose para susurrarle algo al oído. La furia de Luca se fundió para dar paso a la pena al pensar en que una mujer tan joven y tan hermosa se desperdiciara por amor.

Tanta era su excitación que Rosa era incapaz de estarse quieta. Nada le gustaba más que una ceremonia seguida de una fiesta. Si Cristo no lloraba, lo celebrarían de todos modos, en memoria del milagro original. Miró a su alrededor. Conocía a casi todo el mundo. Entonces vio a Luca mirando a su prima y a Pánfilo y sintió que su excitación se desvanecía como por encanto. Cosima era sin duda una visión absorbente con su vestido y su velo negros. Luca debió de percibir el peso de su mirada, pues apartó los ojos de Cosima para posarlos en ella. Rosa sonrió, jubilosa, y le saludó con un pequeño gesto de la mano y él le devolvió el saludo.

—¿A quién está saludando? —quiso saber Ma.

—A la camarera de la *trattoria*.

—¿Es hermosa?

—Está casada.

—Eso jamás ha detenido a nadie.

—¡Luca es un hombre de honor! —dijo Caradoc—. Aunque la belleza de esa joven podría botar un millar de barcos.

Ma entrecerró los ojos e identificó a Rosa.

—Por la expresión de su rostro diría que ya ha botado unos cuantos.

Las magníficas puertas de la iglesia se abrieron con un fuerte chasquido y los presentes entraron a toda prisa, ansiosos por ocupar los mejores sitios. Ma entrelazó su brazo con el del profesor, que se apoyó en ella, visiblemente agradecido. Le gustaban las mujeres corpulentas. Luca se percató de que habían empezado a llamar la atención. Entendió que los lugareños sabían que venían del *palazzo* y estaban tan intrigados como atemorizados. Los niños se mostraban menos sutiles y señalaban y susurraban, tapándose la boca con las manos.

La pequeña iglesia estaba profusamente iluminada. En cada pequeño rincón y superficie había puñados de cirios de color marfil cuyas llamas amarillas parpadeaban en la penumbra. El olor a incienso impregnaba el aire. El pan de oro brillaba y la estatua del Cristo resplandecía como si estuviera iluminada por dentro. Luca encontró tres sillas juntas hacia el fondo, al lado del pasillo, y se apartó mientras Ma y Caradoc se acomodaban. Cosima estaba en la parte delantera de la iglesia, con Rosa y el resto de su familia. Los niños se agitaban en sus asientos y se volvían a saludar a sus amigos, todos salvo el hijo de Cosima, que jugaba delante del altar utilizando una pluma blanca a modo de espada, golpeando el aire con ella. A nadie parecía importarle que no se hubiera sentado. Los lugareños siguieron entrando, persignándose ante el altar y haciendo caso omiso del pequeño.

Un silencio descendió sobre la congregación al tiempo que un zumbido de expectación tensaba la quietud del templo mientras todos esperaban, apenas atreviéndose a respirar. El pequeño se sentó a los pies del altar, pasándose la suave pluma por los labios. De pronto las puertas volvieron a abrirse y tres mujeres de negro entraron como un aquelarre, con los rostros iluminados por las velas que sostenían en la mano. Una de ellas caminaba un poco por delante de las demás con la barbilla en alto y los ojos fijos en el altar. Detrás de ellas iba el capellán, recitando plegarias en un grave monocorde, y un pequeño monaguillo vestido de rojo que agitaba en el aire un incensario.

Al pasar en fila por delante de él, Luca se fijó en los ojos de la mujer que encabezaba la pequeña procesión. Eran cautivadoramente claros y contrastaban

con el brillante bronceado de su piel y de sus cabellos. La mujer desvió los ojos durante un segundo y le miró, impertérrita. Tan sólo las manzanas de sus mejillas se sonrojaron, desvelando su sorpresa. Luca asintió, imitando a los que a su alrededor conocían el ritual de memoria. La mujer siguió andando despacio, posando los ojos en la estatua en la que tanta expectación y esperanza había depositadas.

Las tres mujeres ocuparon su sitio en el primer banco. El cura y el pequeño monaguillo se quedaron de pie delante del altar. No había ni himno, ni música, tan sólo las plegarias inaudibles de los esperanzados asistentes que jamás se cansaban de la ceremonia y que regresaban todos los años con su optimismo rejuvenecido.

Ma entrecerró los ojos, pero sólo alcanzó a ver una estatua muy borrosa.

—¿Ha sangrado ya? —le siseó a Caradoc al oído.

El anciano negó con la cabeza.

—*My soul, sit thou a patient looker—on; judge not the play before the play is done.*[*]

—Oh, cielos, hay que ver el tiempo que se toma el Señor —masculló ella.

—Y cómo pone a prueba nuestra fe —respondió Caradoc.

Esperaron todos veinte minutos y después la congregación dejó escapar un suspiro colectivo. El milagro no había ocurrido. Los ojos de Cristo seguían secos. Las campanas empezaron a tañer, los hombros se encogieron, algunos ancianos sollozaron y los niños empezaron a reírse por lo bajo y a cambiar el peso de un pie al otro.

De pronto se oyó un fuerte sollozo seguido del apresurado repiqueteo de zapatos sobre la piedra y el frufrú de la ropa al tiempo que Cosima salía corriendo de la iglesia por el pasillo central. Todos clavaron en ella las miradas mientras un murmullo se elevaba desde los bancos. Luca vio cómo el pequeño seguía a su madre con el rostro macilento de ansiedad y las manos agarrando con fuerza la pluma. Al pasar, clavó sus ojos en los de Luca durante un largo instante, como si intentara comunicarle algo. Él casi pudo oír un grito de ayuda.

—Santo cielo —dijo Ma con fatalidad—. Se lo ha tomado muy mal.

—Es la viuda —observó Caradoc—. La misma a la que Luca ha echado el ojo.

—Ése es un corazón imposible de conquistar.

—No hay nada que a un hombre le guste más que un gran desafío.

—Y nada que odie más que la derrota —añadió Ma, pesimista—. ¿Qué hacemos ahora?

—Supongo que volver a casa —respondió Caradoc.

—Me pregunto qué habrá para cenar.

La procesión de mujeres regresó despacio hacia la puerta por el pasillo y

salieron de la iglesia con el cura y el monaguillo siguiéndolas muy de cerca. La campana tocó lúgubrementemente, aunque los músicos estaban prestos a coger sus instrumentos y a tocar en la plaza. Rosa no pensaba dejar que Cosima diera al traste con la fiesta, aunque sabía que Alba correría tras ella como lo hacía siempre. Se preguntó si el guapo inglés se quedaría a bailar y si lograría ingeniárselas para hablar con él con Eugenio presente.

Luca fue presa de la más absoluta decepción. Cuando estaba a punto de preguntar al profesor si quería quedarse o regresar al *palazzo* a cenar, una fría ráfaga de viento barrió el pasillo y allí estaba de nuevo el pequeño con la pluma, de pie en la puerta, jadeante y con el rostro encendido, y buscando con los ojos entre el mar de rostros. Al ver a Luca, se puso a gritar a todo pulmón:

—¡Ayúdeme! *Mamma* está en el agua. ¡Ayúdeme! ¡Por favor!

El pequeño y Luca cruzaron corriendo la plaza, haciendo caso omiso de la expresión de sorpresa que asomó a la cara del cura y de las tres *parenti di Santa Benedetta*. El pequeño bajaba a toda prisa con destreza por los adoquines que llevaban al muelle, desde donde Luca pudo vislumbrar una figura que vadeaba mar adentro a la luz de la luna. Se quitó los zapatos y la chaqueta y corrió tras ella, braceando en el agua lo más deprisa que pudo.

—¡Cosima! —gritó. Al principio, ella le ignoró, como presa de un trance. Cuando Luca gritó más alto, ella aceleró el paso hasta que su cabeza desapareció bajo las olas. Luca empezó a nadar, intentando localizar el lugar exacto donde ella se había hundido hasta que de pronto vio un brazo que se elevaba en el agua en el momento en que el instinto de Cosima batalló por aferrarse a la vida. Con un monumental esfuerzo, Luca logró agarrarlo. Tuvo entonces lugar una breve resistencia y por fin las fuerzas abandonaron a la mujer.

Luca tiró de ella hacia la superficie, colocándola boca arriba para poder sujetarla con el brazo, mientras apoyaba la cabeza de Cosima sobre su hombro. Nadó luego de espaldas hacia la orilla hasta que sintió las piedras bajo los pies. Después la tomó en brazos y la sacó del agua. Nadie le había seguido a pesar de las súplicas del pequeño. A toda prisa, colocó a Cosima sobre las piedras de la playa y pegó la oreja a su pecho para ver si su corazón latía. Sí, todavía latía, aunque ella no respiraba. Intentó reanimarla, apretándole el pecho con bruscos movimientos al tiempo que le llenaba de oxígeno los pulmones. Cosima tenía los labios fríos y salados, y el cuerpo sin vida. Luca jamás se perdonaría si el niño perdía a su madre porque él no había podido salvarla.

Por fin, el cuerpo fue presa de una convulsión al tiempo que expulsaba agua de sus pulmones. Cosima jadeó e inspiró una bocanada de aire, abrió los ojos y clavó en él una mirada desconcertada. Luca masculló unas palabras de ánimo. Tenía que llevarla a algún lugar donde pudiera hacerla entrar en calor. La cubrió

apresuradamente con la chaqueta y volvió a cogerla en brazos. Le costó Dios y ayuda cargar con su cuerpo mojado y débil mientras ella perdía y recuperaba la consciencia. Apretando los dientes con decisión, se dirigió hacia la plaza. Miró en derredor, buscando al pequeño, pero pensó que debía de haber subido a la *piazza* a buscar ayuda. Luca oyó entonces la música de la fiesta y las alegres voces de los lugareños, que sin duda se resarcían de la decepción de la ceremonia.

Estrechó a Cosima contra su pecho, intentando darle calor. La respiración de ella le animó a seguir adelante sin dejar de tambalearse. Por fin llegó a la plaza.

—¡Que alguien me ayude! —gritó. Los asistentes se volvieron a mirarle y el horror asomó a sus rostros al verle acercarse cargando con una de los suyos, mojada e inconsciente. La música dejó de sonar y la gente abandonó el baile y se congregó a su alrededor como un rebaño de curiosas cabezas de ganado. Todos se santiguaron al verle pasar con la mujer, a la que creyeron muerta.

Alba corrió a su encuentro.

—¡Cosima! —gritó, al tiempo que Luca la depositaba con cuidado en el suelo—. ¿Está...?

—Está viva —respondió él, recobrando el aliento—. Pero ha intentado ahogarse.

—¡Santo Dios! ¡Pánfilo! —chilló. El aludido estaba junto a ella, quitándose la chaqueta para cubrir a la muchacha.

—Debería haber imaginado que esto ocurriría —gimió Alba.

—Hay que llevarla a casa —dijo Pánfilo, haciéndose con el control de la situación—. ¡Al coche! —La levantó con sus fuertes brazos y vadeó entre la multitud, que se apartó reverentemente.

Alba se volvió hacia Luca.

—Le ha salvado la vida. ¿Cómo lo ha sabido?

—Ha sido gracias al niño.

—¿Qué niño?

—¿No ha visto al niño que estaba en la iglesia, pidiendo ayuda a gritos?

—No.

—Creía que era su hijo.

Alba le miró fijamente durante un largo instante y acto seguido le tocó el brazo.

—Cosima no tiene ningún hijo. Francesco murió hace tres años. Se ahogó. Tenía seis años.

* Del poema *Ring Out, Wild Bells* de lord Alfred Tennyson. (*N. del T.*)

* Famosa cita de Francis Quarles, poeta inglés (1592-1644). (*N. del T.*)

LUCA vio a Alba desaparecer entre el gentío. Estaba perplejo. El pequeño seguía a Cosima a todas partes. ¿Cómo era posible que Alba no le hubiera oído gritar pidiendo ayuda? La iglesia entera debía de haberle oído. Buscó a Ma y a Caradoc mientras los lugareños le miraban como si fuera un extraterrestre.

—¡Aquí está! —Ma emergió entre el mar de rostros—. ¿Qué diantre está ocurriendo? ¡Está empapado!

—Es usted un héroe, joven —dijo el anciano.

—Diría que necesita usted una copa bien cargada —añadió Ma—. ¿Se encuentra bien?

—¿Han visto al niño?

—¿A cuál?

—Al que iba con Cosima, pidiendo ayuda a gritos.

La mujer le miró con cara de no entender.

El profesor se rió entre dientes.

—Creo que necesita usted un baño caliente y un vaso de ron dulce y ardiente.

—¡Un momento! —Luca se sintió mareado—. ¿Me están diciendo que no han visto al niño que ha entrado a la iglesia pidiendo ayuda? —Ma y el profesor negaron con la cabeza, mirándole con recelo—. ¿No le han visto salir corriendo de la iglesia detrás de la mujer? ¡Vamos! ¡Tienen que haberle visto! —Se volvió hacia Caradoc—. ¿Me estoy volviendo loco? Un niño me ha pedido que salvara a su madre, así que he bajado corriendo a la playa y la he encontrado vadeando en el agua, decidida a ahogarse. He nadado tras ella y la he rescatado. Pero ¿cómo podría haber sabido lo que estaba ocurriendo si el pequeño no me lo hubiera dicho?

—Esto es realmente desconcertante —dijo Caradoc, apoyándose en su bastón—. Aun así, me temo que el único que ha visto al niño ha sido usted.

—Creía que era el hijo de Cosima —respondió Luca con un hilo de voz—. Quizás, a fin de cuentas, no sea viuda.

Cuando bajaban al muelle para ir a buscar los zapatos de Luca y encontrar el coche, apareció Rosa con el rostro encendido y al borde del llanto.

—Luca —gritó, parándole en seco.

—Lo siento —dijo él al tiempo que ella se echaba a llorar.

—Está viva y eso es lo único que importa. Quiero darle las gracias. Le ha salvado la vida.

—¿Por qué quiere suicidarse?

—Me siento fatal. Me he portado muy mal con ella. No he sabido darme cuenta de lo infeliz que era. No la creía. Creía que simplemente quería llamar la atención. —Inspiró hondo—. Su hijo Francesco se ahogó hace tres años y ella se culpa porque estaba con él. Fue visto y no visto. En un momento de despiste, Francesco estaba en el agua. Cosima no sabe nadar. No pudo hacer nada. Y nunca lo ha superado.

—¿Dónde está su marido?

—Nunca se casó. —Se estremeció—. Nosotros somos todo lo que tiene.

—¿Y quién es el pequeño que la sigue a todas partes?

—Mi hijo Alessandro —respondió ella.

—¿El que llevaba la pluma en la mano y entró pidiendo ayuda a gritos? —preguntó Luca, aliviado al ver que después de todo no se estaba volviendo loco.

Rosa pareció confusa.

—No. Esta noche mi hijo ha estado conmigo todo el rato. No he visto a nadie que gritara pidiendo ayuda.

—Por el amor de Dios, ese niño ha gritado de tal modo que deben de haberle oído hasta en Nápoles.

La joven retrocedió al oírle alzar la voz.

—No sé de qué me habla —dijo tímidamente.

—No se preocupe. Obviamente soy la única persona que le ha visto. Me estoy volviendo loco, eso es todo.

—En cualquier caso, gracias. En nombre de mi familia, gracias por haberle salvado la vida.

Una vez más, los tres se apretujaron en el pequeño coche y partieron en dirección al *palazzo*. Ma y Caradoc estaban encantados con el heroísmo de Luca. La tarde habría sido una auténtica decepción si Cosima no hubiera decidido arrojar al mar. El drama les había dado a ambos un nuevo aliciente y no veían la hora de regresar para contárselo a los demás. Pero mientras ellos charlaban, Luca tenía la cabeza en otra parte. ¿Estaría volviéndose loco o se trataba de algo mucho más oscuro que eso?

De regreso al *palazzo*, ayudó a bajar del coche a Caradoc y a Ma.

—¿Quién nos iba a decir que iba a convertirse en un caballero con una reluciente armadura? Hoy en día esa clase de héroes no abundan, Luca, y le aseguro que se merece una medalla por lo que ha hecho esta noche. Yo misma se lo contaré a su madre. —Ma le dio una palmadita en el hombro—. Será mejor que vaya a cambiarse de ropa antes de que pille un resfriado.

—*See the conquering hero comes! Sound the trumpets, beat the drums![*]* —cantó el anciano al tiempo que Luca le hacía entrega de su bastón. Ma le ofreció

el brazo, esperó un instante a que el profesor sacara las piernas del coche y a continuación cruzó con él las grandes puertas del *palazzo*. Luca subió corriendo a su habitación.

Pasó un buen rato en la ducha, disfrutando del agua caliente sobre su piel e intentando borrar los miedos de su cabeza. Intentó no pensar en su infancia ni en las voces que le habían hablado durante la noche. Su madre le había dicho que los fantasmas no existían y que si seguía hablando de ellos le enviaría a un psiquiátrico infantil. Después de eso, no había vuelto a mencionarlos. Había terminado por creer que estaba todo en su cabeza. Había negado las voces una y otra vez hasta que por fin habían desaparecido.

Si él era el único que había visto al niño, ¿quería eso decir que las voces habían vuelto?

Se vistió apresuradamente. ¿Cómo era posible sentir el temor de un niño cuando era un hombre que ya había cumplido los cuarenta? Salió al balcón de su habitación y contempló el océano. Bajo la luna, el agua brillaba, plateada como el mercurio. Pensó en Cosima y en su pequeño, y su temor se transformó en compasión. El dolor que atenazaba a la mujer era tal que había intentado terminar con todo. No le daría las gracias por haberle salvado la vida. Lo que ella quería era reunirse con su pequeño. Pero si el niño era su hijo, también él había deseado salvarla. Luca sabía que no podía contarle lo que había visto porque a buen seguro que ella le creería un loco. Todos creerían que estaba loco. No podía decírselo a nadie.

Oyó risas más abajo, donde su madre presidía la cena en la terraza. Caradoc y Ma estaban obviamente contando la historia. Los presentes escuchaban embelesados, con los rasgos iluminados por la parpadeante luz de las lámparas de terraza. Luca esperó y deseó que no mencionaran al pequeño. Desestimaría la aparición del niño, inventaría algo. Ya había desterrado de su lado una vez ese tipo de apariciones y no tenía la menor intención de permitir que volvieran.

El estómago le crujó de hambre y necesitaba urgentemente una copa bien cargada. Aunque habría preferido cenar solo, el *palazzo* no ofrecía servicio de habitaciones. Bajó a regañadientes, y cuando apareció en la terraza, la mesa le vitoreó y los comensales alzaron sus copas.

—¡Estoy muy orgullosa de ti, cariño! —exclamó su madre, visiblemente encantada y con lágrimas en los ojos.

—Tómate una copa de Taurasi —le saludó su padre, tendiendo la mano hacia la botella.

—Tiene mejor aspecto —dijo Ma, volviéndose hacia el resto de la mesa—. Estaba muy pálido. Creía que se iba a desmayar. Ha sido el único de toda la iglesia que ha corrido en ayuda de esa mujer.

—¿Quién es ella? —preguntó Bill.

—¿Es hermosa? —preguntó Dizzy.

Ma puso los ojos en blanco.

—Es trágica y hermosa. De haber sido fea, Luca no se habría molestado en salvarla. —Todos, salvo Luca, se rieron.

—Se llama Cosima —respondió, sintiendo un agradable calor cuando el vino le llegó al estómago—. Su hijo se ahogó en el mar hace tres años. Ella intentaba quitarse la vida.

Dizzy contuvo un jadeo.

—¡Santo cielo! ¡No entiendo cómo hay gente capaz de hacer algo así!

—Para que la salve un guapo extranjero, naturalmente —dijo con sarcasmo Ma.

—Creo que deberías ir a ver a la familia, Luca —intervino Caradoc, pensando en la hermosa prima del vestido rojo.

—¡Por supuesto! —concedió Romina—. Tienes que ir a verles, cariño. Querrán darte las gracias.

—Ya lo han hecho. Pero ella me debe de odiar por haberle estropeado los planes. Es sólo una cuestión de tiempo que vuelva a intentarlo.

—En ese caso, debería contarle lo del niño —dijo Ma. Todos se volvieron a mirar a Luca.

—¿Qué niño? —preguntó Romina—. No nos has dicho nada sobre ningún niño.

—No había ningún niño —dijo él, vaciando su copa—. Me he confundido. Estaba mojado y hacía frío.

El profesor tuvo el buen tino de no insistir.

—Será mejor que sean ellos quienes vengan a verle si quieren darle las gracias —dijo—. Le garantizo que lo harán.

Cuando los demás se retiraron a la cama, Luca se fue a dar un paseo por la plaza. A su regreso, cuando se acercaba al capricho, oyó ruido de pasos entre la maleza. Sabía que no era su padre, y desde luego no eran tampoco Ma ni Caradoc. Sonrió al pensar en Dizzy y en Maxwell reconciliándose tras su discusión, entrando a hurtadillas en el capricho para un ligero y apasionado escarceo en la gran cama con dosel, rodeados de imágenes y de literatura erótica. Desestimó enseguida la idea. A decir verdad, parecían tan apasionados como un par de medusas.

Aunque la luna estaba en lo alto del cielo, las sombras eran oscuras e impenetrables. Luca oyó un crujido seguido del silencio. Se quedó quieto, con el corazón palpitándole en el pecho. Quizá se tratara de algún animal, quizás un ciervo. Aguzó el oído, pero no oyó nada, salvo la brisa agitando las hojas y el

chirrido de los grillos. Sintió que le vigilaban y que quienquiera que fuera era consciente de su presencia y estaba a la espera de que hiciera algún movimiento.

Por fin, no le quedó más remedio que dar un paso. Al ver que no oía nada más, se dio cuenta de que debía de haber estado imaginándolo todo y siguió avanzando por el resto del sendero hasta el capricho. A fin de cuentas, con su metro noventa, sus anchos hombros y un cuerpo modelado con las rutinas diarias del gimnasio, no tenía por qué temer nada.

Cuando llegó al pequeño pórtico del capricho, un conejo asustado saltó al sendero antes de desaparecer entre los matojos. Luca inspiró hondo, aliviado. Intentó abrir la puerta, pero la encontró cerrada. Negó entonces con la cabeza y sonrió irónicamente ante su propia estupidez. Su madre tenía la única llave de la pequeña casa. El episodio de la *festa* debía de haberle conmocionado si había empezado a imaginar espíritus entre las sombras. Se metió las manos en los bolsillos y regresó al *palazzo*.

Esa noche durmió profundamente y no soñó. Al despertar, cuando el alba inundaba con su luz las cuatro esquinas de la habitación, se preguntó si los acontecimientos del día anterior realmente habían ocurrido. Se levantó y se despezó, recorriendo con la mirada el benigno mar que se extendía ante sus ojos: el cielo luminoso y despejado, el aire impregnado con el olor de la madreselva y de la lavanda, el alegre trino de los pájaros resonando por todo el jardín... Vio a su madre practicando yoga en la terraza mientras un jardinero regaba los maceteros de terracota y los parterres con una manguera. Desechó las imágenes del pequeño y de Cosima como si hubieran sido parte de una pesadilla de la que por fin había despertado.

Desayunó con su madre y con Dizzy mientras que *Porci* dormía en las baldosas, con su gorda tripa inflándose y desinflándose en sueños. *Smidge* trotaba de un lado a otro sobre sus delicadas patitas, evitando al cerdo, al que consideraba inferior en todos los aspectos. Ventura apareció con el pan caliente, café recién hecho y *brioche*s. En el centro de la mesa había un cuenco con granadas y melocotones que Dizzy se sirvió, evitando así los sabrosos *crescenti* que tanto perjudicaban su figura. Luca estaba muerto de hambre y le pidió a Ventura que le preparara unos huevos revueltos, que devoró sobre una tostada con *prosciutto*.

El profesor apareció con una chaqueta de lino de color crema y un sombrero Panamá en la cabeza, y Ma lo hizo un paso por detrás con un largo caftán de color violeta.

—Buenos días, mis queridos amigos —dijo muy jovial Caradoc—. Aquí hay algo que huele deliciosamente.

—Querido profesor, venga y siéntese —le saludó Romina, dando una

palmadita a la silla que estaba a su lado—. ¿Ha dormido bien?

—Como un muerto.

—Los muertos no duermen en este lugar —gruñó Ma—. Juraría haber oído pasos en el pasillo toda la noche. No he pegado ojo.

Romina chasqueó la lengua.

—Ése debe de haber sido Bill. Deambula por la casa cuando no puede dormir.

—Pues pisa con fuerza —insistió Ma, gruñona.

Luca se acordó de los pasos que había oído cerca del capricho y se preguntó si en efecto no habría habido allí algún intruso durante la noche.

—Qué cosas más extrañas ocurren en Incantellaria —dijo al tiempo que Ventura le ponía delante un plato de huevos revueltos.

—Bueno, no hubo rastro de sangre en el rostro de mármol de Jesús —declaró el profesor.

—En cualquier caso, tuvieron una buena fiesta —se quejó Ma—. También los fuegos artificiales me han tenido despierta.

Cuando Bill apareció, después de haber bajado al pueblo a comprar los periódicos ingleses, toda la mesa se volvió a mirarle, expectante.

—Buenos días a todos.

—Cariño, ¿has estado dando vueltas por el pasillo en mitad de la noche?

—No que yo sepa.

—¿Y has bajado al capricho hacia la una de la madrugada? —preguntó Luca.

—¿Había alguien en el capricho? —le interrumpió Romina.

—Oí pasos.

—¡No puede ser! ¿Tú también? —aulló su madre.

—A mí que me registren —dijo Bill, dejando los periódicos sobre la mesa y sirviéndose una taza de café—. Todo parece indicar que voy a necesitar uno bien cargado.

—En ese caso, sólo puede ser el fantasma —dijo el profesor con total naturalidad.

—No puede ser que usted, con su buen tino, crea en esa clase de cosas.

—El buen tino no sólo acepta lo tangible. Piense en las ondas radiofónicas, querida, o en la luz ultravioleta, por citar un par de cosas intangibles. En este planeta hay mucho más de lo que podemos experimentar con nuestros cinco sentidos. El *marchese* fue asesinado en esta casa. ¿Quién nos dice que su energía no sigue aún aquí?

La boca de Dizzy se abrió en una mueca de horror.

Romina contuvo un jadeo.

—¿Asesinado? ¿Aquí? —Se volvió hacia su hijo—. ¡Me dijiste que no habíais descubierto nada!

—No quise asustarte.

—No me estás asustando, cariño. Fui yo la que os envió a una misión. Lo menos que puedo esperar es que a vuestro regreso me contéis lo que habéis descubierto.

—Bueno, pues ya que te interesa, el *marchese* Ovidio di Montelimone tenía un romance con una chica del pueblo llamada Valentina, que a su vez se enamoró de un inglés llamado Thomas Arbuckle. En un arranque de celos, el *marchese* la asesinó. El hermano de la chica se vengó y mató a Ovidio aquí, en este *palazzo*.

—Un crimen de honor —dijo el profesor—. Muy común en estos países de sangre caliente.

—Santo cielo, qué horripilante —dijo Romina—. ¡A los del *Sunday Times* les va a encantar!

—Ah, claro, el *Sunday Times* —intervino Bill con un suspiro.

—Bien, eso explica las cosas tan extrañas que ocurren aquí arriba —dijo Ma—. Deberían llamar al cura para que viniera a exorcizar este lugar.

—¡Bobadas! —se burló Romina—. De todos modos, el cura jamás vendrá, puesto que yo apenas he pisado su iglesia. Lo de la religión no me va. Ya tuve que soportarla demasiado cuando era niña, así que ahora prefiero ahorrármela. O sea que no creo que vaya a venir corriendo en mi ayuda, la verdad.

Ventura apareció en ese momento con el teléfono.

—Una llamada para el *signore* Luca —anunció, pasándole el aparato. Él se levantó para hablar en privado. Claire era la única persona que tenía el número del *palazzo*.

—Hola —dijo, situándose al otro extremo de la terraza.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó su ex mujer.

—Sí. ¿Qué tal están las niñas? —El tono amigable de Claire provocó el recelo en Luca.

—Muy bien. ¿Nadie ha dado aún contigo?

—No.

—La gente está empezando a desesperarse. ¡Pero si hasta han comenzado a llamarme a mí!

—¿Quién?

—Un par de periodistas.

—Diles que estoy fuera del país. Terminarán por rendirse.

—No soy tu secretaria. Les he dicho a tus amigos que te dejen un mensaje en el móvil. Que les contestarás cuando estés preparado.

—Cualquiera diría que estoy enfermo.

—Bueno, es una especie de enfermedad, ¿no?

—¿Cuándo pueden venir las niñas? —preguntó Luca, cambiando de tema.

—De hecho, por eso te llamo. Verás, nos han invitado a Barbados en mitad de las vacaciones y me preguntaba si podrías quedarte entonces con las niñas. Te las enviaré con Sammy. Será sólo una semana.

—Por supuesto —respondió Luca—. Me encantará tenerlas aquí.

—No sabes la alegría que me das. Unos amigos de John tienen una casa en Sandy Lane.

Luca no picó el anzuelo.

—¿Cuándo me las enviarás?

—El viernes que viene. Y puedes devolvérmelas el viernes siguiente.

—Perfecto.

—Es que me parece justo poder tomarme unos días libres. Paso con ellas veinticuatro horas, todos los días de la semana. Y tú siempre estabas viajando o trabajando, de modo que te hará bien pasar más tiempo con ellas, aparte de los fines de semana alternos. Así tendrás ocasión de conocerlas. Son unas niñas adorables.

—No hace falta que me lo digas, Claire. Ya te he dicho que estoy feliz de poder tenerlas conmigo. No te culpo por marcharte de viaje. De hecho, estoy encantado con la oportunidad de que estén aquí.

—Perfecto. —Pareció aliviada—. No quiero que pienses que no soy una buena madre.

—¿Y por qué iba a importarte lo que yo piense?

—No seas así —replicó ella—. Sólo quiero un poco de reconocimiento por todo lo que he hecho durante estos años.

—Lo tienes, Claire.

—Bien, te las mandaré el viernes. Te llamaré para darte los detalles. Irás a recogerlas en persona, ¿verdad?

—Por supuesto.

—No quiero que vaya a recogerlas un chófer al que no han visto en su vida.

—Pásalo bien en Sandy Lane.

—Seguro que sí —respondió ella alegremente—. John conoce a todo el mundo.

* Fragmento de *Judas Maccabaeus* de Handel. (N. del T.)

—NO quiere comer nada —dijo Alba exasperada—. Sigue tumbada en la cama, mirando al techo y esperando que le llegue la muerte. —Dejó que Pánfilo la estrechara entre sus brazos—. Ya no sé qué hacer.

—Has hecho todo lo que has podido, amor mío —respondió él, besándole el pelo—. Lo demás tendrá que hacerlo sola.

—Pero se morirá.

—En ese caso, estará donde quiere estar, con Francesco.

—¡No digas eso! Sólo tiene treinta y siete años. Tiene toda la vida por delante. Y es mi responsabilidad.

—Es la responsabilidad de Toto.

—Pero yo soy la madre que nunca tuvo. Fui yo quien la vio crecer. La quiero como si fuera mi propia hija.

—No dejes que Rosa te oiga decir eso.

—Rosa lo sabe. Hay muchas formas de querer.

—Cosima necesita algo más que el amor para salir del pozo en el que está metida. Necesita fuerza de voluntad y un cambio de mentalidad. Quizá Rosa tenga razón y tantas atenciones la estén llevando a refocilarse en su propia autocompasión. Mientras actúa así no tiene que enfrentarse a su vida.

—¿Quieres decir que le asusta seguir adelante?

—Exacto.

Rosa estaba sentada en el borde de la cama de Cosima. Su prima estaba pálida y tenía contra la almohada su pelo oscuro. Parecía frágil.

—Siento que no nos hayamos llevado bien —dijo Rosa, aunando esfuerzos para disculparse—. No lo entendía. —Al ver que Cosima no respondía, se levantó y se acercó al pequeño altar con su cirio encendido. El rostro de Francesco sonreía en su fotografía—. El hombre que te rescató se llama Luca. Es muy guapo. Creo que deberías darle las gracias.

—No quiero darle las gracias. Flaco favor me ha hecho. —Cosima volvió la cara hacia la pared.

—Arriesgó su vida por ti.

—Debería haberme dejado en paz.

—¿Qué hombre decente habría visto a una mujer meterse en el mar sin intentar salvarla?

—No era asunto suyo.

Rosa decidió arriesgarse.

—Dijo que un niño entró corriendo a la iglesia y gritó pidiendo ayuda.

—¿Y?

—Dijo que llevaba una pluma.

—¿Una pluma? —Cosima por fin la miró con ojos brillantes.

—Una pluma.

—¿Quién era?

—Nadie más le vio.

—¡Mientes! —A Cosima se le encendieron las mejillas—. ¡Miente!

—Pregúntaselo tú misma.

—No quiero verle.

—Entonces nunca lo sabrás.

—Es imposible.

Pero Rosa se dio cuenta de que había despertado su curiosidad. El corazón se le aceleró ante la posibilidad de ser ella quien lograra sacar a su prima del duelo.

—Muy bien. Como quieras, Cosima. Pero yo en tu lugar querría saber. —Salió de la habitación, cruzándose con Toto, que subía en ese momento.

—¿Cómo está?

Rosa se encogió de hombros.

—Creo que no tardará en levantarse.

Luca estaba en su rincón habitual junto a la piscina cuando su madre apareció, sofocada.

—¡Santo cielo! —exclamó dramáticamente—. ¡Alguien ha estado otra vez en el capricho! Tu padre jura que no ha sido él. ¿No has dicho que anoche oíste pasos allí?

—Bromeaba, mamá —respondió, acordándose del conejo.

—Pues no es ninguna broma. Alguien estuvo allí anoche. ¡Han vuelto a dormir en la cama!

—¿Por qué no cambias la cerradura?

—Porque los fantasmas pueden atravesar las paredes.

—Pensaba que no creías en fantasmas. —Se levantó para ayudarla a tomar asiento en una silla.

—Quizás esté equivocada —siseó Romina, temerosa de que alguien pudiera oírla. No le gustaba reconocer que se había equivocado—. Tu abuela los veía continuamente. Me la encontraba hablando consigo misma, pero ella insistía en que estaba hablando con espíritus. Ponía cubiertos en la mesa para sus parientes muertos. A Nanni le parecía divertido. A mí, triste. A mi madre se le antojaba lo más natural del mundo. Y reconozco que la odiaba por su locura. Pero ¿me equivocaba?

—No, no te equivocabas. Eres una mujer sensata e inteligente. Ventura es una campesina supersticiosa. En cuanto a tus invitados, están encantados con la idea del fantasma, aunque ninguno de ellos se lo cree de verdad. Esas cosas no existen.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que mentía. Pensó en el pequeño de la iglesia y en la gente que solía aparecérselo durante la noche cuando era niño. Enterrado en los rincones más ocultos de su corazón estaba el convencimiento de que había algo más que este mundo tridimensional.

—Llegaremos al fondo de esto, mamá. Confía en mí: ¡la persona que deambula por el capricho está hecha de un material más denso que los fantasmas de Ventura!

Esa tarde, Caradoc le invitó al pueblo a tomar un café.

—Me gustaría echar otra mirada a esa preciosidad de muchacha —explicó, refiriéndose a Rosa—. Son las muchachas como ella las que mantienen vivos los sueños de los ancianos.

—No irán a ninguna parte sin mí —dijo Ma, alcanzándolos en el vestíbulo—. ¿O acaso han olvidado ya nuestra aventura compartida?

—Por supuesto que no, querida señora. Estamos unidos para siempre. Luca también viene.

—Dizzy está al teléfono hablando con una sufrida amiga —gruñó—. Un buen momento para la escapada. No soporto tener que oírla tan efusiva. —Miró a Luca—. Ah, sí, el traductor. De repente me ha parecido tener un *déjà vu*.

—Espero que no —respondió él—. No me apetece tener que volver a meterme en el mar.

Ma se retocó el sombrero rojo en el espejo. Era un sombrero de paja y estaba decorado con frutas de madera pintadas con colores vivos. Le gustaba mantener el sol lejos de su piel clara.

—En ese caso, yo en su lugar evitaría el puerto. Si ella tiene intención de ahogarse, nada la detendrá. —Le sonrió de oreja a oreja en el espejo con la cara transformada por su sonrisa esquiva—. Bueno, quizás usted sí pueda. Es difícil encontrar a un hombre más guapo. A decir verdad, Italia le está sentando muy bien.

—Ah, Luca —dijo Caradoc—. Yo fui guapo en una época, pero el tiempo todo lo nivela. *The flowers anew, returning seasons bring! But beauty faded has no second spring.*[*] Disfrute de su apostura mientras la conserve, joven. —Salieron entonces a la deslumbrante luz del sol.

Volvieron a coger el coche de Romina, aunque en esta ocasión Ma se acomodó como pudo en la parte trasera, donde ocupó a sus anchas todo el asiento. Dentro olía a cuero caliente. Caradoc bajó la ventanilla para dejar que entrara la brisa y

levantó la nariz como un perro. A medida que el coche bajaba ronroneando la colina, Luca sintió que se le alegraba el ánimo en compañía de esos dos amigos tan poco usuales. Qué distinta era esa vida y qué diferente estaba empezando a sentirse.

Llegaron a la *trattoria* y escogieron una mesa de la terraza que daba al puerto. Los barcos iban y venían, los niños jugaban en el muelle y un perro flaco trotaba por la acera hasta que vio a un gato negro oculto entre las sombras y salió tras él a la carrera. Un par de ancianos con sus gorras discutían sentados sobre la partida de *scopa* que habían jugado la noche antes.

A Ma le llevó un buen rato elegir una silla a la sombra y Caradoc a punto estuvo de tropezar y caer de bruces cuando vio aparecer a Rosa con su vestido escarlata. La muchacha les saludó jovialmente y esperó a que se sentaran. Luca esperaba que no volviera a mencionar su «heroicidad». Era un episodio que prefería olvidar.

Rosa se dirigió al profesor.

—¿Café para usted, *signore*? —Su voz era dulce como el chocolate.

Caradoc se iluminó.

—¿Se acuerda?

—Por supuesto. ¿Cómo iba a olvidarme?

—Café solo —dijo él—. Y algo dulce. Elija usted. Seguro que encuentra algo especial para mí.

—Desde luego, qué vergüenza, profesor —intervino Ma con tono desaprobador—. Es usted un viejo bobo.

—El día que deje de ser un viejo bobo seré simplemente un anciano, y encima un viejo triste.

Ma soltó un bufido.

—Yo tomaré una taza de Earl Grey con un poco de miel y una jarrita de leche aparte. —Esperaba que la muchacha se encogiera de hombros de ese modo irritante tan típicamente italiano y declarase que no tenían esa clase de té en la *trattoria*, pero Rosa se limitó a asentir agradablemente y se volvió hacia Luca.

—¿Café con la leche aparte, hirviendo? —preguntó con una sonrisa coqueta.

—Gracias.

Los ojos de Rosa siguieron mirándole un poco más de lo que podía resultar adecuado en una mujer casada.

—¿Les apetece algo dulce?

—Sí —intervino estridentemente Ma—. Tomaremos lo mismo que el profesor. —La joven desapareció dentro y Luca dejó escapar un suspiro de alivio al ver que no había mencionado a su prima.

—Qué muchacha más hermosa —dijo Caradoc con un suspiro—. Si yo tuviera

sus años, Luca, me acostaría con una suculenta italiana como Rosa. Son como la fruta madura, a punto para que las cojamos y las saboreemos.

—¡Santo cielo, profesor! —replicó Ma—. ¿Se puede saber qué le ocurre?

—Debe de ser el calor.

—Es Incantellaria —le corrigió Caradoc—. Me siento veinte años más joven.

—Pues debo decir que no ha tenido el mismo efecto en mí —dijo Ma—. El sexo nunca me ha importado demasiado. No soporto la idea de tener a un hombre encaramado a mí mientras no para de jadear y de manosearme. Hay muchas cosas mejores a las que dedicar nuestro tiempo.

El profesor parecía alicaído.

—¿Y usted, Luca?

—Estoy de acuerdo con usted, profesor. El calor nos lleva a pensar en las mujeres.

—De todos modos, imagino que el divorcio tiene el mismo efecto que una ducha fría —dijo Ma, dándole una palmadita en la mano—. La próxima vez tendrá más suerte. Es usted joven y lo bastante tonto como para dar al matrimonio una segunda oportunidad. Yo, en su lugar, me buscaría a una buena chica italiana para que cuidara de mí.

—Como Rosa —intervino Caradoc.

—No, como Rosa no —replicó Ma, severamente—. Si yo fuera su marido, no confiaría ni un ápice en ella. Esa muchacha tiene un brillo malicioso en la mirada que no augura nada bueno. Acuérdense de lo que les digo: es un auténtico peligro.

La joven regresó con las bebidas y con tres porciones de tarta de limón.

—Receta de mi abuela —dijo—. Se deshace en la boca.

—Como una suculenta fruta —respondió Caradoc, levantando la mirada con adoración. A juzgar por la expresión resuelta que vio asomar al rostro de Rosa, Luca entendió que estaba a punto de mencionar a Cosima.

—A mis padres les gustaría darle las gracias como corresponde.

—No es necesario. —El rostro de la muchacha no ocultó su decepción—. Deben de estar pasando todos ustedes por un momento muy difícil —añadió—. Odiaría imponerles mi presencia.

—¿Imponer su presencia? Si usted no hubiera sido tan valiente, Cosima se habría ahogado. Es lo menos que podemos hacer. Además, a ella le gustaría darle las gracias personalmente.

—Será mejor que vaya —dijo Ma—. Aunque sólo sea para asegurarse de que esa pobre chica no vuelve a intentar ahogarse.

—Oh, vamos, no es hora de mostrarse modesto —le animó Caradoc—. Cuando uno juega a ser un héroe, debe aceptar la gratitud con elegancia.

—Por favor —suplicó Rosa—. Usted es el primer rayo de luz que ha visto Cosima desde hace mucho tiempo. Sólo quiere darle las gracias. Todos deseamos hacerlo.

—En ese caso, será un placer —concedió Luca, a pesar de su recelo.

—Bien. Venga hoy a las siete y yo misma le acompañaré. No es fácil dar con la casa y no se me da bien dar indicaciones para poder llegar. Podría llevarme en coche. ¡Van a estar todos muy felices! —exclamó, entusiasmada, aplaudiendo. Nadie estaría más feliz que ella.

—Ah, esa sonrisa vale su peso en oro —dijo Caradoc, mirándole el trasero mientras Rosa se acercaba a otra mesa a tomar nota—. ¿Quiere que vaya con ustedes?

—No, iré solo —respondió Luca—. Ya soy mayorcito.

Esa tarde, Cosima esperaba con el resto de su familia en la terraza bajo la parra. Beata estaba sentada con Toto y con Alba mientras Pánfilo perseguía a los niños entre los olivos con su perro, provocando chillidos de júbilo entre los pequeños. Los niños eran ajenos a la tensión reinante, al tiempo que los adultos esperaban a que aparecieran Rosa y Luca.

Por fin, el runrún del motor del coche señaló su llegada. Alba rodeó la casa para recibirles mientras que Cosima se quedaba muy quieta, sin saber cómo manejar la situación. Estaba enfadada con Luca porque le había desbaratado los planes, aunque había en su corazón una chispa de esperanza a causa del niño con la pluma.

Alba vio bajar del coche a Rosa con su acompañante. Luca era muy alto y corpulento. Vestía vaqueros y una camisa azul de cuello desabrochado. El sol le había bronceado. Tenía el pelo tupido y oscuro y los ojos brillantes como acianos. Le saludó afectuosamente, disimulando la inquietud que provocaba en ella el vínculo que unía a Luca con el *palazzo*.

—Bienvenido —dijo, tendiéndole la mano. Luca reconoció en ella a la mujer que sostenía el cirio en la *Festa di Santa Benedetta*—. Es usted muy amable por haber venido. Soy Alba, la madre de Rosa. Cosima es mi sobrina.

—Sólo hice lo que habría hecho cualquiera —respondió humildemente Luca.

—Venga. Todos le esperan en la terraza. Rosa le traerá un *prosecco*.

Rosa entró a la casa prácticamente bailando, segura de que Luca la miraba. Se había recogido el pelo para mostrar la hermosa curva de la nuca y se había retocado el maquillaje de modo que el color rojo de sus labios hiciera juego con el de sus uñas. Lástima que no tuviera unos diamantes auténticos que colgarse de las orejas.

La casa era bonita: una construcción de piedra de color rojizo con el techo de tejas grises. Las ventanas estaban enmarcadas por persianas de color azul cobalto

y protegidas por elaboradas barras de hierro de las que colgaban pequeñas macetas de geranios. Rodeada de cipreses de color verde intenso y de grandes macetones de azucenas, poseía un reposado encanto. Luca siguió a Alba y ambos doblaron la esquina al tiempo que su corazón se aceleró mientras también él se preguntaba cómo lidiar con la situación. «Sé breve y sal de aquí en cuanto puedas sin ofender a nadie», pensó.

Alba le presentó, uno a uno, a los miembros de su familia, dejando a Cosima la última. Su rostro estaba a la vista, ya no oculto tras el velo negro. Luca le estrechó la mano, pero ella se negó a mirarle a los ojos. Tenía los labios muy pálidos, los pómulos prominentes y la piel casi traslúcida. Aunque no era una belleza clásica, sus rasgos poseían una suerte de aura encantada ante la que el corazón de Luca se sobrecogió.

—Siéntese —dijo Pánfilo, tendiéndole una silla—. Nos alegra que haya venido.

Rosa dio una copa a Luca, envolviéndolo en una nube de perfume. Todos le observaban, expectantes. Él vació su copa, paralizado de vergüenza. ¿Qué se le dice a una mujer que ha intentado suicidarse?

—¿Qué tal la vida en el *palazzo*? —empezó Toto, rompiendo el hielo.

Alba se erizó, pero reprimió sus emociones por respeto a Cosima.

—Espléndida —respondió Luca—. Tenemos unas vistas magníficas.

—Al parecer, el viejo *marchese* solía espiar al pueblo con un telescopio —dijo Rosa maliciosamente.

Luca sonrió de oreja a oreja, agradeciéndole que hubiera aligerado el ambiente.

—En ese caso, tengo que hacerme con uno. ¡Puede ser entretenido!

—No sé si sabe que Panfilo subirá a fotografiar el *palazzo* para el *Sunday Times*.

Luca prácticamente había olvidado el nombre del famoso fotógrafo que su madre había mencionado con tanto regocijo.

—Ah, sí. Mi madre me ha hablado de usted. Dice que es el mejor fotógrafo de Italia.

—Su madre me halaga —dijo Pánfilo, encogiéndose de hombros.

—No, no es cierto —protestó Alba—. Tiene razón. Eres el mejor de Italia.

—Está encantada con la posibilidad de mostrar la propiedad al mundo. Era una ruina cuando la compraron.

Alba fue incapaz de seguir conteniendo la curiosidad.

—¿Por qué la compraron?

—Mi padre es arquitecto y mi madre es pintora de interiores. Ambos están jubilados y ha sido un proyecto común. Ella se enamoró del *palazzo* la primera vez que lo vio. Mi padre se tomó su restauración como un gran desafío. Ahora

tienen allí su corte como un par de reyes medievales, aunque no estoy seguro de dónde sacan a algunos de sus invitados. No son exactamente de mi gusto.

Luca era plenamente consciente de que hablaba con la hija de Valentina, la misma mujer que había sido asesinada en la carretera de Nápoles y cuyo hermano no tardó en vengarse del *marchese*. De pronto sintió que le podía la curiosidad. Tomó otro sorbo de *prosecco* y sintió esa placentera relajación de sus miembros al tiempo que el vino le despejaba los sentidos.

La conversación continuó mientras el sol iba bajando en el cielo, proyectando largas sombras sobre la hierba. Cosima observaba recelosa a Luca con la sospecha grabada en la mirada. El resto de la familia compensaba su hostilidad echando mano de una ingeniosa rutina que habían estado practicando durante tres años. Quizá ni siquiera fueran ya conscientes de hasta qué punto intentaban disimular el enfado de su pariente. El malhumor de Cosima era tan parte de la casa como lo eran las sombras.

Luca vio al pequeño que había aparecido en la iglesia. Estaba de pie muy quieto en la suave luz ámbar mientras los demás niños corrían a su alrededor, jugando a pillar. Llevaba en la mano una gran pluma blanca. Cuando vio a Luca, una amplia sonrisa asomó a su rostro, una sonrisa madura para un niño de su edad y llena de gratitud. Aunque el pequeño no parecía estar fuera de lugar entre los demás niños, se mantenía en cierto modo apartado de ellos, como si estuviera de pie en una isla propia.

—¿Son éstos sus hijos? —preguntó Luca a Rosa, bajando la voz hasta casi un susurro.

—Tres son míos. Los demás son primos.

Cosima habló por fin.

—Yo tenía un hijo. —Todos se volvieron hacia ella. Cosima clavó en Luca la mirada. Su voz sonó firme. Él quiso ahogarse en sus ojos—. Se llamaba Francesco —prosiguió—. Tenía seis años. Jugaba a menudo aquí, en el olivar, con sus primos. Le encantaban los coches y los barcos de juguete, pero sobre todo le gustaban las mariposas, los insectos y los pájaros. Los buscaba en la hierba e intentaba coger grillos. —Se le quebró la voz y dos manchas de color afloraron a sus pálidas mejillas—. Coleccionaba plumas blancas. —El pequeño había desaparecido. Los niños se habían adentrado en el olivar. Cosima prosiguió—. Las llevaba en los bolsillos porque le gustaba sentir su suavidad en los labios. Las ordenaba en filas perfectas sobre la alfombra y las dejaba por toda la casa. Pero el viento se llevó una de ellas y...

Luca se vio de pronto absorbido por su imperiosa mirada.

—¿Quiere verle?

—Claro.

—Venga conmigo —dijo ella, levantándose—. Deje que le enseñe a mi hijo.

* Philips Ambrose (1674-1749), poeta inglés famoso por sus *Pastorales*. (*N. del T.*)

LUCA siguió a Cosima por el vestíbulo con el suelo de baldosas de terracota y subió tras ella las escaleras. Una brisa fresca les acompañaba y tembló al tiempo que el sudor le perlaba la nariz y la frente. Ella abrió la puerta de su dormitorio. Había un altar contra la pared del fondo. Un cirio ardía en su pequeña lámpara de cristal, iluminando la fotografía de Francesco.

Luca entró despacio, en parte temeroso del rostro que ocupaba el marco. Pero tenía que verlo. Tenía que saber. Se acuclilló y miró la fotografía. Era sin duda el niño de la playa, el de la *trattoria*, el de la *piazza* y también el de la iglesia..., el mismo que había visto de pie ahí fuera al sol con una pluma blanca en la mano. Pero ¿cómo podía ser? Parecía tan real como cualquier otro niño de Incantellaria.

—Ahora entiende por qué quiero morir. —Cosima estaba de pie entre Luca y la puerta—. La culpa no me deja vivir. ¿Por qué me salvó? —Su voz era un viento gélido.

—Tuve que hacerlo.

—¿Cómo supo que yo estaba en el mar?

—La vi salir corriendo.

—Pero no me siguió. Se quedó en la iglesia.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo lo supo? ¿Quién se lo dijo? —Se quedó detrás de él, exigiéndole en silencio que se volviera de espaldas y la mirara a los ojos.

Luca se frotó la frente, visiblemente confuso.

—Creo que me estoy volviendo loco.

—Vio usted a un niño, ¿verdad? —insistió Cosima—. ¿Un niño con una pluma?

Luca se volvió a mirarla. Aunque no quería darle falsas esperanzas, tampoco quería mentir.

—Vi a Francesco.

A Cosima se le llenaron los ojos de lágrimas y le temblaron los labios.

—Santo Dios —susurró, persignándose—. Quiero creerle, pero ¿cómo puedo estar segura de que está usted en lo cierto?

—¿Y cómo sé yo que no estoy teniendo visiones?

—Nadie vio al niño en la iglesia. Sólo usted.

—No puedo explicarlo. A mí me pareció real.

—¡Pero mi hijo está muerto! ¡No puede jugar así conmigo! Mírele bien. ¿Está seguro de que es él?

—¡Sé lo que vi! No me he vuelto loco. Demonios, yo no he pedido esto.

—¿Los ve constantemente? Me refiero a los muertos.

—¿A los espíritus?

—Sí. —Inspiró hondo. No había hablado de eso con nadie, ni siquiera con Freya. Aun así, se daba cuenta de que Cosima necesitaba que le diera una explicación—. Cuando era niño veía espíritus, pero no era consciente de lo que eran. Oía voces. Me asustaban, pero mi madre me dijo que estaba loco y que me mandaría a un psiquiátrico infantil, así que los aparté de mi mente. Poco a poco se desvanecieron, fueron apareciendo con menos frecuencia hasta que por fin dejé de verlos.

—¿Por qué vio a Francesco?

—No lo sé, Cosima. No sabría explicarlo. Le vi en la playa el día que llegué al pueblo. Usted caminaba por la calle y él iba a su lado, parlotando, pero usted no parecía escucharle. Supuse que simplemente le estaría ignorando. —Una gruesa lágrima se deslizó por la mejilla de la mujer, que se la secó con el pulgar—. Después le vi en la *trattoria* con Rosa y en la iglesia mientras usted encendía el cirio. ¿Recuerda que intenté hablar con usted?

—Sí, me acuerdo.

—Él estaba jugando en la plaza. Cuando usted se marchó, él corrió detrás.

—Pero yo estaba sola. —Negó con la cabeza, incrédula—. Siempre estoy sola.

Luca puso su mano sobre la de ella en un gesto espontáneo que podría haber resultado atrevido, pero ella no retiró la suya.

—No, Cosima. No lo está.

Abajo, en la terraza, Alba y el resto de la familia esperaban.

—¿Qué creéis que estarán haciendo ahí arriba? —preguntó Rosa, erizada de celos—. ¿Cuánto se tarda en enseñarle una fotografía?

—Rosa —la reprendió su madre—. Si están hablando de Francesco, me parece muy positivo. Espero que se tomen todo el tiempo que necesiten.

—¿Qué es todo eso de la pluma, Rosa? —preguntó Pánfilo. No se le había pasado por alto que Luca había palidecido al oír mencionarla.

—No es nada —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Luca dice que vio a un niño con una pluma en la iglesia durante la *fiesta*. Que fue ese niño quien le alertó de que Cosima estaba metiéndose en el agua.

Alba entrecerró los ojos cuando su hija le refrescó la memoria.

—Es cierto. Le oí decir algo sobre un niño.

—¿Y qué pasa con eso? —insistió Pánfilo.

—Bueno, nadie más le vio —replicó Rosa.

—¿Estás sugiriendo que el niño era Francesco? —preguntó Beata.

—No lo sé. Es decir, no; en realidad, no. Pero si Cosima lo cree, mejor que mejor, ¿no?

—¡Dios bendito! —juró Alba—. ¿Quiere eso decir que Luca es médium?

Pánfilo sonrió de oreja a oreja.

—Qué más da eso. Si logra ayudar a Cosima, da igual lo que sea.

—No, es médium —insistió Alba.

En ese momento Eugenio apareció por la esquina de la casa, cansado después de haber subido la colina en bicicleta.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió, sorprendido—. ¿A qué viene todo esto? —Sus hijos corrieron a recibirle, rodeándole las piernas y la cintura con los brazos—. ¡Hola, bandidos! ¿No deberíais estar en la cama? —Miró a Rosa esperando una explicación.

—Hemos invitado a Luca para darle las gracias —dijo ella. Eugenio frunció el ceño, incapaz de reconocer ese nombre.

—El hombre que rescató a Cosima —explicó Toto.

—Están arriba. Ya llevan mucho rato —declaró Rosa sin ocultar su mal humor. Miró entonces a su madre—. ¿No te parece que debería subir a ver si están bien?

—No —respondió Alba—. Déjales. A Cosima le hará bien poder hablar con alguien que no sea de la familia.

Cosima no tenía intención de sincerarse con un desconocido. Había reparado en Luca desde el primer momento que él le había hablado en la *piazza* y lo había desestimado al instante, viendo en él a un atractivo extranjero en el que no había que confiar. A pesar de eso, se vio de pronto hablándole de Francesco y de Riccardo, el padre del pequeño.

Luca la escuchaba intrigado al tiempo que ella iba animándose, sincerándose en contra de su voluntad y riéndose de su propia estupidez por haberse enamorado de un hombre que en ningún momento había tenido la menor intención de dejar a su mujer. Estaba transformada. El color había regresado a su rostro y, aunque seguía de luto, el negro había dejado de arrebatarle la vida.

—Francesco era la parte de Riccardo que era totalmente mía. Él llenaba el vacío de mi corazón que dejó su padre cuando declaró que no reconocería a mi hijo y que no quería tener nada más que ver conmigo. Aunque estaba dolida, tenía a ese bebé creciendo en mi vientre que me pertenecería en exclusiva. Francesco me quería. Nunca me dejaría.

—Y no lo ha hecho, Cosima. Simplemente no puede verle.

La mujer paseó la mirada por la habitación .

—¿Está aquí ahora?

—No.

—¿Ha hablado con él?

—Sí, pero no me ha respondido.

Ella esbozó una sonrisa vacilante.

—La próxima vez que aparezca, ¿podrá volver a intentarlo, por favor?

—Haré lo que pueda.

—Gracias. —Siguieron sentados en silencio durante un momento. Ninguno de los dos se sintió incómodo en compañía del otro. Estaban unidos por algo que escapaba al control de ambos—. Dígame una cosa —prosiguió ella por fin—, cuando dijo que la mariposa era de Francesco, ¿qué quiso decir?

—Francesco estaba allí, en la *trattoria*. Jugaba con una pluma mientras saltaba desde un bolardo. Luego le vi con una hermosa mariposa azul. Se acercó a mí y la mariposa voló de su mano a la mía, donde se quedó hasta que usted salió y voló una vez más hasta posarse en su vestido.

Cosima se levantó y se dirigió al tocador.

—Es la Morfo Azul brasileña —dijo, mostrándole una mariposa encerrada en una pequeña urna de cristal oval—. Era su insecto favorito. La Morfo Azul es originaria de Brasil —explicó—. No se encuentra en Italia.

Luca regresó al *palazzo* con paso alegre. Las imágenes de Francesco le llenaban la cabeza. De pronto era consciente de que nunca había visto que nadie reaccionara a la presencia del pequeño. Siempre estaba aislado, como separado por un cristal de su madre o de los niños entre los que jugaba. Nadie podía verle, excepto él. Era obvio que Francesco quería que su madre supiera que estaba cerca de ella. Ahora que ella por fin lo sabía, ¿volvería a aparecer?

Caradoc y Ma estaban en la terraza con sus padres, tomando vino a la luz menguante del atardecer. Pequeñas polillas y moscas revoloteaban alrededor de las lámparas de la terraza, agitando sus polvorientas alas contra el cristal. Ventura había puesto pequeñas velas blancas alrededor del borde de la terraza y las llamas parpadeaban en la penumbra del crepúsculo como luciérnagas.

—¿Y bien? —preguntó Ma expectante—. ¿Cómo ha ido?

Luca tomó asiento en uno de los cómodos sillones y encendió un cigarrillo.

—Bien. Sorprendentemente bien. —No pudo reprimir la sonrisa que le iluminó la cara.

—¿Ha salvado a la damisela?

—Puede ser —respondió Luca con suma cautela. Su padre le dio una copa de vino.

—Vamos, cariño, no nos tengas en ascuas —protestó Romina.

—¿Cómo es la casa? —preguntó Bill.

Romina puso los ojos en blanco.

—Pues como cualquier otra granja italiana, querido. ¡No interrumpas el relato de Luca! ¡Estoy muy orgullosa de él!

—La casa es sencilla, pero bonita, y tiene vistas sobre el mar —dijo Luca, siguiéndole la corriente a su padre antes de mirar a su madre—. Y he conocido a tu fabuloso Pánfilo Pallavicini.

—¿De verdad?

—Sí. Es el tío de Cosima. Está casado con la famosa Alba.

—Ah —jadeó el profesor—. La hija inglesa de Valentina. Vaya, desde luego ha caído usted en el nido adecuado.

—¿Cómo es? —insistió Romina, curiosa.

—¿Pánfilo? —Luca se encogió de hombros—. Supongo que guapo. El pelo largo y cano, facciones duras... como era de esperar.

—¿Cuándo va a venir?

—No lo ha dicho.

—Pero ¿vendrá?

—Sí, mamá. Vendrá.

—Pero ¿qué ha pasado con Cosima, Luca? —preguntó Ma—. ¿Cómo le ha ido con ella?

—Bueno, digamos que ahora ya me habla.

—Ése es mi chico. Persistencia y diplomacia —intervino el profesor.

Ma torció la boca.

—¿Quiere eso decir que no volverá a intentar suicidarse en el mar?

—Creo que sí —respondió Luca.

—Cuidado —advirtió Caradoc—. Su familia tiene una historia violenta.

—Sí, violenta y desafortunada —añadió Ma.

—Ya me ocuparé yo de labrarme mi propia historia, muchas gracias —dijo Luca, vaciando agradecido su copa.

Romina no le escuchaba.

—Rebobina, cariño. Dime: ¿cómo es posible que el fotógrafo más famoso de toda Italia viva en una sencilla granja?

Rosa echaba humo. Cuando por fin acostó a los niños, se fue a su habitación y repasó lo que había ocurrido durante la tarde.

Cosima y Luca por fin habían bajado. Para ser una mujer que se había pasado los tres últimos años sumida en la más profunda tristeza, no había duda de que se había recuperado muy rápido. Tenía el rostro encendido, los ojos brillantes y los labios carnosos y rosas. El vestido negro se había disipado en la más absoluta

insignificancia en vez de dominarla como un velo. Rosa vio cómo la miraba Luca y reparó en su mirada, tierna como la de un amante. La voz de Cosima era tan íntima que bien podría haber estado dándole las gracias por una noche de pasión. Luca parecía haberse convertido en un gran amigo de la familia, y nadie se acordaba de que era Rosa quien le había encontrado.

—¿Rosa? —Eugenio cerró tras de sí la puerta—. ¿Estás bien?

—¿A ti qué te parece? —replicó ella.

—¿Qué pasa?

—Cosima.

Eugenio suspiró, previendo una nueva discusión.

—¿Qué ha hecho esta vez la pobre muchacha?

—De pobre muchacha nada. Está enamorada de Luca.

—Deberías alegrarte por ella.

—Ah, vaya. O sea que ahora soy yo la zorra, ¿no?

—¿Acaso no puede volver a enamorarse?

—Por supuesto que puede. Sólo que me parece un poco apresurado, ¿no crees? Ha estado manejándonos a su antojo durante estos últimos tres años, ¿o es que no lo ves? ¿O es que soy yo la única en esta casa que no está ciega? Me parto el espinazo día y noche en la *trattoria* mientras que a ella le dejan dedicarse sólo a ocuparse de la contabilidad. Eso son unas vacaciones en comparación con lo que yo hago. Han pasado tres años, ¡tres!, y aun así sigue disfrutando de una situación especial.

—Cosima no sólo se ocupa de la contabilidad.

—¡Y tú qué sabes si no estás para verlo, Eugenio! —Rosa se puso las manos en sus esculturales caderas—. Llega a la *trattoria* con cara de triste, oh, Dios, cuánto sufro y todo ese teatro, y *mamma* corre a protegerla como hace una gallina con sus polluelos. Cuando se queja de que nuestros hijos se han llevado los juguetes de Francesco de su habitación, es a mí a quien echan la culpa. ¡Juro por mi vida que nuestros hijos son inocentes! Me siento en esta casa como una extraña. ¡Cosima es un enorme cucú negro empujándome para que me vaya! Si alguien tiene que irse, es ella. ¿Por qué no se va a vivir con Beata, Toto y Paola? Son su familia.

Eugenio se sentó en la cama y se quitó los zapatos en un alarde de paciencia.

—Sabes perfectamente que Alba es una madre para ella.

—¡Pero es mi madre!

—También es una madre para Cosima, aunque no sea sangre de su sangre.

—¿Por qué no se une a su madrastra?

—¿Podrías unirte tú a Paola?

—No tengo por qué.

—Ella tampoco. Cosima se crió aquí. Es aquí donde se siente en casa. Aquí creció Francesco. Admítelo, Rosa, nada va a cambiar.

Ella se echó a llorar y Eugenio supo entonces que se estaba viendo abocado a una discusión.

—Ya no me quieres, ¿verdad?

—*Madonna!* Sabes muy bien que sí.

—¡Pues demuéstremelo! —Se sentó a horcajadas encima de él y tiró de su cabeza hasta hincársela entre los pechos—. Dime que soy más hermosa que Cosima. Ella está reseca y vieja y yo soy joven y jugosa —dijo, empezando a cubrirle la cara de besos. Eugenio se excitó al instante al sentir la humedad de su boca.

—Eres más hermosa que Cosima —repitió, obediente—. Eres más hermosa que todas las mujeres de Incantellaria.

Eugenio sintió la sonrisa de Rosa cuando ella posó sus labios en los de él, al tiempo que sus manos empezaban a desabrocharle la camisa, quitándosela por los hombros antes de echar atrás la cabeza y dejar que él le besara los pechos y le acariciara con la lengua los pezones, que encontró duros y expectantes. Rosa empezó entonces a moverse encima de él, provocándole con su cuerpo hasta que él no pudo soportarlo más. La arrojó sobre la cama, se bajó la cremallera de los pantalones y la penetró con un gemido.

Las uñas escarlatas de Rosa se clavaron en la espalda de Eugenio y, en su imaginación, fue la piel de Luca la que arañaba, el pelo de su mentón el que le raspaba el cuello, sus labios los que le besaban la garganta y sus manos las que le recorrían agradecidas el cuerpo. Se sintió acalorada y presa de la excitación. Cuánto mejoraría su existencia si pudiera disfrutar de la vida salvaje y aventurera de su abuela Valentina y desprenderse del aburrimiento de Incantellaria como lo había hecho ella, sintiendo las manos de hombres ricos y peligrosos acariciando su cuerpo y dejando ristas de diamantes sobre su piel. Rosa besó a su marido y dejó que su imaginación la llevara a lugares más excitantes.

Cosima estaba junto a la antigua atalaya de piedra que en su día había sido un puesto de observación desde el que se avistaba al enemigo si éste se aproximaba por mar y desde donde se controlaba toda la extensión marina. Quizá, después de todo, Francesco no estuviera en el fondo del mar. Quizá su espíritu siguiera vivo, como creía Luca. ¿Qué opinaba al verla llorarle así, con semejante desesperación? Si el pequeño había en efecto acudido a Luca en busca de ayuda,

eso quería decir que no quería que ella se uniera a él en la muerte, sino que lo que deseaba era que viviera.

Sonrió al acordarse de Luca: sus afables ojos azules, su sonrisa disoluta, la ternura con la que había posado su mano en la de ella para asegurarle que no estaba sola. Cosima era presa de una desconocida mezcla de temor y excitación, de un vacilante y tímido atisbo de felicidad largamente olvidada. Ahora sus lágrimas no eran de desesperación, como de costumbre, sino agua que brotaba de su corazón derretido. Recorrió con los ojos el negro horizonte y sintió un temblor de ilusión. A fin de cuentas, quizás hubiera algo al otro lado de la oscuridad.

Más abajo, justo a los pies del olivo, estaba la tumba de Valentina. Alba la cuidada con regularidad, arrancando las malas hierbas que echaban sus raíces en el suelo y depositando de vez en cuando en el lugar unas flores que cogía en el jardín. Alba tenía fe. Aunque sabía que su madre no estaba realmente allí, bajo tierra, sino en un mundo que existía más allá de los sentidos de la gente normal. Alba poseía una certeza que Cosima envidiaba. Por mucho que había intentado convencerla, su sobrina se había negado en redondo a creer en lo que no podía ver. La religión, que había sido parte importante durante su crecimiento, había resultado una mera farsa ante la muerte de su hijo, como un hermoso glaseado que oculta una tarta podrida. Si Luca estaba en lo cierto, quizá la tarta no estuviera tan podrida después de todo.

Cuando regresó a casa, encontró todas las luces apagadas, salvo la del vestíbulo. Todos se habían acostado, o al menos eso fue lo que creyó. Cuando se dirigía a la puerta, una voz le habló desde la mesa situada bajo la parra.

—Ah, has vuelto. —Era Alba—. Perdona. No quería alarmarte.

—Creía que te habías acostado.

—He estado preocupándome constantemente por ti durante estos últimos tres años. Cada vez que bajas por ese sendero hacia los acantilados, temo que no regreses. Tengo que asegurarme de que estás a salvo antes de poder apoyar la cabeza sobre la almohada.

—Siento mucho haberte hecho pasar por esto.

—Siéntate. —Alba se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. ¿Qué te ha dicho Luca?

—Que vio a Francesco. Por eso supo que yo estaba en el mar.

—¿Le crees?

—Quiero creerle.

—Yo también quiero que lo hagas. Intentar explicar la fe a alguien que cree sólo en el mundo físico es como intentar explicar un cuadro a un ciego. La fe es lo único que te dará la voluntad para vivir. Saber que tu hijo está contigo en

espíritu es el único modo de que puedas salir adelante. La vida es una carrera de obstáculos. Hay otros obstáculos que deberás salvar y algunos te darán una gran felicidad. Francesco había logrado salvar todos los obstáculos de su carrera y le había llegado la hora de cruzar la línea de meta. Ahora él descansa y cuida de ti, deseoso de ver cómo completas tu propia carrera.

—Me siento más positiva —dijo Cosima con una sonrisa.

—En ese caso, ponte un bonito vestido. Ese color negro te hace un flaco favor. —Alba le tomó la mano—. Te compraré uno nuevo. El amarillo te sentaría de maravilla.

—Era el color favorito de Francesco.

—Exacto.

Cosima esbozó una sonrisa tímida.

—¿Te acuerdas del desfile de moda que organizamos cuando era niña?

—Tu padre estuvo muy orgulloso y tú estabas tan entusiasmada que girabas como una bailarina.

—Me compraste muchos vestidos en la tienda del enanito.

—No podías elegir. Te gustaban todos. Y llorabas porque nadie te había comprado nunca tantos.

—No teníamos tanto dinero.

—Pero yo sí lo hice, y fue la primera vez que pensaba en alguien además de mí. De hecho, creo que fuiste tú la primera persona que me enseñó la alegría de dar.

—¿Qué fue de los enanitos?

—Crecieron.

Cosima la miró, divertida.

—No hablarás en serio.

—Totalmente. Crecieron. No creo que quede un solo enanito en la familia. Incantellaria ya no es la misma sin ellos. Pero te encontraré un bonito vestido en la tienda de Gaia Rabollini.

—Pero es una tienda muy cara.

—Considéralo un regalo de puesta de largo. Ya es hora de que Incantellaria vea lo hermosa que eres.

A finales de la semana siguiente, Luca fue en coche a Nápoles para recoger a sus hijas y a Sammy, la niñera de las pequeñas. Recorrió las serpenteantes carreteras que abrazaban los rojos acantilados de la *costiera* mientras pensaba en Valentina, asesinada en algún lugar de esa misma ruta: una belleza de un pequeño pueblo inmersa en un juego peligroso y desmedido. Le habría gustado saber si el *marchese*, asesinado en el *palazzo*, estaría frecuentando la casa, del mismo modo que Francesco seguía apegado a su madre. En vez de reprimir esas ideas, dejó que le invadieran. Le gustara o no, el mundo de los espíritus estaba a su alrededor. No sabía por qué había tenido la sensibilidad necesaria para verlo durante la infancia ni por qué los espíritus habían vuelto después de tanto tiempo. Quizá jamás se hubieran ido. Quizá simplemente no se hubiera permitido verlos.

Inevitablemente, esa cadena de pensamientos le condujo hasta Cosima. Aunque no era tan hermosa como su prima Rosa, poseía un encanto que nada tenía que ver con el lápiz de labios ni con los vestidos bonitos y sí mucho con una inmensa capacidad de amar. Se acordó entonces de cómo sus ojos marrones se habían iluminado al hablar de Francesco y también lo que el pequeño había significado para ella. El amor que sentía hacia su hijo no tenía límites. Su pérdida no había menguado su amor, sino todo lo contrario: lo había aumentado. Cosima era una llama vulnerable; Luca deseaba rodearla con las manos para protegerla. Y quería también parte de esa llama para él.

No tenía el menor deseo de regresar a Londres. No echaba de menos a sus colegas ni a sus amigos. No echaba de menos la inyección de adrenalina que le embargaba al ganar clientes nuevos ni el triunfo que sentía al enriquecerlos más de lo que ya lo estaban. La rutina había quedado atrás y había buscado refugio en un pequeño rincón de solaz donde por fin era capaz de oírse pensar. Aunque anhelaba enseñar Incantellaria a Coco y a Juno, su felicidad estaba mezclada con recelo. En realidad, no las conocía, y tampoco sabía lo que les gustaba. Debido a su trabajo las había visto muy poco: tan sólo conservaba instantáneas de sus primeros años de infancia e imágenes congeladas en las que las veía durmiendo cuando volvía a casa a última hora de la noche. Las breves visitas de las niñas durante los fines de semana a las cocheras en las que se había instalado habían resultado tan artificiales como lo habrían sido las visitas a un hermoso escaparate lleno de juguetes. Aquello no era un hogar de verdad y él no se comportaba

como un auténtico padre. Ni siquiera se molestaba en ayudarlas con las tareas del colegio. Sammy siempre había estado ahí para llenar el vacío y proporcionarles cierta sensación de normalidad. Pero ahora que tenía todo el tiempo del mundo, ¿qué iba a hacer con ellas? Aparcó en el aeropuerto y se dirigió con paso firme a la puerta de llegadas. Esperó, viendo salir a la gente que empujaban los carros con sus maletas al tiempo que buscaban a amigos y familia entre la multitud. Veía iluminarse sus rostros cuando reconocían a sus seres queridos y les veía sonreír de oreja a oreja antes de fundirse con ellos en un abrazo. No recordaba la última vez que le habían recibido con un entusiasmo así, ni la última vez que había besado a una amante con esa pasión. Se metió las manos en los bolsillos y apartó la mirada.

Por fin apareció Sammy en compañía de las dos niñas. La niñera estaba guapa con el pelo rubio soltándosele del pasador y las mejillas encendidas debido al calor del aeropuerto. Juno sonrió encantada al ver a su padre, pero Coco parecía aburrida y cansada y no sonreía.

—Hola, niñas —exclamó Luca, cogiendo a Juno en brazos y dándole un beso en la suave mejilla. Ella le frotó la cara con su oruga de peluche.

—He traído a *Greedy* —dijo—. ¿A que huele bien?

Luca apartó el peluche a un lado.

—Deliciosamente. Como a pastel. Pero creo que te quiere más a ti. —Se volvió hacia la niñera—. Hola, Sammy. ¿Todo bien?

—La verdad es que, por mucho que vuelen, siguen encantadas cada vez que se suben a un avión —respondió la niñera. Coco se apoyó en ella y bostezó.

—¿Con ganas de acostarte, cariño? —bromeó Luca, intentando animarla.

—¿Va a venir mamá? —preguntó Coco. Él miró a Sammy, que puso los ojos en blanco ante el claro intento de manipulación por parte de la pequeña.

—Tienes a tu papá para ti —respondió la niñera, cuyo acento australiano dio a su voz una inspiradora vitalidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Juno, encantada de que la llevaran en brazos.

—A un palacio —respondió su padre, guiando al grupo por el aeropuerto, con Sammy empujando el carrito tras él.

—¿Es un palacio de verdad?

—Ya lo creo, y Coco y tú podréis ser unas princesas de verdad.

—No he traído mi vestido de princesa —se lamentó Coco—. John me ha comprado uno nuevo. Es de color rosa y el más bonito que he visto.

—Seguro que a la abuela se le ocurre algo.

—¿Está la abuela? —preguntó con alegría en la voz.

—La abuela Romina —la corrigió Sammy.

—Ah. —Coco apenas se acordaba de cómo era Romina. Sammy las sentó, las

aseguró bien al asiento trasero del coche y ocupó luego el del copiloto—. Menos mal que no llevamos mucho equipaje —dijo, recorriendo con los ojos el insólito vehículo de Luca.

—Es de mi madre —explicó él—. Es justo lo que se necesita para estas sinuosas carreteras.

—Si usted lo dice...

Juno se puso a parlotear con *Greedy* mientras que Coco miraba desalentada por la ventana. Ya había estado un montón de veces en Italia. Aun así, no había visitado nunca un palacio y, a pesar de todo, sentía curiosidad.

—¿Cómo está Claire? —preguntó Luca.

—Bien, muy entusiasmada con el viaje a Barbados. Aunque echará de menos a las niñas. Pero vamos a pasarlo bien, ¿verdad, niñas?

Romina estuvo encantada de ver a sus nietas. Juno se dejó asfixiar entre nubes de perfume y ropa blanca mientras que Coco se mostró incómoda y sufrió el suplicio con una mueca de paciencia.

—Son unas niñas encantadoras —exclamó Romina, visiblemente entusiasmada con las pequeñas—. Le diré a Ventura que las lleve a sus habitaciones.

Coco alzó la mirada hacia el *palazzo* con los ojos como platos.

—¿Está encantado?

—¡Por supuesto que no! —respondió Romina—. Los fantasmas no existen.

—Claro que existen —respondió Coco—. Todos los palacios tienen fantasmas.

—Vamos, niñas —las animó con zalamerías Sammy al tiempo que Ventura desaparecía dentro—. Subid a deshacer el equipaje. Luego podremos explorar.

Romina lanzó una mirada burlona a Luca.

—Deberías vigilar de cerca a Coco —le advirtió—. Me parece que Claire no las educa como debería.

—Sólo es imaginativa —dijo Luca, intentando proteger a su hija mayor.

—No pienso tolerar que se hable de fantasmas en mi casa. Es una estupidez. Ya tengo bastante con Ventura.

Luca siguió a su madre a la terraza, donde el profesor leía poesía a Ma, que estaba concentrada en su labor. Dizzy estaba junto a la piscina y Maxwell hacía llamadas de trabajo a Viena y a Londres.

—¿Qué piensas hacer con las niñas? —preguntó Romina.

—No lo sé. Supongo que primero dejaré que se sientan a gusto. Quizá tengan ganas de nadar.

—Bill estará encantado. Construyó la piscina especialmente para ellas.

—Y puede que las lleve a tomar el té al pueblo.

Romina arqueó las cejas, sospechando el auténtico motivo que se ocultaba tras

la iniciativa.

—Es una buena idea, cariño. Quizás os acompañe. Me gustaría enseñarles el puerto con todos esos preciosos barcos. Seguro que les encantará.

—No creo que a Coco le encante nada.

—No tengas prisa. Incantellaria operará su magia sobre ella. Todavía estamos a tiempo de meterla en vereda, aunque sea demasiado tarde para su madre. —Romina lanzó una mirada ansiosa a *Porci*, que seguía durmiendo debajo de la mesa—. Qué extraño. Hace días que *Porci* está a dieta y aun así no parece que adelgace nada. Me pregunto si el servicio le estará dando de comer a escondidas.

—¡Aquí siempre hay comida suficiente para alimentar a una granja de cerdos entera! —respondió Luca.

—Les he dicho que no le den de comer entre horas, y aun así diría que esa tripa está llena.

Sammy apareció en ese momento con las niñas y con una bolsa de playa con los bañadores y toallas colgando del brazo. Se había quitado los vaqueros y se había puesto un bonito vestido de tirantes azul y unas chanclas. Ya estaba bronceada y tenía la piel lustrosa y suave. Hasta Maxwell reaccionó al verla.

—¿No os parece maravilloso, niñas? —preguntó.

—Venid a tomar un refresco, debéis de estar sedientas —dijo Romina—. Juno, cariño, ven y enséñale a la abuela tu oruga. ¿Cómo se llama? —La niña se acercó a ella sin la menor sombra de inhibición. Coco siguió sin despegarse de Sammy.

Romina hizo entonces las presentaciones.

—Éste es Maxwell.

La niñera le tendió la mano.

—Encantado. —Sammy tenía una sonrisa radiante. Maxwell se metamorfoseó de pronto en un ser totalmente distinto. Se desprendió de su apariencia anodina y emergió un hombre nuevo, como si hubiera estado hibernando y de pronto hubiera despertado.

—Bienvenida. ¿Le sirvo algo?

—Preferiría que primero bebieran algo las niñas —respondió Sammy, tomando asiento—. Pobrecillas, ha sido un largo viaje.

De pronto Coco vio a *Porci* debajo de la mesa. Llamó a su hermana con un grito de júbilo y las dos niñas se abalanzaron sobre el incauto cerdo, que despertó con un chillido.

Maxwell sirvió dos vasos de limonada.

—¿Qué le apetece tomar?

—Lo mismo, gracias.

—¿Cuánto tiempo se quedarán?

—Una semana. ¡A que es fantástico!

—Le va a encantar esto. Romina y Bill son unos anfitriones excepcionales.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—¡Demasiado! Hemos aceptado la hospitalidad de Romina desde hace ya unas semanas. Hemos estado utilizando nuestra estancia aquí para explorar el sur de Italia.

Ma observaba divertida cómo Maxwell flirteaba con Sammy, aunque ella parecía no darse cuenta.

—Es una chica preciosa. Maxwell va a hacer el más espantoso de los ridículos. ¡Menudo torpe esta hecho! —se burló Ma justo cuando Dizzy hacía su aparición con un diáfano caftán rosa que apenas le tapaba la braga del bikini.

—Lo vamos a pasar en grande —comentó Caradoc, dejando a un lado el libro de poesía.

—¡Dizzy! —llamó Maxwell, elevando ligeramente la voz—. Ven a conocer a las hijas de Luca.

La mujer apenas echó una mirada a las niñas antes de que sus ojos repararan en Sammy.

—Hola —la saludo, visiblemente tensa. No estaba dispuesta a estrechar la mano de una empleada.

—Encantada de conocerla. Bueno, niñas. Hora de darnos un baño, ¿no?

Dizzy se situó detrás de su marido, cogió su vaso de limonada y tomó un sorbo antes de posar su mano en el hombro de Maxwell en un gesto con el que quiso dejar muy claro a quién pertenecía ese hombre.

—¿Una buena mañana?

—Perfecta —respondió él sin apartar en ningún momento los ojos de Sammy.

Ma soltó un bufido satisfecho.

—Dizzy debería comer carbohidratos —dijo sin molestarse en bajar la voz—. Sammy es apetitosa como un desayuno continental.

—Algo me dice que nos esperan turbulencias —intervino Caradoc.

—Diría que Maxwell ya tiene bastante con lo que tiene —observó Luca, tomando asiento en la silla junto a la de Ma y uniéndose a la conversación.

El drama siguió ganando enteros durante el almuerzo. Dizzy se vio sentada en un extremo de la mesa y Sammy y Maxwell en el otro. Luca lanzó una mirada a Ma mientras Maxwell flirteaba por encima de las cabezas de las niñas, que estaban sentadas entre él y el objeto de su deseo. Bajaba de vez en cuando la voz, deslizando la mirada hacia la otra punta de la mesa para cerciorarse de que su mujer no estuviera escuchándole. Su repentino interés en las niñas, que le llevó a construir con su servilleta un nenúfar para Coco y una oruga para Juno, poco tenía que ver con el hombre que había mostrado ser hasta entonces.

—No entiendo por qué no tiene hijos —comentó Romina.

—Supongo que porque Dizzy no quiere que la maternidad le estropee la figura —respondió Ma—. Cualquiera que se preocupe como ella por lo que come suele estar obsesionado por su cuerpo. Sammy es el vivo retrato de la salud y de la cordura. Brindo por ella. —Cuanto más flirteaba Maxwell, más rabiosa se veía a su esposa. La única persona que parecía totalmente ajena a lo que estaba ocurriendo era la propia Sammy. Por fin, Dizzy levantó la voz de modo que su esposo pudiera oírla y se dirigió a Romina, que estaba sentada en la otra punta de la mesa:

—Qué lástima que tengamos que volver a Viena.

Maxwell picó el anzuelo como un salmón.

—Vamos, cariño, no creo que debamos hablar de nuestros planes de viaje en la mesa.

—Pero no podemos seguir imponiendo nuestra presencia a nuestros anfitriones ni un minuto más —insistió ella con un mohín.

Romina no hizo ningún intento por animarles a que se quedaran.

—El problema, Romina, es que facilitas tanto las cosas que a uno le gustaría quedarse para siempre —dijo Maxwell, acompañando sus palabras con una risilla nerviosa.

—Tenemos compromisos en Viena, cariño —insistió Dizzy con tono amenazante.

—Lo cierto es que nos ha encantado teneros aquí con nosotros —dijo Bill—. Brindo a vuestra salud y para que volváis a casa sanos y salvos.

Maxwell bajó la cabeza, consciente de que su estrategia no había funcionado.

—Gracias, Bill.

Después del almuerzo, cuando Maxwell y Dizzy se habían retirado a su habitación, Caradoc, Ma y Luca oyeron una bronca monumental desde la ventana abierta del primer piso. Ma alzó su copa.

—Por Dizzy. —Brindó con una sonrisa maliciosa—. No es tan aburrida, a fin de cuentas.

Luca se puso un bañador de color azul celeste y se lanzó al agua para jugar en la piscina con sus hijas. Juno, que todavía llevaba flotadores para brazos, chillaba entre risas cuando él la perseguía, fingiendo ser un cocodrilo. Luca la cogía y la lanzaba al aire. La pequeña caía al agua entre chapoteos y emergía, secándose los ojos y riendo, encantada. A Coco era más difícil persuadirla. Estaba sentada en el borde de la piscina con su bonito bañador marca Odabash y con las piernas en el agua, admirando su pedicura. Por fin, Luca hizo caso omiso de sus protestas y la cargó sobre los hombros. Empezó a saltar con ella a cuestras hasta que el enfurruñado rostro de la pequeña se deshizo en una sonrisa.

Dizzy apareció a media tarde con los ojos ocultos tras unas grandes gafas de sol y se tumbó a escuchar música sin intercambiar una palabra con nadie. Sammy estaba tumbada boca abajo observando a las niñas con su curvilíneo cuerpo enfundado en un discreto bañador amarillo. Luca bajó después en coche con su madre y con las niñas al pueblo, y como la niñera no cabía en el coche, se quedó en la piscina, leyendo una novela de Sophie Kinsella. Las niñas se reían en el asiento trasero mientras Luca y Romina comentaban el episodio que había tenido lugar durante el almuerzo.

—Creo que ha llegado la hora de que vuelvan a casa —comentó ella—. Por el bien de su matrimonio.

—¿No te molesta que la gente se quede tanto tiempo, estrujándote como parásitos?

—No si les tengo aprecio. Caradoc y Ma son ya como de la familia. Me partirá el corazón cuando se marchen, cosa que no harán mientras yo siga dándoles grandes cuencos con pasta.

Luca aparcó en la plaza y bajó la colina con las niñas hasta el muelle. Juno iba de su mano mientras que Coco caminaba junto a su abuela, atenta por si veía alguna tienda bonita. Saint-Tropez estaba lleno de ellas. Cuando llegaron a la *trattoria*, Rosa salió a recibirles a la terraza.

—*Buona sera, ragazze* —les dijo a las niñas.

—Éstas son mis hijas, Coco y Juno —dijo Luca—. Y ésta es mi madre.

—Bienvenidas —las saludó alegremente—. ¿Cuándo han llegado? —preguntó, acompañándolas hasta una mesa situada junto a los geranios.

—Esta misma mañana. —Luca siguió a Rosa por las baldosas de la terraza. La joven llevaba un vestido del mismo tono rosa que las uñas de los pies de Coco.

—¿Qué les traigo? —Guiñó un ojo a Luca y añadió con voz ronca—: A Luca sé perfectamente qué traerle. —Romina le dedicó una mirada reprobadora y dijo:

—Helado y zumo de naranja para las niñas. Café solo para mí y...

—Café para su hijo, con la leche caliente aparte —dijo Rosa.

—Qué mujer más amable —dijo Juno.

—Y qué inoportuna —añadió Romina en italiano para que las niñas no pudieran entenderla.

—No tiene mayor importancia —respondió Luca. Sin embargo, esperaba y deseaba que fuera Cosima la que apareciera con el pedido.

En cuanto tomaron asiento, Luca fijó su atención en el extremo opuesto de la terraza, donde una sensual mujer con los labios pintados de color escarlata fumaba mientras tomaba un café en compañía de un hombre de pelo cano. La reconoció enseguida: era Maria Friscobaldi. La mujer se dio cuenta de que alguien la observaba y levantó los ojos. Al ver a Luca sonrió seductoramente,

interrumpiendo durante un instante su conversación. Juno tiró de la camisa de su padre.

—Papá... —empezó. Maria contempló a las niñas encogiéndose levemente de hombros, dio una calada a su cigarrillo y posó una vez más la mirada en su admirador. Luca se volvió hacia su hija.

Poco después, Rosa apareció con una bandeja con helados, zumos de naranja y café. Charló con las niñas en inglés, hablándoles de sus hijos e invitándolas a jugar con ellos si se cansaban de estar con su padre. Coco admiró sus joyas y su esmalte de uñas rosa y a Juno le gustó el olor de su perfume.

—Yves Saint Laurent, París —fue la respuesta de Rosa—. Algún día, cuando seas mayor, quizá tu padre te lo compre.

—¿Cómo está su prima? —preguntó Luca, haciendo repicar con aire ausente la cucharilla sobre la mesa e intentando no parecer interesado.

—Mejor —respondió Rosa con tono eficiente—. Fue un detalle de su parte venir a vernos.

—Qué terrible debe de haber sido para ustedes —intervino Romina con tono apenado—. Espero que se haya recuperado.

—Sí, gracias —replicó Rosa educadamente—. Su hijo es todo un héroe.

La sonrisa de Romina fue sincera.

—Lo sé. Me siento muy orgullosa. No esperaba menos de él. Es un hombre muy espontáneo.

—¿Va a venir hoy? —preguntó Luca, tomando un sorbo de café.

—No. Se encuentra mejor, pero no tanto como para volver a trabajar. Aunque eso no es nada nuevo, claro.

—Cielos, me ha parecido percibir una ligera sombra de celos. *Sto attento*, Luca —le advirtió Romina. Mientras él se tragaba su decepción, se vio distraído por un movimiento procedente de una de las pequeñas tiendas. Era Francesco.

—Disculpa un momento, mamá. Hay alguien a quien me gustaría saludar.

Luca se dirigió con paso firme al lugar donde Francesco jugaba con un yoyó. Cuando estaba a punto de hablar con el pequeño, Cosima salió de la tienda. A Luca le llevó un instante reconocerla con su vestido de pequeñas flores amarillas. La mujer se plantó en el lugar que ocupaba el niño.

—Luca —exclamó, sorprendida.

—Hola, Cosima. —De pronto, el niño se había desvanecido en el aire.

—¿Estás bien? —preguntó ella, tuteándole por primera vez.

—Sí, estoy bien. Y usted está... estás preciosa.

—Gracias. —Cosima bajó los ojos y Luca reparó en lo largas que tenía las pestañas—. A decir verdad, me siento un poco rara sin el luto. Demasiado visible. Será mejor que hablemos en privado. ¿Quieres sentarte conmigo en el

banco? —preguntó, señalando a uno vacío. Se sentaron al sol, mirando desde allí los pequeños barcos azules que se bamboleaban en el agua—. A Francesco no le gustaría verme vestida siempre de negro. Le encantaba el amarillo. —Levantó la tela del vestido—. Creo que éste le gustaría.

—Y no le culpo. —Luca estuvo a punto de decirle que precisamente gracias a Francesco había corrido hasta la tienda, pero vaciló.

—¿Estás con el profesor?

—No, con mis hijas —respondió él, señalando a la mesita de la terraza.

—¿Tienes hijas?

—Dos.

—¿De qué edades?

—Cuatro y siete años.

—¿Estás casado?

—Divorciado.

—Debería decir que lo siento, pero no estaría diciendo la verdad.

—Yo tampoco lo siento —dijo él—. En absoluto.

LUCA acompañó a Cosima de regreso a la *trattoria*. Las niñas ya casi habían terminado de tomar sus helados y Romina les estaba contando una historia que las tenía embelesadas.

—Mamá, te presento a Cosima.

El rostro de Romina se arrugó en una mueca de compasión.

—Mi querida niña —dijo—. Espero que te sientas mejor. Menudo drama. Eres demasiado hermosa y demasiado joven. ¡Habría sido un tremendo desperdicio!

—Cometí un error —replicó Cosima.

—Quienes no cometen errores nunca aprenden nada —sentenció Romina—. Me lo ha dicho el profesor. —Presintiendo que algo ocurría en la terraza, Rosa salió como un torbellino del restaurante.

—Cosima, ¿qué haces aquí?

—Pasaba por aquí y me he encontrado con Luca.

Rosa se quedó de piedra.

—Apenas ha probado su café —le dijo a Luca—. Se le debe de haber enfriado.

—¿Por qué no le traes otro? —sugirió Cosima.

—Deberíais subir a vernos al *palazzo* —dijo Romina, tratando de relajar la situación.

—Por supuesto —respondió Cosima—. Siento curiosidad por ver cómo es.

—¿Así que tu padre es Pánfilo Pallavicini? —preguntó Romina a Rosa.

—El mismo, sí —respondió la joven muy orgullosa. Eso era algo de lo que Cosima no podía presumir.

—¿Por qué no te sientas con nosotros?

—Algunas tenemos que trabajar —respondió Rosa, dedicando una mueca de fastidio a su prima.

—En ese caso, yo misma serviré a Luca otro café —dijo Cosima sin perder la calma—. Será un placer. ¿Le apetece algo más, *signora*?

—No, gracias —respondió Romina.

Romina y Rosa siguieron charlando durante una hora con las cabezas prácticamente tocándose. Las niñas correteaban por el muelle con otros niños que jugaban por allí. Luca se preguntó qué pensaría Claire si las viera mezclándose con los niños del pueblo. Cosima apareció con su café, pero no pudo unirse a ellos porque había que seguir sirviendo otras mesas. Rosa dejó deliberadamente a su prima tomando todos los pedidos. Ya era hora de que se

pusiera las pilas, pensó. Toto apareció al cabo de un rato para el turno de tarde caminando con paso alegre porque había recuperado a su hija. Sus ojos asimilaron el nuevo resplandor que irradiaba la joven como si jamás hubiera visto nada más hermoso.

Las niñas habían encontrado a un par de pilluelos flacuchos y se perseguían unos a otros por el paseo marítimo. Cosima serpenteaba elegantemente entre las mesas, sonriendo a los lugareños y aceptando sus cumplidos con garbo cuando le decían lo guapa que estaba ahora que por fin había dejado de vestir de negro. De vez en cuando, ella se volvía y al sorprender a Luca mirándola se le suavizaba la mirada. Él daba gracias por que su madre estuviera distrayendo a Rosa y así poder saborear esos momentos.

—Ven al *palazzo* con tu padre cuando suba a fotografiarlo —apremió Romina a Rosa—. Me encantará enseñártelo. Y trae también a tu madre. Me gustaría mucho conocerla.

—No creo que mamá vuelva jamás a poner el pie en ese lugar. Dice que le daba escalofríos.

—Bah, pero de eso hace ya mucho tiempo. Pídeselo, anda.

Romina llamó a las niñas y su hijo y ella se levantaron, dispuestos a marcharse. Los ojos de Luca se posaron durante un instante en Cosima antes de irse, llevándose con él su sonrisa.

A la mañana siguiente, Cosima fue a misa. Disfrutó del consuelo que encontraba en los acogedores muros de la iglesia y en la invisible presencia de Dios entre los parpadeantes cirios y demás iconografía. ¿Estaría Francesco también allí como al parecer así había sido durante la *Festa di Santa Benedetta*? Ya habría cumplido diez años y habría dejado de ser aquel pequeño que había muerto engullido por el mar. Cosima era incapaz de imaginárselo con los pies grandes, las piernas largas y una voz grave y profunda. En su recuerdo, la piel de Francesco permanecería eternamente sedosa, más familiar para ella que la suya propia, su pelo seguiría oliendo a vainilla y sus ojos la contemplarían como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Francesco a menudo le acariciaba la cara. «Hueles muy bien, *mamma*», solía decir, rodeándole el cuello con los brazos y olisqueándola como un cachorro. Cosima sintió que le dolía el cuerpo debido a las ganas que tenía de volver a abrazarle, de pegar la nariz a su cuello y aspirar el olor de su pelo y de oír el burbujeo de su risa emergiendo de su tripa. Recordó la pluma blanca con la que el pequeño había estado jugando en la playa y la ráfaga de viento que se la había llevado. Se acordó de cómo Francesco se había adentrado en el mar para cogerla. Nunca olvidaría el momento en que dejó de hacer pie...

Abrió el misal y se concentró como pudo en las palabras a pesar de las

lágrimas que le velaban los ojos. La iglesia estaba llena, el cura cantaba en latín y el incienso se elevaba del incensario. El día de la *fiesta* había hecho un pacto con Dios: si Jesús lloraba sangre, ella aceptaría que su hijo estaba con él en el cielo. De lo contrario, se entregaría a las aguas del mar porque no podía soportar seguir viviendo con la certeza de que jamás volvería a verle. Qué extraño que los ojos secos de Jesús la hubieran conducido hasta Luca y con él a un mensaje de Francesco. Sin duda los designios del Señor eran inescrutables.

Después de misa, esperó a que se vaciara la iglesia y se acercó entonces a la mesa situada en la parte delantera del templo donde varias hileras de pequeños cirios parpadeaban fantasmagóricamente entre los restos del incienso que impregnaba el aire caliente. Cuando fue a coger un cirio, reparó en una larga pluma posada sobre la parte posterior de la mesa. Cosima estaba sola. Cogió la pluma y la hizo girar entre los dedos. ¿Acaso alguien estaba jugándole una mala pasada? ¿O simplemente estaba ante la evidencia de que su hijo intentaba comunicarse con ella?

El cura avanzó por el pasillo central hacia ella tras haber visto el bonito vestido de color crema que ocultaba el chal negro.

—Hola, Cosima. ¿Estás bien?

Ella le tendió la pluma con una mano temblorosa.

—¿La encontró después de la *fiesta*?

El padre Filippo frunció sus pobladas cejas blancas.

—No, no la había visto antes. No creo que tengamos ningún pájaro en la iglesia y además es una pluma muy grande, ¿no?

—A Francesco le encantaban las plumas.

—En ese caso, considéralo un mensaje de Dios —respondió el cura—. Los milagros ocurren a diario, mi pequeña. La mayoría de las veces los despreciamos, tachándolos de coincidencia o de suerte.

—¿De verdad lo cree?

—Por supuesto. Si Cristo fue capaz de convertir el agua en vino y dar de comer a cinco mil personas con un puñado de peces y de pan, dejar una pluma para una madre que llora la pérdida de su hijo es una nadería.

—Gracias, padre —dijo Cosima, llevándose la pluma a los labios como solía hacerlo Francesco—. Ahora encenderé mi cirio.

El padre Filippo la dejó, confiado en que había devuelto una oveja descarriada al rebaño.

Rosa no sabía si prefería a la Cosima del luto o a la nueva Cosima. Cuando se

envolvía por completo de negro, vagando por la casa como un espectro, aunque sin duda un espectro harto evidente, al menos se había mostrado modesta. Ahora que llevaba vestidos bonitos y que sonreía —llegando incluso a canturrear por lo bajo—, su júbilo incendiaba a Rosa mucho más de lo que la había irritado su autocompasión. Lamentaba haber invitado a Luca a la casa familiar. Aunque no sabía lo que había ocurrido en la habitación de Cosima, estaba claro que lo sucedido había provocado en su prima un cambio dramático. Que Cosima se enamorara de Luca era, cuando menos, intolerable. Obviamente, Luca estaba fuera de su alcance y Rosa lo sabía, pero no estaba dispuesta bajo ningún concepto a consentir que, si no podía ser suyo, fuera de Cosima. Si su prima no hubiera sido tan estúpida como para entregarse a un hombre casado, Francesco no habría nacido y todo el drama que se había desatado a partir de entonces jamás habría tenido lugar. Cosima era, por tanto, la única culpable. No merecía a Luca.

Ya era de noche cuando Rosa salió a hurtadillas de la casa. Le encantaba el suave manto de la oscuridad, el silencio de los acantilados y el suave siseo del mar más abajo. Podía entonces imaginar que su vida era distinta, imaginarla como tendría que haber sido y no como era. Valentina había logrado modelar su vida a los dictados de su corazón. A pesar de ser una sencilla muchacha de pueblo, había sido la querida del *marchese* y la amante del infame Lupo Bianco. Eso sí era *glamour*. Eso sí era vivir la vida al límite. Lo había tenido todo. Rosa sabía que también ella podía tenerlo todo. Los tiempos habían cambiado y ella era astuta como un zorro. Lo llevaba en la sangre, como también Alba lo había llevado en la suya. Pero su madre se había enamorado de Pánfilo, poseedor de su propia y única mezcla de *glamour* y de riesgo. Quizá si Rosa hubiera encontrado a un hombre como su padre no estaría soñando con una vida secreta.

El problema era que su vida allí, en Incantellaria, era demasiado limitada. Había conocido a Eugenio y él parecía haber personificado todo lo que ella deseaba. Era masculino, fuerte, guapo..., un policía responsable y con autoridad, pero no sería nunca rico. Rosa debería haber aspirado a encontrar un hombre que poseyera los medios necesarios para tenerla como a una señora. Desde que se había convertido en madre, estaba atada por siempre a las labores domésticas. Había tenido un breve romance que había supuesto para ella un estimulante interludio, y ciertamente había sido muy afortunada, pues nadie la había descubierto. Luca tenía visos de ser uno de esos hombres que sabía cómo complacer a una mujer y era obvio que provenía de una familia adinerada. Debería haber esperado a encontrar a un hombre como él y no haberse conformado con un policía local con un sueldo de campesino. Entonces habría podido viajar y habría visto mundo. Habría vivido en Londres y en París. Iría de

compras a Nueva York y Milán, se sentaría en la primera fila de los desfiles de moda, vestiría los modelos de las últimas colecciones, y la agasajarían Karl Lagerfeld y Dolce & Gabbana. Ahora tenía que contentarse con vislumbrar apenas ese mundo en las páginas del *Vogue* y del *Harper's Bazaar*.

Cuando volvió a casa, Eugenio no se había movido. Rosa se metió en la cama y rodó sobre sí misma hasta quedar acostada de cara a la ventana. Tenía veintiséis años y ésa era su vida. ¿Qué aliciente tenía para seguir adelante?

Eugenio abrió los ojos y la observó mientras ella respiraba cada vez más relajadamente al tiempo que se abandonaba al sueño. Se preguntó adónde iría de noche y si simplemente salía a tomar el aire o si se encontraba con otro hombre. Sintió que le carcomían los celos al pensar en un posible romance y su cabeza zumbó, colmada de posibilidades. Podía, bien es cierto, enfrentarse a ella y provocar una nueva discusión, arriesgándose a que Rosa le culpara por no confiar en ella, u olvidarlo todo y esperar que el romance se agotara. Cerró los ojos y rezó para que ella fuera inocente de sus sospechas. A fin de cuentas, la evidencia era poco sólida: tan sólo el resultado de una mente celosa. Rosa no era una mujer fácil con la que estar casado, pero él no tenía elección: estaba unido a ella por amor.

A pesar del deseo explícito de Maxwell de quedarse en el *palazzo*, Dizzy estaba firmemente decidida: tenían que irse. Había sufrido viéndole flirtear con Sammy desde hacía ya demasiado tiempo. Romina estuvo encantada de verles partir. Maxwell y Dizzy se habían quedado mucho más tiempo del que eran bienvenidos.

—La verdad es que me entristece mucho que se marchen —dijo Ma al ver cómo su coche desaparecía por el camino—. Se habían convertido en una pareja realmente fascinante.

—Ha faltado muy poco para que me viera montando guardia delante de la puerta de Sammy —declaró Luca.

—Antes Dizzy le habría clavado un puñal en la espalda a la pobre criatura —dijo su madre—. Si las miradas mataran, Sammy habría pasado a mejor vida hace días.

Romina nunca se cansaba de tener compañía. En cuanto se despidió de Maxwell y de Dizzy, llegó su hermano Giovanni. Nanni era un hombre grande con forma de huevo, gordo a base de pasta con queso y con unos finos tobillos que dejaba a la vista con sus pantalones cortos y sus calcetines chillones. Un cáncer de garganta le había dejado la voz aguda y aflautada. A pesar de la

enfermedad, fumaba sin parar y se negaba en redondo a prescindir de la comida que adoraba. Su exuberancia era irreprimible.

—¡Querida Romina! —exclamó, entrando con paso decidido a la terraza, vestido con unos zarrapastrosos pantalones de color beis y una camisa arrugada de color azul—. Cada vez que vuelvo a ver el *palazzo* lo encuentro más imponente y más exquisito. Hay que ver lo que ayuda tener buen ojo y mucho dinero. —Ni que decir tiene que Nanni no tenía ninguna de las dos cosas.

Aunque hacía muchos años que Luca no veía a su tío, Nanni le abrazó como si todavía fuera un niño.

—*Madonna!* ¡Cómo has crecido!

—Hablas como mamá.

—No me sorprende. Salimos del mismo útero. —Nanni se sentó y se sirvió un panecillo—. ¿Podrías traerme un poco de mantequilla? —preguntó a Ventura—. Y una copa grande de vino. —Ya conocía a Ma y a Caradoc. Los tres eran un auténtico número de circo.

En ese momento aparecieron las niñas acompañadas de Sammy, que se había puesto un pareo encima del bañador. Aunque a Nanni le encantaban los niños, se encontraba menos cómodo en compañía de las jovencitas. Recorrió con sus ojos acuosos la preciosa figura de Sammy y sintió que se le acumulaba el sudor en la frente en una película de grandes gotas. A fin de disimular su azoramiento, dedicó toda su atención a las niñas y no tardó en tenerlas riéndose de sus imitaciones y de sus vocecillas. *Porci*, que se había encariñado con las pequeñas, olisqueaba y gruñía a su alrededor, compitiendo con Nanny por su atención. Sammy desapareció dentro para cambiarse para el almuerzo y apareció poco después con un vestido de tirantes. Nanni recobró la compostura y tras meterse entre pecho y espalda los cuatro platos del almuerzo se sentó a la sombra concentrado en el crucigrama del *Times* en compañía de un buen vaso de *limoncello* y de un cigarrillo.

—El problema es que mi querido hermano tiene una mente brillante a la vez que una terrible debilidad por el alcohol y la glotonería —confesó Romina a Ma mientras tomaban un té de menta—. Podría haber sido un gran hombre escribiendo guiones para el mejor cine italiano, pero es demasiado indolente y perezoso. Y ahora que ha envejecido, ya es demasiado tarde. Mírale, ese crucigrama le tiene aburrido porque es demasiado fácil, y el inglés ni siquiera es su lengua materna. Habla latín y griego clásico tan bien como el italiano, el español, el francés y el inglés, y aun así está sin blanca.

—Seguro que de joven era muy guapo —dijo Ma.

—Era divino, como un dios griego. Pero ahora está gordo y casi se ha quedado calvo. Pronto cumplirá los setenta, pero si se despista, no llegará a los setenta y

uno.

—¿A qué dedica el tiempo?

—Colecciona juegos antiguos. Tiene la mejor colección de barajas de cartas de la época Tudor del mundo. Aunque valen una fortuna, no quiere oír hablar de venderlas. Las guarda en algún lugar secreto. Le obsesiona que alguien pueda entrar en su casa y robárselas. —Romina terminó su té—. ¿Dónde está mi querido *Porci*? Está redondo como una pelota de fútbol, pero no come su comida. No lo entiendo.

—Bajemos al capricho —dijo Nanni, dejando el periódico a un lado.

—¿Ha terminado con el crucigrama o quiere que le ayude? —preguntó Ma.

—Me temo que he terminado. Quizá pueda revisarlo y asegurarse de que no he cometido ningún error —añadió con cierto brillo en los ojos. Nanni nunca cometía ningún error.

—Será un placer —replicó Ma—, pero primero le acompañaré al capricho. No puedo estar todo el día sentada o terminará deformándose el trasero.

Los tres bajaron alegremente por el sendero que llevaba al pequeño capricho de piedra. Nanni aspiró los aromas florales del jardín y suspiró.

—Vives en el paraíso, Romina. Algún día me encantaría tumbarme y morir aquí, entre toda esta paz y esta belleza.

—Cuando quieras, Nanni, aunque haznos un favor y mejor tumbate encima de algo que podamos transportar —dijo Romina, al tiempo que abría la puerta.

Ma y Nanni la siguieron y sus ojos se adaptaron a la oscuridad.

—Quizá me acueste aquí —dijo Nanni—. Aunque parece que alguien ha tenido ya la misma idea.

Romina acarició con la mano el edredón, en el que seguía impresa la silueta del intruso.

—¡Otra vez no!

—¡Pero esto es como el cuento de Ricitos de Oro!

Romina levantó las manos.

—Esto ya no tiene gracia. O alguien tiene la llave, o me roban la llave para entrar. Pero ¿quién?

Nanni cogió un pañuelo de seda.

—¿Qué es esto? —Oía a perfume. Romina se lo arrebató bruscamente y lo acercó a la luz.

—No es mío.

—Mío tampoco —dijo Ma—. Ni el rosa claro ni el azul son mis colores.

—Huele a mujer —comentó Romina, entrecerrando los ojos—. ¿Dizzy?

—Bueno, se han marchado esta mañana, de modo que no tardaremos en descubrirlo si no vuelve a ocurrir.

—¿Te parecen capaces de ser tan ladinos? —Romina volvió el pañuelo del revés, buscando una etiqueta—. Vaya, es una etiqueta italiana. «MOM.»

Ma se encogió de hombros.

—Nunca se me han dado bien las marcas.

—No me dice nada —dijo Romina—. ¡Habría sido más apropiado «SOS»! — En ese momento se le ensombreció el rostro y se volvió a mirar a su hermano, visiblemente alarmada—. *Marchese Ovidio di Montelimone.*

ROMINA estaba sentada a la mesa con *Porci* sobre las rodillas, recuperándose del descubrimiento del misterioso pañuelo de seda. Ventura le llevó una taza de café mientras Luca, Ma y Nanni comentaban quién podía ser el intruso.

—Es un pañuelo de mujer. Y además huele a perfume de mujer.

Luca se llevó el pañuelo a la nariz.

—Un perfume muy dulce. Lo reconocería si lo hubiera olido antes.

—¿Quién más tiene llave de la puerta? —preguntó Nanni.

—¡Sólo yo! —gimoteó Romina.

—¿Es posible que el intruso se haya colado por la ventana? —sugirió Ma.

—No, hay barrotes en todas las ventanas y jamás se abren. —Romina parpadeó en un intento por contener las lágrimas—. ¿Por qué diantre iba alguien a querer dormir allí?

—Cambia la cerradura. —A Nanni le sorprendió que su hermana todavía no lo hubiera hecho.

—No —intervino Luca—. Mejor atrapemos a la intrusa. No hace ningún daño, así que por qué no esperar a atraparla. El vejete que conocí en la iglesia con Caradoc dijo que desde hace años los rumores sobre la presencia de fantasmas no hacen más que aumentar porque se veían luces aquí arriba, aunque el *palazzo* estuviera deshabitado. Quizá sea la misma persona.

—Es alguien que no nos quiere aquí —dijo Romina con voz ansiosa.

—Quizá se trate de alguien que no tiene dónde dormir —dijo Ma—. Odio a los indigentes. Nunca se bañan.

—Sea quien sea, la atraparé —dijo Luca, confiado. Se acordó de Cosima—. Ahora que lo pienso, conozco a alguien que quizá pueda darnos alguna idea sobre esto.

Agradeció poder tener una excusa para bajar al pueblo. Encontró a Rosa en la *trattoria* con Toto. El local estaba muy tranquilo. Sólo había una pareja de ancianos tomando café en la terraza. Su primer impulso fue preguntar por Cosima, pero el rostro entusiasta de Rosa le previno contra el impulso de provocar sus celos. La joven corrió a prepararle un café y se sentó con él.

—¿Cómo están las niñas?

—Lo están pasando en grande.

—¿Y qué tal van las cosas en el *palazzo*?

—¿Nos tuteamos? ¿Cuándo vais a venir a visitarnos?

—Cuando mi padre suba a sacar las fotografías. En este momento está terminando un trabajo en Positano.

—Trae a los niños. Quizá les guste darse un chapuzón.

—Lo haré.

—Dime una cosa. ¿Qué sabes del viejo *marchese*?

—Sólo lo que me ha contado mi madre, o lo que he podido ir sabiendo con los años. A mi madre no le gusta hablar de eso. Mi padre me ha dicho que durante la guerra la gente hacía lo que podía para sobrevivir, ¡hasta se comían a los perros! El *marchese* era rico. Se enamoró de Valentina. Eran tiempos difíciles y él era para ella un billete a una vida mejor. Valentina desaparecía y subía al nido de amor que él tenía en el *palazzo*...

—¿El nido de amor?

—Sí, hay una casita encima del acantilado desde la que se ve el mar.

—¿Has estado allí?

Ella se sonrojó.

—Sí.

—¿Cómo entraste?

Rosa miró en derredor para asegurarse de que no les oían.

—*Mamma* tiene una llave. La de Valentina. La abuela entraba con esa llave y esperaba dentro al *marchese*. ¿No te parece romántico?

—¿Sabe tu madre que has estado allí?

—Hace años que no subo —siseó Rosa—. No se lo digas. Me mataría.

—¿Y tu madre? ¿Sube alguna vez?

—No. No se acerca jamás al *palazzo*. No sé si sabrás que cuando mi madre llegó a Incantellaria tenía más o menos mi edad. Vino a buscar a su familia porque su padre nunca le había hablado de su madre. Naturalmente, nunca supo por qué. Creía que era porque su madrastra estaba celosa de ella. Lo cierto es que sus padres nunca se casaron y su madre llevaba otras vidas. El *marchese* estaba celoso y no quería que Valentina se llevara a mi madre a Londres con mi abuelo porque estaba convencido, equivocadamente, de que era su hija. Por eso la mató. Si no podía tenerla para él, estaba decidido a impedir que nadie más la tuviera.

—Y el hermano de Valentina lo mató a él.

—Sí. En vuestro *palazzo*. Mi madre tenía un ex novio inglés que vino a recuperar su amor y los dos subieron a ver las ruinas de la casa. —Luca se acordó entonces de Fitzroy y las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Si Rosemary llegara a imaginar siquiera la belleza de Alba, le daría un ataque—. Encontraron en el *palazzo* a Nero, ese hombre extraño al que el *marchese* había adoptado cuando era niño, creo. Él les dijo que el *marchese* había sido asesinado

porque había matado a Valentina. Fue un verdadero *shock*. A *mamma* el lugar le pareció tan desolado y tan maligno que jamás ha vuelto a poner los pies allí. No subiría ni arrastrada por una manada de caballos salvajes.

—¿Y qué opina de que tu padre suba a fotografiar el *palazzo* para el *Sunday Times*?

—No habla de ello. Mi padre no para de bromear y de pincharla con el tema. Ella simplemente finge que no le importa, pero es evidente que no le hace ninguna gracia. Lo que pasa es que mi padre siempre se sale con la suya. Mamá es incapaz de negarle nada. —Guardó un instante de silencio—. Ojalá mi matrimonio fuera tan sólido como el de ellos.

Luca se terminó su café y regresó al coche, profundamente decepcionado por no haber podido ver a Cosima. Poco a poco, ella se iba colando en su subconsciente, labrándose un pequeño rincón en su corazón. De pronto, se le ocurrió que quizá podía subir en coche a verla a su casa. No tenía sentido merodear por ahí con la esperanza de encontrarse con ella. Aunque no quería imponer su presencia a Cosima, estaba seguro de que él también le gustaba. Quizá porque era el único vínculo que tenía con su hijo. Luca esperó y deseó que fuera algo más que eso. Sabía que tenía que tomarse las cosas con calma y que ella era frágil, pero era precisamente esa fragilidad lo que provocaba en él un irreprimible afán por protegerla.

Luca llegó a la casa y aparcó el coche debajo del retorcido eucalipto. Se sentía incómodo, casi como un adolescente en su primera cita, y los nervios le habían cerrado el estómago. Las risas de los niños, junto con el ladrido de un perro y el ocasional rebuzno de un burro resonaban en la brisa. Gritó para alertarles de su llegada.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —Para su sorpresa, fue la propia Cosima en persona quien dobló la esquina para recibirle mientras se secaba las manos en un trapo.

Llevaba puesto un vestido de color amarillo claro con un pequeño cárdigan de color marfil y chancletas. Se había recogido el pelo en la nuca, dejando caer largos zarcillos alrededor de la cara y sobre el cuello. Lucía unas pulseras de plata en las muñecas y un pequeño crucifijo, también de plata, que contrastaba con el cremoso bronceado de su piel. Cuando ella se acercó, Luca reconoció el cálido limón de su aroma. Anheló tocarla y se metió las manos en los bolsillos, incapaz de fiarse de sí mismo.

—Vaya, qué sorpresa —sonrió Cosima—. Estaba preparando una tarta.

—Espero no haberte molestado.

—Por supuesto que no. Puedes ayudarme a decorarla.

—¿Es el cumpleaños de alguien?

—De Pánfilo. La verdad es que le traen bastante sin cuidado los cumpleaños, pero a los niños les gustará celebrar una fiesta. Es tal el desastre que han organizado para hornearla que creo que voy a decorarla yo misma. ¿Qué tal se te da decorar tartas?

—La última vez que hice una tarta fue hace cien años.

—¿Y la última vez que te comiste una?

—Hace muy poco. Nunca digo que no a una porción de tarta. —La siguió alrededor de la casa hasta la terraza. Beata dormía a la sombra con la labor de aguja sobre las rodillas.

—Mi abuela no está en condiciones de ayudarme —dijo Cosima entre risas—. Ha sido una suerte que hayas venido. De lo contrario, tendría que haberlo hecho sola.

—¿Dónde está tu tía?

—Alba tiene sus propias normas. Cuando no está en la *trattoria*, está por ahí, caminando por los acantilados o en la playa. Es muy solitaria.

Luca se preguntó entonces si la negativa por parte de Alba a hablar del *palazzo* en realidad enmascaraba una profunda fascinación por el edificio. Ella conservaba la única llave del capricho. ¿Podía acaso ser la propia hija de Valentina la misteriosa intrusa?

La cocina olía a tarta recién sacada del horno y a Luca se le hizo la boca agua. Cosima le sirvió un vaso de limonada.

—Hay una preciosa granja no muy lejos de aquí con un huerto de limoneros que cubre una colina entera. Estos limones son de allí. —Le observó mientras él tomaba un sorbo—. Está buena, ¿verdad?

—Buenísima.

Cosima cogió un delantal de detrás de la puerta y se lo ató a la cintura.

—La dueña del huerto es una anciana llamada Manfreda. Naturalmente, no coge ella misma los limones porque ya está demasiado mayor para eso, pero siempre manda a los chicos que nos dejen una cesta para nosotros. Es que conocía a Immacolata, y le tiene mucho cariño a Alba. Lo que ella no sepa sobre Incantellaria y sobre la guerra, no lo sabe nadie. Hay algo mágico en esa granja porque, sea cual sea el clima que tengamos, los limones del huerto son siempre grandes, amarillos y jugosos.

—Estoy empezando a pensar que Incantellaria es un lugar mágico.

—Entonces, ¿sabes lo de los claveles?

—Sí, si te refieres a la mañana en que la playa amaneció cubierta de ellos.

—Deberías hablar con Manfreda. Aquí han ocurrido muchas cosas raras, otra cosa es que decidas creerlas o no. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas, Luca? —preguntó empezando a servir el azúcar de glasear en un cuenco.

—He trabajado en el mundo de las finanzas durante veinte años, hasta que una mañana desperté y me di cuenta de que estaba desperdiciando mi vida en una rutina que no me daba ninguna satisfacción. Es verdad que me estaba haciendo rico, pero no satisfacía mi lado creativo. —Sonrió con timidez—. Todavía sigo buscando algo que lo consiga.

Cosima le escuchaba mientras seguía revolviendo la mantequilla, que mezclaba con el azúcar valiéndose de una cuchara de madera.

—Si pudieras hacer lo que quisieras, ¿qué harías?

—Buena pregunta. No estoy segura.

—¿Pintas?

—No.

—¿Escribes?

—Desgraciadamente, no. Éste sería el lugar ideal para escribir una novela.

Cosima se detuvo a descansar y miró a Luca, cavilosa.

—¿Qué era lo que le faltaba a la banca?

—No me aportaba nada concreto.

—Tan sólo cifras en pantallas de ordenador. Nada que pudieras llevarte a casa al final del día, como estos limones.

Luca cogió un limón del frutero y lo exprimió.

—Estos limones no tienen nada de concreto. ¿A qué viene esa sonrisa?

—Es por ti —respondió ella, pasando el dedo por la cuchara y metiéndoselo luego en la boca.

—¿Por qué?

Cosima añadió más azúcar glas y siguió revolviendo.

—Pues porque para mí está muy claro lo que deberías hacer.

—Dímelo. Llevo semanas intentando descubrirlo.

—Planta algo y detente a ver cómo crece. —Fue como si Cosima hubiera entendido su deseo más profundo. Le puso la cuchara delante de la boca—. Prueba un poco. Está bueno.

La mezcla se le deshizo en la boca.

—Buenísimo.

—Pero necesita más limón. —Cortó uno por la mitad y lo exprimió encima del cuenco, dejando que el jugo se deslizara entre sus dedos.

—Hueles a limón. Es perfume o te bañas con él.

—Ni una cosa ni la otra —respondió ella, echándose a reír—. Me lo tomo. —Se secó las manos en el delantal, fue hasta un cajón y sacó dos espátulas—. Una para ti y la otra para mí. Esto es para la tarta, no para que te lo comas directamente del cuenco. —Puso el bizcocho en el centro de la mesa y cogió con la punta de la espátula una buena porción de azúcar glas y empezó a esparcirla

sobre la tarta. Luca la imitó.

—No se te da mal —dijo Cosima—. Para ser un principiante.

Él se fingió ofendido.

—¿Estás diciendo que no sé decorar una tarta?

—Tú sólo sabes contar. Esto sí es creativo.

—Tengo una creatividad latente, no lo olvides.

—Bien, en ese caso despertémosla. —Llevó a la mesa una lata de pequeños dulces de colores—. Deja volar la imaginación.

—¿Quieres que los ponga en la tarta?

—Sí. Es una tarta para niños. No hay peligro de equivocarte.

—Unos cuanto dulces no me dan ningún miedo —se burló Luca. Se moría de ganas de besarla. Qué distinta era esa Cosima de la mujer a la que había seguido fuera de la iglesia. Colocó los dulces alrededor del borde de la tarta.

—Eso muestra una mente metódica —comentó Cosima, inclinándose a su lado de la mesa y apoyando la barbilla en las manos.

—¿Y esto? ¿Qué muestra esto? —preguntó Luca, sumergiendo un caramelo rojo en el azúcar y pegándoselo con sumo cuidado en la punta de la nariz—. Y ahora te lo voy a quitar con un beso —dijo con suavidad. —Cosima no se movió. Él se inclinó hacia ella y le besó en la punta de la nariz, lamiéndole el azúcar y el caramelo—. No he venido a hacer esto —dijo—. Pero eres tan hermosa que no puedo contenerme. —Posó sus labios en los de ella y volvió a besarla.

Se oyeron pasos. Cosima y Luca se separaron bruscamente y siguieron decorando la tarta como si nada hubiera ocurrido. Ella se limpió la nariz con la mano.

—Hola, Luca. —Era Beata, que se había despertado de la siesta—. No te he visto entrar.

—Estabas dormida, Nonnina —dijo Cosima muy calmada—. ¿Quieres ayudarnos con la tarta de Pánfilo?

Beata se inclinó sobre la mesa para echar una mirada.

—Creo que estáis haciendo un buen trabajo sin mí. ¿Cómo estás, Luca?

—Bien, gracias.

—Me alegro. Os dejo que sigáis a lo vuestro. Los niños estarán encantados. — La mujer salió de la cocina.

Cosima se echó a reír entonces.

—Nos estamos comportando como un par de escolares.

—Nunca besé a ninguna niña en la escuela.

Ella negó con la cabeza.

—¡No te creo!

—¿Por qué no vamos a algún sitio donde pueda besarte como es debido y sin que nos pille la directora?

Cosima metió la tarta en la nevera, se quitó el delantal y llevó a Luca fuera por otra puerta.

—Te enseñaré mi sitio favorito de Incantellaria —anunció. Mientras cruzaban el huerto de limoneros, Luca le tomó la mano y ella no la retiró—. Solía jugar aquí cuando era pequeña —comentó ella—. Como no tenía hermanos ni hermanas con los que poder jugar, jugaba con mi padre o con Alba. Siempre veníamos aquí y yo me escapaba entre los árboles. Es un lugar muy silencioso, salvo por el susurro del mar y el chirrido de los grillos. Además, me gusta cómo huele. A pino y a tomillo. ¿Lo hueles?

—Sí. Y a limones. —La miró y la dulzura con la que ella se volvió a mirarle le encogió el estómago.

Llegaron a una vieja torre de vigilancia que el tiempo y el abandono habían reducido a un montón de superfluos escombros.

—Aquí es donde me siento más cómoda. Y donde vengo a recordar a Francesco. Cuando pierdo la mirada en este inmenso horizonte y veo las nieblas que velan el firmamento, cuesta no creer en el cielo.

Luca la estrechó entre sus brazos, deseoso de borrarle el ceño con los labios.

—No quiero verte triste, Cosima. Francesco me encontró para que pudiera comunicarte un mensaje: que sigue vivo en espíritu y que está siempre contigo.

—Le pasó algunos rizados mechones de cabello tras la oreja.

—Espero que tengas razón.

—O tengo razón, o me he vuelto loco.

—No estás loco, ¿verdad?

—Loco por ti —respondió él en voz baja antes de besarla en los labios, que se abrieron para recibirle.

A pesar de que Luca había besado a muchas mujeres, la mayoría de las cuales no recordaba, jamás había experimentado una ternura tan profunda. Cosima embriagaba de tal modo su corazón que casi le dolía. Deseó envolverla entre sus brazos y protegerla así de sus propios temores y librarla con sus besos de su dolor hasta verla llorar de alegría y no de pena. Pero sobre todo quería que ella correspondiera a su amor.

CUANDO ROSA llegó a casa, encontró a Cosima en la cocina canturreando alegremente mientras se afanaba por lavar un cuenco y dos espátulas de madera. La habitación olía a algo recién horneado. Vio unos cuantos dulces desperdigados por el suelo.

—Hola. —Abrió la nevera—. ¡Menudo desastre han hecho los niños con la tarta! —se rió al verla. Cosima no dijo nada—. ¿Cómo están?

—Muy entusiasmados con la fiesta de Pánfilo.

—Y supongo que también con la idea de acostarse tarde —dijo Rosa, sentándose a la mesa con un vaso de zumo—. Hoy casi no ha venido nadie a la *trattoria*. Un aburrimiento. ¿Dónde está *mamma*?

—Todavía no ha vuelto. Beata se ha ido a casa y me ha dejado a los niños. Volverá para la fiesta.

—¿Qué les has comprado?

—Globos, ¿qué otra cosa?

—Pánfilo odia los cumpleaños.

—Pero a los niños les encantan.

—Es un hombre muy indulgente. —Había cierto optimismo en los movimientos de Cosima que levantaron las sospechas de Rosa. Estaba demasiado feliz para una mujer que había intentando ahogarse hacía una semana—. ¿Por qué estás de tan buen humor?

—Porque hace un bonito día.

—Como todos los días.

—Pero hoy es aún más bonito.

—Si tú lo dices... A mí me parece que es exactamente igual a cualquier otro. —Rosa se miró el descascarillado esmalte de uñas—. Voy a salir a buscar a los niños.

Luca regresó al *palazzo* decidido a darse un baño en la piscina. Hacía calor y necesitaba enfriar su ardor. Mientras recorría la piscina de un extremo al otro recordaba el beso que se habían dado junto a la torre: dulce, tierno, apasionado, aunque demasiado breve. Habría podido quedarse allí toda la noche si ella así lo hubiera querido. Tuvo que hacer uso de todo su temple para no desabrocharle el vestido y quitárselo por los hombros. Muy al contrario, había decidido tomarse las cosas con calma: estaba en Italia y no en Inglaterra, donde las mujeres estaban siempre dispuestas a irse a la cama con él. Cuando emergió a la

superficie a tomar aire, oyó llegar a sus hijas en compañía de Sammy.

—¡Papá! —gritó Juno, corriendo hasta el borde de la piscina y agachándose junto al agua—. ¿Dónde estabas?

—En el pueblo —respondió Luca, impulsándose hacia arriba desde el agua para besarle la mejilla.

—Estás mojado. —Se secó la cara con la oruga de peluche.

—¿Vas a bañarte?

—¿Podemos jugar al cocodrilo malo?

Luca se impulsó hacia el centro de la piscina.

—Hoy el cocodrilo malo está muy hambriento —gruñó. Juno se quitó el vestido a toda prisa y se puso el bañador mientras Coco la observaba recelosa a su lado—. Vamos, Coco —la animó su padre—. El agua no te estropeará la manicura. Si no te metes, el cocodrilo malo tendrá que salir a buscarte.

—No puedes salir de la piscina —protestó la niña—. Son las normas.

—¿Y quién dicta las normas?

—Yo —respondió Coco, al tiempo que Sammy le bajaba la cremallera del vestido—. La abuela me está haciendo un tutú —añadió jovialmente—. Lo va a forrar de lentejuelas. —Luca lanzó a Sammy una mirada socarrona.

—Lo ha prometido, ¿a que sí, Coco? —dijo Sammy.

—¡Más trabajo para la pobre Ventura!

Esa noche, tumbado en la cama con las manos detrás de la cabeza, Luca contemplaba las sombras proyectadas por la luz plateada de la luna sobre el yeso de la pared y se dejaba acunar por el recuerdo de Cosima. Había dejado abiertas las contraventanas para que el suave murmullo de la noche pudiera entrar a la habitación: el chirrido de los grillos, las escaramuzas de los animalillos, la brisa agitando las hojas de los árboles. Estaba ansioso por contarle lo ocurrido a Caradoc, pero ya no era un adolescente que iba por ahí fanfarroneando de su última conquista. Era un hombre de más de cuarenta años que se había enamorado por primera vez. Sus relaciones anteriores, desde Freya a Claire, tan sólo habían rascado la superficie de su corazón. Cosima había llegado como una flecha a su rincón más profundo, y allí seguía, horadándolo más y más con cada una de sus vacilantes sonrisas. Todo en ella le fascinaba. Aunque la tocaba, Cosima seguía pareciendo estar fuera de su alcance; la besaba y ella vacilaba. Y cada vez que sonreía, le daba algo especial que no regalaba a nadie más.

Luca debió de quedarse dormido porque le despertó el llanto de una de sus hijas a las tres de la madrugada. Al principio creyó que soñaba; las niñas nunca le llamaban cuando lloraban. Pero el llanto ganó en intensidad y en urgencia. Salió de la cama a trompicones y se puso el batín encima de los pantalones del pijama. Cuando llegó a la habitación de las niñas, se encontró a Coco

consolando a Juno. Luca cogió a la pequeña en brazos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó con suavidad, acariciándole la frente.

—¡Papá! —sollozó Juno—. Estoy asustada.

—Ha tenido una pesadilla —dijo Coco, presuntuosamente.

—Ya pasó. Papá está aquí.

—Creo que es otra vez el oso.

Sammy apareció en la puerta, despeinada y con los ojos entrecerrados.

—¿Ocurre algo? —preguntó, cruzándose de brazos sobre la cortísima camisa de dormir que llevaba encima de unos *shorts* de flores.

—No es nada, Sammy. Gracias. Puedes volver a la cama. —La niñera se escabulló—. Vamos, pequeña, cuéntame: ¿qué has soñado?

Juno se abrazó a su oruga de peluche.

—Un oso grande me perseguía.

—No hay osos en Italia.

—No es un oso de verdad, papá. Es un monstruo —aclaró Coco, volviendo a su cama.

—Bueno, pues no hay osos así. ¿O crees acaso que la abuela Romina dejaría que hubiera osos monstruosos en su palacio? —Juno sonrió tímidamente y negó con la cabeza—. Bien, si me necesitas estoy al fondo del pasillo. Pero si piensas en cosas bonitas, soñarás con cosas bonitas.

—Como en *Greedy* —dijo Coco.

—O que jugamos al cocodrilo malo —susurró Juno, cerrando los ojos.

Luca la arropó y la besó en la frente. Luego se acercó a Coco.

—Siento que te haya despertado, cariño.

—No pasa nada, papá. Estoy acostumbrada.

—¿Prefieres dormir sola?

Negó con la cabeza.

—Juno me necesita.

—Eres una buena hermana, Coco. Juno es muy afortunada de poder tenerte.

—¿Me arropas a mí también?

Luca se sintió conmovido. La devoción de Coco era mucho más cara que la de su hermana. Cuando por fin volvió a su cama, había experimentado una emoción hasta entonces desconocida: había experimentado por vez primera lo que era sentirse necesitado.

A la mañana siguiente, después de darse un baño a primera hora con las niñas, Luca se marchó discretamente a la *trattoria* a ver a Cosima. Ella le esperaba con un vestido verde y el pelo suelto hasta los hombros.

—Hola, hermosa —la saludó Luca, pasándole la mano por la cintura y dándole un beso en la mejilla. El olor a limones le transportó a la noche anterior junto a

la torre.

Cosima miró furtivamente en derredor.

—Ten cuidado, Luca. Las cosas no están demasiado bien entre Rosa y yo. No las empeoremos. —Luca la miró, visiblemente desconcertado—. Le gustas — explicó Cosima, inclinando la cabeza—. ¿Te sorprende?

—La verdad es que no —admitió él—. Y mentiría si dijera que no le he dado algunas esperanzas.

—Te encanta flirtear.

—Tú no me hablabas —protestó Luca—. Aun así, captaste mi atención en cuanto te vi.

—En la playa, con Francesco.

—Parecías muy triste. Me partiste el corazón.

—¿Está aquí ahora?

Luca recorrió con los ojos el muelle y la playa.

—No, normalmente está jugando en ese bolardo. Así es como sé que estás cerca.

—Te tomo la palabra porque quiero creer que es cierto.

—Ojalá pudiera probártelo.

—Tengo que confiar en ti.

—Sabes que puedes. —Le tomó la mano—. Puedes fiarte de mí con los ojos cerrados.

Caminaron por el paseo marítimo hasta una apartada playa de guijarros donde se sentaron, perdiendo la mirada en la inmensidad del océano.

—Eres una mujer muy especial, Cosima.

—Hace mucho tiempo que no me siento especial.

—¿Desde Riccardo?

—Sí, desde Riccardo.

Luca estudió su rostro serio.

—Me estoy enamorando de ti.

—Casi no me conoces.

—Eso poco importa. Lo que importa es lo que siento en ti. Confío en mi instinto. Eres tan especial como creo que eres.

—Háblame de ti —dijo ella al tiempo que él le pegaba el rostro al cuello.

—¿Es necesario que hablemos?

—Yo también siento algo especial por ti, Luca, pero quiero conocer los detalles.

—Entonces, ¿me besarás?

Cosima le pasó el dedo por la hirsuta mejilla.

—Entonces te besaré hasta la hora del almuerzo.

A mediodía, Dennis Mendoros y su hija, Stephanie, llegaron al *palazzo* en su reluciente Maserati Quattro Porte. De nacionalidad griega, Dennis había nacido en Sudán y se había criado en Yorkshire, aunque no había llegado a perder el fuerte acento que las mujeres inglesas encontraban irresistible. Había sido bendecido con una piel oscura típicamente mediterránea y unos inteligentes ojos marrones, pero era su sonrisa, de un blanco deslumbrante, la que podía iluminar un pequeño continente. Romina, a la que Dennis le había resultado siempre atractivo, le estrechó entre sus brazos como una mariposa de lino blanco.

—Stephanie —exclamó entonces encantada, separándose a regañadientes del padre de la muchacha—. ¡Qué suerte tenerte a ti también con nosotros! —Estudió con los ojos a la joven de largas piernas que estaba de pie delante de ella y durante un instante se le pasó por la cabeza la posibilidad de juntarla con Luca. Con su cabello largo y lustroso del color del de un poni castaño y la piel olivácea y los ojos marrones de su padre, era una auténtica belleza—. ¿Qué edad tienes, Stephanie?

—Veintiuno.

A Romina le costó disimular su decepción.

—Qué joven —suspiró—. Demasiado. *Che peccato!*

Les condujo por el *palazzo* hasta la terraza, mostrándoles a su paso el patio interior con la burbujeante fuente y los limoneros. Stephanie admiró los hermosos tonos pastel y la elegante decoración.

—Me encantaría vivir en un lugar como éste. Cuánta serenidad.

—Primero tendrás que encontrar a tu príncipe, Stephanoula —respondió su padre.

—Hay muchos chicos guapos en Incantellaria —dijo Romina.

—¡Y como se atrevan a ponerle el ojo encima a mi hija, les aplastaré los huesos!

Caradoc y Nanni estaban en la terraza esperando a que sirvieran el almuerzo y comentando los méritos de los filósofos de la antigüedad. Ma tomaba una limonada a la sombra, atenta a la conversación. Bill estaba en el jardín, intentando decidir dónde construir una gruta, mientras Sammy y las niñas estaban en sus habitaciones, quitándose los bañadores.

Bill subió apresuradamente por el jardín para saludar a Dennis.

—Mi querido amigo, ¡qué alegría verte! —dijo, estrechándole la mano con firmeza.

—Tenéis una casa preciosa —respondió Dennis sin ocultar su admiración—. Eres un hombre de mucho talento, Bill.

—No podría haberlo hecho sin mi esposa.

—Ha sido un acto de amor —intervino Romina—. Veamos, ¿a quién conoces?

—Procedió a hacer las presentaciones, encantada de poder reunir a un grupo de gente tan ecléctico.

—Dennis es un viejo amigo —explicó a su hermano y al profesor—. Construye sus propios aeroplanos.

—Eso es un poco exagerado, amor mío —la corrigió él—. No soy más que un ingeniero aeronáutico.

—Pero vuela en helicóptero y en aeroplanos desde que era un niño. ¡Eres demasiado modesto, cariño!

—Es usted griego —observó el profesor, entrecerrando los ojos como una iguana—. Mezclado con algo más.

—Nací en Sudán.

—De Kelbrook, Yorkshire —añadió Stephanie.

—No me miréis muy de cerca —bromeó Dennis, con una maliciosa sonrisa de oreja a oreja—. No está bien mirar al burro que os da un regalo.

—O, como decimos nosotros —intervino Stephanie—, a caballo regalado no se le mira el diente.

Nanni estalló en carcajadas.

—Me cae bien, Dennis.

—Vamos, Stephanie. —El profesor la tomó del brazo—. Hábleme de usted. Es usted una joven muy hermosa. Aunque demasiado viejo para bajar a la arena, no lo soy tanto como para no ser capaz de admirar desde la distancia. Y usted, querida mía, cuenta con toda mi admiración.

Luca llegó tarde al almuerzo, sonriendo de oreja a oreja ante su buena fortuna.

—¡Qué día más hermoso! —exclamó al salir a la terraza. Coco y Juno bajaron de un salto de la mesa como un par de monos y se abrazaron a la cintura de su padre.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre.

—Seguro que no andaba metido en nada bueno —dijo Ma—. Esta mañana le veo demasiado satisfecho consigo mismo.

—He estado leyendo los periódicos en el pueblo —respondió descaradamente Luca.

—¿Por qué tienes que bajar constantemente al pueblo cuando aquí tienes el mejor café, además de los periódicos que tu padre compra especialmente?

—Pues porque aquí poca es la aventura que le espera. Deja que el chico disfrute un poco —dijo Nanni, encogiendo los dedos de los pies, pues *Porci* se había tomado la libertad de tumbarse encima.

—Ya conoces a Dennis y a Stephanie —dijo Bill.

Dennis tendió la mano.

—Hace mucho que no nos veíamos.

—Cierto, pero, por favor, no me digas que he crecido —se rió Luca.

—Tú a mí tampoco —añadió Stephanie.

—¡Pero es que tú sí que has crecido! —replicó Luca, rodeando la mesa para besar a la joven que había conocido cuando ella era apenas una adolescente.

—Pues espera a que se levante —dijo Romina—. Tiene las piernas más largas que he visto en mi vida. —«Total, no pierdo nada con intentarlo», pensó.

Poco después la conversación se centró en la intrusa y Bill disfrutó de lo lindo contándole a Dennis que su esposa le había acusado de echarse en secreto la siesta durante la tarde.

—Ojalá tuviera tiempo para hacerlo —se lamentó.

—Todo el mundo tiene tiempo, si realmente lo busca —replicó Romina.

—¿Has bajado hoy al capricho? —preguntó Nanni a su sobrino.

—Todavía no.

—Pero me dijiste que te quedarías allí esperando a sorprender a la intrusa — exclamó Romina—. ¡Ya casi me da miedo bajar hasta allí y es el sitio que más me gusta del mundo!

—Quizá deberíais llamar a la policía —sugirió Stephanie.

—¿Y qué podría hacer la policía? ¿Montar guardia? —dijo Romina—. ¡Son una panda de inútiles! No, Luca, tú la descubrirás. Como de momento no tienes trabajo, ése será tu reto. ¡Quienquiera que sea la dueña de ese pañuelo, la quiero fuera de aquí!

Después del almuerzo, Luca llevó a Dennis y a Stephanie al capricho mientras Coco y Juno dibujaban a la sombra con su abuela. Explicó a los recién llegados la historia del *palazzo* y de la misteriosa intrusa al tiempo que caminaban por el jardín.

—Creo que tengo una idea sobre quién puede ser, pero prefiero no decir nada hasta estar seguro del todo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Stephanie.

—No lo sé con seguridad, pero creo que debería tenderle una trampa.

—Una buena trampa para cazar a la rata —dijo Dennis—. En ese caso, necesitarás un buen pedazo de queso.

—Exacto. —Luca abrió la puerta con su llave y cuál fue su desilusión cuando vio que la cama estaba tan lisa como su madre la había dejado el día antes—. Nadie ha dormido en mi cama —dijo con una voz grave como la de un oso.

—¡Oh, santo cielo! —exclamó Stephanie—. Es el lugar más exquisito que he visto nunca. —Deambuló por el pequeño espacio, maravillándose ante cada detalle—. Es como un pequeño nido de amor. No me extraña que alguien quiera dormir aquí. ¡Es encantador!

—El *marchese* era un asesino —dijo Dennis.

—Pero asesinó por amor —le corrigió Stephanie, acariciando con la mano la suave réplica de mármol del *David* de Donatello—. Imagina por un momento que la mujer a la que amas y a la que tienes por una inocente chica de pueblo resulta que tiene un romance con un peligroso jefe de la mafia. Qué romántico.

—¿Y por qué no mató simplemente al jefe de la mafia?

—Siempre herimos a quien amamos —cantó Luca—. A quien no deberíamos herir jamás.[*] —Habló como lo habría hecho el profesor.

—La verdad es que no culpo a la mujer que viene aquí —dijo Stephanie—. Aunque me parece un poco triste acostarte aquí sola.

—Un poco triste —repitió Luca muy despacio, rascándose la barbilla—. Tienes razón. La mujer que se acuesta aquí está desesperadamente triste. Viene al capricho porque busca estar cerca de alguien. —La idea le desconcertó—. O porque llora su pérdida.

Se le aceleró el corazón.

Alba.

* Se refiere a la canción titulada «You always hurt the one you love», múltiples veces versionada. (*N. del T.*)

ROMINA estaba tan alarmada ante la posibilidad de que una intrusa estuviera colándose en el capricho que por fin decidió denunciar el suceso a la policía. Encontró la comisaría en la plaza: un destartado edificio precedido por tres escalones que llevaban a unos portalones de madera tosca. Dentro, el aire estaba impregnado de tabaco y de sudor. Cruzó la sala hasta el mostrador de recepción, abarrotado de papeles y revistas, y esperó a que alguien la atendiera. La oficina estaba vacía, aunque una pareja de *carabinieri* holgazaneaba junto a la entrada, hablando de sus suegras entre potentes carcajadas y arrojando la ceniza de sus cigarrillos en el suelo.

Romina no era una mujer a la que se pudiera hacer esperar. Repiqueteó con los dedos en el mostrador y exclamó, alzando la voz:

—¿Alguien piensa ayudarme o tengo que poner el grito en el cielo?

Los dos *carabinieri* dejaron de charlar y se volvieron hacia ella. La examinaron rápidamente desde la puerta, estudiando con atención las joyas y la ropa cara, y dedujeron que estaban ante una señora acostumbrada a conseguir lo que se proponía.

Eugenio murmuró a su amigo:

—Ya voy yo. —El otro hombre puso cara de «bajo tu entera responsabilidad» y desapareció al instante—. *Signora*, lamento mucho haberla hecho esperar —se disculpó, intentando recuperar la credibilidad.

Romina barrió con la mirada su arrugado uniforme azul y las elegantes charreteras.

—Obviamente, no tenemos abundancia de crímenes en Incantellaria —comentó de forma desdeñosa.

—Gracias a Dios, hoy es un día tranquilo —explicó Eugenio—. ¿Quiere sentarse?

—Sí, gracias —respondió ella, siguiéndole hasta un sofá de cuero gastado y tomando asiento. El policía se sentó delante de ella en un sillón.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Soy la *signora* Chancellor, la dueña del *palazzo* —empezó. Eugenio irguió la espalda—. La mención del *palazzo* parece haberle despertado.

—Se refiere al *Palazzo* Montelimone.

—El mismo.

—Hace años que no he estado allí —masculló Eugenio.

—Bien, en ese caso queda usted fuera de la lista de sospechosos.

—¿Sospechosos?

—Tenemos a un intruso, inspector...

—Amato. Inspector Amato —dijo Eugenio. La conversación parecía escapársele de las manos—. ¿Qué clase de intruso?

—Creo que es una mujer porque dejó olvidado un pañuelo y olía a perfume. No es la clase de perfume que yo elegiría ni tampoco el tipo de pañuelo.

—¿En el *palazzo*?

—No, en el capricho. ¿Conoce usted bien el *palazzo*, inspector?

—Bueno —respondió él—. Tuve que subir varias veces en el pasado.

—¿Ah, sí?

—Era una ruina, pero en las noches despejadas se veían luces moviéndose de una habitación a otra.

Romina intentó controlar su impaciencia.

—¿Es usted supersticioso, inspector?

—No demasiado, aunque aquí hay bastante gente que sí lo es.

—Lo sé. El servicio habla de fantasmas. Menuda ridiculez.

Eugenio se encogió de hombros.

—Un pueblo como éste jamás olvida una historia manchada de sangre.

—Qué melodramático. ¿Y qué resultaron ser esas luces?

—No descubrimos nada.

—Pues la luz ha vuelto y quiero que la investigue.

Eugenio decidió seguirle la corriente. Romina era, a juzgar por su aspecto, la clase de mujer que podía crearle problemas si sentía que no la tomaban en serio.

—¿Mantiene cerrado el capricho?

—Sí, siempre. Sólo tengo una llave. De modo que o bien hay alguien que hace saltar la cerradura, o bien tiene una llave cuya existencia yo desconozco.

—¿Ha pensado cambiar la cerradura?

—Por supuesto, pero mi hijo quiere atrapar a la intrusa.

—Entiendo. Así que Luca, el héroe, tiene que salvar el *palazzo* además de haber salvado a Cosima. ¿Ha sufrido algún daño la propiedad?

—No. Aunque no me gusta la idea de tener a una desconocida durmiendo en la cama. No me parece demasiado higiénico.

—¿Algún signo que indique que han forzado la entrada?

—No.

—Entonces, ¿su seguridad no se ve amenazada?

—No, aún no. —Romina entrecerró los ojos—. Pero, en un lugar como éste, con la historia que usted mismo acaba de mencionar, nunca podemos estar seguros del todo.

—¿Y no cree que pueda ser alguien que trabaja en el *palazzo*? ¿Una criada, por ejemplo, o un jardinero? ¿Alguien que tenga algo contra usted?

—Se me da bien juzgar los caracteres de las personas, inspector. Confío plenamente en la gente que tengo a mi servicio. Además, ¿por qué iba nadie a querer perjudicarme? No hemos hecho nada malo. Simplemente compramos una ruina y le hemos devuelto su gloria de antaño. ¿Qué hay de malo en ello?

—Sigo pensando que tiene que ser alguien de la casa.

—Pues se equivoca. Conozco a la gente con la que vivo. En cualquier caso, todos tienen demasiado buen gusto como para tener un pañuelo como ése.

—Si quiere, puedo subir a echar un vistazo, aunque sospecho que no es mucho lo que puedo hacer. No contamos con los recursos suficientes como para vigilar la puerta todo el tiempo.

—¿Quiere eso decir que tengo que dejar el asunto en manos de mi hijo?

—Por lo que he oído decir, está más que capacitado para la tarea.

—De todos modos, me gustaría que subiera. Su presencia resultaría muy tranquilizadora. —A decir verdad, el inspector Amato no tenía nada de tranquilizador.

Luca dedicó la tarde a jugar al escondite con sus hijas antes de llevarlas, a ellas y a Sammy, a tomar el té a Fiorelli's. Cosima estaba sentada a una de las mesas de la *trattoria* con Alba, profundamente concentradas en su conversación. Cuando vio a Luca, sonrió y le saludó con la mano.

—¿Qué va a ser hoy? —preguntó a las niñas—. ¿Otra vez un helado? —Las pequeñas asintieron entusiasmadas.

—Y uno para *Greedy* —dijo Juno, agitando su oruga en la cara de Cosima.

Luca miró a Alba. ¿De verdad podía ser ella la intrusa? ¿Acaso se colaba en el capricho para sentirse cerca de su madre fallecida? Como Rosa, Alba llamaba la atención con su pelo oscuro, los ojos de color gris claro y esa amplia y contagiosa sonrisa. Sin embargo, a diferencia de su hija, había en ella una madurez que daba profundidad a su belleza. Luca tomó asiento y Cosima pidió a Fiero que preparara el café mientras ella se sentaba a charlar. Luca encendió un cigarrillo y bajó la voz para asegurarse de que no les oían.

—¿Puedo verte esta noche?

—Me gustaría.

—Es imposible verte aquí sentada y no tocarte.

—Eso se lo dirás a todas —bromeó Cosima.

—Solía hacerlo, es cierto, pero jamás lo dije en serio. Ahora lo digo desde el fondo de mi corazón.

Ella soltó una risa incrédula.

—Eres mitad italiano.

—Mi otra mitad es sólida, fiable y fidedignamente británica.

—¿Y adónde iremos?

—Bueno, ya que insistes en mantener nuestra amistad en la máxima discreción, sugiero pasar a recogerte a las siete e ir a dar un paseo en coche por la costa hasta dar con algún pequeño restaurante donde cenar y una bonita playa por la que podamos pasear. ¿Te apetece la idea?

—Suenas delicioso.

—¿No tendrás problema para escaparte?

Cosima negó con la cabeza.

—Están acostumbrados a que desaparezca durante horas. Me gusta estar sola y ellos lo saben.

Fiero apareció con el café de Luca, que exhaló anillos de humo y se volvió a mirar hacia el lugar donde sus hijas jugaban con los niños del pueblo bajo la vigilante mirada de Sammy. Juno y Coco se reían y participaban del juego como si los demás niños y ellas fueran viejos amigos. Poco después Juno empezó a saltar desde el bolardo con *Greedy*, lanzándolo al aire y cogiéndolo al saltar.

—Tus hijas lo están pasando en grande —dijo Alba—. ¿Hasta cuándo se quedarán?

—Hasta el viernes —respondió Luca.

—A finales de semana se habrán hecho amigas de todos los niños de Incantellaria —dijo Cosima—. No querrán marcharse.

—¿Dónde está su madre? —preguntó Alba.

—De vacaciones con su novio.

—¿Es un hombre agradable?

—No está mal del todo. Mi ex mujer merece ser feliz.

—Eso es muy considerado de tu parte.

—No tiene sentido guardarnos rencor —dijo Luca, encogiéndose de hombros—. Tenemos que pensar en nuestras hijas. Su felicidad es más importante que la nuestra.

—Yo tengo una madrastra —comentó Alba—. La odié durante mi niñez. No era la clase de mujer que va conmigo. Demasiado estridente y campechana. Aunque al final terminé por aceptarla. No era tan mala. Me dio el mejor consejo que me han dado jamás. Gracias a la fuerza que me dio con él, regresé a Incantellaria. No me he arrepentido.

Luca se acordó de Fitzroy y de pronto le picó la curiosidad.

—¿Había algo que la retuviera en Inglaterra? —preguntó con suma cautela.

—Oh, sí. Estaba a punto de casarme con un cielo de hombre. Era un ser adorable, aunque desgraciadamente para mí no era suficiente. —Tomó a Cosima de la mano—. Me había robado el corazón una pequeña italiana que se había

quedado sin madre. Estábamos muy unidas. Cuando me fui y la dejé aquí, la eché tanto de menos que me abrió un hueco en el corazón, un hueco que nadie podía ocupar porque tenía su silueta. —Su sobrina se rió al oír el relato que tan bien conocía. Luca estaba empezando a entender por qué Rosa estaba tan celosa de su prima—. Así que le dejé por ti, Cosima. Y jamás he vuelto la vista atrás.

Llegaron los helados y las niñas regresaron corriendo a tomárselos. Rosa apareció acompañada de Alessandro; lo había llevado al médico porque le dolía el estómago. Se le iluminaron los ojos cuando vio a las niñas y el dolor de estómago desapareció milagrosamente ante la posibilidad de un buen cuenco de helado. A Rosa no le hizo la menor gracia ver a su prima sentada a la mesa con Luca como si fuera parte de su familia, aunque se recuperó un poco cuando él le sonrió y le preguntó por el niño.

—Niños —dijo, encogiéndose de hombros—. Siempre les pasa algo.
Cosima se levantó.

—Será mejor que me vaya. Disfrutad del helado —les dijo a los pequeños. No miró a Luca por temor a provocar a Rosa y él la observó mientras ella se alejaba, admirando el suave bamboleo de sus caderas.

Francesco apareció de improvisto, brincando tras ella y con una renovada alegría en el andar. Cosima y él estaban tan cerca que casi se tocaban, apenas separados por una fina pared de vibración, aunque ella desconocía por completo que el niño cuya muerte seguía llorando estaba allí, a su lado. Como si le hubiera leído el pensamiento, Francesco se volvió, sonrió a Luca y le saludó con la mano.

Rosa frunció el ceño al ver reír a Luca.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Es sólo una ocurrencia.

—¿Y no vas a compartirla conmigo? —Se sentía mejor ahora que su prima se había ido.

—No creo que te pareciera tan divertida como a mí.

—Inténtalo.

—En otra ocasión —insistió él, mirando su reloj—. Será mejor que nos vayamos. Ya casi es la hora del baño de las niñas.

—No hay prisa —dijo Sammy—. Estamos de vacaciones. Si usted quiere, puedo acostarlas un poco más tarde.

—No. Yo también necesito volver —respondió Luca, ajeno a la decepción que Rosa no supo disimular. No podía dejar de pensar en Cosima y en Francesco.

Cosima entró a la iglesia. Necesitaba poder pensar a solas en algún lugar donde ordenar las conflictivas ideas que bullían en su cabeza. Aunque la culpa no había desaparecido, de pronto tenía algo más por lo que sentirse culpable: sus

sentimientos cada vez más fuertes hacia Luca.

Avanzó por el pasillo central, se santiguó delante del altar y tomó asiento. Había poca gente deambulando por el templo, contemplando los lustrosos iconos y los frescos, y disfrutando de la serenidad del lugar. Cosima se preguntó hasta qué punto podía confiar en la veracidad de que Luca fuera capaz de ver efectivamente a Francesco. Y no es que creyera que era todo una invención: confiaba en su honradez. Aun así, le preocupaba la posibilidad de que lo hubiera imaginado, o de que quizás hubiera confundido a su pequeño con algún otro niño. A pesar de la evidencia de la pluma y de la mariposa, y de sus ganas de creer en las palabras de él, temía que una espantosa decepción la devolviera al punto donde había estado hasta entonces, sola y sumida en la desesperación.

A Cosima le gustaba Luca. «Amor» era una palabra con cuyo uso no terminaba de encontrarse cómoda. Y es que el «amor» era propiedad exclusiva de Francesco. En cierto modo, tenía la sensación de que si admitía que se estaba enamorando de Luca estaría restándole amor a su hijo. Ese hombre le había transformado la vida en muy poco tiempo, y ella había pasado en un abrir y cerrar de ojos de estar sumergida en el mar, deseosa de terminar con todo, a vestir hermosos vestidos y a sonrojarse bajo su comprensiva mirada. La nueva situación la inquietaba porque volvía de nuevo a sentirse como una colegiala haciendo novillos. Si no seguía llorando la pérdida de Francesco, estaba siendo una mala madre; ya le había perdido de vista en vida y era obvio lo que había ocurrido. ¿Qué ocurriría si apartaba de él su atención ahora que estaba muerto? ¿Acaso merecía la felicidad después de semejante negligencia? ¿Le permitiría la culpa ser feliz?

Todas esas argumentaciones bullían en su cabeza. Si Francesco estaba muerto, desperdiciar la vida llorándole no iba a conseguir devolverle la vida. Si su pequeño seguía vivo en espíritu, tal y como afirmaba Luca, sin duda desearía verla feliz. Estaba claro que no quería que ella muriera, de lo contrario no habría buscado la ayuda de Luca, ni le habría suplicado que la rescatara. Fue entonces cuando la voz de la culpa arguyó que debería volver a vestirse de negro y respetar el luto, pues era así como se sentía cómoda. Ése era el lugar al que pertenecía.

Abrió los ojos y tardó unos instantes en adaptarse a la oscuridad. Cuando apoyó la mano en el suelo para levantarse, vio una pluma junto al cojín. Como la que había encontrado en la mesa de los cirios, la pluma era larga y blanca. Obviamente, no se trataba de una coincidencia.

Miró en derredor. No había ningún pájaro en la iglesia, y si alguien la hubiera puesto allí mientras rezaba, ella se habría dado cuenta. Lo que sí sabía con absoluta certeza era que la pluma no estaba allí cuando se había sentado.

Salió con paso vacilante del templo con la pluma entre el índice y el pulgar. Estaba mareada de alegría. Si aquél era un mensaje de Francesco, sin duda debía de significar que le parecía bien que viera a Luca. La pluma era una bendición.

Cosima tomó asiento en uno de los bancos de la plaza y se quedó un rato viendo jugar a los niños. Habría dado cualquier cosa por poder abrazar a su pequeño y por sentir su cuerpecillo contra el suyo. Anheló besar su suave rostro y aspirar el conocido olor de su piel. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y de pronto se acordó de que Luca le había asegurado que jamás estaba sola. Dejó de llorar e hizo girar la pluma entre los dedos una y otra vez. Si Luca estaba en lo cierto, Francesco estaba a su lado en ese momento, quizá sentado en ese mismo banco. «Si estás aquí, mi amor, deja que te vea para que pueda estar segura.»

Cuando Rosa y Alessandro llegaron a casa, Eugenio les esperaba en la terraza.

—Has llegado temprano —dijo ella al tiempo que el niño corría a reunirse con sus hermanos en el jardín.

—Hoy he recibido una visita muy interesante de la dueña del *palazzo*.

—¿Qué quería?

—Dice que alguien ha estado durmiendo en el capricho.

—Santo cielo, esa mujer debe de estar loca.

—Quiere que suba a ver qué pasa.

—¿Y qué cree que vas a descubrir?

—A una mujer.

—¿Por qué una mujer?

—Porque al parecer han encontrado un pañuelo de mujer dentro.

—¿Y por qué iba alguien a querer dormir allí dentro? Es espeluznante.

—Creo que sólo quiere que la tranquilice.

—Vaya, en ese caso ha dado con el hombre ideal —replicó ella, orgullosa.

—No hay mucho que yo pueda hacer. Dice que su hijo quiere atrapar a la intrusa, así que no tiene intención de cambiar la cerradura.

—Pues eso es precisamente lo primero que yo haría.

Eugenio la fulminó con la mirada.

—La verdad es que ese lugar me parece un auténtico misterio.

—*Mamma* cree que está habitada por el espíritu del *marchese*.

—Puede ser —concedió Eugenio—. Subiré a echar un vistazo. ¿Quieres acompañarme?

—No. Me muero de curiosidad, pero no creo que parezca muy profesional que

vayas acompañado de tu mujer. Pero cuando vuelvas, quiero que me cuentes exactamente lo que has encontrado.

TAL y como habían quedado, Luca recogió a Cosima en la *trattoria*. Ella llevaba un vestido negro con pequeñas flores rojas bordadas, y se había recogido el pelo con un lazo también rojo. Al acercarse a ella, percibió el olor a limón que desprendía y fue presa de ese arrebatado de deseo que tan bien conocía. Le rodeó la cintura con la mano y la besó en el cuello.

Cosima se separó de él al instante y miró furtivamente a su alrededor.

—Aquí no —siseó—. Podrían vernos.

—¿Y por qué vamos a escondernos? ¡Quiero gritar mi amor desde los tejados del pueblo!

—No, por favor. —Cosima dejó escapar una risilla avergonzada—. Vamos, salgamos de aquí.

Se alejaron costa abajo por la sinuosa carretera que perfilaba las colinas. El sol empezó a ponerse, rociando el mar de destellos. Con las ventanillas bajadas y la cálida brisa en el rostro, ambos rebosaban júbilo como dos jóvenes novios pasando juntos un breve rato prohibido.

Cosima le guió cuesta arriba por una estrecha carretera que llevaba a un pequeño restaurante oculto entre los árboles que conocía. Se sentaron en el balcón, bajo un enrejado de madreselva y limones. El borde del balcón estaba salpicado de grandes maceteros llenos de buganvillas rosas y de geranios blancos, y el olor a romero y a aceite de oliva impregnaba el aire que salía de la cocina. Un par de perros negros dormían sobre las baldosas rojas bajo la luz menguante de la tarde y los pájaros picoteaban migas de pan en el suelo. Un grupo de niños con las caras sucias y los pies descalzos jugaban en la ladera de la colina con una lata de Fanta y unos palos.

Luca tomó la mano de Cosima por encima de la mesa y le acarició la piel con el pulgar. Ella se volvió a mirar al mar.

—Esto es muy hermoso —dijo bajando la voz e intentando no pensar en su hijo y dar así alas a sus dudas.

—Tú sí que eres hermosa —respondió él—. Y más hermosa cuanto más te conozco.

Cosima sonrió.

—Si de verdad te parezco tan hermosa, debo conservarte. No ocurre todos los días que un hombre me diga que soy hermosa, y que además lo diga en serio.

—Oh, lo digo totalmente en serio —replicó él, mirándola profundamente a los

ojos—. Jamás he hablado más en serio.

Instantes más tarde, una mujer corpulenta y de piel morena apareció con la carta. Era una hembra madura como un melocotón otoñal, con las mejillas sonrosadas y unos ojos grandes y saltones. Llevaba el pelo gris recogido en un moño suelto y de las orejas le colgaban unos largos pendientes de cuentas.

—Ah, ésta es la mejor vista para unos jóvenes amantes como ustedes —dijo riéndose entre dientes al tiempo que les daba un par de cartas—. *Prosecco?*

—Dos Bellinis —dijo Luca—. Para celebrar nuestra primera noche juntos —añadió en inglés, volviéndose hacia Cosima.

La mujer encendió una cerilla y prendió la pequeña lámpara de terraza situada en el centro de la mesa.

—Mejor ahora —dijo retirándose un par de pasos para admirarla—. Ahora podrán disfrutar de una cena a la luz de las velas. Tómense su tiempo para leer la carta. Les recomiendo el pescado. Si quieren, pueden entrar por la puerta de atrás y elegir ustedes mismos del acuario el pescado que quieran.

—Es un lugar espléndido —dijo Luca.

—Es famoso. ¿O es que creías que iba a llevarte a un sitio que no fuera el mejor?

—Entonces, ¿no te preocupa encontrarte con algún conocido?

—No, no me preocupa. Simplemente, no quiero ganarme ninguna enemiga.

—Rosa.

Cosima bajó los ojos.

—No es una mujer fácil.

—Oyendo a Alba hablar de ti, no me sorprende.

—Alba es como una madre para mí.

—Y supongo que eso a Rosa no debe de hacerle mucha gracia.

—No, claro que no. Pero es que no es una mujer feliz.

—¿A causa de su matrimonio?

Ella suspiró.

—Cree que Eugenio no es lo suficientemente bueno para ella. Le gustaría ser como su abuela, con amantes en todos los rincones de Italia.

—¿Valentina?

—Está obsesionada con ella. No me sorprendería que la encontraran asesinada en la carretera de Nápoles en un coche con un millonario, cubierta de diamantes y de pieles. No creo que le sea fiel a Eugenio ni un solo minuto. En lo único que piensa es en cosas materiales que no posee.

—La infelicidad es producto de desear lo que no podemos tener. —Luca la miró intensamente—. Yo sería infeliz si no pudiera tenerte. —Entrelazó sus dedos con los de ella sobre la mesa—. Quiero hacerte el amor. —Cosima se

sonrojó y apartó la cara al tiempo que su mirada se perdía en algún punto del mar—. Lo sé y no voy a presionarte, cariño. Sólo quiero que sepas que te deseo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—¿Tanto esperarías?

Luca apenas se reconocía a sí mismo.

—Te esperaré siempre.

Eugenio había cogido su viejo Fiat de casa de Gianni. Rosa había intentado convencerle de que se comprara un coche nuevo, pero no tenían el dinero suficiente para permitirse extravagancias innecesarias. Ella se había marchado enfurruñada, acusando a Eugenio de no tratarla bien.

—Y pensar que hubo un tiempo en que me llamabas Princesa —se había quejado—. Es una lástima que no puedas tratarme como si lo fuera. —Así que Eugenio le había comprado un bonito collar de cuentas de cristal. No era un coche, es cierto, pero ella se había quedado contenta. Y es que Rosa era como una urraca: le encantaba todo lo que brillara.

Eugenio sentía curiosidad por ver cómo había quedado el *palazzo*. Durante los interminables trabajos de restauración, el edificio al completo había quedado oculto tras los andamios y nadie había podido acceder a la propiedad. De vez en cuando, alguno de los obreros bajaba a la *trattoria* a tomarse un café y dejaba escapar algún detalle que otro, aunque nunca en número suficiente como para satisfacer la curiosidad de los lugareños. Ahora Eugenio ascendía por el amplio camino de acceso a la propiedad, impresionado por la belleza de los árboles que bordeaban la elegante curva que desembocaba en la casa. Los jardines estaban perfectamente mantenidos: unas grandes bolas de topiario recortadas en esferas perfectas, el césped cortado y los bordes de los parterres limpios de hierbajos. En cuanto al edificio, el *palazzo* te dejaba sin aliento. Era una construcción magnífica, con imponentes torres y una majestuosa entrada. La piedra antigua se fundía con la nueva y las tejas rosas refulgían como el cobre bajo el sol del atardecer.

Llamó al timbre. Romina abrió la puerta y le saludó afectuosamente. Junto a sus pies apareció un pequeño cerdo de color rosa con un pañal.

—No se alarme —dijo la mujer despreocupadamente—. Éste es *Porci*. Un regalo de mi hermano. ¡Qué propio de Nanni regalarme un cerdo!

—Poco habitual, por así decirlo —respondió Eugenio. No veía el momento de volver a casa para contarle a Rosa todos los detalles sobre el deslumbrante collar que el animal llevaba al cuello.

—Pase. Iremos directamente al capricho.

Eugenio cruzó tras ella el patio, maravillándose ante semejante esplendor. ¿Cómo iba a empezar a describírselo a su esposa? Ni siquiera tenía el vocabulario suficiente. «Esta gente deben de ser ricos como reyes», pensó. Fuera, el resto de los ocupantes de la casa jugaban a las cartas o charlaban, tomando vino blanco. Una criada aguardaba junto al grupo a la espera de recibir órdenes. Debían de haber convertido el *palazzo* en un hotel, pues nadie trataba a sus invitados de un modo tan espléndido.

Romina ni siquiera se tomó la molestia de presentar a Eugenio a sus invitados. Cuando bajaban por la escalera que llevaba al jardín, el profesor levantó los ojos de sus cartas.

—Veo que el joven Luca ha quedado desposeído de su cometido.

—La policía no hará nada —apuntó Nanni.

—Por lo menos deberían tomar huellas dactilares —añadió Ma.

—No han robado nada, ¿verdad? —intervino Dennis—. No ha habido ninguna amenaza ni nadie ha recibido daño alguno. A buen seguro deben de sospechar que se trata de uno de nosotros.

—Yo diría más bien de uno de «ellos» —observó Ma, señalando con la cabeza a Ventura, que en ese momento trajinaba en compañía de un par de jóvenes criadas—. En las novelas el culpable es siempre un miembro descontento del servicio.

—O la propia anfitriona —aventuró Dennis, acompañando el comentario con una carcajada.

—Puede que mi hermana sea melodramática —sugirió Nanni—, pero está demasiado ocupada cuidando de nosotros como para tomarse la molestia de crear un misterio por simple diversión.

En el capricho, Romina hizo girar la llave y abrió la puerta, invitando a pasar a Eugenio. No había evidencia alguna que apuntara a que alguien había estado utilizando la cama.

—Es que no viene todas las noches —explicó la mujer.

Él soltó un suave silbido.

—Así que éste era el nido de amor del *marchese*.

—¿Cómo sabe que era su nido de amor?

—Es legendario. Valentina se encontraba aquí con él. Era su lugar especial.

—Lo he conservado tal y como estaba. No he cambiado nada.

—El *marchese* era un famoso perverso —comentó Eugenio, riéndose entre dientes. Se inclinó luego para leer los lomos de los libros pulcramente alineados en la estantería—. Literatura erótica. No me sorprende.

—Si el *marchese* estuviera vivo, sin duda le señalaría a él —declaró Romina,

cruzándose de brazos.

—El *marchese* está muerto, y aun así me atrevería a señalarle.

—¡No sea ridículo! Los muertos no regresan. Cuando estamos muertos, estamos muertos. Y no hay más que hablar.

—Bueno, no hay signos de que hayan intentado entrar a la fuerza. No han robado nada ni se observa el menor desperfecto. Nada. —Eugenio se encogió de hombros—. Como le he dicho, no hay nada que yo pueda hacer hasta que la intrusa aparezca de nuevo. En ese caso, llámeme.

—Quizá no vuelva a aparecer. Quizá se haya aburrido y haya decidido irse a otra parte —apostilló Romina, esperanzada.

—Yo, en su lugar, no perdería de vista al servicio, *signora*. Y no se separe en ningún momento de esa llave. Creo que no tardará en darse cuenta de que esto no es nada.

Después de cenar, Luca y Cosima dieron un paseo por una pequeña playa de piedras. Anochecía. Las primeras estrellas empezaban a dejarse ver, parpadeando en un cielo azul añil, y la luna brillaba como una reluciente moneda de plata. Luca le habló a Cosima de su matrimonio, de su divorcio, de su trabajo y de cómo todo había empezado a sofocarle. Le explicó también que su llegada a Incantellaria y el hecho de haberla conocido le habían cambiado.

—Me siento vivo, con todos los sentidos alerta. Soy consciente de todo lo que me rodea, desde las flores más pequeñas a la brisa que me acaricia la cara. Vine buscando un poco de paz y poder así descubrir a dónde quiero ir y qué quiero hacer. Jamás pensé en la posibilidad de metamorfosearme en alguien totalmente distinto —dijo, estrechando la mano de Cosima—. Nunca imaginé que me enamoraría. —Siguieron andando en silencio hasta que él le pidió una respuesta—. ¿Y tú? ¿También tú te estás enamorando de mí?

Cosima inspiró hondo.

—Sí, Luca. Me estoy enamorando de ti. Pero tengo miedo.

—¿De qué? ¿De Rosa?

—No, de mi prima no. Me da miedo permitirme ser feliz. Siempre que me siento feliz, algo me aprieta el corazón para recordarme a Francesco.

—¿No crees que mereces ser feliz después de lo que le pasó a tu hijo?

—Sí, así es.

Luca se detuvo y la estrechó entre sus brazos.

—Francesco quiere que seas feliz. Él no te culpa. De no haber sido por él, te habrías ahogado.

—Quiero creerlo.

—Escucha, le he visto en el muelle esta tarde. Cuando te has ido, él ha salido corriendo detrás de ti. Y corría alegremente. Luego me ha sonreído y me ha dicho adiós con la mano.

La añoranza brilló en los ojos de Cosima.

—Quiero creer con todo mi corazón.

—Confía en mí, Cosima. Jamás te mentiría. Todo esto es nuevo para mí. A mí también me tiene muy desconcertado.

—¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque no quería que te pusieras triste.

—Pero ¿es que no lo ves? Eso es lo único que puede hacerme feliz.

Siguieron caminando abrazados. En vez de tener el nombre de Francesco cerniéndose sobre ambos como una sombra agobiante, hablaron de él abiertamente. Poco a poco, Cosima vio desvanecerse la angustia que hasta entonces la había atenazado y empezó a hablar de su hijo con alegría, recordando sus travesuras y las cosas divertidas que decía. Aunque Luca estaba intrigado por ese niño que sólo él podía ver, deseaba más que nada en el mundo dar con alguna prueba irrefutable de su existencia espiritual para poder ofrecérsela a Cosima. Lo cierto es que no tenía la menor idea de cómo hablar con un espíritu.

Se sentaron en las piedras de la playa y Cosima aparcó por fin todas sus dudas en el rincón más alejado de su cabeza. Se abandonó entonces al poder del deseo y de pronto fue tan sólo consciente de la barbilla de Luca contra su piel, del calor de sus labios sobre los de ella, de la fuerza de su cuerpo de hombre cuando la envolvió con él. Con Luca se sentía a salvo. Volvía a ser ella misma. Los últimos tres años no había sido más que una madre sin un niño al que querer. Ahora volvía a sentirse como una mujer, amada por un hombre.

Eugenio regresó a casa del *palazzo* y encontró a Alba y a Rosa preparando la cena. Su mujer salió entusiasmada a su encuentro.

—¿Cómo es? Quiero saberlo todo.

Alba regresó a la cocina para vigilar la pasta. No quería saber nada del *palazzo*.

—Es increíble —respondió Eugenio, quitándose la gorra y rascándose la cabeza—. He visto el nido de amor del *marchese*.

—¿Has encontrado a la intrusa?

—Tal como imaginaba. Nada de nada.

—Qué aburrido. ¿Ni siquiera un triste fantasmilla? —Rosa le pasó una uña

escarlata por el pecho.

—No, ni siquiera un fantasmilla.

—Me gustaría hacer el amor contigo en ese capricho.

—No creo que sea posible, ahora que el caso ha pasado a manos del inspector Luca. —Ni tan siquiera se molestó en disimular el resentimiento que impregnó su voz.

—Entonces, ¿de verdad va a custodiar él la puerta?

—Eso creo. ¿Cómo si no va a dar con la intrusa?

—¡Me encantan los misterios!

—No me parece que estemos ante ningún misterio. Aunque ¿sabes una cosa? Creo que esa mujer ha convertido el *palazzo* en un hotel.

—¿De verdad?

—Sí. Había mucha gente allí arriba.

—No se lo digas a *mamma*. ¡Se pondría furiosa!

—¿Qué es lo que no quieres que me diga? —preguntó Alba, apareciendo en la puerta con una gran bandeja. Eugenio y Rosa se miraron.

—Al parecer, la mujer ha convertido el *palazzo* en un hotel.

A Alba estuvo a punto de caérsele la bandeja.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Tenía muchos invitados. Al menos debía de haber quince personas en la terraza —exageró—. Bebiendo vino y jugando a las cartas.

—¿No será bueno eso para el negocio? —preguntó Rosa.

—Incantellaria no puede asumir de ninguna manera a toda esa gente.

—No creo que quince personas más o menos vayan a suponer tanta diferencia —apuntó Eugenio, que disfrutaba provocando a su suegra.

—Tú no tienes ni idea de la cantidad de gente que puede llegar a caber en el *palazzo*. Puede que esa mujer tenga a cincuenta personas alojadas allí en agosto... —Alba se derrumbó en una silla—. No me gusta pensar que el *palazzo* pueda llegar a convertirse en un lugar de diversión. Probablemente no dejen de hablar de su historia, organizando visitas a las habitaciones. No está bien.

—Pues a mí ella me parece muy agradable —dijo Rosa—. Un poco excéntrica, pero divertida.

—No pienso permitir que subas allí, ¿me has oído?

—No puedes impedírmelo, *mamma*. Tengo veintiséis años. Y, de todas formas, ¿qué mal hay en ello? Romina me ha invitado a ir con los niños. Tienen piscina.

—Apuesto a que sí —la interrumpió Alba, visiblemente enfadada—. Para todos esos clientes.

Rosa entrecerró los ojos.

—¿De verdad son los clientes quienes te preocupan o el hecho de que haya

reconstruido la ruina?

—No lo sé. —Alba no deseaba seguir hablando del tema—. Puedes subir si quieres, pero yo no pienso volver a poner los pies en ese maldito lugar.

EL día después de haber salido a cenar con Cosima, Luca se pasó la mañana en la piscina con las niñas. Coco ya se metía en el agua sin la menor inhibición, lanzándose desde los hombros de su padre con un chillido de júbilo. Poco a poco había ido dando rienda suelta a la niña que llevaba dentro. Su felicidad era contagiosa a medida que volvía a sentirse cómoda en su propia piel.

A las once, inspirado por el deseo de regalar algo especial a Cosima, Luca decidió ir en busca de la dueña de la granja de limoneros. Se acordaba del nombre de la anciana: Manfreda. Optó por preguntar en el hotel de la plaza y allí le indicaron cómo llegar. La granja se llamaba La Marmella.

Condujo por la misma carretera sinuosa que había recorrido la noche anterior con Cosima, sonriendo al imaginarse haciéndole entrega de una cesta llena de limones y viendo la sorpresa en su rostro. No le importaba que Rosa se enterara de su relación. Cuando viera lo enamorados que estaban, sin duda lo entendería. En cualquier caso, apenas había flirteado con ella y, de todos modos, estaba casada.

Después de varios kilómetros, llegó al huerto de limoneros situado en la ladera de la colina. La ladera estaba salpicada de hileras de árboles, cuyas lustrosas hojas verdes brillaban bajo el sol de mediodía. Luca giró para adentrarse por un camino particular bordeado de viejos plátanos y avanzó bajo las sombras hasta la casa situada al fondo.

La construcción principal de La Marmella era una preciosa casona construida en piedra de color arena con un gastado tejado de tejas rosas y descascarilladas contraventanas amarillas en las ventanas. La fachada estaba adornada con una alborotada buganvilla, entre cuyas pequeñas flores rojas pululaban las abejas y las mariposas. Luca aparcó delante de la casa y se valió de un largo tirador de hierro para anunciar su presencia. Instantes después oyó que alguien se acercaba arrastrando los pies y descorría los cerrojos. Por fin apareció una mujer menuda, desaliñada y delicada como un pajarillo. Había una luz de alerta en sus acuosos ojos azules.

—Hola, mi nombre es Luca Chancellor. Soy amigo de Cosima...

En cuanto oyó el nombre de Cosima, la expresión en el rostro de la anciana se suavizó.

—Cosima también es una buena amiga mía. Pase.

—Busco a una señora llamada Manfreda.

—Soy yo. No estoy tan vieja como para no salir a abrir mi propia puerta.

Manfreda condujo a Luca hasta un patio de columnas con el suelo de adoquines. En el centro del mismo había un viejo pozo convertido en un enorme macetero en el que crecía una inmensa buganvilla naranja. El lugar necesitaba reparación urgente, y también una mano de pintura. Aun así, el abandono reinante no estaba exento de cierto encanto. El sol entraba a raudales por el techo abierto y una pareja de palomas echaron a volar, perdiéndose en el cielo azul al tiempo que sus arrullos reverberaban contra los viejos muros de la construcción.

—Tiene usted una casa muy bonita —dijo Luca.

—Es muy vieja, como yo. A las dos nos irían bien unos cuantos retoques. —Se apoyó en el marco de la puerta—. Salgamos. Hace un día precioso.

Se sentaron en la terraza, desde donde se veía el mar. El jardín estaba cubierto de voraces hierbajos y de enormes matojos. Unos cipreses de color verde oscuro se balanceaban a merced de la brisa y las rosas crecían en abundancia junto a una pared prácticamente derrumbada.

—Soy demasiado vieja para vivir en una casa de este tamaño —explicó la anciana con voz cansada—. Mis hijos viven en Venecia y en Milán, mi hija en Ginebra, y yo voy dando vueltas por aquí como un dado. Gelasio y Vincenzo se encargan del limonar. No crea que le sacamos mucho, pero a mí me encanta y esos dos jóvenes llevan treinta años trabajando aquí. ¿Le gustan los limones, Luca?

—Mucho, *signora*.

—Como a Cosima —apuntó, asintiendo con la cabeza—. ¿Está enamorado de ella, verdad? —La pregunta de la anciana le desarmó—. Se pregunta cómo lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque lleva usted el amor escrito en la cara. Hubo un tiempo en que los jóvenes hablaban de mí con la misma expresión de devoción que tiene usted. ¡No lo he olvidado! —Se puso seria—. Cosima es una mujer especial.

—Por eso he venido a verla. Quiero comprarle limones para regalárselos. Dice que los suyos son los mejores de Italia.

—Qué encanto. A decir verdad, últimamente no sé muy bien qué hacer con ellos. ¡Ya casi he cumplido cien años!

—¡No es posible! —exclamó Luca en un alarde de galantería.

—Eso es porque tengo los ojos de una jovencita incrustados en una envoltura decrepita y vieja.

—¡Dice Cosima que podría distinguir sus limones de cualquier otros limones del mundo! —Manfreda hizo una mueca ante lo absurdo de la idea. Luca se encogió de hombros—. Yo la creo.

—En ese caso, me siento halagada. ¡Lo contrario sería una descortesía! Puede

llevarse todos los limones que quiera. Pero primero cuénteme un poco de usted. Hoy no he visto a nadie en todo el día y estoy aburrida. Todavía soy capaz de apreciar la compañía de un joven apuesto. Tenga un buen gesto con una anciana señora. Es usted de Londres, ¿verdad?

—Sí. ¿Tan malo es mi italiano?

—En absoluto. De hecho, es excelente para alguien con un padre inglés. —Luca empezó a inquietarse—. No, no soy bruja —le tranquilizó Manfreda—. No tengo una escoba y me dan miedo las alturas. Cosima me ha hablado de usted.

—Debería haberlo imaginado —dijo él—. La quiere muchísimo. Seguro que se lo cuenta todo.

—Me gusta pensar que soy como una abuela para ella. Cosima perdió a su madre cuando era muy pequeña y, aunque Alba ha sido tan buena como la mejor de las madres, siempre cargará con el peso del rechazo. —Se le arrugó el rostro—. Y encima perder a su pequeño. Cosima ha sufrido más que la mayoría. Es un pájaro con el ala rota. Haría cualquier cosa por ella. Lo que sea.

En ese momento, apareció una joven en la puerta.

—Ah, Violetta, has vuelto. ¿Te importaría traernos limonada? Violetta es mi criada, la hija de Gelasio. Un encanto, y además es de una gran ayuda.

—Debe usted de conocer a Cosima desde pequeña —dijo Luca.

—Por supuesto. Era un encanto de niña, tal y como ahora se ha convertido en un encanto de mujer. Se imaginará cómo me sentí cuando supe que había entregado su corazón a un hombre casado. Un ser humano tan precioso echando su vida a rodar por un hombre que jamás la valoraría como ella lo merece. Fue una mala elección. Pero nada en la vida es en el fondo un desperdicio, lo sé por experiencia. Hasta los malos momentos están cargados de importantes lecciones que debemos aprender. Tengo ya noventa y seis años y todos los días aprendo algo. —Se inclinó hacia delante con los ojos penetrantes como los de un águila—. Si Cosima no hubiera entregado su corazón a Riccardo, no habría concebido a Francesco. Si no hubiera tenido a Francesco, jamás habría conocido el amor incondicional. El Destino da con una mano y quita con la otra. Ahora que ha perdido a Francesco, ¿quién sabe lo que ha de darle el Destino? —Sonrió a Luca—. Intuyo que se va a portar usted bien con ella.

—También quiero protegerla. Pero para eso Cosima tiene que permitírmelo.

—Dele tiempo. No ha vuelto a abrir su corazón a otro hombre desde Riccardo. —Violetta apareció llevando una bandeja con un par de vasos y una jarra de limonada—. Pero ¿limones? Es un buen comienzo. No creo que a nadie se le haya ocurrido nunca regalarle limones.

Luca regresó a Incantellaria con el maletero del coche lleno de limones y encontró a Caradoc en la terraza leyendo a Pushkin.

—¿Dónde estaba, joven? Hace días que prácticamente no le he visto. Se trata de una chica, ¿verdad? ¿No será *mi* chica?

—No, no es ella —le tranquilizó Luca—. La suya está casada.

—¿Por qué no me lo había dicho? ¿O acaso no somos compinches? —Se levantó rígidamente y sacudió las piernas.

—Lo somos. Sólo quería ver cómo iban las cosas antes de decírselo a nadie.

—¿Es jugosa la joven como una fruta madura?

—A su lado, toda fruta desmerece.

Caradoc asintió en señal de aprobación y le dio una firme palmada en la espalda.

—No diré una sola palabra. Prometido —dijo, acercándose renqueante a la mesa de cartas—. ¿A alguien le apetece una partida de *bridge* antes de la cena?

No hubo tiempo para el *bridge* porque Coco y Juno habían decidido dar una pequeña representación. Ofrecieron un ballet en la terraza con los nuevos tutús que Ventura les había hecho. Todos tuvieron que pagar un euro para asistir a la función y encontraron en sus asientos un programa bellamente ilustrado, obra de las niñas bajo la supervisión de su abuela. Tras un gran aplauso y el lobuno silbido de Caradoc, las pequeñas ejecutaron sus piruetas y giraron al son de la música de *Pedro y el lobo*.

En cuanto pudo escaparse, acabada la cena, Luca se encontró con Cosima en la *trattoria*.

—¿Estás libre para acompañarme?

—Hoy no tenemos mucha gente. Le diré a mi padre que voy a salir. —Cosima desapareció en el interior del restaurante y volvió a salir minutos más tarde con un cárdigan sobre los hombros.

—Tengo algo para ti —anunció Luca—. Está en el maletero del coche. —La llevó calle arriba hasta el sitio de la plaza donde había dejado el coche.

—¿Qué es, un perro?

—Mejor. —El maletero se abrió bruscamente y dejó a la vista una cesta llena de limones.

—¡Oh, Luca! ¡Son preciosos! —Cosima cogió uno y se lo acercó a la nariz—. ¡Son de La Marmella!

—¿De verdad los distingues?

—Son los mejores del mundo. ¡Gracias! —Le rodeó el cuello con los brazos.

—Si es así como vas a reaccionar, voy a comprarte limones todos los días.

—En ese caso, te besaré así todos los días —respondió ella, pegando sus labios

a los de él—. Es el mejor regalo que podías hacerme.

Luca cerró el maletero.

—¿Adónde te gustaría ir?

—Elige tú.

—Bien, vayamos al capricho del *palazzo*. Quiero enseñártelo.

Ella se sonrojó.

—El nido de amor del *marchese*.

—El mismo.

—Subí una vez con Eugenio cuando el *palazzo* era todavía una ruina. El capricho estaba perfectamente conservado.

—Mi madre no ha cambiado nada.

—Llévame, sí. Me encantaría volver a verlo. —Cuando él se disponía a abrir la puerta del copiloto, ella le tomó la mano—. No, conozco un modo mejor de llegar: un sendero secreto que sube por los acantilados. No quisiera pasar una noche tan hermosa en el coche.

Cosima le condujo por el paseo hasta una apartada playa de piedras. En el extremo más alejado había un pequeño sendero cubierto de hierba que serpenteaba colina arriba. Aunque se había hecho de noche, la luna brillaba lo suficiente como para iluminar el camino. Los grillos chirriaban entre los matorrales y de vez en cuando una salamandra cruzaba apresuradamente el sendero y luego permanecía inmóvil en la hierba hasta que ellos pasaban. Avanzaban despacio y en silencio, paladeando el romance de la noche y su secreta excursión a los acantilados.

Por fin llegaron al capricho. A Luca le desconcertó lo fácil que era entrar a la propiedad del *palazzo* y pensó que quizás era por ahí por donde entraba la misteriosa intrusa.

Hizo girar la llave en la cerradura y abrió despacio la puerta, casi esperando encontrar a alguien dentro. Sin embargo, y para su alivio, la habitación estaba vacía. Buscó en su bolsillo el mechero y encendió con él la lámpara del tocador. La pequeña habitación estaba caldeada y un agradable olor a madera impregnaba el aire. Luca cerró tras de sí la puerta con llave y vio a Cosima deambular por la habitación, reparando en cada detalle, cada vez más excitada.

—Es un paraíso erótico —murmuró—. Los libros, los cuadros, esta estatua del *David* de Donatello. —Recorrió el mármol con los dedos, deteniéndose durante un instante en la licenciosa curva de la cadera—. Puede que el *marchese* fuera un asesino, pero desde luego tenía en muy alta estima los placeres de los sentidos.

—Con un gusto sobradamente exquisito.

Cosima sacó un libro de la estantería.

—Casanova —dijo, leyendo el lomo con una sonrisa de oreja a oreja. Lo abrió al azar y leyó en voz alta—: «Y dicho esto, se quitó el sombrero, dejando caer sus cabellos, hizo lo propio con el corsé y, sacando los brazos de la enagua, se mostró ante mis amorosos ojos desnuda como se muestran las sirenas en el lienzo más hermoso de Correggio. Pero cuando vi que se hacía a un lado para dejarme sitio, comprendí que era momento de aparcar la razón a un lado y que el amor me pedía que aprovechara el momento».

—El amor me pide también que aproveche el momento —dijo Luca, acercándose a ella.

Cosima dejó el libro en la repisa y se dirigió deliberadamente a la cama, evitándole en una danza sensual y haciéndole así esperar, inflamando su ardor.

—Supongo que Valentina debe de haber pasado aquí muchas horas felices —musitó, pasando los dedos por las cortinas que colgaban de los cuatro postes de la cama—. Quién sabe si el *marchese* le construiría la cama para ella.

—Conozco a un hombre que se enamoró de una actriz y le construyó un teatro.

—Qué maravilla. ¿Y qué me construirías tú?

—Un limonar.

Cosima se volvió a mirarle.

—No es mucho pedir, ¿verdad?

—Más barato que los diamantes y que las pieles.

—¿Y qué te construiría yo? —Cosima le rodeó el cuello con los brazos y le miró fijamente a los ojos para que Luca pudiera leer en ellos su deseo en toda su desnudez.

—Buena pregunta.

—Un restaurante llamado Luca's.

Él se rió y acercó más su rostro al de ella de modo que las narices de ambos casi se tocaban.

—¿Y qué me cocinarías allí?

—Tartas.

—Hueles a tarta de limón.

—Pues cómeme, Luca.

Él no necesitó que se lo repitiera. Se aplicó a ello con todos y cada uno de sus sentidos, saboreándola como si deseara grabar cada detalle en su memoria. La besó en la nuca, acariciándole suavemente la piel con los labios y percibiendo el estremecimiento de sus poros a medida que la hacía temblar con sus caricias. La besó en la mandíbula y en los pómulos, en las sienes y en la frente hasta que por fin le besó los labios, abriéndole la boca para explorarla en profundidad. Cosima le desabrochó la camisa y le acarició a su vez el pecho y los firmes músculos del estómago, quitándose el cárdigan de los hombros junto con los tirantes del

vestido. Luca recorrió entonces con los dedos la suave piel de su *décolletage*. El vestido cayó al suelo, deslizándose sobre su voluptuosa figura hasta quedar convertido en un pequeño charco de seda a los pies de ella. Cosima se quedó plantada ante él con tan sólo unas bragas negras de satén y encaje, sonriendo con timidez. Luca contuvo el aliento al ver las curvas de su cuerpo bajo la luz dorada de las velas. Tenía una piel morena y lustrosa, el estómago suavemente redondeado y unos muslos firmes y torneados. Incapaz de seguir controlándose un segundo más, la llevó a la cama y la tumbó sobre el edredón. Ella se dejó caer sobre el colchón, estirándose sensualmente como un hermoso gato.

Él se quitó sin demora la camisa y se tumbó junto a ella, disfrutando del calor de la piel de su amada contra su pecho. Besó entonces el valle que unía sus pechos y siguió besándola más abajo, en el estómago que tembló cuando sus labios lo barrieron con suavidad. Dejando escapar una carcajada, ella tiró de él hacia arriba para que volviera a besarla en la boca mientras le desabrochaba el botón de los vaqueros y le bajaba la cremallera.

Bajo la parpadeante luz de las velas, en la cama del *marchese*, Luca le quitó las bragas a Cosima y se tomó un instante para saborear la visión que le ofrecía, desnuda y abandonada a su lado. Se mostraba sin sombra alguna de vergüenza, con los miembros descuidadamente extendidos sobre la cama, presta a que él se diera un banquete de ella. Luca se tomó su tiempo, saboreando cada centímetro de su cuerpo con la lengua y devorando con los ojos todas y cada una de las deliciosas vistas que ella le ofrecía.

CLAIRE solía telefonar a las niñas todas las noches antes de acostarse. Luca se las ingeniaba para zafarse y no tener que hablar con ella, pero a la mañana siguiente Ventura le pasó el teléfono cuando cruzaba el vestíbulo de camino a la calle. No esperaba que fuera su ex mujer.

—Hola, Claire.

—Hola, Luca —respondió ella, igualmente sorprendida—. ¿Cómo va todo?

—Lo estamos pasando en grande.

—¿Y las niñas? ¿Están contentas?

En circunstancias normales, a Luca le habría ofendido su tono, con el que ella sugería que con él las pequeñas tan sólo podían sentirse desgraciadas. Sin embargo, la felicidad que le embargaba le había vuelto inmune a la amargura de Claire.

—Lo están pasando de maravilla. Están la mayor parte del tiempo en la piscina. Hasta Coco se ha soltado el pelo.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de que «se ha soltado el pelo»?

—Pues que vuelve a ser una niña. Y hace lo que hacen las niñas de su edad.

—¿En vez de hacer qué?

Luca se rió al oírla tan a la defensiva.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí —replicó ella con la voz erizada—. Ha sido fabuloso. John conoce a tanta gente que a decir verdad ha sido un poco agotador. Todo el mundo era alguien. Me he sentido totalmente fuera de lugar.

—No tienes por qué, Claire. Probablemente seas mucho más atractiva que todos ellos juntos.

El inesperado cumplido la pilló por sorpresa.

—No lo creo —masculló ella, que no sabía exactamente cómo tomarse sus palabras.

—Seguro que sí, créeme. Me fijo en todas las mujeres con las que me cruzo por la calle. Eres mucho más atractiva que la mayoría. Jamás me habría casado con una mujer que no fuera como mínimo preciosa.

Hubo una pausa. Ese nuevo y relajado Luca puso a Claire en guardia. Hasta su voz sonaba distinta.

—Y dime; ¿todavía no te ha enamorado ninguna de esas italianas de culo gordo?

—¡Pero si tengo aquí a dos niñas inglesas de culo pequeño que me tienen pendiente de ellas casi todo el tiempo! —Claire se rió y Luca sintió que por fin se relajaba.

—Nos marchamos de Barbados un poco antes de lo previsto. Hemos llegado esta mañana. Me muero de ganas de ver a las niñas. Las he echado mucho de menos.

—Y ellas a ti. Pero no te preocupes por ellas. Es importante que John y tú paséis tiempo solos. A fin de cuentas no son hijas tuyas y estoy seguro de que te quiere para él.

—John las adora —replicó Claire, repentinamente recelosa.

—Seguro que sí. Lo único que digo es que necesitas más tiempo para ti. Me encantará volver a tenerlas conmigo en cuanto tengan vacaciones otra vez. He disfrutado mucho con ellas. Las echaré de menos cuando se marchen. —Pensó entonces en el momento en que las dejaría en el aeropuerto y se dio cuenta de que realmente hablaba en serio—. Creo que las oigo. Espera. —Así era: las pequeñas entraban en ese momento después de haberse dado un baño de primera hora en la piscina con Sammy, con el cabello cayéndoles en largos y empapados zarcillos sobre la espalda—. Hola, niñas. ¿A que no sabéis a quién tengo al teléfono?

—¡Mamá! —gritó Juno, echando a correr y separándose de Sammy y de Coco.

—Te las paso, Claire.

Cosima subió al viejo punto de vigía y contempló desde allí la familiar extensión de océano. Siempre era distinto. La luz cambiaba constantemente, transformando sutilmente el agua con su gama de diferentes tonalidades. Esa mañana el cielo era de un azul añil y el sol brillaba como una deslumbrante moneda de oro. Los brillantes rayos de luz se reflejaban en las olas al tiempo que éstas se rizaban y se elevaban, adornando sus crestas con diamantes. Por fin se veía capaz de mirar al mar sin que se le encogiera el estómago de pena. Jamás superaría la muerte de Francesco —esa suerte de pérdidas dejan una herida demasiado profunda e imborrable—, pero sí encontraría el modo de vivir con ella.

Se acordó de su noche de amor con Luca. No había bastado con una sola vez. Habían disfrutado el uno del otro hasta que les había dolido el cuerpo de puro agotamiento y se habían quedado tumbados sobre el edredón como un par de leones saciados, bañados por el cálido arrebol del amor. Lo único que le había impedido ser totalmente feliz era la culpa: culpa por Francesco; culpa por Rosa,

que la observaba recelosa; culpa por sentirse feliz en la estela de una tragedia semejante. En las oscuras horas de la madrugada, fue impregnándose de una oleada de fortitud. La vida era de los vivos. Francesco desearía sin duda verla feliz. Como le había dicho Alba, vivir requería más valor.

En el *palazzo*, Romina estaba sumida en la más absoluta excitación pues esperaba la llegada de la periodista del *Sunday Times* desde Londres. Tras dedicar media hora a deliberar qué clase de imagen quería proyectar, salió a la terraza con un largo caftán de Pucci de color verde y violeta, pantalones blancos y sandalias doradas. Se había recogido el pelo con un largo pañuelo blanco que acentuaba la brillante mirada de sus ojos y las vívidas arrugas de su piel. Salió por la cristalera envuelta en una nube de nardos.

Ma, Caradoc, Dennis y Nanni estaban disfrutando de un desayuno tardío en la terraza. Juno y Coco dibujaban con el papel y los lápices de colores que su abuela les había comprado, mientras que *Porci* se había tumbado a su lado, gruñendo encantado. Para alivio de Nanni, Sammy apareció con una camiseta blanca y unos pantalones cortos de color rosa, aunque la visión de sus jóvenes y bronceados muslos bastó para que se estremeciera de ansiedad.

—Buenos días a todos. —Romina se acercó flotando hasta ellos como una mariposa gigantesca—. ¿Dónde está mi hijo?

—Ha bajado a desayunar al pueblo —respondió Ma—. Últimamente está muy esquivo. Debe de haber conocido a alguna chica.

—*Pas devant...* —dijo Romina, mirando a las niñas—. Espero que no se haya olvidado del capricho. Dennis, hazme el favor de ir a echar un vistazo más tarde, ¿quieres? Hoy llega la periodista del *Sunday Times* y no quiero sorpresas desagradables. Espero que le haya dejado la llave a Ventura como le pedí. La verdad es que, desde que ha llegado, Luca está de lo más distraído.

—Es un hombre joven, Romina —dijo Caradoc, saliendo en su defensa—. Déjale que coja el melocotón maduro del árbol. Se merece un poco de diversión.

—Por supuesto. Pero me ha prometido que atraparía a la intrusa.

—Para que la atemos y la aemos en un espetón —dijo Ma.

—Si es una joven bonita... —intervino el profesor.

—En ese caso, la sacrificaremos en honor a Luca —apuntó Nanni, riéndose entre dientes.

—Eso sería demasiado bueno para ella —opinó Ma—. No creo que debamos premiarla por su intrusión.

—Ni por todo el estrés que me ha provocado —añadió Romina, sorbiendo por

la nariz.

—¿Y la policía no ha hecho nada por ayudar? —preguntó Caradoc.

—¡Por supuesto que no! Van por ahí pavoneándose, muy elegantes con sus bronceados y sus charreteras doradas, pero son tan inútiles como un batallón de muñecos de juguete.

Nanni dio un último trago a su café y se reclinó en la silla, mostrando una tripa redonda y pesada como un odre.

—Algo me dice que nuestra intrusa ha decidido pasar entre nosotros un largo y lujurioso verano —dijo lánguidamente—. Y yo voy a echarme en una tumbona, cerraré los ojos y reflexionaré sobre los grandes filósofos de la antigüedad.

—¡No trabaje demasiado! —dijo Ma—. No vaya a herniarse.

—*Bella donna!* —suspiró Nanni—. Estaría de acuerdo con usted si no fuera porque ya no me queda un solo músculo que pueda herniarse.

—Vamos, ¡seguro que en algún rinconcito de ese cerebro suyo esconde todavía uno o dos!

—Bueno, si los encuentra, hágamelos saber, se lo ruego. Me daría usted una gran alegría.

Romina negó con la cabeza en clara señal de desaprobación.

—¡Si no fumaras ni bebieras tanto, y si hicieras un poco de ejercicio y consumieras la mitad de comida que consumes ahora, seguro que encontrarías muchos más!

Nanni cruzó la terraza con paso cansino.

—¡Y todavía hay quien se pregunta por qué no me he casado!

Luca desayunó en la *trattoria*, pero Rosa no empezaba a trabajar hasta más tarde y a Cosima no se la esperaba en el local. Quiso telefonarle, pero temió que fuera su prima quien se pusiera al teléfono. Decidió entonces comprarle un teléfono móvil cuando llevara a las niñas al aeropuerto. Quería poder ponerse en contacto con ella en todo momento. Y es que aunque Incantellaria era sin duda un lugar encantador, estaba anclado en el pasado, a pesar de los intentos por arrastrar al pueblo al mundo moderno gracias a las antenas parabólicas y al acceso a Internet.

Solo con su cruasán y su café, Luca se recostó en la silla y volvió a vivir la noche anterior, recordando el olor de Cosima, su sabor, su tacto, el sonido de sus suspiros y el terciopelo de su risa. En cierto modo, y a juzgar por la modestia de su porte con su negro vestido de luto, Luca había esperado encontrarse con una joven virginal. Sin embargo, Cosima había hecho el amor con el desenfreno propio de quien vive para el placer sensual, y su falta de inhibición le había cautivado por completo. No recordaba haber disfrutado tanto de una mujer. Cosima era sin duda una criatura de múltiples capas y Luca apenas podía

contener la impaciencia por descubrir la siguiente.

Sus cavilaciones eróticas se vieron interrumpidas por Stephanie, que había bajado al pueblo a hacer unas compras.

—¿Te importa si me siento? —preguntó, quitándose las gafas de sol.

—Por favor. ¿Qué te apetece tomar?

—Un *espresso* estaría bien. ¿No te parece que hace una mañana preciosa?

—Gloriosa —concedió Luca, levantando la mano para captar la atención de Fiero—. ¿Qué has hecho con tu padre?

—Está en el *palazzo*.

—Mientras el gato se ausenta...

—El ratón se va de compras —se rió Stephanie, echándose el pelo hacia tras con un movimiento de cabeza—. Pero también estoy cultivándome. La iglesia es adorable. De todos modos, me cuesta imaginar esa estatua llorando lágrimas de sangre. Parece tan sólida como cualquiera de las estatuas de mármol que he visto hasta ahora.

—Los milagros no tienen explicación.

—Como la magia.

Luca negó con la cabeza.

—Hay un abismo entre la magia y los milagros. Dime, Stephanie Kate, ¿a cuántos hombres esperanzados has dejado en Yorkshire?

Rosa bajaba en ese momento la colina en dirección al pueblo. Estaba especialmente irritada. Cuanto más veía reír y sonreír a Cosima, más contrariada estaba. ¿Cómo podía haber cambiado tan de repente y pasar de ser una mujer de luto a una mujer enamorada? Sin duda alguna, una metamorfosis tan dramática tan sólo era posible si su anterior estado de tristeza no había sido más que una simple patraña, una forma pasivo-agresiva de llamar la atención. Alba la había reprendido con contundencia cuando Rosa así lo había sugerido, defendiendo a su sobrina con la ferocidad de un tigre. Según su opinión, Cosima había necesitado un catalizador que la sacara de su pesar. Su fallido intento de suicidio no había hecho sino hacerle ver lo mucho que deseaba vivir. Luca le había demostrado que podía volver a sentirse atractiva, y sentirse también atraída hacia alguien. En cualquier caso, aunque no había duda alguna de que Cosima estaba entusiasmada con él, Rosa no podía creer —no quería creer— que él pudiera sentir lo mismo hacia ella.

Cuando llegó a la *trattoria*, allí estaba Luca con sus gafas de cristales oscuros, la camisa azul celeste y ese carisma que le envolvía como una deslumbrante niebla. Charlaba y se reía con una joven muy hermosa a la que Rosa no había visto antes. Su furia se disipó al acto. Si Luca estaba enamorado de Cosima, a buen seguro no estaría flirteando de ese modo con otra mujer.

Cuando llegó a la terraza, él la saludó con la mano y Rosa sintió que el corazón le daba un vuelco. Le vio recorrer con los ojos su ajustada camiseta de tirantes roja y los ceñidos vaqueros hasta las hermosas uñas pintadas de escarlata que asomaban de sus sandalias de tacón alto.

—¿Cómo puedes caminar con esas sandalias? —preguntó Luca.

—Es una cuestión de práctica —respondió ella, poniéndose las manos en la cintura y adoptando una pose claramente provocativa—. No tengo hechos los pies para llevar zapatos planos. —Se volvió hacia su compañera de mesa, esperando claramente a que él hiciera las presentaciones.

—Te presento a mi vieja amiga Stephanie. Es inglesa.

Rosa esbozó una afectuosa sonrisa y estrechó la mano de la joven.

—Es un placer conocer a una vieja amiga de Luca. ¡Ya es un viejo amigo mío! —exclamó, sentándose a la mesa sin esperar a que la invitaran—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo él—. Mamá está absolutamente acelerada esperando que aparezca la periodista del *Sunday Times*.

—Dile que baje a verme. Si esa periodista quiere conocer realmente la verdad sobre Incantellaria y todos sus asesinatos y sus escándalos, yo sé todo lo que hay que saber. He conservado todos los recortes de prensa que tienen que ver con el asesinato de mi abuela.

—¿Y no te matará tu madre por divulgar todos esos chismes?

—No son chismes, Luca. Y además, no es ningún secreto. Todos los que estaban aquí en aquel entonces conocen la historia. Mi familia intentó mantenerla en secreto, pero fue imposible. La gente hablaba y los periodistas lo escribieron todo. Valentina era mi abuela y yo estoy en todo mi derecho de hacer lo que quiera con lo que sé. Además, ya hace mucho tiempo que ocurrió y es una gran historia. ¡Mi madre debería relajarse un poco, como mi padre, y dejar que la gente disfrutara con la lectura de la crónica!

—El famoso Pánfilo —dijo Stephanie—. Espero poder conocerle.

—¿No te quedarás mucho tiempo? —preguntó Rosa, intentando mostrarse apesadumbrada—. Qué lástima. Mi padre es todo un personaje. Todo el mundo le quiere. Subiré a ver la sesión de fotos —dijo, volviéndose hacia Luca—. Me gustaría ver el *palazzo*. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí.

—El capricho es lo único que reconocerás.

—El capricho. —A Rosa se le iluminaron los ojos—. El nido de amor secreto del *marchese*. Ese lugar tiene algo mágico.

Luca pensó en Cosima.

—En eso, Rosa, tengo que darte la razón.

Aunque estaba decepcionado porque Cosima no había bajado a la *trattoria*, su

ausencia no le había sorprendido. Había prometido actuar con tacto delante de Rosa y encontrarse con Cosima en el restaurante familiar era cuando menos incómodo. En vez de eso, habían acordado volver a cenar esa noche. Luca había planeado llevarla después al capricho. A medida que pasaban los días y no aparecían nuevas pruebas de incidentes en el lugar, estaba más convencido de que o bien la misteriosa Ricitos de Oro había decidido irse a dormir a otra parte, o bien se había asustado por su repentina determinación de dar con ella.

Después del almuerzo, ya en el *palazzo*, Coco y Juno se despidieron de sus abuelos, que las abrazaron cariñosamente.

—¿Vendréis pronto, queridas mías? —dijo Romina con los ojos velados por lágrimas—. Me he acostumbrado al tintineo de vuestras voces procedentes de la piscina. Os voy a echar terriblemente de menos.

Bill les acarició la cabeza como si fueran un par de perros, pero su mirada estaba preñada de afecto.

—Cuando volváis, tendré la gruta terminada —dijo visiblemente orgulloso.

Coco intentó parecer entusiasmada, pero no sabía lo que era una gruta.

—Echaré de menos a *Greedy* —dijo Caradoc, acariciando la oruga.

—¡Es mío! —exclamó Juno, arrebatándoselo de las manos y hundiendo en el peluche la nariz.

—Qué tristes son los divorcios —dijo Romina viendo alejarse a las niñas.

—Son mejor solución que la alternativa —intervino Caradoc—. La infelicidad, las peleas, la incertidumbre. Al menos así las pequeñas son el blanco de la adoración de sus padres sin tener que ver cómo las dos personas a las que más quieren están todo el día a la greña.

—Pero apenas las veo.

—Eso no tardará en cambiar, acuérdate de lo que te digo. Mira a tu hijo. Cuando las niñas llegaron, no sabía qué hacer con ellas. Ahora las adora. No tardarán en volver.

Luca subió al coche con Sammy y saludó con la mano mientras se alejaba carretera abajo. Charlaron durante un rato y luego siguieron el viaje en silencio. Entendió, por la expresión de su rostro, que a las tres les entristecía marcharse. Intentó animarlas, pero no tardó en perderse en sus propias cavilaciones, sorprendido de la intimidad que había surgido entre él y sus hijas en tan sólo una semana. Sammy encendió la radio y se puso a escuchar canciones pop italianas. Luca miró a las niñas por el espejo retrovisor. Italia les había sentado bien. Estaban radiantes y tenían un aspecto saludable: los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Coco le sorprendió mirándola.

—Acuérdate de llamarme todas las noches antes de acostarte, ¿de acuerdo, Coco?

La niña asintió con la cabeza. Sus ojos eran tranquilizadamente receptivos.

Luca volvió a centrar su atención en la carretera, pero sintió que una sensación de triunfo le inflamaba el corazón. La fortalecida relación entre su hija mayor y él había abierto el corazón de la pequeña como un capullo. A pesar de que sus ojos todavía desvelaban un conocimiento demasiado profundo del mundo de los adultos, sonreía con la inocencia de una niña. En el aeropuerto, las dos pequeñas bajaron a regañadientes del coche. Juno tomó la mano de su padre y se pegó a *Greedy* contra el pecho. Coco caminó junto a él, cargando su maleta rosa con aires de importancia.

—¿Qué llevas ahí, cariño?

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Ah, unos sándwiches que nos ha preparado Ventura. Galletas. Lápices y papel. Voy a hacerte un dibujo en el avión.

—Qué bien. Me encantará —dijo Luca.

—¡Yo también te haré uno! —añadió Juno, que no estaba dispuesta a que le arrebataran protagonismo.

—Voy a dibujar el *palazzo* y a la abuela y al abuelo despidiéndose de nosotras con la mano.

—¡Y yo voy a dibujarte como el cocodrilo malvado! —se rió Juno—. Con unos enormes dientes blancos y una larga cola de escamas.

—Decidle a mamá que me los mande. Los colgaré en mi dormitorio.

—¿Podremos volver pronto? —preguntó Coco.

—En cuanto terminéis el colegio.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —La cogió en brazos—. Os estaré esperando.

LUCA siguió agitando la mano hasta que perdió a las niñas de vista y volvió despacio al coche al tiempo que un sentimiento de pesar se cernía sobre él como una nube. Se había acostumbrado al sonido de sus voces, a sentir sus manitas en las de él, sus brazos agarrados a las piernas y sus expectantes rostros sonriéndole. Combatió una oleada de añoranza pensando en Cosima. Aparcó en la ciudad, decidido a comprarle un teléfono móvil, cosa que resultó ser una distracción acertada, pues se animó en cuanto imaginó la afable expresión de Cosima asomando entre la nube como un rayo de sol. De regreso al coche, pasó por una joyería y entró.

Al oír el crujido de la grava bajo las ruedas del taxi que se detuvo delante de la puerta, Romina cruzó rápidamente la magnífica puerta de entrada del *palazzo* para recibir a la periodista. *Porci*, ajeno a la importancia del monumental acontecimiento, pasó trotando junto a ella para olisquear las ruedas del vehículo. De haber sido un perro, habría levantado la pata para dejar constancia de su supremacía, pero, siendo como era simplemente un cerdo, se limitó a gruñir y se alejó con paso ligero para revolcarse en la hierba de la pequeña pendiente del otro lado del camino.

La periodista se quedó de una pieza al ver al animal con su pañal blanco y se inclinó contra la ventanilla para verlo mejor. Romina no supo controlar su impaciencia.

—No se alarme. *Porci* no muerde —dijo, sonriendo al coche.

—Qué extraordinario —dijo la mujer, cogiendo su enorme bolsa de viaje de piel negra y deslizándose trabajosamente en el asiento. Tenía un rostro afilado y pálido y una melena de color rojo intenso que llevaba cortada como una pala—. ¡Vaya, menudo palacio! —En cuanto bajó del coche, los ojos de Romina repararon en sus medias de rejilla rojas, la corta falda vaquera y las botas de piel negras, y retrocedió.

—¡Santo cielo, se va a achicharrar con esas medias!

—En Londres hacía frío. Llevo ropa más ligera en la maleta.

—Me alegra saberlo. Soy Romina, su anfitriona —anunció, tendiéndole formalmente la mano.

—Fiyona Pritchett —respondió Fiyona, cuyos labios escarlatas dibujaron una sonrisa—. Fiyona con «y».

—Hola, Fiyona con «y». ¡Por fin! Bueno, no nos quedemos aquí muriéndonos

de sed. —Fiyona cogió la maleta del suelo—. ¡No, no! Dejemos eso a los hombres. Le diré a Ventura que mande a uno de los chicos para que se la suban a su habitación.

—¿No pasa nada si la dejo aquí?

—Mujer, ¡no creo que *Porci* vaya a salir corriendo con ella!

Fiyona la siguió por la casa hasta la terraza, mirando en derredor sin disimular su fascinación.

—Realmente es un lugar impresionante —dijo.

—Lo sé. ¿No le parece que somos las personas más afortunadas del mundo? Cuando lo encontramos, no era más que una ruina. La hierba crecía en las habitaciones, la hiedra trepaba por las paredes y los animales habían construido sus nidos en los muebles que habían quedado aquí abandonados. Un auténtico horror.

—¿Ya han venido a sacar las fotografías?

—No. El lunes.

—Bien. Si mal no recuerdo, la casa cuenta con una historia sangrienta.

—Y muy siniestra.

—Me gustaría hablar con la gente del pueblo.

—¿Habla italiano?

—Sí, por eso me han enviado a mí. Estudié francés e italiano en la universidad. Aunque ya hace mucho tiempo, practico siempre que puedo.

—Mi hijo la acompañará al pueblo. Es él quien se mezcla con la gente de aquí.

—Arqueó sugerentemente las cejas—. Acaba de divorciarse y creo que está intentando recuperar el tiempo perdido.

—Acaba de dejar la City, ¿verdad?

El comentario sorprendió a Romina.

—¿Se ha enterado usted de lo de Luca?

—He hecho algunas averiguaciones.

Fuera, Caradoc, Nanni, Dennis y Ma estaban concentrados en una partida de *bridge*. Romina les presentó antes de llevarse a Fiyona a la mesa para ofrecerle un refrigerio.

—Tengo Earl Grey o café —dijo.

—Café, por favor. Muy cargado.

Romina la observó presa de una sensación de desaprobación cada vez mayor. Fiyona no era en absoluto lo que esperaba. Era una mujer tosca —era evidente que procedía de un extracto social bajo— y no era hermosa, aunque sí resultaba a todas luces llamativa. Tenía una piel traslúcida y los ojos de un tono de verde muy poco frecuente. Sospechó que llevaba lentes de contacto de color.

—¿Se quema con facilidad al sol?

—Sí. No puedo tomarlo. Languidezco a la sombra como las orquídeas.

—Es usted muy pálida.

—Por lo menos no tengo que preocuparme de broncearme. No tiene ningún sentido. De todos modos, creo que Nicole Kidman y Madonna han puesto de moda la piel blanca.

—Lo que sí es seguro es que se conservará joven más tiempo —dijo Romina, decidida a mostrarse amable.

—No con el estilo de vida que llevo. La mía es una batalla contra corriente. Bebo, fumo y trasnocho. Siempre he parecido mayor de lo que soy.

—¿Cuánto tiempo hace que escribe en el *Sunday Times*?

—Llevo veinte años trabajando como periodista por cuenta propia.

—¡Santo cielo! ¡Debe de haber empezado muy joven!

—Supongo que sí. Me entusiasman los acontecimientos. —Entrecerró los ojos antes de añadir—: Me gustan los misterios.

—Aquí los tendrá a manos llenas.

—Oh, ya estoy familiarizada con la historia del *marchese*, la muchacha a la que mató, Valentina, y Thomas Arbuckle, su sufrido *fiancé*. Desgraciadamente, se niega a hablar. ¡Ronda ya los ochenta años! Se puede acosar con preguntas a la gente hasta un límite y el mío es el hostigamiento.

—¿Y sabe también que el hermano de Valentina mató al *marchese*?

—No, no lo sabía. Un acto de venganza. Me parece lógico.

—A la gente de aquí no le gusta hablar del pasado. Mi hijo y el profesor se enteraron de eso hablando con un anciano del pueblo.

—¿Y nadie ha escrito hasta ahora nada al respecto?

—No, es parte del folklore.

—¿Y los que realmente conocen los hechos se niegan a hablar?

—No quieren desenterrar el pasado.

—Pues yo sí. ¡Ésa es precisamente mi especialidad!

Romina sintió que su desilusión se desvanecía. A fin de cuentas, la mujer no tenía por qué caerle bien. El fin último era que escribiera un artículo sobre la magnificencia del *palazzo* y sobre su increíble transformación a manos de dos brillantes talentos. Lo más probable era que en cuanto se marchara no volvieran a verse en la vida.

—A decir verdad, prefiero centrar mi atención en el presente. ¿Quién vive aquí ahora? ¿Qué fue de los anteriores propietarios? ¿Cómo se construye sobre unos cimientos tan lúgubres? ¿Realmente podemos llegar a huir del pasado?

—Por favor, no me diga que cree en fantasmas.

Fiyona dejó a la vista dos largos colmillos como los de un lobo.

—No, aunque, oiga, si hay alguno acechando por aquí, ¡me encantaría

conocerle!

Luca regresó cuando la partida de *bridge* tocaba a su fin y los cuatro jugadores repasaban cómo había ido en un acalorado post-mórtem.

—Así que es usted el famoso Luca Chancellor. No es para nada lo que esperaba.

—¡Usted tampoco!

—Parece un hombre italiano que lleva meses relajándose al sol.

—Supongo que eso es bueno.

—Para alguien que no tiene intención de regresar a la oficina, sí lo es.

—Por el momento no tengo intención de hacer nada.

—¡Qué envidia me da!

Luca se sentó y sacó un cigarrillo del paquete con un pequeño golpe.

—¿Le has enseñado el *palazzo* a Fiyona? —preguntó a su madre.

—Acaba de llegar. ¿Qué tal las niñas?

—Creo que les ha dado pena marcharse. Estaban encantadas aquí.

Romina se iluminó.

—No sabes cuánto me alegra saberlo. Espero que vuelvan pronto. —Se volvió hacia Fiyona—. Mis nietas. Son unas niñas maravillosas. Tan guapas como su padre.

La periodista vio a Luca encender su cigarrillo.

—Me alegra ver que no soy la única fumadora.

—En Europa fuma todo el mundo. Lo de la obsesión contra el tabaco es sólo en Inglaterra y en Estados Unidos, donde la corrección política les ha vuelto locos a todos —dijo Romina—. Fumémonos uno y así podremos ser políticamente incorrectos juntos.

Cuando Ventura apareció con una bandeja de pastas y de té recién hecho, los jugadores de *bridge* se acercaron a la mesa como una jauría de perros hambrientos. Nanni retiró la silla que estaba junto a Fiyona y alcanzó a vislumbrar un destello de sus medias de rejilla rojas. Ella alzó los ojos y los fijó en la cara de remolacha del hermano de la anfitriona y sonrió de oreja a oreja.

—¿A que son divertidas? Ya sé que no son del todo apropiadas para el campo italiano, pero esta misma mañana estaba en la ciudad.

—Son muy coloridas —dijo Nanni al tiempo que el sudor le bañaba la frente mientras se acordaba de los cuadros subidos de tono de Toulouse-Lautrec—. Hoy hace mucho calor, ¿no le parece?

—Me encanta el calor. Siempre que no me dé el sol directo.

Nanni reparó en su piel amarfilada y en sus labios de rubí.

—Ha nacido usted en el siglo equivocado. Hoy en día se llevan las pieles bronceadas.

Ella clavó en él sus ojos esmeraldas y exhaló un anillo de humo.

—La belleza está en los ojos de quien la contempla.

—*Brava!* Tiene toda la razón.

Después del té, Romina le mostró el *palazzo* a Fiyona mientras iba explicándole todas las habitaciones y lo que Bill y ella habían hecho en cada una de ellas. Como era de esperar, la periodista se mostró visiblemente impresionada, aunque parecía estar más interesada en la historia humana del edificio.

—¿Sabría decirme en qué habitación tuvo lugar el asesinato?

—No, ¡espero que sea usted quien lo descubra y me lo diga!

—Haré todo lo que pueda. Hay alguien en algún lugar que tiene que saberlo y daré con él. Eso es algo que se me da bien. No hace mucho hice un reportaje sobre Eva Perón. No se imagina la cantidad de gente que apareció de la nada mientras hacía el reportaje. Fue algo sensacional.

—¿Cómo consigue la información?

—Hay varios métodos. Algunos simplemente quieren contar su historia y otros se sienten halagados por mi interés. Están también los que necesitan airear lo que saben y aquellos a los que nadie les ha preguntado nunca nada. La mitad del trabajo consiste en dar con la gente adecuada, aquellos a los que la historia se ha tragado sin dejar rastro alguno, los que estaban presentes durante los acontecimientos históricos mundiales y de los que no existe ningún registro. Son los hombres sin rastro. Ésos son precisamente los que me interesan.

Al salir de la casa se dirigieron al capricho.

—Si lo que le interesa es la historia, esto le encantará —dijo Romina, sin ocultar su orgullo—. Aunque no puedo vanagloriarme de ninguna aportación artística propia. Lo he conservado tal y como lo encontré. —Hizo girar la llave y abrió la puerta con un empujón. Aunque Dennis ya había informado de que no había prueba alguna de la existencia de fantasmas ni de demonios, Romina recorrió apresuradamente la cama con los ojos. Se sintió muy aliviada al encontrarla tan lisa como si la hubiera hecho ella misma.

Fiyona estudió todos y cada uno de los detalles del capricho con sus agudos poderes de observación.

—¿Esto se construyó para Valentina? —preguntó, acariciando con suavidad el cepillo de plata y el frasco de cristal para crema de cara colocados encima del tocador, delante mismo del espejo estilo Reina Ana—. Al parecer, jugaba a un juego peligroso. Aquí sentada, cepillándose el pelo, supongo que en ningún momento imaginaría que moriría a manos de su amante. Es una habitación dedicada al placer sensual. ¿Lo percibe usted?

Romina parecía incómoda.

—No estoy segura —respondió, acariciando a su vez las cortinas de seda que colgaban de los cuatro postes de la cama.

—Pues eso es lo que es. La magia que se aprecia aquí dentro no es más que sexo. —Fiyona parecía cada vez más animada—. ¡Me encanta!

—Probablemente tendría que haberlo redecorado. ¿Qué voy a hacer yo con una casa dedicada a los perversos deseos de un viejo marqués?

—No, tiene que dejarlo como está. Es un museo. No se le ocurra tocar nada.

Romina a punto estuvo de hablarle de la intrusa, pero el capricho llevaba intacto varios días. Todo apuntaba a que la desconocida había desaparecido.

Esa noche Luca cogió la llave de la puerta del capricho y, tal como habían acordado, se encontró con Cosima en la puerta de la iglesia. Ella seguía mostrándose supersticiosa sobre su relación; seguía convencida de que sólo perduraría si prendía velas a Francesco todos los días para asegurarle así que el amor que sentía por él jamás menguaría. Y es que la infelicidad de Cosima estaba tan firmemente anclada en la tristeza que se había convertido en una enfermedad de mal llevar. Tan sólo entre los brazos de Luca era capaz de relajarse. Cuando hacían el amor, experimentaba el placer como una ladrona que no fuera merecedora de semejantes riquezas. Cuando estaban separados, atesoraba su felicidad como un diamante precioso, temerosa de mostrarlo, como si pudiera brillar en la oscuridad y delatarla. Y aunque la oscuridad era un lugar confortable, y era lo que ella creía merecer, sentía que la luz la tentaba cada vez más.

Fue presa de una oleada de alivio al ver a Luca bajo la sombra de un plátano con las manos en los bolsillos, esperándola pacientemente. Cosima corrió a su encuentro y le rodeó el cuello con los brazos, dejándose envolver por su fortaleza.

—¿Estás bien?

—Sí. Encantado de verte.

—¿Adónde vamos?

—¿Quieres que sigamos por la costa?

—Donde tú quieras.

—A algún sitio donde podamos estar solos. —Acordándose de pronto de dónde estaba y del peligro de ser vista, Cosima se apartó de él y se cruzó de brazos—. ¿Dónde tienes el coche?

Se alejaron siguiendo la costa, cogidos de la mano sobre la palanca del cambio de marchas mientras el viento caliente entraba con fuerza por las ventanillas, azotándoles la cara. Encontraron un acogedor restaurante en un pequeño pueblo medieval en el que Cosima nunca había estado. Era un lugar pintoresco, con casas encaladas y techos de tejas rosas y una pequeña iglesia con un hermoso

campanario que se elevaba en el cielo de color magenta. Se sentaron bajo el toldo en unas sillas de enea a una mesa en cuyo centro parpadeaba una vela rodeada de un anillo de flores escarlatas. Bebieron un vino blanco frío y se tomaron las manos sobre la mesa. Después de cenar, Luca sacó una pequeña bolsa de terciopelo del bolsillo y se la dio a Cosima.

—No me he podido reprimir —explicó—. Hoy he estado en Nápoles y los he visto en el escaparate. Ya sé que hace muy poco que nos conocemos, pero quiero que sepas hasta qué punto son serias mis intenciones contigo. He jugado con los corazones de muchas mujeres, pero tú eres distinta. Has conseguido abrirte camino hasta un rincón de mi corazón cuya existencia yo desconocía. Esto es para ti. Porque eres distinta.

Y Cosima parpadeó, intentando contener las lágrimas.

—No te merezco. Me siento culpable por sentirme tan feliz.

—No te sientas culpable, cariño. Vamos, ábrelo.

Con gesto vacilante, Cosima tiró del pequeño cordón y miró dentro de la bolsa. Luca le había comprado una joya auténtica. Abrió la mano y depositó el contenido en su palma. Cuando vio el tamaño de los diamantes, contuvo el aliento. Se quedó mirando los pendientes como si fueran objetos robados.

—¿Los has comprado para mí? Son increíbles.

—Son antiguos. Póntelos.

Con mano temblorosa, Cosima se quitó los pequeños pendientes de oro que llevaba y los sustituyó por los nuevos de diamantes. Las piedras brillaron contra su piel de color chocolate con leche, acentuando la blancura de sus dientes y el reluciente blanco de sus ojos. Los pendientes, con forma de pera, se agitaron en el aire cuando movió la cabeza.

—Recógete el pelo —dijo Luca, impaciente por deslizar los labios sobre la suave piel de su cuello. Cosima se quitó un elástico de la muñeca y acto seguido se recogió el pelo en una cola alta—. Ahora son espectaculares. —Incapaz de seguir reprimiendo su entusiasmo, Cosima se levantó y rodeó presurosa la mesa para abrazarle.

—Tengo que vérmelos puestos. Voy a ir a mirarme en el espejo del baño. ¡Vuelvo en un segundo!

Luca encendió un cigarrillo y sonrió con satisfacción. Dar jamás le había complacido tanto.

Cuando Cosima regresó a la mesa andaba despacio y la curva de su cintura y de sus caderas quedaba subrayada por su ajustado vestido de algodón. Se inclinó sobre la mesa con los ojos preñados de deseo.

—Vámonos al capricho y hagamos el amor —jadeó con una voz ronca y queda.

Luca no necesitó que se lo dijera dos veces. Pagó la cuenta y salieron del restaurante, corriendo hasta el coche como un par de adolescentes. Antes de abrirle la puerta, la empujó con suavidad contra ella y la besó, recorriéndole con los labios el cuello y acariciándole con ellos tras la oreja, en la que destellaban sus nuevos diamantes. Sintió entonces el calor de su cuerpo y notó cómo sus pechos subían y bajaban con su respiración. El olor a limón, caliente en la piel húmeda de Cosima, se le antojó seductoramente agrio. El trayecto hasta el *palazzo* no hizo más que aumentar la pasión de ambos. Luca aparcó el coche cerca de la puerta principal y ambos avanzaron sigilosamente entre los árboles. La luna iluminaba el cielo como una linterna china, alumbrando el camino entre la húmeda maleza hasta que por fin llegaron al capricho. Luca estaba demasiado encendido por su propio deseo como para tan siquiera pensar en la intrusa. Encendió una vela mientras Cosima retiraba el edredón de seda, se bajaba la cremallera del vestido y se quitaba las bragas, dejándolas caer al suelo y quedándose desnuda, salvo por los pendientes de diamantes y el deseo que brillaba en sus ojos. Luca se quitó la chaqueta, pero antes de que tuviera tiempo de desvestirse, ella se acercó a él y le desabrochó la camisa, deslizándosela sobre los hombros. Luego hundió la cara en su pecho, besando cada centímetro de su piel. La tensión se espesó en el aire con el olor a cera y a limones mientras ambos gozaban en ese pequeño capricho diseñado para el amor.

De pronto les alertó el sonido de un movimiento procedente del exterior, seguido del repiqueteo de una llave en la cerradura que intentaba sin éxito girar contra la llave de Luca. Segundos más tarde oyeron pasos que se arrastraban en el exterior. Ambos se quedaron helados, entrelazados en la cama y atreviéndose apenas a respirar. Podían oír a la persona rodeando el capricho, quizás espiándoles desde las ventanas.

—¿Puede vernos? —susurró Cosima.

—Espero que no. —De haber estado vestido, Luca habría abierto la puerta de par en par para enfrentarse al intruso, fuera hombre o mujer, pero su desnudez convertía esa posibilidad en absurda. Cuando lograra terminar de vestirse, el mirón habría desaparecido.

—¿Qué hacemos? —siseó ella.

—Nada. Quedarnos muy quietos. —Ella estuvo a punto de volver a hablar, pero Luca la hizo callar poniéndole un dedo en los labios—. Chiss, cariño. Nada va a estropearnos la noche.

A la mañana siguiente, al ver que Luca no bajaba a desayunar, Romina se llevó a Fiyona a la *trattoria* con la esperanza de encontrar allí a Rosa. Si había alguien que podía ayudar con la investigación era sin duda esa dulce y gárrula joven.

El día había amanecido nublado. Un frente gris se aproximaba por el este, amenazando lluvia. Fiyona se había quitado las medias de rejilla rojas y la falda y se había puesto unos vaqueros, unas chanclas rosas y llevaba una chaqueta vaquera al hombro como una penitencia. Las aletas de la nariz de Romina se agitaron al oler el almizclado aroma de su perfume. A decir verdad, a la periodista no le habría ido mal un buen baño. «*Molto inglese*», pensó Romina. «Qué tendrá este tipo de chica inglesa que siempre parecen desaseadas.»

Encontraron a Rosa sentada fuera charlando con Fiero. En cuanto vio a Romina, sonrió y la saludó con la mano.

—*Buon giorno*.

—*Buon giorno*, Rosa. Hay alguien que quiere verte —anunció, dejando que Fiyona se adelantara.

—Me llamo Fiyona Pritchett y soy periodista del *Sunday Times* —dijo en un fluido italiano.

Rosa se quedó impresionada.

—¡Habla muy bien el italiano!

—Hago lo que puedo —respondió modestamente Fiyona—. Me gusta practicar. En Londres sólo tengo oportunidad de hacerlo con los camareros. —Miró a Fiero y los ojos del joven se iluminaron, respondiendo con visible entusiasmo a un mensaje tácito.

—¿Café, *signorina*? —preguntó entonces, devolviéndole la sonrisa.

—Solo, por favor.

—Yo también tomaré uno, Fiero —dijo Rosa. Él se volvió de espaldas y desapareció dentro.

—¿Así que está escribiendo un artículo sobre el *palazzo*? —preguntó Rosa—. ¿Nos sentamos? El desayuno corre a cuenta de la casa —añadió presuntuosamente—. Sé todo lo que hay que saber sobre ese sitio. Mi madre es Alba, la hija de Valentina. Pregunte sin temor. Es mi tema favorito.

—Os dejo solas —dijo Romina, mirando su reloj—. Tengo cosas que hacer en casa. Demasiada gente que atender...

—Denos una hora, si Rosa está de acuerdo, claro —sugirió Fiyona.

—Puedo dedicarle la mañana entera —respondió la joven—. Hoy va a ser un día tranquilo y tengo a Fiero para que me ayude. —Durante un instante una expresión enfurruñada asomó a su rostro—. No creo que Cosima aparezca por aquí. ¡Anoche volvió a casa a las cuatro y sigue todavía en la cama! Menuda transformación. Desde luego, se merece un Oscar por su magnífica actuación.

Romina entrecerró los ojos. Había oído el coche al llegar y había oído silbar alegremente a su hijo poco después. Así que era eso lo que había tenido en pie a Luca hasta esa intempestiva hora del amanecer.

—¿Cree que su madre accederá a hablar conmigo? —Fiyona puso la grabadora encima de la mesa y la encendió.

—No, ni siquiera sube al *palazzo*. Está furiosa porque lo han restaurado. Creo que lo que piensa es que deberían haber dejado que se pudriera. Me odiará por haber hablado con usted, pero es que se olvida de que Valentina fue mi abuela. La verdad es que me parezco mucho a ella.

—¿No hay fotografías de Valentina...? —empezó Fiyona.

—No, pero sí existe un retrato. Espere, se lo traeré.

Cuando Rosa se alejó apresuradamente a buscar el retrato, Fiero regresó con el café de la periodista.

—¿Desea alguna otra cosa? —preguntó.

—Me gustaría hablar contigo —respondió ella, tuteándole—. Para mí es importante poder practicar italiano —añadió con una sonrisa coqueta y colocándose un cigarrillo entre los labios. Él se apresuró a abrir su mechero y ofrecerle fuego. Fiyona se inclinó hacia delante, sujetando la mano de él con la suya—. Eres muy joven, Fiero.

—Tengo veinticinco años —respondió él, completamente desarmado por la expresión predatoria que vio en sus ojos. Ella le miró de arriba abajo.

—Los hombres italianos son más sofisticados que los británicos. ¿Eres un buen amante?

Fiero se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Ya sabe cómo somos los italianos. Vivimos para hacer el amor. Y para las mujeres.

—Lástima que me quede tan poco tiempo, de lo contrario podríamos hacer un trato. Yo te enseñaría inglés y tú me enseñarías italiano. ¿Entiendes por dónde voy? —Fiero asintió, al tiempo que se le agitaban las aletas de la nariz—. Quizás en otra ocasión. —Rosa regresó con el retrato del desnudo reclinado que tenía colgado dentro, ajena por completo al brillo lascivo que iluminaba los ojos de Fiero, y se lo dio a Fiyona—. Ahora nadie repara en ella, pero es Valentina, pintada por mi abuelo.

Fiyona leyó la breve leyenda manuscrita que había al pie del retrato:

«Valentina, desnudo reclinado, Thomas Arbuckle, 1945».

—¿A que es hermosa?

—Cautivadora —respondió Fiyona—. Y qué sonrisa tan pícara. El parecido es evidente —añadió, sonriendo a Rosa.

Ésta estaba encantada con el comentario.

—Yo no soy tan pícara. Desgraciadamente, no tengo oportunidad de serlo.

—¿Está usted casada?

—Sí. Y tengo tres hijos. ¡Muy convencional!

—Quizá Valentina no hubiera sido tan pícara de no haber vivido durante la guerra. Tuvo amantes para sobrevivir.

—No creo que se liara con Lupo Bianco para sobrevivir. Para ella él era el billete de acceso a la buena vida de Nápoles. Con él podía ser alguien diferente.

—Una sencilla chica de campo encontrada cubierta de diamantes y de pieles —dijo Fiyona, recordando la cobertura que dio la prensa del asesinato—. Debió de ser una noticia terrible para su pobre abuelo.

—Iban a casarse ese mismo día. ¡Es tan romántico, pensar en que te rapte un apuesto extranjero! No sé si sabe que dicen que la estatua de Cristo no lloró por vez primera en años, prediciendo la tragedia.

—¿De verdad lo cree usted?

—En realidad, no. Dicen que sólo volverá a llorar cuando todos los fantasmas descansen en paz.

—¿Y siguen creyendo que el viejo marqués ronda por el *palazzo*?

Rosa se puso seria.

—Ocurría algo extraño ahí arriba. Mi marido es policía. Antes de que Romina comprara el *palazzo*, hubo docenas de avistamientos: luces que se movían entre las habitaciones, ruidos extraños. Él era el único que se atrevía a subir. Es muy valiente.

—¿Encontró algo?

Rosa se encogió de hombros.

—No, nada. Yo misma he subido muchas veces. A mí no me da miedo. La ruina tenía cierto encanto. Ahora ya no es lo mismo.

—¿Supongo que no se habrá encontrado cara a cara con el fantasma? —preguntó Fiyona, exhalando un penacho de humo.

—No creo en fantasmas —respondió Rosa con una risa desdeñosa—. Aunque no descartaría que hubiera algún fantasma vivo que se cuele de vez en cuando en la propiedad, intentando asustar a la gente. Romina se queja de que hay alguien merodeando por el capricho. Le ha dicho a mi marido que alguien duerme allí y le ha hecho subir al *palazzo* para que echara un vistazo.

—Romina es sin duda una excéntrica, pero no me parece que sea supersticiosa

—apuntó Fiyona.

—Es del norte de Italia. Allí son muy diferentes. Los sureños somos muy primitivos.

—Entonces, ¿usted no cree que el *marchese* siga merodeando por aquí, arrepentido de haber matado a la mujer que amaba?

—¡Por supuesto que no! Lo único que ocurre es que alguien se está divirtiendo, o que la gente de Incantellaria se lo ha inventado todo para impedir que compren el *palazzo* y lo conviertan en hotel. Les gusta la tranquilidad que tenemos aquí y están muy orgullosos de su historia. Querían conservar el lugar tal y como estaba, una especie de macabro santuario. Pero a la vista está que han fracasado estrepitosamente.

—¿Puedo citar sus palabras?

—Puede citar todo lo que le he contado, si quiere. Y puede también incluir una fotografía. A fin de cuentas, soy la viva imagen de Valentina.

—¿Y podría utilizar el retrato?

—De ningún modo —jadeó Rosa, arrebatándoselo con un gesto brusco—. ¡A menos que quiera que tengamos un nuevo asesinato en Incantellaria!

—¿Es cierto que su bisabuelo mató al *marchese* por venganza?

—Allí mismo, en el *palazzo*.

—¿Sabe dónde?

—En un sillón de piel que tenía en el salón. —Trazó una línea que le cruzó el cuello—. Le mataron como a un cerdo.

—¿No lo hizo su abuelo solo?

Rosa dio un respingo como si acabara de picarle un insecto.

—Quería decir «le mató» —se corrigió, visiblemente encendida—. Falco.

Fiyona se mordisqueó la cara interna de la mejilla, cavilosa.

—Entiendo.

—La policía nunca llegó a investigar a fondo el asesinato de Valentina. Se limitaron a concluir que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, sorprendida en mitad de un fuego cruzado de la mafia. Nunca imaginaron que fue Lupo quien estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, que el *marchese* mató a Valentina y que Lupo simplemente se metió en medio. —Se inclinó hacia delante en una muestra de complicidad—. De hecho, la mató porque no quería que mi abuelo se la llevara con él a Inglaterra. Si él no podía tenerla, no quería que Valentina fuera de nadie. Mi opinión es que el *marchese* era un viejo muy astuto. Apuesto a que sabía que ella tenía otros amantes y hasta diría que no le importaba. Recuerdo que mi madre me contaba que el *marchese* coleccionaba objetos hermosos. Era un esteta. Valentina era simplemente una más de sus bellas posesiones. Pero cuando ella se enamoró de

mi abuelo, y quiero decir que se enamoró de verdad, el *marchese* no lo soportó. Así que se cortó la nariz para desgraciarse la cara y terminó con aquello que más quería para que ningún otro hombre pudiera hacerla suya. Me sorprende que nadie haya hecho una película de lo ocurrido.

—Quizá lo hagan cuando lean mi artículo. Tenemos dos millones de tirada.

Los ojos de Rosa se abrieron como platos.

—¿Quiere decir que dos millones de personas leerán lo que escribiré sobre mí? Fiyona satisfizo su vanidad.

—Eso es. Dos millones de personas leerán lo que escriba sobre usted y sobre su familia.

—*Madonna!* Imagínese. No sé si sabe que se me da bien actuar. De hecho, soy una gran actriz.

—No me cabe duda —respondió sinceramente Fiyona.

Rosa pareció ponerse nostálgica.

—Ojalá algún apuesto extranjero me cubriera de diamantes y me llevara con él a otra parte.

—¿No le gusta esto?

—Aquí nunca pasa nada. Entiendo que Valentina decidiera caminar por el lado oscuro. Con o sin guerra, de algún modo tenía que satisfacer sus apetitos.

A las once y veinte llegó Romina a buscar a Fiyona, que seguía hablando con Rosa. Fiero no se despejaba demasiado de ellas, como una polilla atraída por la llama de la periodista.

—¿Todavía no han terminado? —preguntó Romina.

—Sí, ya hemos acabado —dijo Fiyona, apagando la grabadora—. Gracias, Rosa, su aportación ha sido muy interesante. —Saludó a Fiero con la mano—. Te veré más tarde.

Rosa pareció ofendida.

—¿Quiere entrevistar a Fiero?

—Quiero hablar con todo el mundo. No me gusta dejar una sola piedra por levantar.

—Él no sabe nada.

Fiyona negó sagazmente.

—Todos saben algo. —Guiñó un ojo a Fiero—. Te veré esta tarde.

Ya en el coche, Romina preguntó si había conseguido la información que buscaba.

—Desde luego —respondió Fiyona, visiblemente contenta—. La estrella de Valentina todavía brilla con fuerza.

—Hay que ver lo inocentes que son los jóvenes. Rosa es incapaz de ver la sordidez de la historia. Sólo ve el *glamour*.

—Será una noticia de interés.

—Debería hablar con su madre.

—Al parecer, Alba se niega a hablar.

—Lástima. Estoy convencida de que conoce una dimensión totalmente distinta de lo ocurrido.

—Rosa sugiere que fue más de una persona quien mató al *marchese*.

—Creía que había sido sólo Falco.

—Quizá se haya ido de la lengua.

Romina se encogió de hombros.

—Se lo preguntaré a mi hijo. Creo que su relación con la familia es más próxima de lo que tenía entendido.

—Es importante para el artículo. Me gusta que mis datos sean fidedignos.

—Déjelo en mis manos.

Esa misma tarde, cuando Rosa llegó a casa, Cosima estaba todavía en su cuarto. Llevaba toda la mañana deseando hablar con ella y no podía esperar un minuto más. En cuanto subió las escaleras, oyó canturrear a su prima. Ni siquiera se molestó en llamar. Simplemente se limitó a hacer girar la manilla y entró.

Cosima estaba sentada delante del tocador, mirándose en el espejo. De sus orejas colgaban unos magníficos diamantes. Rosa contuvo el aliento al tiempo que era presa de un incontrolable arrebato de envidia y furia.

—¡Deberías haber llamado antes de entrar! —exclamó Cosima, tapándose las orejas con las manos en un intento por ocultar los diamantes.

—¡Ya los he visto, estúpida! No creerás que no sé lo que pasa entre Luca y tú. Os he visto juntos. ¡Así que te ha regalado diamantes!

—Sí. —Cosima se cruzó de brazos.

—Me alegro por ti —replicó enérgicamente Rosa.

—¿En serio?

—¿Por qué no iba a alegrarme? No me gusta Luca. Es decir: disfruto flirteando con él, pero soy una mujer casada.

—Ahora me arrepiento de no habértelo contado.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? Yo no me siento con la obligación de contártelo todo.

Cosima reparó en la tensión que no alcanzaba a disimular la voz de su prima. La calma deliberada de Rosa resultaba más que desconcertante. Esperaba ver volar en cualquier momento algún objeto contra su cabeza.

—Me los regaló anoche —confesó.

—¿Me los dejas ver? —Rosa se sentó en la cama. Cosima vaciló durante un instante antes de quitarse los pendientes y dárselos. Se levantó para dejar que su prima ocupara su lugar delante del espejo. Rosa no tardó en clavarse las

pequeñas agujas en los lóbulos de las orejas antes de mirarse en el espejo con infantil complacencia—. Jamás he visto nada más bonito —susurró—. Deben de haber costado una fortuna. Casi tanto como una casa. Obviamente, Luca es millonario. Sabía que encontrarías a un hombre rico.

—Ni siquiera pensaba encontrar a un hombre —dijo Cosima, incómoda.

—Debería haber sido un poco más astuta, pero cuando me casé con Eugenio era joven e inocente. No sabía lo que era la vida. No como tú ahora, con toda la sabiduría que da la madurez. —Suspiró—. Son preciosos, pero ¿dónde piensas ponértelos? ¿O acaso es que Luca piensa llevarte a Nápoles?

—¡No! Sólo me los pondré para él.

—Quizá te lleve a Londres con él.

Cosima la miró, horrorizada.

—Jamás me iré de Incantellaria.

—¿Por qué? Yo daría lo que fuera por salir de este aburrido agujero.

—¡No puedo! —exclamó Cosima con la voz quebrada.

—¿Por qué?

—Porque nunca abandonaré a Francesco.

Luca se pasó la mañana entera en la cama. Fuera, el cielo era gris. Aunque parecía que estaba a punto de llover, la luz del sol iluminaba su corazón. No podía creer lo afortunado que era ni cómo de pronto su vida se había vuelto del revés: cómo una mujer en un pequeño y mágico pueblo podía haberlo transformado. Se había marchado de Londres sintiéndose perdido y vacío, dejando atrás los últimos veinte años de su vida. No sabía lo que iba a hacer y flotaba a la deriva como un madero en alta mar. De pronto su vida había empezado a encontrar un propósito: amar a Cosima y querer a sus hijas. Eso es lo que siempre le había faltado: el amor. Y no el amor egoísta que en un principio había sentido por Claire ni la distante idea del amor que había sentido por sus hijas, sino el amor que puede con nuestros propios deseos: amar a alguien más que a uno mismo. Tomar conciencia de ello le llenó de energía. Demasiado excitado para seguir acostado, cogió una toalla y bajó a darse un baño a la pequeña bahía.

—Está enamorado —dijo Ma, que disfrutaba en ese momento de un Bloody Mary antes del almuerzo.

—Y no de mi chica —añadió feliz Caradoc—. Apuesto a que es de la viuda.

—¿La que perdió a su pequeño?

—La misma. Jamás pensé que la conseguiría —apuntó Ma.

—Luca es muy guapo y dulce —dijo Stephanie—. A mí no me sorprende en absoluto. La camarera de la *trattoria* está loca por él.

A Caradoc se le iluminaron los ojos.

—¡Ésa es mi chica! ¡También está loca por mí!

—Sí, claro, cómo no —se burló sarcástica Ma—. ¡Es usted un viejo bobo!

—Nunca se es demasiado viejo para soñar —protestó Nanni, preguntándose dónde se había metido la pícara periodista.

—Espero que se case con ella y le dé otro hijo —intervino Stephanie poniéndose melancólica.

Su padre le acarició la rodilla.

—¡Tú siempre tan romántica, Stephanoula!

—Mala sangre —dijo Ma, agorera—. Yo, en su lugar, no me acercaría a esa familia. Recuerden que el abuelo de Cosima asesinó a un hombre aquí, en este *palazzo*. ¡El *marchese* murió acuchillado como un animal! La tía abuela de Cosima murió a su vez asesinada en la carretera de Nápoles por tener varios amantes y haberles traicionado a todos. ¡Yo lo pensaría dos veces antes de meter el hocico en ese abrevadero!

Caradoc negó con la cabeza.

—Todos tenemos familia de la que no estamos precisamente orgullosos, pero nadie debería ser juzgado por los errores de sus ancestros.

—Acuérdese de lo que le digo, profesor. Usted ha sido el primero en oírlo. Nada bueno ha de resultar de esa relación.

Cuando Luca volvió de la playa con la cara enrojecida por el esfuerzo y el pelo arremolinado en mechones mojados, Ma dejó su copa sobre la mesa, decidida a ser la primera en interrogarle.

—Veamos, Luca. Hemos estado haciendo apuestas sobre usted —le gritó desde un extremo de la terraza.

Él le dedicó una mirada confusa.

—¿Apuestas sobre qué, exactamente?

—Pues sobre quién le atrae constantemente al pueblo. Porque no creo que sea sólo el café —dijo Ma. Luca les sonrió a todos de oreja a oreja como un escolar a punto de anunciar que acababan de darle un premio.

—Ah, esa sonrisa lo dice todo —comentó Caradoc—. ¡Es la sonrisa del gato que se tomó la leche!

—Está usted enamorado. La cuestión es: ¿de quién? —preguntó Ma.

—No se lo digas —se rió Nanni, fumando lánguidamente—. Un caballero carece por completo de memoria.

—Es la viuda —dijo Caradoc—. ¿Tengo o no tengo razón?

Luca se sentó.

—¿Tan transparente soy?

—La felicidad es contagiosa. La suya empieza ya a afectarnos —apuntó Caradoc.

—O a darnos envidia —añadió secamente Ma.

Luca miró impotente a Stephanie.

—¿Qué hago?

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Eres una chica joven. ¿Te gustaría que este grupo de excéntricos comentara tu vida amorosa?

—Si dijeran cosas positivas, no veo por qué no.

—Muy bien —respondió Luca—. Sí, estoy enamorado. Quisiera gritarlo a los cuatro vientos, pero ella quiere mantenerlo en secreto.

Ma entrecerró los ojos.

—En ese caso, yo en su lugar estaría muy preocupado.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—¿Qué tiene ella que ocultar? ¿Es acaso una mujer casada?

—Por supuesto que no —dijo Luca.

—¡La viuda! —Caradoc aplaudió con sus artríticas y viejas manos, encantado—. Lo sabía.

En ese momento Romina y Fiyona regresaron del pueblo. Nanni se incorporó en la silla al ver a la pelirroja. Le apenó ver que ya no llevaba las medias de red, sino unos vaqueros. Sintió que le ardía la cara, aunque el calor que le invadió de pronto le resultó extrañamente agradable. Tomó un sorbo de Martini y la contempló con una mirada lasciva.

Fiyona estaba alerta como un zorro. Posó sus almendrados ojos verdes en él y se humedeció provocativa los labios.

—¿Le apetecería dar un pequeño paseo antes del almuerzo, Nanni? Me encantaría remojarme los pies en el mar.

En cuanto Fiyona desapareció dentro para cambiarse, apareció Ventura con el teléfono.

—*Signor* Luca.

Él cogió el aparato creyendo que sería Claire. Para su sorpresa, era Freya.

—¡Hola, cariño, qué agradable sorpresa!

—¿Cómo estás? —Freya parecía tensa.

—Bien. Esto es el paraíso. ¿Cuándo vienes?

—Quizás antes de lo que crees.

—Ah, vaya.

—¿Te acuerdas de que la última vez que nos vimos me diste las gracias por estar ahí cuando me necesitabas?

—Claro. Para eso estamos los amigos. ¿No tendrás algún problema?

—Sí. Ahora soy yo quien te necesita.

Luca sintió de pronto que le daba vueltas la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa?

—Miles tiene una amante.

Luca estuvo a punto de reírse ante lo absurdo de la idea, pero Freya sonaba tan afectada que mantuvo la compostura.

—¿Estás segura?

—Del todo. ¿Qué voy a hacer?

Ése no era el momento de decirle que estaba enamorado de Cosima.

—Ven. Ahora.

—Pero ¿y los niños?

—Estarán perfectamente con la niñera durante unos días. Dile a Miles que has decidido darle un tiempo para que termine con su amante. Naturalmente, él negará que te esté engañando, pero si estás segura, debes dejarle ahora mismo y definitivamente. La segunda vez, no vuelvas.

FIYONA se quitó las chancletas y metió un pie en el agua. Nanni se fijó en que llevaba las uñas de los pies pintadas de negro y sintió que un estremecimiento de excitación le contraía las aletargadas entrañas. Jadeaba tras el paseo que les había llevado a la apartada playa, pero ponía todo su empeño en aparentar que no le había supuesto mayor esfuerzo que a ella.

—Tengo debilidad por los extranjeros —dijo Fiyona sin más rodeos, subiéndose el pareo por encima de los muslos al tiempo que se adentraba más en el agua—. No sé si es por el idioma o simplemente por el hecho de que son distintos. Los italianos son buenos amantes. Hay poesía en su modo de moverse, aunque sean gordos y perezosos, y encuentran placer en dar placer. Eso me gusta. En general, los hombres son muy egoístas. Lo único que les preocupa es meterla lo antes posible. —Nanni se enjugó la frente con un pañuelo. Ella le miró y le vio sudando sobre las piedras de la playa—. ¿Por qué no vienes?

—Soy un animal terrestre —respondió él, contemplando anhelante el agua fría, aunque sin tener la menor intención de quitarse la ropa delante de ella.

—¿Sabes nadar?

—Claro. Pero soy un hombre grande. Me hundiría como el *Titanic*.

—Pues quítate los zapatos y entra en el agua. ¡Cualquiera diría que estás a punto de explotar!

Ofendido por el comentario, Nanni se quitó los zapatos y los calcetines, se enrolló los pantalones, dejando a la vista las pantorrillas, y se metió en el agua. Soltó un chillido nervioso en cuanto sintió el agua fría.

—Eso es. ¿A que te sientes mejor? —le animó ella.

—Se me ha acelerado el pulso. Si sufro un ataque al corazón, tú tendrás la culpa.

—Si tienes un ataque al corazón, no estarás vivo para culpar a nadie. —Fiyona se acercó a él, metió las manos en el agua hasta que se le enfriaron y se las puso en las mejillas ardientes. Nanni retrocedió.

—Oh, vamos. No me dirás que no es una sensación agradable.

—Sólo ligeramente inesperada.

—Así son las mejores cosas de la vida. Yo me morí una vez. Sí, ya sé que suena raro, pero es verdad. Me morí y volví a la vida. Dijeron que tendría que haberme quedado alguna lesión cerebral por haber pasado tanto tiempo sin respirar, pero no fue así. Quizá fue un milagro. La cuestión es que ahora me

tomo la vida como viene. —Puso la mano en la bragueta de Nanni—. Si me gusta alguien, me acuesto con él y no me reservo para mi príncipe azul. Ya es demasiado divertido intentar encontrarlo. Vamos, no finjas que no te gusto. Lo veo en tus ojos. Sólo estaré aquí el fin de semana y tengo intención de aprovecharlo al máximo. Eres un hombre inteligente y adoro a los hombres inteligentes.

Nanni se acordó entonces de una pelirroja de la que había estado enamorado en el colegio. La niña había sido tan precoz como Fiyona, cogiéndole del cuello de la camisa y besándole detrás de la fuente después de misa para poder así añadir otra muesca a su lista de conquistas.

La periodista abrió aún más sus hipnóticos ojos verdes.

—¿Tenemos tiempo para jugar un poco antes del almuerzo?

Luca estaba sentado con su madre en el salón.

—Tengo que hablar contigo —dijo—. Se trata de Freya. Sospecha que Miles tiene una aventura y creo que debería venir enseguida, ¿no te parece?

—Por supuesto. ¡Ahora mismo!

—Miles necesita una buena patada en el culo. No sabe lo afortunado que es teniendo a Freya.

—Siempre sentiste debilidad por ella.

—Y sigo sintiéndola, por eso quiero ayudarla.

—¿Por qué no le dices que venga con su madre? Una mujer siempre necesita a su madre en los momentos difíciles. —Romina había cogido carrerilla y calculaba ya las posibilidades de que su hijo y Freya terminaran juntos—. Sí, eso es lo que yo haría. Llamaría a Rosemary ahora mismo y las invitaría.

—Eso quizá sería crear una tensión innecesaria —dijo Luca, pensando en la posibilidad de que Fitz y Alba volvieran a encontrarse treinta años después.

Romina frunció el ceño.

—No te entiendo.

—No te preocupes. A veces un poco de movimiento no viene mal. Desde luego a mí me encantaría.

Romina se mostró perpleja.

Antes de que tuviera la oportunidad de volver a indagar, Bill cruzó con paso firme la cristalera.

—Ah, estabas aquí, cariño. —Llevaba un pequeño pendiente de oro en la mano que enseñó a Romina y a Luca—. Lo he encontrado en el capricho. Creo que es una prueba de vital importancia.

Luca supo enseguida que se trataba del pendiente de Cosima y contuvo el aliento.

—Bueno, por fin sabemos con certeza que la intrusa es una mujer —dijo Romina, estudiándolo con atención.

—Podría tratarse de un *piercing* —añadió Luca, intentando quitar hierro al descubrimiento—. ¿A ver?

—Lástima que no podamos someterlo a un test de ADN.

—Es demasiado pequeño. Debe de llevar allí años —dijo Luca.

—Bill negó con la cabeza.

—Lo dudo. Estaba en la alfombra junto a la cama. Sin duda se le ha caído a alguien hace poco.

—En ese caso, sólo nos queda dar con alguien que lleve un único pendiente —dijo Romina—. ¡Lo dejo en tus manos, Sherlock!

—En serio, Luca. Tienes que dar con ella. ¿Por qué no has acampado en el capricho?

—Creía que no querías tener a nadie durmiendo ahí dentro.

—Pues he cambiado de opinión. ¿Dónde estuviste anoche?

—Salí por ahí.

—¿Con una amiga?

—Sí.

—¿Con Cosima?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Rosa me ha dicho que su prima llegó a casa a las cuatro de la mañana. Tú lo hiciste poco después. No hace falta ser muy lista para imaginar lo sucedido.

—Entonces, ¿Rosa también ha llegado a la misma conclusión?

—Sin duda alguna.

—Será mejor que llame a Cosima.

—Antes de que te vayas, cariño, ¿puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Es sobre el artículo del *Sunday Times*. Rosa le ha sugerido a Fiyona que fueron dos los hombres que asesinaron al *marchese*. Por lo que dice la gente, el asesino fue sólo Falco, el hermano de Valentina. ¿No crees que sería divertido descubrir que tuvo un cómplice? ¡Eso daría un gran vuelco al artículo!

—¡Rosa es capaz de decir cualquier cosa! Es muy melodramática.

—Cosima debe de estar al corriente. Ahora que tienes tan buena relación con ella, podrías averiguarlo. Y cariño, date prisa en atrapar a la intrusa. ¡Eres tan frustrante como la policía! Estoy enferma de impaciencia y de preocupación. Es mi capricho, la niña de mis ojos, ¡y ni siquiera me atrevo a acercarme a él!

Luca no dijo nada. No tenía la menor intención de hacer ninguna de las dos

cosas.

Cuando iba a levantar el auricular, sonó el teléfono.

—Cosima, ¡ahora mismo iba a llamarte! ¿Cómo estás?

—Rosa lo sabe. Sabe lo nuestro y también lo de los diamantes.

—Tranquila, Cosi. No hay nada de qué preocuparse. ¡Cualquiera diría que te ha pillado robando un banco!

—¡Me ha parecido que iba a explotar!

—Escucha, amor mío, ella está casada, tú no. Somos dos personas solteras que se han encontrado. No hay nada de malo en ello. Si Rosa está un poco celosa, es su problema.

—Creo que anoche subió al capricho.

—¿De verdad?

—Me dijo que ya sabía lo nuestro porque nos había visto.

—Así que por fin hemos encontrado a la intrusa —apuntó alegremente Luca.

—¿La intrusa?

—Es una larga historia. Te la contaré durante la cena.

—No entiendo qué hacía allí arriba en plena noche.

—Está obsesionada con Valentina. De hecho, cree que es Valentina —respondió Luca—. Quizá se acuesta en la cama y sueña con todas las aventuras que nunca tendrá.

—Está celosa porque ve paralelismos entre Valentina y yo. Las dos enamoradas de un inglés, a las dos nos han regalado hermosos diamantes...

—Espero que nosotros tengamos un final más feliz —dijo Luca irónicamente—. Por cierto, mi padre ha encontrado tu pendiente en la alfombra.

—Ah, me preguntaba dónde lo habría dejado.

—Bueno, pues no te pongas el otro porque mi madre se dará cuenta y te colgará. Bajaré a almorzar a la *trattoria*. Ahora que nuestra relación ha dejado de ser un secreto, podría gritarla a los cuatro vientos. ¡Quiero alardear de ti, Cosi!

—Ella quiso interrumpirle con sus protestas—. Bajaré te guste o no. Me alegra que lo nuestro ya no sea un secreto. Los dos somos adultos y no tenemos que andarnos con estos juegos infantiles.

—Puede ser —le interrumpió Cosima—. Pero Rosa...

Nanni y Fiyona regresaron de su paseo visiblemente acalorados. Romina dedicó una mirada a su hermano y vio que su indolencia había desaparecido como por encanto, revelando a un hombre más seguro de sí mismo. Acto seguido se volvió a mirar a la periodista. No había nada nuevo en sus andares desgarbados ni en la suciedad generalizada de su aspecto, aunque parecía muy satisfecha consigo misma.

—*Madonna!* —masculló por lo bajo Romina—. ¡Esta chica es una furcia!

—Ah, ha sido un paseo fantástico —dijo Fiyona, derrumbándose en una silla—. No hay nada como el mar.

—¿Qué tal lo has pasado tú? —preguntó Romina a su hermano.

Nanni la miró, incapaz de disimular la culpa en su mirada.

—Bien. Voy a cambiarme para el almuerzo. Hace demasiado calor para un hombre de mi tamaño.

—Creía que el mar te habría refrescado —inquirió Romina sarcásticamente.

—Eso había creído yo también. Pero no, el ascenso me ha vuelto a acalorar.

Nanni desapareció antes de que su hermana pudiera seguir interrogándole. Al llegar a su cuarto, se permitió una amplia y desinhibida sonrisa. La última vez que había tenido relaciones —y de eso habían pasado ya veinte años—, la experiencia había resultado un humillante desastre. Todavía se encogía de vergüenza al recordarlo. Esperaba que la chica con la que se había acostado estuviera muerta a esas alturas para que el testimonio de la vergüenza que había visto en él hubiera muerto con ella. Desde entonces, Nanni había evitado el sexo a toda costa. Pero Fiyona había removido algo que yacía enterrado desde hacía largo tiempo y Lázaro se había levantado. No era capaz de definir del todo qué era lo que le atraía de ella. Quizá la naturalidad con la que abordaba el sexo y su modo de acercarse a él sin ninguna alharaca. Fiyona le deseaba y le había hecho suyo sin tan siquiera preguntar, y Nanni la había satisfecho. Apenas se reconoció en el hombre que le miraba desde el otro lado del espejo. Mientras se desvestía, se atrevió a preguntarse si a ella le apetecería repetirlo.

Luca bajó en coche al pueblo y aparcó en la plaza. En cuanto salió del vehículo, vio a Francesco jugando alrededor de un grupo de ancianas viudas sentadas en un banco debajo de una palmera. Les soplaban en la cara y se reía al verlas mirar en derredor, visiblemente confundidas. Luca negó con la cabeza al ver las pícaras travesuras del pequeño. Era evidente que la felicidad de su madre le había hecho también feliz a él, pues tenía una sonrisa amplia y despreocupada en el rostro. El niño percibió su presencia y dejó de soplar para mirarle antes de señalar a la iglesia.

Luca cruzó los grandes portalones. El aire estaba impregnado de incienso y las velas parpadeaban en la penumbra como pequeñas estrellas. Al no ver a Cosima, decidió deambular por el templo, buscándola en las capillas construidas a ambos lados de la nave central, donde parpadeaban pequeñas velas blancas en relumbrantes altares. No vio a Cosima hasta que llegó a la nave que estaba al fondo, junto al altar. La encontró hablando con el cura. Estaban sentados y susurraban con las cabezas juntas. Luca se quedó mirándolos durante un rato, pues no quería interrumpir. Le pareció captar las palabras «Londres» e «Inglaterra».

Cuando le vio, Cosima pareció sobresaltada, le dijo algo al cura y se levantó.

—Luca, permíteme que te presente al padre Filippo. —Le indicó que se acercara con una seña.

El padre Filippo se levantó a su vez y atrapó la mano de Luca entre las suyas.

—Es un placer conocerle —dijo afablemente—. Cosima me ha hablado mucho de usted.

Él no sabía cómo dirigirse a un cura.

—Tiene usted una iglesia preciosa. —Fue sin duda un comentario poco convincente.

—Gracias. A nosotros nos gusta, ¿verdad, Cosima?

—Es un lugar que reconforta e infunde tranquilidad —respondió ella, sonriendo a Luca.

—No pretendía interrumpir —explicó él.

—No se preocupe. Ya hemos terminado. —El padre Filippo se volvió hacia Cosima—. ¿Mejor?

Ella asintió.

—Sí, gracias. Vamos, Luca. Salgamos a almorzar.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó ella mientras se dirigían hacia la puerta por el pasillo central.

—Por Francesco.

—¿Francesco?

—Sí. Estaba asustando a un trío de ancianas, soplándoles en la cara. Ha señalado hacia aquí. —Luca se encogió de hombros—. La verdad es que está resultando muy útil.

Aunque no había en el mundo nada que Cosima deseara más que creerle, como no podía ver a Francesco con sus propios ojos, le quedaba una pizca de duda.

—Ojalá pudiera abrazarle —dijo con un hilo de voz.

—Es un espíritu, Cosi. No podrás abrazarle hasta que te reúnas con él.

Cruzaron la plaza en silencio. Francesco ya no estaba. Las ancianas seguían chismorreando como si nada hubiera ocurrido.

—Quiero creerte, de verdad, pero no sé si me estás diciendo lo que quiero oír para hacerme feliz. ¿Es todo esto un truco para que me enamore de ti?

A Luca le dejó pasmado que ella pudiera dudar de él.

—¿De qué has estado hablando con el padre Filippo?

—¡De nada! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero ¿por qué sólo puedes verle tú? ¿Por qué no puedo verle yo?

Él la tomó de los brazos.

—No lo sé, Cosi. Por favor, no dudes así de mí. Ojalá pudiera demostrártelo, pero no puedo.

—Quizá podría decirte algo que sólo él y yo sabemos.

—Nunca me dice nada. Es apenas un niño. Probablemente, esté tan confundido como nosotros. Lo más seguro es que ni se le haya ocurrido la posibilidad de hablar conmigo. Lo único que quiere es estar cerca de ti.

—Y yo de él. —Cosima miró a su alrededor—. ¿Dónde está en este momento?

—No le veo.

—¿No le ves? ¿Por qué? ¿Por qué sólo le ves cuando no estoy contigo? ¡Si realmente puedes verle, tráele aquí y habla con él!

Luca la miró angustiada.

—No puedo —reconoció—. Esto es nuevo para mí. Yo tampoco sé cómo funciona.

Entonces se le ocurrió una locura.

—¡Ven! —le ordenó, tomándola de la mano y tirando de ella por la plaza hacia las ancianas—. Se lo preguntaremos a ellas.

—Creerán que estás loco.

—Que crean lo que quieran.

Las tres mujeres dejaron de hablar y clavaron en ellos las miradas. Cosima se estremeció de vergüenza mientras Luca se presentaba con absoluta seguridad en sí mismo.

—Buenas tardes, señoras —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. Me llamo Luca Chancellor. Siento interrumpir una escena tan tranquila y sé que mi pregunta puede resultarles realmente extraña. —Las tres viudas le miraron como si fuera un extraterrestre—. Díganme, ¿hace un rato han sentido como si alguien les estuviera soplando en la cara? Ya sé que les parecerá raro, pero es muy importante.

La anciana más menuda empezó a mordisquearse las mejillas, mientras que la más gorda masculló algo inaudible. La tercera sonrió de oreja a oreja, dejando a la vista una hilera de pequeños dientes amarillos.

—¡Así que era usted! —exclamó, riéndose entre dientes—. ¡Si no fuera usted tan guapo, le sacudiría con el bolso!

La más menuda de las tres se inclinó hacia delante para verle mejor.

—¿Así que fue usted quien nos ha soplado en la cara? Pues debe saber que es muy grosero de su parte.

—Les prometo que no he sido yo —respondió Luca, retrocediendo—. Era un espíritu, pero mi amiga no me cree.

—¿Un espíritu? —gritaron las tres al unísono, mirándose presas de una oleada de excitación.

—¿Me crees ahora? —dijo él.

—No tengo más remedio —concedió Cosima.

Luca la miró fijamente a los ojos.

—Jamás te mentiría, Cosi. Te prometo que nunca te mentiré. —Siguieron bajando hasta el muelle en silencio. Cuando estaban cerca de la *trattoria*, sintió que Cosima se ponía tensa al ver a Rosa en la terraza. Estaba inclinada sobre una mesa de jóvenes con su vestido rojo y el escote a la vista.

Cuando llegaron, Luca no le soltó la mano. Rosa alzó la mirada y reparó en las manos firmemente entrelazadas de ambos y en la cercanía de sus cuerpos al andar. Aun así, forzó una sonrisa e intentó restar importancia a sus sentimientos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Si no estuviera casada, me habría puesto celosa.

—¿Por qué no almuerzas con nosotros?

Rosa hizo una mueca.

—Como si pudiera. ¿No ves que estoy trabajando? No, almorzad solos. ¡A fin de cuentas, digo yo que tendréis que conoceros! —Señaló a una mesa del rincón—. Es una mesa tranquila. Nadie podrá oíros.

—Gracias, Rosa —dijo Cosima sinceramente.

—Oye, ya podéis darme las gracias por haberos unido. De no haber sido por mí, tú seguirías llorando por ahí como una señorona. —Apuntó entonces con una uña roja a Luca—. Y tú seguirías dándole vueltas a tu divorcio. Me alegro por vosotros y también por mí, porque puede que mi buena obra haya servido para borrar parte del daño que he hecho en el pasado y me haya ganado así el cielo. Y ahora sentaos a comer. Alfonso ha preparado una langosta exquisita.

Rosa se marchó a la cocina y se sentó a la pequeña mesa de madera.

—Romano, sírreme una copa de vino, ¿quieres?

—¿Estás bien, Rosa? —preguntó Alfonso. De pronto, había palidecido.

—Sí, estoy bien. —Romano llegó con una copa y le sirvió el vino. Ella se tomó un buen sorbo—. Mejor. —Negó con la cabeza en un gesto de desesperación—. ¡Hay que ver la suerte que tienen algunas!

Después de cenar Fiyona cogió un taxi que la llevó al pueblo tras recordarle a Romina que tenía una cita con Fiero.

—Ahora entiendo cómo es que habla tan bien el italiano —le dijo Romina a Ma—. Se acuesta con todos los camareros.

—Tu hermano se va a llevar una decepción —dijo Ma—. Lo tiene histérico de excitación.

—Por fin algo le ha hecho despertar. Lástima que haya sido una furcia.

—Esa mujer es un animal. —Ma dejó escapar un bufido de desaprobación—. Es de las que se tiran a todo lo que se mueve.

—¡Sobre todo si no se mueve demasiado deprisa, como Nanni!

—Sacrifícale sin miramientos si con ello te garantizas un buen artículo.

Romina miró a su hermano, que estaba solo en la terraza con un vaso de whisky.

—Espero que nos haya dejado bien parados.

—Bah, no creo que ella sea demasiado exigente.

—No veo qué puede haber visto de sensual en Nanni.

Ma entrecerró los ojos, cavilosa.

—No lo sé, la verdad. Siempre hay un roto para un descosido.

—¿Eso te incluye también a ti, Ma?

La mujer esbozó una sonrisa irónica.

—Soy demasiado espiritual para abandonarme a los placeres terrenales.

—Pues los placeres de la carne son los únicos que tenemos, querida. Aprovecha mientras puedas.

HABÍA oscurecido. Un viento marino barría la costa, y cual dedos fríos mesaba los cabellos de Rosa. Caminaba por la playa de piedras con lágrimas en los ojos. A lo lejos se oía el débil fragor de una fiesta, el repentino arrebató de carcajadas, el sonido de la alegría que tan sólo lograba hacer hincapié con mayor crueldad en su propio descontento. Se sentó, se arrebujó en el cárdigan y contempló el mar. Las estrellas parpadeaban como luciérnagas y la luna brillaba con fuerza, iluminando el Mediterráneo a sus pies y atrayendo la mirada de Rosa hacia el horizonte. «Me merezco algo mejor que esto —pensó—. No estoy hecha para vivir en un pueblo ni para morir en la oscuridad. Ahora Cosima me roba la vida que yo debería haber tenido. Se marchará a Londres y viajará por el mundo. Vestirá ropa cara y se pondrá diamantes.» En un arranque de frustración, cogió una piedra y la lanzó al agua. La piedra quebró la superficie con un chasquido.

Se percató entonces de la existencia de una difusa figura situada en el extremo opuesto de la playa. Dejó de lanzar piedras y aguzó la mirada para ver mejor. «Un hombre», pensó. Parecía agitado, aunque no logró identificar sus rasgos. Durante un instante creyó que le vería adentrarse en el mar como días antes lo había hecho Cosima. No tenía la menor intención de ir tras él y se encogió para que él no pudiera verla. La figura recorría un pequeño tramo de playa, de un lado a otro, con los pies en el agua. Por fin, se dirigió hacia el pequeño sendero que subía entre los acantilados hacia el *palazzo* pasando por el capricho.

Rosa se levantó y corrió tras él, cediendo a la curiosidad. Conocía el sendero como la palma de su mano, cada rincón y cada curva, las subidas y las bajadas. Poniendo especial empeño en que el hombre no la viera ni la oyera, corrió a hurtadillas por las piedras con una elegancia felina. Al parecer, también él conocía bien el sendero. En ningún momento vaciló ni tropezó, sino que se movía con comodidad en la oscuridad.

Rosa le siguió a una distancia prudencial. Caminaba con los nervios alerta, presta en todo momento a buscar refugio entre los matorrales si él se daba la vuelta, pero el hombre caminaba como en trance. Al parecer, nada podía distraerle de su propósito.

Por fin, desapareció entre los árboles. Rosa se ocultó tras un gran arbusto y espero. Oyó entonces el susurro de pisadas alrededor del capricho, como si el hombre estuviera mirando por las ventanas para comprobar que no hubiera nadie dentro. Se oyó entonces el sonido de una llave en la cerradura. Rosa contuvo el

aliento al tiempo que la excitación se expandía en su pecho. Por fin tenía la oportunidad de inyectar a su vida un poco de aventura. A fin de cuentas, Valentina había hecho lo mismo.

Vio el cálido halo de la luz de las velas alrededor de los bordes de las contraventanas colándose en la oscuridad y dejando así a la vista al intruso. Así que sí había un intruso después de todo, y no era ningún fantasma. Pero ¿quién era y por qué estaba allí? Con el pulso palpitándole en las sienes, Rosa apoyó los dedos en la manilla y abrió la puerta.

Con la pena y el recuerdo de su hijo muerto como compañeros constantes, Cosima dormía mal. Durante el día, Luca le daba valor y esperanza, pero de noche la embargaba la desesperación..., la sensación de caer en un abismo. Luca le había arrojado un cabo, pero ¿adónde la llevaría? No podía abandonar a Francesco. Nada la alejaría de Incantellaria, en cuyo suelo estaban grabados todos sus recuerdos. Viviría allí hasta el día de su muerte, con o sin Luca.

Cuando por fin se sumió en un sueño profundo, una honda calma la liberó de las azarasas cavilaciones que acechaban su mente. Se vio rodeada de un halo de blancura y en esa luz celestial sintió la presencia de su hijo. Francesco apareció ante ella como había sido en vida: con los ojos grandes y sonrientes, la piel morena y lustrosa y las mejillas del color del amanecer más perfecto. El pequeño buscó el calor de su cuerpo y Cosima le estrechó entre sus brazos, aspirando la lechosa vainilla de sus cabellos, sintiendo la suavidad de su piel contra los labios y el calor de su pequeño cuerpo contra el suyo, y por primera vez desde hacía tres años se sintió completa.

Por fin, Francesco separó su cuerpo del de su madre y la miró con los afectuosos ojos de un sabio anciano.

—Tienes que volver.

—¡No me pidas que me marche ahora!

—Tienes que hacerlo. No ha llegado tu hora todavía.

—Pero quiero quedarme contigo —suplicó Cosima.

Francesco sonrió como si la idea de estar separado de ella le resultara absurda.

—Sabes que siempre estoy contigo.

—¡Pero no puedo verte!

—Ten fe, *mamma*. —Despacio, muy despacio, empezó a desvanecerse—. Ten fe.

Cosima tendió las manos hacia él, atravesando con ellas la blancura que la envolvía.

—Te quiero, Francesco. No me dejes. No puedo vivir sin ti. ¡No me dejes!
¡Por favor, vuelve!

—Ya pasó, cariño. Has tenido una pesadilla. —Alba estaba inclinada sobre ella con su camisón blanco. Cosima miró aterrada a su alrededor. Francesco había desaparecido. Su tía le acarició la cabeza—. Ya pasó. Ahora estás despierta.

—No quiero estar despierta —respondió ella, cerrando los ojos en un intento por regresar al extraño cielo blanco del que acababa de emerger.

—Ha sido un sueño —dijo Alba, tranquilizándola.

—No. Era real. Francesco estaba aquí. He podido sentir su presencia y olerle. ¡Era real! —Se echó a llorar. Su tía encendió la luz y Cosima se estremeció—. ¡Apágala! —Alba no le hizo caso y se sentó en la cama.

—Era Francesco en espíritu. —Cogió a su tía por los hombros y abrió unos ojos como platos—. Luca me dijo que nada en el mundo me permitiría abrazarle, pero subestimaba a mi hijo. Francesco ha encontrado la manera.

Alba apagó la luz y dejó que Cosima volviera a dormirse. Con los años cada vez estaba más convencida de que el mundo espiritual estaba siempre presente. Se acordó de la intensidad con la que muchos años atrás había percibido la presencia del fantasma de Valentina en la casa el día de su llegada y recordó también cómo el fantasma había desaparecido cuando Immacolata por fin lo había liberado.

Volvió a la cama y se acostó al lado de Pánfilo, que había seguido durmiendo, ajeno a los gritos de su sobrina. Dejó que su mente saltara entre las distintas cavilaciones que la ocupaban, deseosa de reconciliar el sueño, cuando de pronto oyó una especie de canturreo procedente del exterior. Podría sin duda haberse tratado del silbido del viento, o quizá del ululato de una lechuza, pero el canturreo fue aumentando en intensidad a medida que el sonido se acercaba a la casa. Intrigada, volvió a salir de la cama y se acercó a la ventana. Allí fuera, caminando alegremente, estaba Rosa. Alba se quedó perpleja. Lo primero que le vino a la cabeza fue Eugenio. Si descubría a su mujer volviendo a casa de madrugada, habría una pelea monumental. Se puso la bata y bajó a toda prisa, sorprendiendo a su hija cuando entraba sigilosamente por la puerta de atrás como una ladrona.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó con las manos en la cintura y el rostro pálido bañado por la luz de la luna que entraba a raudales por las ventanas de la cocina.

—He salido a dar un paseo.

—¿A estas horas?

—Es mi hora favorita.

—Estás borracha.

—No he bebido una sola gota. Simplemente estoy feliz —declaró con una sonrisa enigmática.

—¿Y a qué viene tanta felicidad cuando tienes a tu marido solo en la cama y a tus hijos...?

—Nunca se despiertan durante la noche.

—Siempre cabe la posibilidad de que ocurra. ¿Qué pasaría entonces? Eugenio se preguntaría dónde estás.

—Salgo a pasear de noche a menudo. —Se apoyó en el aparador y se cruzó de brazos—. Me encanta pasear en la oscuridad por los acantilados y bajar a la playa. Me hace feliz, *mamma*. Me ayuda a olvidarme durante un rato de esta casa claustrofóbica. Así puedo respirar un poco. Aunque esta noche ha sido especial. Estoy más feliz que nunca. De hecho, jamás imaginé que pudiera ser tan feliz.

La expresión de Alba se ensombreció.

—¿Con quién has estado?

—Con nadie. Con los espíritus.

—¿Qué estás diciendo?

—Que he estado con espíritus. Con fantasmas. —Negó con la cabeza como si su madre fuera demasiado estúpida como para comprender—. No te preocupes. No son más que bobadas. Estoy cansada. Si no te importa, subiré a acostarme.

—No dejes que Eugenio te sorprenda saliendo a escondidas en mitad de la noche.

—Mi marido duerme como un tronco.

—Puede que un día de éstos el tronco se despierte, y ese día te habrás metido en un buen lío.

—Sé perfectamente cómo tratar a mi marido. Los hombres son todos iguales.

Alba observó preocupada la inconsciencia de su hija.

—Tu problema es que no valoras lo que tienes, Rosa.

—¿Qué sabrás tú? Nunca me preguntas por mí. Es siempre Cosima, Cosima y Cosima. No recuerdo la última vez que me preguntaste cómo estaba. Pero da igual —concluyó, dirigiéndose hacia la escalera—. Por cierto, Cosima y Luca son amantes.

—Ya lo sé.

—Por supuesto que lo sabes. Sois uña y carne como un par de ladronas. —Empezó a subir las escaleras, dejando a Alba furiosa.

—Piensa lo que quieras, pero, te guste o no, soy tu madre y ésta es mi casa. Intenta ver más allá de tus narices, hija. ¡Siempre has sido una egoísta!

Rosa estuvo a punto de cerrar la puerta del cuarto de baño con un portazo, pero

no quería despertar a Eugenio. Apoyó las manos en el lavabo e inspiró hondo, sintiendo cómo la ira le agitaba las aletas de la nariz. ¿Cómo se atrevía su madre a hablarle así? No era ninguna egoísta. Simplemente quería ser el centro del mundo de su madre. ¿O acaso, como hija, no era ése su derecho? Pero Cosima ocupaba ese lugar y así lo había hecho desde que Francesco se había ahogado. Se miró al espejo y vio en él a Valentina que clavaba en ella la mirada.

Lo más probable era que su prima se marchara a Londres con Luca. Bueno, tanto mejor. Rosa ya no necesitaba que Luca la llevara con él. Esa misma noche acababa de descubrir que todo lo que necesitaba estaba allí mismo, en Incantellaria, y que siempre había estado allí.

Una vez más, se metió en la cama convencida de que su marido dormía y de que no había oído la conversación que había tenido con su madre. Y una vez más, el corazón de Eugenio volvió a sangrar en silencio.

La mañana siguiente era domingo. Rosa estuvo canturreando durante el desayuno con una secreta sonrisa en la cara mientras Cosima comía en silencio, aferrándose a Francesco con todos los sentidos. Pánfilo se fue a misa con Toto, Beata, Rosa, Eugenio, los niños y sus primos, dejando a Alba en casa con su sobrina, que había quedado en verse con Luca.

Pánfilo besó tiernamente a su mujer antes de marcharse, aconsejándole que se olvidara de la discusión que había tenido con Rosa.

—No sé de quién ha sacado ese carácter —dijo entre risas al tiempo que las arrugas se pronunciaban en su apuesto rostro.

—Me he calmado con los años —le respondió Alba, sonriéndole a regañadientes.

—Rosa también. Lo que pasa es que es joven y tiene mucho genio. Hablaremos después, pero quizá lo que necesita es vivir en su propia casa.

—¿Con un sueldo de policía?

—Desde luego con el mío no.

Lo cierto es que Alba no quería que Rosa y Eugenio se marcharan. Siempre que había salido el tema, se había inventado cualquier excusa imaginable para impedirlo. Les había pedido que esperaran a haber ahorrado dinero suficiente para poder comprar una casa grande. Cuando Pánfilo había sugerido ayudarles económicamente, ella le había respondido que con su oferta ofendería el orgullo de Eugenio. En cualquier caso, ¿no les convenía tener a una niñera a su disposición? Aunque los tres niños daban un trabajo considerable, con la ayuda de la abuela la carga era mucho más llevadera. Además, la costumbre de que las familias vivieran juntas formaba parte de la cultura italiana. Así había vivido Immacolata y ellos habían seguido su ejemplo. En el fondo Alba temía que la casa se quedara vacía sin ellos, sobre todo teniendo en cuenta que Pánfilo estaba

fuera muy a menudo. Rosa, su marido y los niños eran parte de la esencia del lugar, y ella estaba encantada con su compañía. Adoraba a sus nietos, le encantaba leerles cuentos todas las noches y arroparlos. Y disfrutaba también viéndoles jugar en el olivar.

Pero sobre todo le ayudaban a sobrellevar la pérdida de Francesco. De no haber sido por Rosa y su familia, Alba habría caído en el abismo con su sobrina. Tal y como estaban las cosas, no podía hablar de su propio pesar. Sabía que si se dejaba llevar por él quizá no habría forma humana de recuperarse.

Cosima estaba lavando los platos en el fregadero, concentrada todavía en el sueño que había tenido esa noche cuando el rostro de Luca apareció en la ventana. Segundos después, él entró a la cocina, la abrazó y la besó en la mejilla. Ella se apartó de él. De pronto la intimidad con él le resultó abrumadora.

—Quiero llevarte a pasear todo el día si tu familia puede prescindir de ti.

—Por supuesto. —Alba se alegró al ver que la cara de Cosima se sonrojaba de contento—. Te mereces un poco de diversión.

Luca soltó a Cosima y se apoyó en la encimera.

—Esta mañana mi madre está insoportable. He tenido que marcharme en cuanto he podido.

—¿Qué le pasa?

—La visita de Pánfilo para fotografiar el *palazzo* ha podido con sus nervios. Está sentada en la terraza en la postura del loto, intentando calmarse. ¡Y no lo tiene nada fácil con mi padre y el profesor discutiendo acaloradamente de política sentados a la mesa en la habitación de al lado! —Suspiró—. Una tropa de floristas, estilistas, maquilladoras y ayudantes caerán mañana en el *palazzo*, así que también necesitaré huir.

—Podrías echarnos una mano en la *trattoria* —sugirió Cosima con una sonrisa—. Rosa se ha ofrecido voluntaria para ayudar a Pánfilo.

—Cómo no. —Alba se acordó de la escapada de medianoche de su hija y se preguntó si su sobrina sabía algo que ella desconocía—. No entiendo para qué la necesita Pánfilo —dijo, intentando obtener alguna información.

—Está fascinada con el *palazzo* —respondió Cosima—. Creo que se cuele en el capricho durante la noche.

—¿Para qué?

—Quizá porque le apetece un poco de aventura.

—¿En ese sitio viejo y cerrado?

—Ella no lo ve así.

Alba negó con la cabeza.

—Seguro que te equivocas.

—En fin —intervino Luca—, lo que sí es seguro es que alguien ha estado allí y

mi madre me ha encomendado la misión de averiguar quién es.

—Rosa sabe muy bien lo que pienso del *palazzo*. —Alba había palidecido. No deseaba hablar del lugar, y menos aún imaginar a su hija refocilándose en la tragedia ocurrida en el pasado. Rosa sabía lo sagrada que era para ella.

—Mamá ha invitado al *palazzo* a otra pareja —dijo Luca, cambiando de tema.

—Si es que parece un hotel —intervino Alba. Su voz sonó más afilada de lo que pretendía.

—De hecho, cada minuto que pasa se parece más a un hotel, es cierto —concedió él—. El profesor y Ma Hemple son invitados permanentes. Estoy seguro de que se quedarán a pasar todo el verano. No entiendo cómo pueden mis padres soportar estar constantemente rodeados de gente.

—¿A quién han invitado ahora? —preguntó Cosima, guardando los platos que había secado.

—A un caballero encantador llamado Fitzroy Davenport. —Luca habló despacio y deliberadamente, sintiéndose de pronto culpable por fingir no estar al corriente de la historia de Alba, cuya boca vio abrirse de golpe a causa de la sorpresa.

—¿Fitzroy Davenport?

—El mismo —respondió—. ¿Le conoce?

—Sí, fuimos novios.

Cosima clavó la mirada en su tía. Su candor resultó encantador.

—¿Novios? ¿Cuándo?

Alba se rió.

—Mucho antes de que conociera a Pánfilo. Cuando eras una niña. Hice una sabia elección en aquel entonces y jamás me he arrepentido de ello. Tuve que elegir entre Fitz o tú, Cosima. No podía teneros a los dos.

—Pobre Fitz —dijo Luca.

—Bueno, con el tiempo se casó con otra. ¿Quién es ella?

—Rosemary —respondió Luca—. Una mujer muy... eficiente.

—Quieres decir... mandona. Vaya, Fitz, con todas las mujeres que podrías haber elegido... ¡Siempre fue vulnerable a esa clase de mujeres! ¿Cuándo vienen?

—El próximo fin de semana.

—Qué ilusión. Después de todos estos años. ¿No le sorprenderá?

Luca se acordó de la expresión melancólica que había visto asomar al rostro de Fitzroy y de la ternura con la que le había oído referirse a ella.

—Será una sorpresa agradable —añadió con convencimiento. Durante un instante, al calibrar que Alba era mucho más hermosa que Rosemary, sintió lástima de esta última, aunque optó por no mencionarlo. En vez de eso, decidió

llevarse a Cosima al sol. Había advertido a Alba de la inminente llegada de Fitzroy. Ya se había inmiscuido lo suficiente.

Cosima y él se tumbaron juntos sobre la hierba bajo la vieja torre de vigilancia. Ella parecía ligeramente distraída, como si tuviera la cabeza en otro sitio. Él le pasó la mano por el pelo, acariciándolo entre los dedos, y le recorrió la piel con los labios.

—¿En qué piensas?

—Anoche tuve un sueño —respondió ella con una sonrisa vacilante—. Y no sé cómo interpretarlo.

—¿Con qué soñaste?

—Con Francesco.

NANNI y Fiyona siguieron las instrucciones de Caradoc y se sentaron en un banco de la plaza, delante de la iglesia. El sol brillaba en el cielo, los pájaros trinaban en los árboles o brincaban en la hierba para picotear las migas de pan que les arrojaban los niños y la campana de la iglesia llamaba a misa. Los ancianos y las mujeres vestidos de negro aparecían en la plaza como cangrejos arrastrándose desde las hendiduras de la roca con la cabeza cubierta por los sombreros o los velos negros y los rosarios tintineando en los bolsillos. Las parejas más jóvenes cruzaban apresuradamente la plaza con sus hijos: las niñas con sus mejores vestidos y los niños como patenas. Habríase dicho que el pueblo entero se vaciaba en la iglesia. Todo estaba cerrado, salvo el hotel, delante de cuyas puertas una pareja de turistas norteamericanos aguardaban la llegada de un taxi con las cámaras al hombro mientras estudiaban una guía del sur de Italia.

Fiyona y Nanni esperaban como un par de hienas. Y es que él se transformaba cuando estaba con la periodista. Se sentía viril y sensual. Mostraba su enorme tripa y fumaba un cigarro. Ella parecía más interesada en los jóvenes, morenos y guapos, con esa despreocupación típicamente latina que tanto la excitaba. No podía evitar sonreírles y ellos le devolvían la sonrisa, reconociendo al instante en sus ojos su disponibilidad, como habrían reconocido un cartel de «abierto» colgando de un escaparate.

Se colocó un cigarrillo en la boca y lo encendió, dejando que el humo caracoleara desde la comisura de los labios.

—Este pueblo está lleno de gente vieja —dijo—. Seguro que todos saben algo.

—Tenemos que dar con la persona adecuada —respondió Nanni—. Pocos querrán hablar. La gente del sur es muy reservada.

—Pues cualquiera lo diría viendo a los jóvenes —dijo ella, pensando en Fiero y en la poca vergüenza con la que habían flirteado la noche anterior.

—Los jóvenes no vivieron la guerra.

—¿Tu hermana estaba al corriente de la historia del palacio cuando lo compró?

—Su marido y ella se enamoraron del *palazzo*. La historia no les interesa.

—Pues ahora parece que sí.

—Ahora les interesa a todos. —Arrojó la ceniza al suelo.

—Entonces, ¿no le importa que asesinaran a un anciano en su casa?

—¿Por qué iba a importarle? Eso pasó hace mucho tiempo.

—Me pregunto qué le parece a Alba y a su familia que tu hermana lo haya

restaurado.

—Si tanto le importara, Alba no habría elegido vivir aquí. Además, no llegó a conocer a su madre. Valentina murió cuando ella era una niña.

—Pero su tío fue un asesino.

—Se vengó de la muerte de su hermana.

—Sigue siendo un asesino. Seguro que preferiría que el episodio cayera en el olvido.

—No olvides que a Falco nunca le acusaron del crimen. La policía creyó que había sido la mafia. El caso está cerrado.

—¿Falco fue el único responsable, o contó con la ayuda de un cómplice? —Recordó que Rosa parecía haberse ido de la lengua.

—¿Cuánta gente hace falta para matar a un marqués? —Nanni se rió entre dientes—. Quizá fueron tres. ¿Quién sabe?

—Pero es que yo quiero saberlo —insistió ella con firmeza—. Me gusta aclarar los hechos. Eso es lo que me convierte en una buena periodista.

—Supongo que es una ventaja. ¡Muchos periodistas que conozco se inventan lo que publican!

Después de misa, el pueblo entero salió de la iglesia y se dispersó. Fiyona escudriñó con atención el rebaño de rostros e incluso intentó hablar con un par, pero ellos la miraron horrorizados y se alejaron arrastrando los pies, mascullando entre dientes.

—Esto no va a ser fácil.

—Ya te he dicho que no les gusta hablar con desconocidos.

—¿Y cómo se las ingenia tu sobrino? —Hizo un nuevo intento, igual de infructuoso que los anteriores, y vio entonces un rostro que reconoció—. ¡Rosa! —Captó la mirada de la joven y la saludó con la mano.

La muchacha se separó de su familia.

—Hola, Fiyona. ¿Qué haces aquí?

—He venido a misa —respondió la periodista. Rosa arqueó las cejas—. Te presento a Nanni, el hermano de Romina. —La joven le dio la mano—. ¿Ésos son tus hijos? —preguntó Fiyona al tiempo que la familia de Rosa se reunía con ella.

—Sí, y mi marido, Eugenio. Mi padre, Pánfilo, y mi tío Toto. Su mujer, Paola, y su madre, Beata.

—Veo que tienes una familia numerosa —dijo Fiyona, esbozando su sonrisa más afectuosa.

—¡Y sólo te he presentado a una parte! —se rió Rosa—. Ocupamos varios bancos de la iglesia.

—¿Vivís aquí, en el pueblo?

—A las afueras. En la misma casa en la que vivió Valentina —susurró para que Beata no la oyera.

—Vestida así te pareces aún más a ella —la piropeó Fiyona.

—¿Te apetece venir a tomar una copa?

—Me encantaría. ¿Puede acompañarme Nanni?

—Por supuesto. —Rosa se volvió hacia su padre—. Les he invitado a que vengan a tomar una copa a casa. —A Pánfilo se le nubló el rostro—. ¡No me mires así, *papá!* Mi madre huye de todo lo que tenga relación con el *palazzo* —explicó.

Fiyona se apresuró a deshacerse en cumplidos.

—No se preocupe. No pretendíamos molestar. Ha sido un placer conocerles. Qué familia tan amigable y hermosa tiene, Pánfilo. Debe de estar muy orgulloso.

El hombre se sintió avergonzado. No era propio de él ser descortés.

—No, por favor. Son ustedes bienvenidos en casa —dijo. Fiyona miró a Nanni, entrelazó su brazo al de Rosa y echó a andar hacia el coche de Pánfilo.

Alba estaba ocupada en casa, recogiendo los juguetes de los niños, doblándoles la ropa, guardando sus lápices y sus libros. Decidió al terminar acercarse a la vieja torre de vigilancia en la que estaba enterrada su madre, bajo el olivo.

Se acordó de cuando de joven recorría ese mismo sendero, soñando con Fitz y debatiéndose contra la decisión que tenía que tomar: quedarse en Italia con Cosima o regresar a Inglaterra con él. Un ave rapaz planeaba en silencio en el aire, batiendo el suelo en busca de conejos y ratones. Alba aspiró el aroma del tomillo y del romero, paseó la mirada por la colina en la que pequeñas flores amarillas salpicaban las hierbas altas y sintió que se le alegraba el alma. Jamás se cansaría de ese paisaje. Su belleza la mantendría cautiva hasta el fin de sus días.

Fue presa de un estremecimiento de excitación al pensar en que volvería a ver a Fitz. ¿Habría cambiado? ¿Sentiría de nuevo algo por él o sería su amor apenas un recuerdo corroído por el paso del tiempo, o un espejismo del pasado? Pensó en él casado con Rosemary y se rió a carcajadas al recordar que había caído en brazos de una mujer mandona. Siempre había sido un hombre afable, dulce y encantador..., vulnerable ante una mujer fuerte y determinada. Alba le había dejado con el corazón partido, pero le había prometido que le esperaría. Y así lo había hecho al principio, pero Fitz no había vuelto. Italia había llenado el vacío que él había dejado, y su sobrina le había enseñado que había muchos modos distintos de querer a alguien. Al fin y al cabo, la necesidad de Cosima había sido

mayor que la de Fitz. Los húmedos ojos y la incrédula sonrisa de la pequeña le habían enseñado que había tomado la decisión correcta al regresar. Luego había aparecido Pánfilo, y Alba se había enamorado. El enamoramiento se había desvanecido con el tiempo para ser reemplazado por un amor sólido, profundo y duradero. Se preguntaba cómo habrían sido las cosas si en vez de haber vuelto se hubiera casado con Fitz y se hubiera quedado a vivir en Londres. ¿Habría tenido Fitz la fortaleza de carácter como para retenerla a su lado? ¿Se habría cansado ella de él y habría retomado la promiscuidad que hasta entonces había marcado su vida? ¿Habría quedado Italia definitivamente desplazada por el hueco materialismo y la codicia del mundo al que había regresado? ¿En qué clase de mujer se habría convertido?

Llegó al olivo y se sentó en la hierba. Se acordó del día que Fitz había llegado a Incantellaria para pedirle que se casara con él, su júbilo inicial y poco después el temor a abandonar a la familia que acababa de descubrir. Se acordó también de la escapada que habían hecho al *palazzo* y de cómo habían saltado la puerta alabeada por el tiempo y oxidada por las múltiples lluvias, de cómo se habían deslizado a hurtadillas por el camino privado cubierto de matorrales, de espinos y de ramas grandes y pequeñas. Los jardines se habían adueñado del lugar y habían invadido la casa, colándose por los muros semiderruidos como serpientes, y un frío siniestro se había instalado en el *palazzo*, como si el edificio estuviera construido en la cima de una montaña y disfrutara de un clima propio. Alba recordó también el olor a vegetación putrefacta y a abandono. Pero Fitz la había acompañado dentro y ella se había sentido más valiente con él a su lado.

Por fin, habían llegado a una habitación que provocaba en el visitante una sensación muy distinta al resto del *palazzo*. A diferencia de las demás, vibraba en ella el calor de los vivos. Los rescoldos seguían aún calientes en la chimenea y un hálito de vida alimentaba el aire. Una silla de cuero estaba situada delante del fuego. Ambos habían tenido la extraña sensación de que no estaban solos. Y habían estado en lo cierto.

Alba se acordó de Nero, el albino, el hombre al que el *marchese* había adoptado cuando era tan sólo un niño napolitano. Nero era un hombre frágil y sin dientes que en aquel entonces se estaba matando despacio con la bebida, incapaz de vivir con el remordimiento y con la pena que le embargaban, llorando al hombre al que había amado y al que había perdido. Precisamente era él el causante de que el *palazzo* hubiera cedido a los estragos de la naturaleza. El edificio se había derrumbado a su alrededor hasta que lo único que había quedado era la habitación en la que vivía, la misma en la que había sido asesinado el *marchese*. Nero había llorado cuando Alba le había dicho que era la hija de Valentina y ella lo había hecho a su vez cuando había sabido que el

marchese había matado a su madre. Fitz la había ayudado a unir las piezas del trágico rompecabezas, desvelando por fin un retrato en el que se mezclaban el amor, los celos y la venganza.

Después, Alba juró que jamás volvería a subir al *palazzo*. Mientras su padre creía que Valentina le quería, ella se acostaba con el *marchese* en el capricho. Había llegado incluso a dar a su amante el desnudo que Thomas había pintado de ella y él lo había colgado junto a la cama. Era el mismo retrato que Alba había encontrado con Fitz y que había devuelto a su padre, que se había quedado perplejo al verlo después de tantos años, sobre todo porque en su día la desaparición del cuadro le había atormentado hasta límites insospechados. Aun así, el hombre no había querido volver a recordar a la mujer que le había traicionado de un modo tan cruel y le había devuelto el retrato a Alba, que jamás olvidaría el implacable brillo que asomó a los ojos de su padre cuando Fitz y ella hicieron las veces de detectives y resolvieron el misterio del asesinato del *marchese*. Aunque Falco había admitido su responsabilidad en lo ocurrido, fue entonces cuando Alba se dio cuenta de que su propio padre también había tomado parte en el plan. Mientras que Rosa sólo veía el romance de la vida aparentemente glamurosa de su abuela, Alba sabía la verdad: había sido una vida indigna y deshonesta. Valentina había herido a quienes más la querían. Thomas nunca se había recuperado de la decepción que sufrió. Clavó el cuchillo en el cuello del *marchese*, pero la jubilosa sonrisa de éste jamás le abandonó. «Puedes matarme, pero no olvides que fui yo quien te mató primero», habían sido sus últimas palabras.

Ser conocedora de la verdad sobre su padre había unido mucho a Alba y a Thomas, y desde entonces no había nada que pudiera interponerse entre ambos: ni secretos, ni mentiras, tan sólo la verdad que ella por fin había compartido con su familia. No estaba bien tener secretos con ellos. Eso era lo que la experiencia le había enseñado.

Pensó entonces en Pánfilo y en su implicación con el *palazzo*, al tiempo que temía el interés que Romina había generado al restaurarlo. No tardaría en aparecer un artículo en una revista internacional, sacando a la luz los secretos que no tenían derecho alguno a desvelar. La gente visitaría Incantellaria por simple curiosidad, deseosos de ver el escenario de lo ocurrido y la historia dejaría de pertenecerle para ser propiedad del mundo. Su padre había confiado en ella y ahora era ella la que tenía que confiar en su familia. Aunque no estaba segura de poder confiar en todos. Rosa había heredado los genes de Valentina y eso la asustaba.

Por fin se levantó y regresó a casa cruzando el olivar. Suponía que la familia habría vuelto ya de misa. Oyó risas antes de llegar y distinguió la voz de Pánfilo

sobre las demás. Sonrió al pensar en él. A decir verdad, tenerle con ella era una bendición. Cuando estuvo más cerca, vio que también habían llegado otros miembros de la familia: Paola, la mujer de Toto, y sus hijos y nietos. Los más pequeños jugaban en el jardín con *Garibaldi*, mientras que los mayores tomaban *prosecco* y mordisqueaban unos *crostini* sentados a la mesa bajo la parra. Alba los saludó afectuosamente antes de posar sus pálidos ojos en los dos desconocidos que completaban el grupo.

—Ésta es Fiyona, y Nanni es el hermano de Romina —comentó Rosa.

Alba hizo un esfuerzo para no dar muestra de su fastidio.

—Bienvenidos —dijo, sentándose junto a Pánfilo—. ¿Así que se alojan en el *palazzo*?

—Es una auténtica preciosidad —intervino Fiyona, observando a Alba como si fuera un objeto de estudio, como un insecto bajo un microscopio.

Ella reparó al acto en su acento.

—Es usted inglesa.

—Como usted.

—¿De dónde?

—De Londres.

—Yo también me crié en Londres. Vivía en una casa barco en el Támesis.

—¿No resultan demasiado húmedas en invierno?

Alba casi pudo oler la parafina y sonrió con nostalgia.

—A mí me encantaba.

—¿Sigue allí la casa barco?

—No. Se vino abajo. —No quiso explicar por qué habían echado a pique el *Valentina*.

—Qué lástima. Algunas son muy antiguas.

—Y más resistentes que la mía.

—Bueno, yo vivo en Bloomsbury, en una casa tanto o más húmeda en invierno —observó Fiyona con una risilla afable—. ¡Qué suerte tiene de vivir aquí!

—Siempre tenemos sol en Italia —señaló Pánfilo, acariciando la rodilla de su esposa por debajo de la mesa.

—Y si no hay sol, siempre tenemos la pasta —añadió Nanni, frotándose su gran tripa.

—No creo que haga falta nada más para ser feliz —comentó Fiyona, mirando en derredor visiblemente encantada—. Incantellaria es el mismísimo paraíso. ¿Han visto lo que Romina y Bill han hecho con el *palazzo*? Según tengo entendido, era una ruina cuando lo compraron.

—No, no lo he visto —replicó Alba con sequedad, aunque sin desear explicar por qué.

—Papá subirá a fotografiarlo mañana para el *Sunday Times* —declaró Rosa.

—No le decepcionará —le dijo Nanni a Pánfilo—. Mi hermana tiene un gusto immaculado. Le ha devuelto su gloria original.

Alba se erizó.

—¿Y qué le hace pensar que fue glorioso alguna vez?

—Era sin duda una obra maestra en términos de arquitectura —arguyó Nanni, a punto de darles una pequeña conferencia sobre el período neoclásico.

—Y la decoración es increíble —añadió Fiyona—. Tiene que subir a verlo. ¿Conoció usted el *palazzo* antes de que cayera en el abandono?

—No siento el menor deseo de subir allí —respondió Alba muy tensa.

—¿Sabe quién vivió antes en él? —La mesa guardó silencio. Nadie quería hablar del lugar y todos estaban pendientes de Alba. Aun así, Fiyona no cejó en su empeño. El *prosecco* le había reblandecido los sentidos, y su usual perspicacia—. Sé que en su día vivió en el *palazzo* el famoso *marchese* de Montelimone. Pero ¿quién vivió en él cuando el *marchese* murió? ¿Y por qué permitieron que cayera en el abandono?

—No nos gusta hablar del pasado —dijo Pánfilo, percibiendo la ira callada de su esposa ante tal entrometido interrogatorio por parte de una desconocida.

—Pero el pasado es muy fascinante —declaró Fiyona, insistiendo en su nube de ebriedad—. La historia debería utilizarse para volver a vivir. A veces los misterios sólo pueden resolverse con la perspectiva que da el tiempo.

—¿Por qué está tan interesada en la historia del *palazzo*? —preguntó Alba.

—Porque es periodista, mamá.

La mujer palideció, perpleja al ver que su propia hija pudiera haberla traicionado.

—¿Periodista?

Fiyona no esperaba que Rosa la delatara.

—Escribo para el *Sunday Times* —admitió—. Lo siento, creía que lo sabían.

Alba clavó los ojos en ella con tal vitriolo que la joven se encogió en la silla. Cuando habló, lo hizo en inglés para que sus palabras quedaran absolutamente claras.

—¿Se las ha ingeniado para entrar en mi casa, aprovecharse de mi hospitalidad, beberse mi *prosecco* y comer mis *crostini* sabiendo en todo momento que mi madre era Valentina Fiorelli, asesinada por el *marchese*, que vivió en ese *palazzo* al que usted llama glorioso, con la intención de descubrir todo lo que pueda y así destapar la caja de unos secretos que nadie ha desvelado durante más de cincuenta años? —Se volvió hacia su hija—. Oh, Rosa, eres una inocente si crees que esta mujer se ha acercado a ti buscando tu amistad. En fin, no seré yo quien les impida seguir disfrutando de la velada. Quédense y tomen

otra copa, ¿por qué no? Pero si me disculpan, prefiero no relacionarme con alguien que va a herir a los miembros de mi familia que estaban allí cuando mi madre fue asesinada y que, durante estos últimos cincuenta años, han intentado olvidar.

Se metió con paso firme en la casa. Pánfilo negó apesadumbrado con la cabeza.

—Lo siento —dijo educadamente—, pero creo que deben irse.

—Por supuesto —respondió Fiyona, poniéndose vacilantemente en pie—. Vamos, Nanni.

Él negó también con la cabeza.

—Mi hermana estará horrorizada cuando se entere de que les hemos ofendido.

—No olvide que Valentina era la madre de Alba —le dijo Pánfilo a Fiyona—. Y que su padre sigue vivo. Si tiene que escribir un artículo sobre el *palazzo*, hágalo con sensibilidad por quienes aún viven.

La joven periodista tragó saliva.

—Naturalmente.

—Yo les llevaré —se ofreció Eugenio.

—No se preocupe. Subiremos andando —dijo Nanni—. Conozco el camino.

—¿Está usted seguro? —Rosa estaba furiosa porque su madre la había humillado delante de todos.

Fiyona tomó su mano. El lápiz de labios se le había colado en las arrugas que le rodeaban la boca y le había cubierto los dientes. Evidentemente había bebido demasiado.

—Lo siento, Rosa. Pero no te preocupes. Dos millones de personas leerán lo que me has contado.

Nanni condujo a Fiyona colina arriba.

—¡Menudo desastre! —exclamó, mortificado.

—Es culpa mía. He ido demasiado lejos.

—¿Qué querías descubrir?

—Me gusta tener todos los datos.

—Pero ¿acaso no los tienes ya?

—Estoy segura de que Falco no estaba solo cuando mató al *marchese*.

—¿Y qué?

—Apuesto a que fue Thomas, el padre de Alba, quien estaba con él.

—¿Y creías que ella te lo diría?

—No sé lo que creía. La verdad es que he olvidado dónde estaba.

—¡Nos has avergonzado a todos!

—Lo siento. Me siento fatal. Son gente muy agradable.

—Pues olvídalo de una vez, Fiyona. Deja de insistir.

—Pero es que sería una historia fantástica.

—No, no lo sería si con ella haces daño a la gente.

—Ya estoy acostumbrada.

Caminaron por los bosques. Los árboles se elevaban sobre sus cabezas con las hojas titilando mecidas por la brisa y apartándose a un lado para abrir paso a un luminoso caleidoscopio de luz que se derramó sobre el sendero a sus pies. Hacía mucho calor.

—Tengo que tumbarme un momento.

Nanni estaba irritado, pero no tenía elección. Obviamente, no podía llevarla en brazos a casa.

Fiyona se tumbó boca arriba y se tapó los ojos con el brazo.

—Mejor. —Entonces se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Nanni, tumbándose a su lado.

—No sé. Nosotros, esto, ahora. Tiene algo de gracioso.

—Pues yo no le veo la gracia. A ti te da igual porque volverás a casa, pero nosotros tenemos que vivir aquí. Mi hermana te matará si Pánfilo se niega a sacar las fotografías.

—Vaya, una lástima. ¿Y qué puedo hacer?

—No lo sé —suspiró Nanni, cerrando los ojos.

—Supongo que no te apetece un revolcón, ¿no?

PÁNFILO encontró a Alba echando chispas en su habitación.

—¡No te atrevas a intentar convencerme de que fotografiar el *palazzo* es algo bueno! ¿Y qué estaba haciendo aquí esa mujer, si se puede saber?

—Rosa la invitó —respondió calmadamente él.

—¡Rosa no hace más que darnos problemas!

—Es joven e inocente.

—Y esa gente de ahí arriba son una fuente de problemas.

Pánfilo se sentó en la cama.

—Estás irresistible cuando te enfadas.

—No intentes calmarme con esas artimañas. Soy inmune a ellas.

—Escucha, van a fotografiar el *palazzo*, te guste o no. Si no lo hago yo, lo hará otro.

—No soporto ver a esa maldita mujer husmeando en el pasado como un detective. Estamos hablando de mi madre... y de mi padre. ¿Y si termina descubriendo que fue papá quien mató al *marchese*?

—No lo hará —objetó Pánfilo, intentando tranquilizarla—. ¿Quién se lo va a decir? No lo sabe nadie, excepto nosotros.

—Y Rosa.

—Es inocente, pero no es estúpida.

—Está enfadada conmigo. Y ya sabes lo temperamental que es. Quizá no sea estúpida, pero sí es una condenada idiota. No tendría que habérselo dicho. ¿Y si Cosima se lo dice a Luca y él se lo dice a su madre? ¡Esa mujer vive en el *palazzo*, y tiene las orejas de un elefante! ¡No quiero ni pensar en sus chismorreos!

—Cálmate, Alba. —Pánfilo tiró de ella hasta acostarla a su lado.

—Como sabes, hace treinta años descubrí que mi padre y Falco habían matado al *marchese*. Fue un acto de venganza. «Una cuestión de honor», fue lo que dijo mi padre. Nunca hablamos de ello, pero siempre ha habido entre nosotros un pacto de silencio. Si se entera de que se lo he contado a alguien; si aparece publicado en una revista inglesa, se sentirá muy decepcionado conmigo. No soporto la idea de hacerle daño. Y menos aún la de decepcionarle.

—¿Y por qué no le pedimos a Rosa que no diga nada?

—No, déjalo. Hablaré con Cosima. Ella podrá saberlo por Luca. A diferencia de nuestra hija, en Cosima sí se puede confiar.

—Eso no es justo, Alba —protestó Pánfilo con brusquedad—. Tienes que mostrarte más sensible con Rosa. Es tu hija. No hace falta que te diga que hubo un tiempo en que eras tan difícil de manejar como ella.

—Rosa es mucho peor de lo que yo he podido llegar a ser nunca. Me tiene preocupada. ¿Sabías que sale de casa a escondidas en mitad de la noche? Sabe Dios qué estará tramando. Espero que sea lo suficientemente sensata como para no tener una aventura.

Pánfilo se rió.

—¡No creo que haya mucha tentación en Incantellaria!

—Si se empeña en algo, tu hija dará con ello. Está buscando una aventura y se la está jugando. No sabe lo afortunada que es con Eugenio.

—Quizá necesita su propia casa... —sugirió él con cautela.

—Ésa no es la respuesta. —Alba se levantó—. ¿Sigues entonces decidido a fotografiar el *palazzo*?

—Sí —respondió Pánfilo con determinación—. Tengo un compromiso.

—No quiero ver lo que han hecho con él.

—Muy bien.

—Así que ni te molestes en enseñarme las fotografías.

—No lo haré.

—Y tampoco quiero ver el artículo cuando lo publiquen.

—Bien.

—No volvamos a tocar el tema.

Pánfilo sonrió al ver la melodramática salida de Alba. El problema era que ella creía que la historia de Valentina y del *palazzo* era propiedad suya. Era incapaz de reconocer que Valentina pertenecía a Incantellaria y que el *palazzo* ahora pertenecía a Romina y a Bill Chancellor. Conocía a su esposa mejor de lo que ella se conocía a sí misma. No le sorprendería que terminara por vencerle la curiosidad.

Esa noche Rosa apenas fue capaz de esperar a que Eugenio se durmiera. Se quedó acostada, mirando al techo y a la espera de que la respiración de su marido se volviera regular y profunda. Pensaba en su madre que, vigilándola desde la ventana de su cuarto, sospechaba que tenía una aventura. Bueno, una aventura mental quizá sí.

Por fin Eugenio se quedó dormido. Rosa se levantó con cuidado de la cama, se vistió en el cuarto de baño y salió sin ser vista de la casa. Subió corriendo el sendero que llevaba al capricho. La luna brillaba en el cielo, aunque habría podido encontrar el camino con los ojos vendados, empleando para ello un mapa interno y sus sentidos. La sensación de excitación la embriagaba como debía de haberlo hecho con Valentina, que seguro habría recorrido el mismo camino hasta

el capricho, donde la esperaba el *marchese*. Hasta entonces Rosa había creído que Incantellaria carecía por completo de excitación y de aventura, pero se equivocaba, pues ambas cosas habían estado ahí mismo desde siempre, delante de sus narices.

Por fin llegó al capricho. Reinaba el silencio. Estaba sola. Luca estaba ocupado con su prima. Muy bien, que se quedaran el uno con el otro. Ella tenía entre manos una presa mejor. Dentro, la suave y parpadeante luz de las velas que él había prendido iluminaba el capricho.

—Ah, por fin estás aquí, querida. Te estaba esperando.

Rosa cerró tras de sí la puerta.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió ella, dejándose caer sobre la cama—. Llevo todo el día deseando verte.

Cuando Romina posó la mirada sobre el gran Pánfilo Pallavicini, se quedó sin habla, algo que le ocurría en muy raras ocasiones. El fotógrafo era simplemente el hombre más guapo que había visto jamás, incluyendo a Bill, por mucho que le quisiera. En vez de intentar hablar, le rodeó el cuello con los brazos, envolviéndolo en Pucci y perfume, y le plantó dos besos en las mejillas.

—*Madonna!* —exclamó él, echándose a reír—. Esperaba que fuera usted típicamente inglesa.

—Soy italiana —respondió ella, encontrándose la voz—. ¡Cien por cien!

Pánfilo recorrió con los ojos la fachada del *palazzo*, mascullando cumplidos en modo superlativo.

—¡Obra de un arquitecto maravilloso!

—Mi marido —apuntó Romina visiblemente orgullosa.

—*Complimenti!*

—Gracias. Pase. Se lo enseñaré.

Avanzaron entre unos inmensos jarrones negros de flores cortadas y de maletas y cajas propiedad del equipo, hacia el vestíbulo. Pánfilo lo observaba todo, barriendo con los ojos las paredes, los techos y el mobiliario. Los años de experiencia le habían enseñado a fijarse en los detalles, esas nimiedades en las que la mayoría ni siquiera reparaba. Observó la luz, distinta en cada una de las habitaciones, y los colores que Romina había elegido para las paredes. Admiró su buen gusto —ampuloso aunque sin tacha alguna— y deseó que Alba se tragara su orgullo y subiera a echar una ojeada. En una época, ella siempre le acompañaba en las sesiones fotográficas y disfrutaba fisgoneando en las casas bonitas.

En la terraza, Romina presentó a Pánfilo a sus amigos. Dennis, Stephanie, Ma y Caradoc jugaban a las cartas. Nanni se había llevado a Fiyona al pueblo con la excusa de disfrutar de una última taza de café antes de que esa misma tarde ella regresara a Londres. Estaban demasiado avergonzados para enfrentarse al fotógrafo. *Porci* se acercó para olisquear al recién llegado.

—¡Amigos, éste es el famoso Pánfilo Pallavicini! —anunció Romina, abriendo los brazos en un gesto de estudiada teatralidad.

—¡El gran Pánfilo! —exclamó el profesor—. Esperábamos ansiosos su llegada.

—¡Qué espectáculo tan tranquilizador! —El recién llegado se pasó la mano por la melena—. Se vive bien en el *palazzo*.

—Hasta cierto punto —gruñó Ma—. Mejor sería si ganara.

—Voy a enseñarle el capricho a Pánfilo —dijo Romina.

—Espero que no te encuentres a ningún fantasma —gritó Dennis a su espalda.

—Seguro que Luca ya los ha ahuyentado —masculló sarcásticamente Ma.

—Luca ha estado demasiado ocupado con los vivos para preocuparse de los muertos —dijo Caradoc.

Pánfilo siguió a Romina al jardín.

—Mi marido no para de construir cosas —explicó ella—. Ahora se dedica a construir una gruta con leños. ¿Qué diantre será lo siguiente?

—Es precioso —reconoció Pánfilo—. Han hecho ustedes un trabajo increíble. Cuesta imaginar que fuera una ruina hace apenas dos años.

—De hecho, la ruina tenía algo de maravilloso. Ojalá la hubiéramos fotografiado. Me gustaría tener un registro de fotografías del antes y el después. Un lugar tan histórico como éste debería quedar documentado para la posteridad. Lo único que me queda del pasado es el capricho. ¿Lo conoce?

—Mi hija me ha hablado a menudo de él, pero nunca he estado aquí. Será un placer fotografiarlo. El único problema es que no sé cómo voy a elegir unas cuantas fotografías entre tantas. Haría falta un libro entero, no un simple artículo.

—Cuánta razón. Estoy totalmente de acuerdo con usted. Quizás usted y yo podríamos escribir el libro.

—Creo que mi esposa se divorciaría de mí.

Romina sonrió.

—Yo, en su lugar, no me preocuparía demasiado. Otra le pillaría antes de que se diera ni cuenta.

Cuando llegaron al capricho, a Romina le sorprendió encontrar a *Porci* tumbado ante la puerta.

—¿Y qué haces tú aquí, mi pequeño? —Tuvo de pronto la terrible sensación

de que había alguien dentro.

—¿Es su mascota?

—Mi pequeño *Porci* —jadeó ella, al tiempo que el animal se levantaba para entrar. Romina intentó parecer despreocupada, pues no quería desvelar nada. Sonrió confiada a Pánfilo y abrió la puerta. El cerdo entró. Para su inmenso alivio, el lugar estaba vacío.

Él recorrió con los ojos el exquisito y diminuto edificio. La simetría era perfecta y la armonía, sensual como una hermosa pieza de música. Romina abrió las contraventanas de par en par y dejó que el sol entrara a raudales por las ventanas, iluminando los libros, la cama con dosel y el hermoso tocador y la mesita de noche. Entonces algo la llevó a mirar al suelo por la ventana. Allí, entre los helechos, vio un montón de colillas.

Se sintió presa de un arrebató de furia. Tenían que encontrar a la intrusa. Había que poner fin a eso. Luca tendría que ponerse serio y atraparla antes de que prendiera fuego al capricho. En cualquier caso, como no quería estropear el día que había estado esperando durante semanas, apretó los dientes y apartó el problema de su cabeza.

—¿No le parece divino? —preguntó, sonriendo a Pánfilo.

—Más que eso —respondió él muy serio—. Es especial. —Se frotó las manos—. Hay algo en el aire. No sabría decirle qué. Es una sensación, como si el aire estuviera impregnado de tristeza.

—Yo lo llamo amor —dijo Romina.

—Quizás. Un amor perdido. Es una sensación triste. Quizá pueda capturarla. —Miró por la ventana, calculando por dónde salía y se ponía el sol—. Haremos el capricho al final. Cuando se ponga el sol y la luz se suavice.

Oyeron pasos de alguien que se acercaba por el sendero. Durante un instante Romina creyó que se trataba de la intrusa y dio gracias a Dios de estar con Pánfilo. *Porci* se quedó mirando expectante a la puerta. Pero fue la cara de Rosa la que apareció, encendida tras el esfuerzo que había supuesto el ascenso a la colina.

—¡Hola! —dijo—. He venido a ayudar.

Pánfilo sonrió a su hija.

—Estupendo, nos vendrán bien un par de manos adicionales.

—Hola, Rosa, querida. —Romina estaba rebotante de alivio—. No sabes cuánto me alegra que seas tú.

—Hola, Romina, ¡y hola, cerdito! —exclamó, tomándolo en brazos. *Porci* no se resistió. La joven se sentó en la cama y le acarició—. ¡Ésta es la cama más cómoda que he probado nunca! —exclamó con una sonrisa melancólica al recordar la noche anterior.

—No te pongas demasiado cómoda. Tenemos cosas que hacer —dijo Pánfilo.

—¿Cuándo piensas fotografiarlo?

—Esta noche —respondió él.

—Bien —dijo Rosa, dejando a *Porci* en el suelo y siguiendo a su padre hacia la luz del sol—. Debería ser la fotografía principal.

—Todavía no has visto el resto del *palazzo* —protestó Romina, cerrando la puerta tras de sí.

—No puede haber nada más perfecto que este pequeño capricho. La misma cama en la que mi abuela se acostaba con el *marchese*.

—La misma que la catapultó a la muerte —añadió secamente Pánfilo.

—¡No lo estropees! Déjame disfrutar de ese romance.

—No hubo romance alguno, Rosa. Fue simplemente una historia libidinosa y decadente. No había nada romántico en Valentina.

Nanni y Fiyona optaron por no dejarse ver por Fiorelli's por si acaso Alba estuviera allí. La periodista se fijó en un joven *carabiniere* que charlaba con una hermosa mujer del pueblo. Sus charreteras doradas brillaban al sol de la mañana y ocultaba los ojos tras unas elegantes gafas oscuras.

—Qué lástima que tenga que volver hoy a Londres —comentó, aspirando el humo de su cigarrillo—. Podría acostumbrarme a esta vida.

—Yo no me imagino teniendo que volver a Venecia —rezongó Nanni.

—¿Qué te espera en Venecia?

—Nada.

—Pues quédate.

—No puedo aprovecharme indefinidamente de la hospitalidad de mi hermana.

—¿Por qué no? Los demás lo hacen.

—Terminarán por marcharse.

—Sí, cuando se mueran.

—Es cierto que Incantellaria tiene algo mágico.

—El Palacio Montelimone tiene algo mágico —le corrigió ella—. Y el capricho es algo que no olvidaré jamás.

—¿Qué vas a escribir? —le preguntó Nanni, agitando la mano en el aire para llamar al camarero y pedir otro *espresso* doble.

—Describiré lo que he visto.

—¿O lo que es lo mismo?

—Que Romina y Bill, una de las parejas más excéntricas que he conocido, han construido sobre unos cimientos manchados de sangre para crear una casa gloriosa en la que la paz y la armonía coexisten con la resonancia del misterio y del asesinato. Contaré la historia de Valentina y del *marchese* y escribiré que se rumorea que Falco, el hermano de Valentina, quiso vengarse del *marchese* y lo

mató, aunque jamás se demostró y el caso se cerró. Mencionaré la posibilidad de que tuviera un cómplice cuyo nombre jamás se ha desvelado.

—Si no hubieras ofendido a Alba, ¿nombrarías a su padre?

Lo pensó durante un instante.

—No. Tengo un buen olfato para llegar a la verdad y tengo la sensación de que Thomas Arbuckle estaba metido en el ajo, pero mientras exista la duda, existe también la posibilidad de que cometa un error. Y yo no cometo errores.

—*Sei brava davvero!* —exclamó Nanni, maravillado.

—No soy buena persona. Siempre me ha importado más que me salga un buen artículo que la posibilidad de herir los sentimientos de la gente sobre la que escribo. Llega un momento en que se nos olvida que son gente de carne y hueso. Y lo son. Lo menos que puedo hacer es tenerles en cuenta cuando llevo la pluma al papel. Además, Rosa me cae bien y estoy empezando a enamorarme de Incantellaria. Si les ofendo a todos, no podré volver. Y tú quieres que vuelva, ¿verdad, Nanni?

Él se acordó del encuentro que habían tenido en la playa y sintió un dolor en las entrañas.

—Te echaré de menos.

—Eres muy dulce —se rió Fiyona.

—Pero no te vas hasta esta tarde. ¿Qué haremos hasta entonces?

Los labios escarlatas de la joven dibujaron una sonrisa. No había tiempo material para seducir al *carabiniere* y Nanni tenía algo de entrañable.

—Bueno —dijo, inclinándose sobre la mesa—. Hay un pequeño hotel aquí mismo, en la plaza. No podemos volver al *palazzo*. Somos fugitivos. ¿Qué tal si nos escondemos allí durante la mañana y pedimos servicio de habitaciones para el almuerzo?

—Ésa, mi querida Fiyona, es la mejor idea que has tenido en todo el día.

Pánfilo dedicó el día a sacar fotografías, ayudado por un joven entusiasta llamado Mario. Rosa iba de una habitación a la otra, imaginando cómo habrían sido en sus tiempos de gloria y sin ser de la menor ayuda. Romina no se despegó del florista ni del estilista que decoraban al máximo las habitaciones, mejorando así las fotografías con grandes vasos de lirios blancos y rosas de color rosa grisáceo. Para el retrato familiar, la maquilladora se pasó una hora retocándole la cara mientras ella insistía en cepillar a *Porci* para que estuviera a punto para el retrato. Bill no tenía ganas de que le fotografiaran, pero su esposa insistió. A fin de cuentas, y según le dijo ella, era justo que el público viera también lo guapo

que era.

Pánfilo los instaló en la terraza con el mar al fondo. Romina acunaba a *Porci* como si fuera un bebé y le rascaba su gorda tripa mientras que el animal gruñía encantado y movía una de las patas traseras. Al menos su dueña le había quitado el pañal. Pánfilo quedó satisfecho con las Polaroids.

Al final del día, bajaron al capricho. La luz era ya más suave y el sol había empezado a teñir de rosa el cielo. Romina insistió en dejar el lugar como estaba. Sin flores, sin cuencos llenos de frutas y sin ningún tipo de decoración. Había magia suficiente en el pequeño edificio. Estaba en lo cierto: era perfecto tal como estaba.

De pronto, cuando Pánfilo estaba a punto de sacar las fotografías, las luces parpadearon y se apagaron.

—*Madonna!* —exclamó Romina—. ¡Es cierto que hay un fantasma en este lugar!

—¡Es el *marchese!* —anunció Rosa, visiblemente excitada. *Porci* soltó un gruñido ansioso y desapareció corriendo entre los arbustos. Mario corrió de un lado a otro, comprobando los cables y los enchufes que los conectaban al generador. No había electricidad en el capricho.

—¿Se pueden sacar fotografías sin luz? —preguntó Romina.

Pánfilo negó con la cabeza.

—No creo que haya suficiente luz natural. —Se volvió a mirar a su asistente—. ¿Qué pasa? ¿Es el generador?

—No, todo funciona perfectamente. Vuelve a intentarlo.

Pánfilo encendió las luces. Funcionaban. Sin más pérdida de tiempo, se dispuso a enfocar las cámaras. Justo cuando iba a sacar la primera fotografía, las luces parpadearon unos segundos antes de apagarse una vez más. Una de las bombillas estalló, esparciendo cristales rotos por el suelo.

—¡Qué espeluznante! —chilló Rosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Romina, visiblemente ansiosa.

—Alguien no quiere que fotografiemos el capricho —respondió misteriosamente Pánfilo.

—O quizá no quiera que saquemos las fotos con luz artificial —sugirió Rosa—. Inténtelo sin. ¡Vamos!

—Muy bien. —Pánfilo suspiró, convencido de que estaba demasiado oscuro—. Sacaré una Polaroid.

Esperaron un momento mientras la Polaroid revelaba la fotografía. Romina recogió las colillas del suelo al otro lado de la ventana mientras se preguntaba si esos extraños sucesos tendrían algo que ver con la persona responsable de las colillas.

—Bien, es perfecta —anunció Pánfilo, perplejo—. No perdamos un solo segundo más. —Y se puso a sacar las fotografías tan deprisa como pudo antes de que cambiara la luz.

—Debe de ser el *marchese*, ¿no crees? —preguntó Rosa—. A fin de cuentas, es lógico que quisiera que fotografiaran su capricho del mejor modo posible, ¿no? Él sabía que saldrían mejor con luz natural.

—Yo no creo en fantasmas —masculló Romina.

—Pues yo ya no estoy tan segura —dijo Rosa—. Creo que ahí fuera hay muchas cosas que no podemos ver.

—Hablas como mi madre —declaró Romina mordazmente—. Era tan ilusa que llegaba a rozar la locura.

Rosa se quedó mirando la fotografía. La luz que iluminaba el capricho no era sólo natural, sino sobrenatural.

Cuando Pánfilo volvió a casa, tuvo mucho cuidado de no mencionar el día que había pasado en el *palazzo*. También Rosa había accedido a guardar silencio. No quería ponerse en contra a su madre y seguía pagando además todavía las consecuencias de haber invitado a tomar una copa a esa periodista después de misa. Alba no preguntó. Se sentaron a cenar y sortearon el tema como un grupo de patinadores evitaría un agujero en el hielo. Cosima había estado de compras en Nápoles con Luca y llevaba uno de los vestidos nuevos que él le había regalado. Rosa lo miró con envidia, pero en cuanto se acordó de su amigo nuevo y de las ganas que tenía de volver a verle esa noche, su envidia desapareció como desaparece la niebla bajo el sol.

Pánfilo dejó las fotografías sacadas con la Polaroid donde Alba pudiera encontrarlas. Tal como había predicho, ella no pudo contener su curiosidad. Cuando la casa se acostó, bajó sigilosamente a mirarlas.

—Y bien, Luca —preguntó Caradoc, agitando el hielo en su vaso de whisky—. ¿Cómo está la viuda?

Estaban sentados en la terraza. Era tarde. Las polillas y los pequeños mosquitos revoloteaban alrededor de las lámparas de la terraza y los grillos chirriaban entre la hierba. Ventura había retirado los restos de la cena. Romina y Bill se habían acostado, exhaustos tras un día dedicado a fotografiar el *palazzo*. Ma estaba dentro oyendo a Nanni tocar el piano. Para su sorpresa, tocaba como un auténtico concertista, con sus largos dedos bailando sin esfuerzo aparente sobre las teclas. Dennis y Stephanie se habían marchado a regañadientes en su lustroso Maserati justo después del té con la promesa de regresar el verano siguiente. Romina les había visto marcharse con pesar. A pesar de su juventud, Stephanie habría sido una buena opción para Luca. En cualquier caso, siempre quedaba Freya.

—No es viuda —explicó Luca—. De hecho, nunca se casó.

—Ah, vaya sorpresa. De modo que ha desafiado las convenciones y tuvo un hijo fuera del matrimonio.

—Me tiene fascinado.

—La fascinación es algo bueno. Myrtle me fascinaba. El problema es que después de ella nadie ha vuelto a conseguirlo.

—¿Ni siquiera Rosa?

—¿Mi chica? Rosa es encantadora. —Tomó un sorbo de whisky—. Ningún hombre es demasiado viejo para apreciar a una mujer hermosa. Pero mi corazón está sellado con los besos de Myrtle. En esta vida, yo ya he vivido lo que tenía que vivir. Espero encontrarme con mi Myrtle en la siguiente.

—¿De verdad cree que se encontrará con ella?

—Lo sé. —Se llevó la mano al corazón—. Lo siento aquí.

Luca se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas, deseoso de confiarse al profesor.

—¿Se acuerda del niño que vi en la iglesia?

—¿En la *festa*? Sí, claro me acuerdo. Me pareció mejor no mencionarle.

—Es usted un buen amigo, Caradoc.

—¿Ha vuelto a verle?

—Muchas veces. Es el hijo muerto de Cosima. Creo que está aquí prisionero a causa de la tristeza de su madre. ¿Usted cree que podemos retener a los espíritus

con nuestra voluntad?

—No veo por qué no. A fin de cuentas, somos energía, ¿no? Estamos todos conectados. Aunque quizás esté aquí prisionero por decisión propia.

—¿Unido a su madre por amor?

—Él es todo lo que ella tiene. Quizá no quiera dejarla sola con su pena.

—Pero ella no tiene por qué estar sola. Usted me dijo que el amor aparece cuando creemos que no lo necesitamos. Y que cuando por fin descubrimos el verdadero amor, no podemos ni imaginar cómo fuimos capaces de vivir sin él. Pues bien, ahora entiendo lo que quería decir. Me he enamorado. Enamorado de verdad. Tenía usted razón.

—Lo único bueno que tiene ser viejo es que nos volvemos sabios.

—Hay quien se hace viejo sin haber adquirido un solo ápice de sabiduría por el camino.

—Compadezco a esos pobres tipos. ¿Y ella le corresponde?

—Creo que está empezando a hacerlo. El problema es que la embarga un sentimiento de culpa.

—Eso es normal. Tiene que darle tiempo. Aunque, a juzgar por su falta de planes, supongo que tiempo precisamente es algo de lo que anda sobrado.

—Le he contado lo de Francesco. Que le he visto en espíritu.

—¿Y ella le cree?

—Quiere creerme, pero no se fía del todo. Ojalá el pequeño me diera algo concreto para que pudiera probarle que existe.

—Cuesta creer en algo que no podemos ver ni tocar.

—No quiero que Cosima piense que soy un mentiroso y que utilizo a su hijo para acercarme a ella.

—Estoy seguro de que sabe que no es así.

—Cosima es La Mujer, Caradoc. Sé que es Ella.

El profesor sonrió con indulgencia.

—En ese caso, dígaselo, chico.

—No creo que se entregue a mí hasta que libere por completo a Francesco.

—¿Quiere casarse con ella?

—Sí. Creo que sí.

—¿Y llevársela con usted a Londres?

—No me la imagino viviendo en Londres. Alejar a Cosima de Incantellaria sería como sacar a una hermosa pantera de la jungla y encerrarla en un zoo.

—¿Le ha preguntado qué piensa ella del zoo?

Luca se acordó de la conversación susurrada que Cosima había tenido con el cura.

—Creo que ya conozco la respuesta.

—Entonces, ¿por qué no se queda aquí?
—¿Haciendo qué?
—La necesidad es la madre de la inventiva.
—¿Entrar en el negocio familiar? —se rió Luca—. No creo que pasarme el día preparando cafés vaya conmigo.
—Ya se le ocurrirá algo. Si la ama, lo descubrirá.
—La amo, por lo tanto se me ocurrirá.
Caradoc le miró con paternal preocupación.
—Pero antes de eso hay algo que debe hacer —dijo muy serio.
—¿A qué se refiere, profesor?
—Tiene que descubrir quién es. Qué quiere de la vida. Debe descubrir qué es lo que le hace más feliz. Entonces sabrá cuál es el verdadero propósito de su vida. Creo que la respuesta le sorprenderá.
—¿Lo sabe usted? —Luca estaba sorprendido.
—Si lo supiera, le sería de mucha más ayuda. Pero usted sí lo sabe. Mire en su interior y espere a que se materialice la respuesta.

Alba estaba sentada delante del escritorio de Pánfilo, estudiando las fotografías Polaroid. Eran quince. Quince ventanas al pasado. Se tomó su tiempo con cada una de ellas, escudriñando cada detalle, estrujándose la memoria para recordar cómo era el lugar cuando ella había estado allí con Fitz. No podía evitar admirar a Romina por haberlo recreado con tanto arte y tan buen gusto. Era precioso en todos los aspectos, transformado con amor y con gran tino. Se rió a carcajadas de su propio error. La espeluznante imagen que había alimentado en su cabeza durante casi tres décadas ya no existía. Romina había desterrado a los fantasmas abriendo las contraventanas y dejando entrar el sol. Lo que había sido un maligno cubil de iniquidad era ahora un hogar familiar perfectamente agradable. Lamentó no tener el valor de preguntar si podía verlo, pero el orgullo se lo impedía. Era incapaz de admitir que había estado equivocada.

Por fin, llegó a la fotografía del capricho. Era exactamente igual a como había sido hacía treinta años. Nada, ni un solo objeto, se había movido de sitio ni había cambiado. La cama era la misma, con las cortinas desteñidas y el edredón de seda. El pequeño tocador con los frascos de crema y de perfume. El espejo estilo Reina Ana en el que su madre debía de haberse mirado a menudo seguía colocado en uno de los ángulos del lugar, como lo estaba también la silla en la que debía de haberse sentado mientras el *marchese* la esperaba en la cama. El pequeño y precioso escritorio. Sin embargo, lo más extraño de todo era la luz.

Había en ella algo sobrenatural, como si el capricho no estuviera iluminado desde fuera, sino desde dentro.

Alba regresó a su cuarto y se encontró a Pánfilo sentado en la cama, leyendo un libro. La miró por encima de sus gafas de lectura y adivinó que había estado mirando las fotos. Ella no tenía la menor intención de admitir que había estado fisgoneando. Se desvistió y se metió en la cama sin una palabra. Instantes después, él apagó la luz y se acurrucó tras ella, rodeándole la cintura con el brazo y tirando de ella contra su cuerpo. Alba sintió que la miraba en la oscuridad y sintió también las palabras no formuladas que pugnaban por emerger de sus labios.

—No lo digas —le advirtió.

—¿A qué te refieres?

—A que lo sabías.

—¿Que sabía qué?

—Sí, las he visto.

—¿Ah, sí? —Pánfilo fingió no saber nada.

—Pero sigo sin tener ganas de subir al *palazzo*.

—Por supuesto. —La besó en el cuello.

—No he podido evitar mirarlas. Estaban encima de tu escritorio. Las has dejado ahí a propósito.

—¡Es mi escritorio!

—Estaban a la vista.

—En mi escritorio.

—No quería verlas, pero no he podido evitarlo.

—Vives prisionera de tus propias convicciones, Alba. A mí me es indiferente si las ves o no.

Ella se volvió de espaldas y dejó que él la estrechara entre sus brazos.

—Éste es el único sitio del mundo donde me siento totalmente a salvo —susurró—. Aquí, pegada a ti.

—Por muy irracional que puedas llegar a ser, estamos hechos el uno para el otro.

—¿De verdad crees que soy irracional?

—Creo que disfrutas con el melodrama.

—¡No es verdad!

—Un poco sí.

—Te equivocas de medio a medio —insistió ella.

—Pero eres irresistible.

—Me alegra tener por lo menos alguna virtud que me redima.

—Tienes muchas. Y ahora no hables más y deja que te bese. —Puso los labios

en los de ella y la sintió sonreír.

Presa de la inquietud, Luca fue en coche a Nápoles a comprarle un anillo a Cosima. Caradoc estaba en lo cierto: el amor le había alcanzado cuando menos lo esperaba y ahora era incapaz de imaginarse viviendo sin él. Ella le llenaba el alma de algo cálido y dulce, ocupando hasta sus rincones más recónditos. A Luca le gustaba el hombre que era cuando estaba con ella. Cosima no tenía ni idea del volumen de su fortuna y le quería por sí mismo. Así que estaba dispuesto a comprarle el mundo entero si ella se lo permitía. Cuánto lamentaba no poder comprar el regreso de Francesco con su dinero.

No tardó en encontrar un anillo que creyó que le gustaría. Tenía que ser un diamante y también tenía que ser muy sencillo. El anillo destacaba entre los demás del mismo modo que Cosima destacaba entre las demás mujeres que había conocido. Un enorme solitario. Grande como un caramelo.

Se acordaba de haberle comprado un anillo de compromiso a Claire. Aunque no lo había elegido personalmente, sino que la había enviado a ella para que lo diseñara con la ayuda de un joyero de su agrado. Luca se había limitado simplemente a pagar la factura, que además había sido menos elevada de lo esperado. En aquel entonces, Claire no era una mujer malcriada. Durante los diez años que había durado su matrimonio, ella había ido adquiriendo la costumbre de fijarse siempre en los artículos más caros de las tiendas... y las compras habían sido su mayor fuente de placer. De Rodeo Drive a la *via della Spiga*, pasando por Bond Street, Claire tenía una enorme capacidad para comprar, y jamás se la veía dos veces en una fiesta con el mismo vestido. Cosima provenía de una familia sencilla y tenía gustos sencillos. A diferencia de su prima, parecía contentarse con lo que tenía. Quizá la muerte de su hijo le había enseñado lo poco que importaba la riqueza material. Para ella, lo único de valor era la gente a la que quería. Luca se acordó de su rostro cuando le había regalado los pendientes y el placer que había visto en ella le había llenado el corazón de burbujas. Quería comprarle todas las joyas de la tienda.

Durante el viaje de regreso por la costa decidió que ya era hora de comprarse su propio coche. Si pensaba instalarse allí, necesitaba echar raíces, tener un hogar y pensar en hacer algo constructivo con su vida. Se imaginó haciendo el amor con Cosima. No veía la hora de pedirle matrimonio como se había hecho siempre. Pero Freya llegaba ese mismo fin de semana con su madre y con su padrastro, de modo que tendría que esperar a que se fueran. Entonces llevaría a Cosima a la playa al atardecer y se arrodillaría ante ella. A su edad no tenía

sentido perder el tiempo.

Ya en el *palazzo*, Romina se enfrentó a él a causa de la intrusa.

—Ayer, cuando le estaba enseñando el capricho a Pánfilo, abrí las contraventanas y cuál fue mi horror cuando vi un montón de colillas justo al otro lado de la ventana. ¡Imagínate! Esa mujer podría prender fuego a la casa. Tienes que encontrarla, Luca, y que sea pronto. Basta ya de tanto romance. Deberías andarte con más cuidado después de haber hecho pasar a tus hijas por un divorcio tan terrible y no echarte en los brazos de mujeres que poco te convienen.

Luca deliberó a cuál de las desconsideradas afirmaciones debía dar respuesta primero. Entonces palpó el bulto del anillo de pedida que llevaba en el bolsillo y su intolerancia se evaporó.

—Escucha, mamá —dijo muy calmado—. Sé perfectamente quién es la intrusa.

—¿Ah, sí? —Romina levantó los brazos—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Hace un tiempo.

—¿Quién es?

—Eso no puedo decírtelo. Primero tengo que hablar con ella. Pero quédate tranquila, no supone ningún peligro para tu seguridad.

—¡Qué alivio!

Luca miró a su madre con expresión severa.

—Por otro lado, mis romances, como tú los llamas, no son asunto tuyo. Soy lo bastante mayor para elegir a mi novia sin tener que soportar que la desprecies por inadecuada.

—Pero, cariño, no me parece que tengas un buen historial a tus espaldas.

—Creo que he aprendido de mis errores.

—Y por eso pasas de un extremo al otro. Cosima es una chica sencilla de un pueblo sencillo. No es lo bastante sofisticada para ti. Tú necesitas a una mujer que haya visto mundo, no a una provinciana.

—No creo que sepas lo que necesito —respondió él, conteniendo la irritación.

—Soy tu madre. Por supuesto que sé lo que necesitas.

Luca tan sólo pudo reírse ante el desatino de su madre.

—¡No cambiarás nunca!

—Dejarás a Cosima y encontrarás a alguien que esté en un punto medio entre Claire y ella. Alguien como Freya. No finjas que no estás enamorado de ella. Te pusiste verde de celos cuando se casó con Miles. También ella ha cometido un error. Ahora los dos podéis dejar atrás vuestros errores y empezar de nuevo juntos. El *palazzo* es lo bastante grande para dar cabida a seis niños.

—Tú estás soñando.

—Tampoco es de extrañar que quiera tener más nietos. Si Bill me hubiera dejado, habría tenido una docena de hijos.

—Freya no es para mí, mamá.

—Siempre lo ha sido. A veces la persona a la que quieres está...

—Delante de tus narices —dijo él, terminando de formular el manido cliché en su lugar.

—Exacto. Y ahora que su marido se ha descarriado, ella tiene la excusa perfecta para dejarle.

—Freya quiere a Miles. ¿No te parece que debería intentar recuperarle por el bien de sus hijos?

—Eso depende de hasta qué punto se haya deteriorado el matrimonio. Quizás hayan llegado a una situación irreparable. —Sonrió maliciosamente—. ¡Cuando te vea, no querrá recuperar a Miles!

—Amo a Cosima —afirmó Luca con firmeza.

—Crees que la amas.

—No, mamá. Sé que amo a Cosima. —Romina abrió la boca, pero Luca la hizo callar—. Y ni se te ocurra decirme lo que debo sentir.

Romina puso los ojos en blanco.

—No te precipites. Llévala primero a Londres para ver cómo encaja allí. Creo que descubrirás que es un pez fuera del agua.

Pero Luca no tenía intención de seguir discutiendo sobre su situación. No lo necesitaba. Ya había tomado su decisión.

FREYA, ROSEMARY y Fitz llegaron a Incantellaria un perfecto día de sol. Romina lo había dispuesto todo para que arribaran en barco y pudieran así disfrutar de las vistas del pueblo medieval desde el mar, pues para eso había sido construido. Fitz tenía un nudo en la garganta a causa de los nervios. Hacía treinta años que no había vuelto. Ni siquiera sabía si Alba seguía viviendo allí. Quizás habían vendido la *trattoria* familiar y se habían marchado. Treinta años era mucho tiempo. Se encogió al pensar en la posibilidad de encontrar otro restaurante en lugar del Fiorelli's. En el fondo de su corazón deseaba que todo siguiera igual; incluida ella.

No podía confiar en su mujer. Ella siempre había mostrado su desprecio hacia Incantellaria, especialmente desde el día en que él le había hablado de Alba y le había contado que ella había intentado que la siguiera hasta allí. Había sido Rosemary la que finalmente había conseguido convencerle para que no lo hiciera, y con el paso de los meses habían intimado cada vez más. La única razón por la que ella había accedido a ir era que no estaba dispuesta a permitir que Fitz se encontrara a solas con su antiguo amor. De ahí que él no compartiera con ella su anhelo. Se limitó simplemente a esperar, sujetándose a la barandilla de la popa del barco. Preparándose para lo peor, se imaginaba clubes nocturnos y elegantes tiendas de ropa, hoteles caros y una playa abarrotada de chusma europea cargada de joyas y prácticamente desprovista de ropa.

Freya no le había contado a su madre que Miles tenía una aventura. No quería preocuparla. Pero sí había seguido el consejo de Luca y se había enfrentado a su marido. Naturalmente, lo había negado todo, acusándola de paranoica y de no confiar en él. Pero Freya estaba segura. La evidencia pesaba demasiado contra él. Las llamadas telefónicas, los mensajes que ella había leído a hurtadillas, las tardes que él se ausentaba con la excusa de salir a jugar al *bridge*. Conocía además el nombre de la mujer: Felicity Cranley, una de las participantes de las partidas de *bridge*. Ni siquiera era especialmente guapa. Con el billete de avión a Nápoles en el bolso, Freya le había dado un ultimátum. Le daba una sola oportunidad. La próxima vez se llevaría con ella a los niños y no volvería. Miles se había quedado tan perplejo que no había sabido qué decir.

Había algo maravillosamente liberador en el hecho de estar sentada en ese barco sin la compañía de sus hijos ni de su marido: sola con el viento en el pelo, el olor a sal y a romero que impregnaba el aire, las ansias por ver de nuevo a

Luca, su antiguo amor, horadándole el estómago. Fue presa de un renovado arrebató de entusiasmo y se volvió a mirar a su padrastro, que había palidecido hasta ponerse del color de una mata de apio. Supuso que estaba mareado y le sonrió compasivamente. Rosemary se dio cuenta también y le acarició la espalda. ¿Cómo podía Fitzroy explicar la causa de su malestar? ¿Era posible que después de treinta años...?

Cuando el barco rodeó los acantilados para adentrarse en la bahía de Incantellaria, los tres pasajeros contemplaron la exquisita vista sin pronunciar palabra. Fitz estudió el paseo marítimo en busca del Fiorelli's, pero todavía estaban demasiado lejos. Aun así, se vio animado por el hecho de que poco era lo que el pueblo parecía haber cambiado. Los barcos azules seguían reposando sobre las piedras de la playa, los edificios le resultaban familiares, y por encima de ellos se elevaba la cúpula de mosaico de la iglesia de San Pasquale. Los recuerdos le asaltaron como las hojas sueltas de un diario a merced del viento. El subconsciente agitó sin un orden específico los retazos de su visita, desde el momento que había visto a Alba en el muelle hasta el día en que habían abandonado juntos el pueblo. Intentó aferrarse a ellos y saborearlos uno a uno, pero ya estaban llegando a tierra y fue Romina, y no Alba, quien les saludaba con la mano desde el muelle.

Cuando desembarcaron, ante la entusiasta bienvenida de la madre de Luca, Fitz alzó la mirada hacia el lugar donde en su día había estado el Fiorelli's. Allí seguía.

—Tienes mejor aspecto —dijo Rosemary—. El pobre Fitz se marea mucho en el mar —explicó.

—¡Oh, vaya! ¿Habéis tenido una travesía excesivamente agitada?

—Un poco —respondió Rosemary—. ¿Mejor, querido?

—Mucho mejor —respondió Fitz, sintiéndose recuperado.

—Luca te espera en el *palazzo* —le dijo Romina a Freya—. Tiene muchas ganas de verte.

—Y yo de verle a él —dijo ella—. Hace tiempo que deseaba ver tu casa.

—No te decepcionará. Acaban de fotografiarla para el *Sunday Times*. El mismísimo Pánfilo Pallavicini ha sacado las fotografías.

—Qué maravilla —declaró Rosemary con exagerado entusiasmo, intentando no exponer su ignorancia. El nombre no le dijo nada.

—He reservado dos taxis. Mi coche es demasiado pequeño para todos y no sabía con seguridad cuánto equipaje llevabais. —Bajó la mirada hacia la hilera de enormes maletas de color azul marino. Rosemary viajaba muy cargada—. Mejor así —añadió.

—Odio no tener la ropa adecuada para cada ocasión —explicó la invitada—. A

punto he estado de traerme el fregadero de la cocina, pero he supuesto que ya teníais uno.

Romina se rió.

—De hecho, tenemos unos cuantos. —La mirada de Fitz se quedó prendida durante unos instantes de la *trattoria*, imaginando a Alba como había sido treinta años antes, con su peculiar pelo corto y su sencillo vestido de flores, tan distinta de la londinense que había sido, con sus minifaldas Mary Quant y las botas de ante azul. El carácter desafiante de Alba había desaparecido por completo, y en su lugar habían llegado una serenidad y una felicidad que él había envidiado. Se preguntó cómo sería después de tantos años. Si seguiría manteniendo esa paz interior o si se habría trasladado de nuevo a alguna metrópolis y habría recuperado su temible carácter. Casi había esperado verla aparecer corriendo con los brazos tendidos para recibirle. Pero en la terraza tan sólo vio a un grupo de desconocidos.

—Ése es el Fiorelli's —comentó Romina—. Luca se pasa ahí el tiempo tomando café. Podemos ir si os apetece. La comida es excelente. La dueña está casada con Pánfilo, el fotógrafo. —Fitz no sabía si estaba hablando de Alba. Cuando estuvo a punto de preguntar, fue consciente de que los oídos de Rosemary estaban tan atentos a su reacción como los de un fox terrier. No quería molestarla.

—Esto es precioso —concedió Rosemary cuando subían al coche—. Un pintoresco rincón, aunque encantador.

—Tiene una historia fascinante.

—¿Ah, sí? No se me ocurre qué puede haber ocurrido aquí. Parece muy tranquilo.

—Te lo contaré durante el almuerzo. Es una historia fantástica y nosotros, los del *palazzo*, formamos parte de ella.

Fitz se acordaba del pueblo con sorprendente detalle. Había mucho más movimiento que hacía treinta años, y las antenas parabólicas no habían estado allí en aquel entonces, pero Incantellaria seguía prácticamente igual. Fue presa de un escalofrío mientras subían la colina en el taxi. La última vez que había visto el *palazzo* había sido con Alba, cuando habían saltado las puertas para explorar la ruina. Y es que nada había podido jamás impedir a esa mujer conseguir lo que se proponía.

Llegaron a las puertas de entrada a la propiedad, las mismas que Alba y él habían escalado, y se deslizaron bajo los cipreses. El *palazzo* ya no tenía nada de siniestro. Lo habían reconstruido y pintado de nuevo, y los jardines estaban perfectamente cuidados y domesticados. Fitz supuso que debía de parecerse mucho al original. Romina y Bill lo habían restaurado de un modo tan inteligente

que no parecía nuevo.

Freya estaba encantada con Incantellaria y con el *palazzo*. Entendió al instante por qué Luca no tenía el menor deseo de regresar a Londres. Rodeada de semejante armonía, también ella se sentiría así. Lamentó no haber podido llevarse a sus hijos con ella. Les habría encantado aquel *palazzo* de cuento de hadas y el precioso pueblo.

Cuando Luca oyó los coches en la grava, se dirigió a la entrada principal para dar la bienvenida a los recién llegados.

—¡Luca! —Freya bajó del taxi y corrió hacia él con los brazos abiertos. Romina sonrió. El chico no sabía lo que le convenía—. ¡Qué buen aspecto tienes! —exclamó, dando rienda suelta a la emoción—. ¡Te veo moreno y relajado! El descanso te ha sentado de maravilla.

—Tendrá el mismo efecto en ti. Tomar un poco el sol en la piscina, pasear por la playa, tiempo para pensar... —No quiso estropearle la llegada hablándole de Cosima. Ya encontraría el momento. Estaba seguro de que Freya se alegraría por él.

—No sabes cuánto me alegro de que me animaras a venir —dijo ella, entrelazando su brazo al de él—. Miles no se lo creía. Creo que sigue en estado de choque.

—Se merece más que eso.

—Unos días lejos de casa es lo que necesito para aclararme las ideas. He tenido un disgusto terrible, créeme.

—Qué te parece si nos tomamos una copa. Quiero presentarte a dos amigos muy queridos.

—¿Ah, sí? —Freya le miró y al calor de su atención se olvidó por completo de sus hijos y de su mujeriego marido.

—Ven, te enseñaré la casa.

Fuera, Ma, Nanni y Caradoc charlaban sentados en la terraza mientras que *Porci* dormía sobre las baldosas al sol con el estómago hinchado a pesar de su aparente falta de apetito. Los hombres se levantaron educadamente al ver llegar a Freya, pero Ma siguió sentada, demasiado adormecida y gorda para moverse.

—Éste es el grupo de moda de Incantellaria. Aquí es donde se cuece todo —dijo Luca con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi tío Nanni, el excéntrico causante de la llegada del cerdo; el profesor Caradoc Macausland, el hombre más sabio de la cristiandad, y Ma Hemple, probablemente la mujer más gruñona de este lado de Nápoles.

Ma tendió la mano.

—Luca se equivoca de medio a medio sobre mí. Aquí yo soy, de lejos, la persona con el mejor talante. Lo que ocurre es que no comprende mi sentido del

humor. Demasiados años trabajando en un banco con Sloanosaurios.

Freya soltó una risilla.

—Ya veo que Luca se equivoca sobre usted, Ma.

—Es un placer conocer a otra hermosa mujer —dijo Caradoc.

—El profesor tiene un ojo especial para las señoras —explicó Luca.

—Tengo a una chica preciosa en la *trattoria*. Se llama Rosa y es bella como una rosa de primavera.

—Es una furcia —le corrigió Ma—. Caradoc es incapaz de ver la diferencia.

—A nuestra edad eso no tiene demasiado importancia —dijo Nanni, recordando la blanca piel y el vello púbico pelirrojo de Fiyona—. Simplemente, nos limitamos a tomar lo que nos dan.

—¡Mira quién ha venido! —gritó Romina, dirigiéndose a su marido.

—Qué lugar más increíble tenéis, Bill —dijo Rosemary, acercándose a él con paso firme para besarle.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

—Mucho más que eso —le corrigió Fitz, acordándose de cómo era el *palazzo* cuando apenas había sido poco más que una simple ruina. La mayor parte de la balaustrada se había derrumbado y las baldosas estaban tan cubiertas de musgo y de hierbajos que habían quedado totalmente ocultas. Un hedor infame había envenenado el aire. Fitz sentía ahora que el jardín le reanimaba. Olía dulce, a hierba recién cortada, a pino y a gardenia. Inspiró hondo, expandiendo su pecho como un pavo real y disfrutando de la posibilidad de regresar así al pasado.

Ventura y un mayordomo sirvieron vino y *crostini* y todos se sentaron a charlar. Rosemary le cayó mal a Ma de inmediato, lo cual no era de sorprender. No soportaba a la gente pretenciosa, y Rosemary estaba fuera de su medio y se sentía en inferioridad de condiciones. Estaba más cómoda en su territorio y entre los suyos. Los extranjeros la inquietaban, como la inquietaban también quienes se encontraban felices a su alrededor. Aunque Fitz no había mencionado Incantellaria en treinta años y apenas había arqueado una ceja cuando Bill y Romina les habían invitado a su casa, había algo en su silencio, como si se estuviera ocultando en él. Rosemary no sentía celos de Alba. A fin de cuentas, ella era su esposa. Pero Incantellaria era una parte del pasado de Fitz al que ella no tenía derecho alguno, de ahí que recelara tanto del lugar. Pero él había querido ir, pues deseaba ver lo que Romina y Bill habían hecho con su casa, y Rosemary no podía dejar que se adentrara a solas por los vericuetos del recuerdo.

Ma se mostró encantada con Fitz a primera vista. Y no era tan sólo porque fuera guapo. Fitz era auténtico. No había en él la menor pretensión. Se puso a *Porci* sobre las rodillas y lo acarició. El cerdito gruñó encantado, dejando a la

vista la tripa que Fitz no dudó en rascar debidamente. Mostraba entusiasmo por todo, incluido el sentido del humor de Ma, cosa rara teniendo en cuenta que acababa de conocerla, y a ella no le importó en absoluto que él bromeara educadamente con ella. De hecho, le gustó.

En cuanto a Freya, Ma la observaba con Luca. Romina le había dicho que eran viejos amigos y que ella sospechaba que su marido tenía una aventura. Para empezar, Ma no entendía por qué la gente se casaba. La fidelidad no formaba parte de la naturaleza del hombre. Que Freya estaba enamorada de Luca era más que evidente. Y Luca estaba encariñado con ella. Pero ¿amor? Si Romina hubiera sido un perro, habría estado ladrándole al árbol equivocado. El objeto del deseo de Luca estaba en un bosque totalmente distinto. Ma se acomodó a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. El amor era el mejor deporte para un ávido espectador.

Durante el almuerzo Romina compartió con sus invitados la sangrienta historia del *palazzo*. El rostro de Fitz era una auténtica máscara que nada desvelaba. Rosemary y Freya estaban muy atentas al relato y absorbían cada una de sus palabras.

—Y lo mejor de todo es que la familia de Valentina sigue viviendo aquí, en Incantellaria —dijo Romina cuando terminó de contar la historia. La máscara de Fitz le abandonó durante un instante, al tiempo que su rostro se teñía de rosa—. La hija de Valentina es la que lleva la *trattoria*, que sigue siendo el negocio familiar.

Rosemary apretó los dientes y mantuvo la compostura. Había albergado la esperanza de que el amor de Fitz se hubiera marchado de allí, o que hubiera muerto.

—Supongo que Alba se habrá casado —dijo.

—Sí, ¡con Pánfilo! —les recordó Romina.

—El fotógrafo —recordó Rosemary. Freya se acordó de que su padrastro se había quedado muy callado el día que habían mencionado Incantellaria.

—Habías estado aquí antes, ¿verdad, Fitz? —dijo Romina.

—Hace mucho tiempo.

—¿Y llegaste a subir aquí, al *palazzo*?

—Estaba hecho una ruina.

Romina se frotó las manos, encantada.

—¿Cómo era?

Rosemary se irguió en la silla y Fitz describió a la mesa el frío espeluznante, el olor a podrido, el jardín lleno de maleza y el palacio semiderruido.

—Subimos a explorar —explicó.

—¿Subimos? —dijo Ma.

—Con una vieja amiga.

La evasiva respuesta despertó el interés de Ma.

—Una vieja amiga. Qué misterioso.

—En absoluto —replicó Fitz, despreocupadamente—. Era Alba. Hace treinta años que no la veo.

La mesa quedó en silencio. Rosemary estaba horrorizada por el hecho de que su marido hubiera mencionado a Alba por su nombre, insultándola en cierto modo al sacar a colación a su viejo amor. Freya se había quedado perpleja al entender que la mujer con la que Fitz había estado a punto de casarse estaba íntimamente ligada a la historia que Romina les había contado sobre el asesinato ocurrido en el *palazzo*. Los hombres miraban a Fitz con admiración. Alba era una belleza.

—¡Caramba! ¡Qué calladito te lo tenías! —exclamó Bill, pasando el vino—. ¿Y qué pensará Alba cuando te vea aparecer por la *trattoria*?

—Ni siquiera sé si se acordará de mí. Han pasado treinta años.

—No tienes por qué bajar a la *trattoria* —intervino Rosemary con una sonrisa tensa—. Podemos quedarnos aquí. No se me ocurre un sitio mejor.

—Por supuesto que debe usted bajar. —Ma pescó al vuelo el estúpido ardid de Rosemary—. No puede venir desde tan lejos y no verla.

—¡Yo sentiría mucha curiosidad por ver a un viejo amor! —concedió Romina.

—Oh, vamos, tampoco es para tanto —dijo Fitz, intentando quitarle importancia. Percibía la incomodidad de Rosemary como si le hubiera cubierto la piel de espinos.

—Yo esto no me lo pierdo —dijo Ma—. Me recuerda a una obra de Shakespeare.

—¿A cuál? —preguntó Caradoc.

—¡Ah, eso depende de cómo resulten las cosas!

Rosemary se sentía como si se estuviera ahogando.

—Será divertido —dijo, a punto de añadir «a mis expensas». Pero se contuvo. Se estaba excediendo. A fin de cuentas, habían pasado treinta años.

Mientras los demás se echaban la siesta, Luca le mostró a Freya la propiedad. Sabía que tenía que contarle lo de Cosima, pero no quería colocarla en una posición incómoda. Su amiga había llegado buscando refugio de su atribulado matrimonio y lo último que necesitaba era enterarse de que estaba a punto de pedirle a Cosima que se casara con él. No era justo que su alegría desmereciera el propósito de la visita.

Luca se sentía mal por haber flirteado con ella y deseaba retirar todo lo que había dicho que hubiera podido resultar inapropiado. Freya había estado en lo cierto: cuando él se había sentido inseguro, ella había sido un puerto calmo y

familiar. Pero él era un hombre destinado a navegar en mares revueltos, y ahora que por fin había recuperado sus fuerzas ya no deseaba la seguridad que ella le ofrecía. Esperaba que Freya no estuviera pensando dejar a Miles.

La llevó por los jardines y bajó con ella hasta el capricho, que a ella le resultó tan encantador como él había previsto. Se sentaron en la cama donde le había hecho el amor a Cosima y, por fin, tras comentar la belleza del pequeño edificio y la tragedia de su historia, hablaron de Miles.

—Jamás imaginé que Miles sería la clase de hombre que tiene una aventura —dijo ella, pasándose un mechón de pelo tras la oreja—. No es exactamente un mujeriego.

—¿Quién es ella?

—Uno de los cuatro miembros de su mesa de *bridge*. Ni siquiera es atractiva. Tiene el pelo lacio y castaño y una cara redonda. —Los dos se rieron.

—¿Qué crees que le ha llevado a actuar así?

—No lo sé. Quizá soy demasiado saludable para él.

—Ser saludable es algo bueno —dijo afectuosamente Luca.

—Quizá quiera sexo sucio, alguien que haga con él todas esas cochinas que yo no quiero hacer.

—¿Qué cochinas son ésas? —Luca no pudo contenerse.

Ella se sonrojó.

—No lo sé. Miles no me ha pedido exactamente que haga nada. Es muy convencional. Simplemente intento encontrar una explicación.

—Entonces, ¿le has dado un ultimátum?

—Le he dicho que o termina con su aventura o le dejo y me llevo a los niños.

—Y supongo que le has metido el miedo en el cuerpo.

—Eso creo.

—Estoy seguro de que actuará como es debido.

—Pero ¿puedo seguir confiando en él? No estoy segura.

—Tienes cuatro hijos que necesitan que confíes en él, o al menos que hagas que tu matrimonio funcione.

—Tus hijas se han adaptado, ¿no?

—Sí, creo que sí. Pero no se lo deseo a nadie. Coco y Juno han pasado aquí una semana y ha sido fantástico, pero es obvio que estarían mejor si Claire y yo siguiéramos juntos.

—Pero ahora tienen lo mejor de cada mundo. Pasan parte del tiempo con su madre en Inglaterra y la otra parte aquí con su padre.

—Para ellas no ha sido fácil. Todos los niños quieren que sus padres se quieran. —La miró con firmeza—. ¿Sigues queriendo a Miles?

Freya no lo dudó.

—Por supuesto. Pero me ha hecho daño.

—Si no le quisieras, él no tendría el poder de hacerte daño.

—Llevamos diez años casados. No puedo imaginarme la vida sin él. He sido tan arrogante como para creer que era el centro de su mundo. Jamás se me ocurrió que pudiera enamorarse de otra. Me siento como si me hubiera dejado sin aire. —Sonrió con timidez—. Ya no soy tan arrogante.

Luca le tocó el hombro.

—Volverás dentro de unos días y él habrá terminado con su historia. Vais a tener que hacer un gran esfuerzo para no permitir que esto os destruya.

—Lo sé. Si él la ha dejado, tendré que pasar página. No será fácil.

—Pero le has dejado claro que hablas muy en serio.

—Creo que él jamás imaginó que era capaz de marcharme así —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Y creo que tú le has puesto en alerta, Luca.

—¿Yo?

—Sí. Le he dicho que venía a verte. Si hay alguien capaz de provocar sus celos, eres tú.

—Me alegro de poder ayudar.

—Has hecho mucho más que eso —respondió ella, apretándole la mano—. Eres un amigo de verdad.

FITZ estaba nervioso por tener que volver a ver a Alba, a pesar de que ambos se habían casado y habían encontrado la felicidad con otra persona. Treinta años podían quedar reducidos prácticamente a nada cuando se trataba de las emociones. Ella le había roto el corazón. Aunque Rosemary había puesto un emplasto sobre la herida, bajo la cura superficial ésta seguía abierta. Fitz no sufría el mismo dolor agudo que había padecido durante los primeros meses siguientes a la partida de Alba, y el tiempo había ayudado a menguar el desconsuelo, pero el dolor seguía siempre ahí. Era un engorroso pesar. Un anhelo de algo precioso. A menudo se preguntaba por ella y fantaseaba imaginando cómo podrían haber sido las cosas. Ahora, contemplando la belleza de Incantellaria, se preguntaba si habría sido feliz allí. Habría dado cualquier cosa por poder decir con absoluta certeza que no.

A Romina nada le gustaba más que lo que ella describía como «una situación». Jamás habría imaginado juntos a Fitzroy Davenport y a Alba Pallavicini. Él era tan increíblemente inglés —la suerte de hombre al que no cuesta imaginar con zapatillas y cigarro en la boca—, mientras que ella era totalmente italiana. Quizá su padre había sido inglés, pero Incantellaria había hecho brotar a la italiana que habitaba en ella. Fitz y Alba eran tan distintos como un gran danés y una pantera negra como el azabache. Era incapaz de ver los paralelismos que existían entre ellos y su propio matrimonio. Y es que Romina no era precisamente una mujer que se caracterizara por ser demasiado crítica consigo misma. Si las cosas hubieran sido distintas, Fitz bien podría haber terminado llevando la *trattoria* en vez de haberse casado con la bondadosa aunque mandona Rosemary. Apenas podía contener la impaciencia, pues no veía el momento de juntar a los dos ex novios, y esperaba y deseaba poder llevarse con ella a Rosemary y así darles tiempo para que hablaran del pasado sin tenerla encima como un juez terrorífico. Rosemary no les permitiría pasar un solo instante a solas. Las mujeres como ella eran frágiles bajo su aspecto crispado y los celos las devoraban. Había hecho bien atrapando a Fitz y él había sido un idiota por dejarse atrapar.

Tras una visita guiada por el *Palazzo Montelimone*, Romina reunió al grupo de invitados y los apretujó en el coche de Nanni y en su pequeño Fiat amarillo. Freya se quedó con Luca en el capricho. No tenía el menor deseo de ver cómo Fitz y su ex novia humillaban a su madre.

Alba se había esmerado con su aspecto. Y no es que no lo hiciera

normalmente, pero era consciente de que había muchas posibilidades de que Fitz apareciera en la *trattoria* y quería estar especialmente hermosa. Se había lavado el pelo, dejándolo suelto sobre su espalda en lustrosos bucles, y había elegido un vestido negro con un diseño de flores rojas y verdes que abrazaba su curvilíneo cuerpo, resaltando el perfil de sus pechos y las redondeadas líneas de sus caderas y de su trasero. Aunque ya no estaba tan delgada como cuando Fitz la había conocido, sabía que tenía muy buen aspecto para ser abuela. Había un momento en la vida en que una mujer debía elegir entre su rostro y su figura. Alba había llegado a ese punto y había elegido su rostro. Los kilos de más daban a su piel una apariencia rellena y juvenil, pero tenía la cintura más ancha de lo que le habría gustado. Se había pintado los ojos y se había puesto un poco de colorete con la esperanza de que nadie lo notara ni llamara la atención. No le había hablado a Pánfilo de la llegada de Fitz. Había muchas posibilidades de que los hombres no se encontraran. Su marido se había ido a Milán a pasar unos días y, aun en el caso de que volviera, un hombre tan seguro de sí mismo como él en ningún momento se preocuparía de la repentina aparición de un antiguo novio de Alba. De hecho, ella ni siquiera creía que la situación fuera a despertar en él la curiosidad. Cuando salió de casa, esperaba que, después de todas las molestias que se había tomado, Fitz decidiera visitarla.

Al parecer, todo el mundo estaba ese día en la *trattoria*. Rosa y Cosima servían las mesas mientras que Toto charlaba con los clientes habituales. Durante el almuerzo hubo mucha actividad. Un gran barco había traído a un montón de turistas desde Sorrento y apenas quedaba un sitio libre en todo el pueblo. Alba estaba tan ocupada que no reparó en la petulante sonrisa de Rosa ni en el modo en que se balanceaba sobre los talones al andar. Madre e hija apenas se hablaban. Cosima fue la única que comentó el aspecto de Alba, diciéndole lo guapa que estaba. Ella le sonrió y respondió:

—*Vecchio pollo fa buon brodo*.[*]

A la hora del té, el entusiasmo de Alba se había desvanecido. Llevaba ya un buen rato sentada a la mesa del rincón, apenas atreviéndose a salir por si Fitz aparecía y la sorprendía con la guardia baja. No sabía con seguridad cómo reaccionar. Normalmente, no se pasaba el día entero en la *trattoria*.

—Me voy a casa —le dijo por fin a Cosima. Había perdido el buen humor. Se sentía como una jovencita a la que habían plantado en su primera cita—. Cuida del fuerte con tu padre y con Rosa. Te veo luego. —Cuando cruzaba la terraza, algo la obligó a detenerse en seco.

Allí, acercándose por el muelle, estaba Fitzroy Davenport. No había cambiado nada, salvo quizá por las pinceladas grises que le salpicaban las sienes y porque estaba un poco más curtido por el paso del tiempo, aunque seguía manteniendo

ese aspecto juvenil que no envejece demasiado. Él también la vio y a su rostro asomó una sonrisa amplia y contagiosa. Se olvidó de Rosemary, que iba a unos metros por detrás de él. Había retrocedido treinta años y se dirigía con paso firme al encuentro con el amor de su vida.

—Dios mío, no puedo creer que seas tú —dijo, besándola en la mejilla—. No puedo creer que sigas aquí. ¡No has cambiado nada! —Ella le sonrió a su vez y, más allá de la mujer de cincuenta y seis años que tenía delante, Fitz vio a la joven de la que había estado enamorado.

—Te dije que te esperaría —susurró ella. El rostro de Fitz se ensombreció—. Tampoco podía esperarte eternamente, ¿no? —Aunque Alba bromeaba, tras la risa de él se ocultó un hombre asfixiado por el arrepentimiento.

—Debería haberlo imaginado.

—¿Y bien? ¿Cómo has encontrado a tu vieja amiga? —preguntó Romina, como si fuera la organizadora del encuentro.

—Fantástica —respondió Fitz, separándose a regañadientes de Alba. Sintió que tenía a su esposa a su lado. Rosemary entrelazó su brazo al de él en un gesto posesivo—. Ésta es Rosemary —dijo—. Mi esposa.

Alba estudió con atención a la animada mujer con la que Fitz se había casado en vez de con ella.

—Bienvenida a Incantellaria.

—Encantada de conocerla —respondió Rosemary, que ya había reparado en la morena belleza y en los asombrosos ojos claros de Alba—. He oído hablar mucho de usted.

Fitz sabía lo que Alba pensaría de Rosemary, y la risa que vio en sus ojos no hizo más que confirmar sus sospechas.

—Vamos, busquemos una mesa en la que podamos sentarnos y ponernos al día —dijo Alba, abriéndose paso por la terraza.

—Yo tengo que sentarme a la sombra —dijo Ma, ayudando a Caradoc que caminaba muy tieso, apoyándose en el bastón.

—¿Dónde está la encantadora Rosa? —preguntó.

—Se ha ido a casa a cuidar de sus hijos.

—¡No hay palabras para expresar mi decepción!

—¡Ah, menudo alivio! —intervino Ma—. Así podrá quedarse callado.

Todos se sentaron. Alba lamentó no poder quedarse a solas con Fitz, pero era del todo imposible. Su esposa le recordaba a su suegra, la mujer a la que groseramente se había referido como a «El Búfalo». ¿Quién habría imaginado que Fitz terminaría con una mujer como ella? Alba percibió la mirada de impotencia en los ojos de él. También él quería quedarse a solas con ella. En cambio, tenían que ponerse al corriente de sus vidas delante de un curioso

público y de una esposa celosa. Alba levantó la mano y llamó a su sobrina.

—Cosima, ¿por qué no nos sirves unos té y unos cafés?

Cosima sacó lápiz y libreta.

—Y bien, Fitz —empezó Alba, inclinándose sobre la mesa—. ¿Sigues teniendo perros y ese Volvo viejo y maloliente?

—¿Por qué no han venido con nosotros Luca y Freya? —preguntó Ma.

—Porque tienen que contarse muchas cosas —respondió Romina. Vio cómo el lápiz de Cosima se detenía sobre el papel al tiempo que Nanni y Caradoc pedían sus consumiciones.

—Freya siempre ha tenido debilidad por Luca —dijo Rosemary, intentando no escuchar la conversación de su marido y Alba.

—Mal momento —dijo Romina, elevando deliberadamente la voz—. Habrían hecho una pareja perfecta.

—Luca es un hombre guapo, pero demasiado inconstante. Mentiría si dijera que me sorprende que su matrimonio haya fracasado. No está hecho para la monogamia.

—Pues yo creo que descubriré que Luca tiene el corazón sano y pleno —intervino Caradoc, captando la mirada de Cosima.

Ésta le sonrió agradecida, aunque tenía el estómago revuelto. Luca no había mencionado a Freya en ningún momento. Ni tampoco había mencionado que vendría al pueblo y se alojaría en el *palazzo*. Empezó a ser presa de la ira. Lo que la alteró no fue que Luca estuviera con otra mujer, sino que no se lo hubiera dicho.

Cuando todos hubieron pedido, Cosima volvió dentro. Se sacó el móvil del bolsillo y lo apagó. Si Luca era capaz de mentir sobre una cosa así, ¿sobre qué más podía llegar a mentir? Si no podía confiar en él, ¿cuál era el sentido de tener una relación?

Luca y Freya se quedaron en el capricho hasta las seis. Hablaron largo y tendido sobre Miles. Él escuchó pacientemente e intentó dar a su amigo un buen consejo, aunque lo cierto es que el tema estaba empezando a aburrirle. Cuando el atardecer teñía ya de ámbar el capricho, sugirió que bajaran a dar un paseo por la playa y que desde allí rodearan la bahía para encontrarse con los demás en la *trattoria*. Sabía que tenía que hablarle de Cosima. Si Freya creía que estaba disponible, la idea de dejar a su marido quizá le resultara más atractiva. No deseaba darle falsas esperanzas. Y sobre todo no quería molestar a Cosima.

El mar se extendía ante ellos, relumbrante bajo la luz de la tarde. Algunos barcos cincelaban el horizonte, y brillaban a la luz del sol, y las aves marinas sobrevolaban en círculo la playa. Freya aspiró el olor del tomillo silvestre que crecía entre las rocas y se sintió mucho más animada a pesar de la infidelidad de

su marido. Incantellaria le había insuflado su alma por todos y cada uno de sus sentidos. Miró a Luca, que estaba de pie delante de ella. Caminaba erguido, con los hombros hacia atrás, bronceado por el sol y con el pelo lustroso bajo la luz. Tuvo la sensación de ser ella la que estaba disfrutando de la aventura. Se acordó del día que Luca le había dicho que haberla dejado había sido la estupidez más grande que había cometido. Luego se sonrojó al recordar que él había querido hacerle el amor. Tampoco ella se había olvidado de lo que había ocurrido entre ambos en 1979, el verano en el que habían sido amantes. No, no había olvidado un solo detalle. Luca había sido su primer hombre. Sonrió al preguntarse cómo sería acostarse con él después de tantos años, ahora que ya no era la chiquilla inocente de antaño. Podían hacer el amor —a fin de cuentas, lo suyo era una historia pendiente— y nadie tenía por qué enterarse. Podría entonces volver con Miles y sólo ella sería conocedora de la dulzura de su venganza.

—No sé si sabes que hay una historia sobre unos claveles rojos que aparecieron en la playa barridos por una misteriosa marea —dijo Luca, metiéndose las manos en los bolsillos y palpando la caja del anillo de Cosima.

—¿De verdad crees que es verídica?

—Sin duda. Pero ¿quién los puso ahí? El Mediterráneo no tiene mareas.

—¿Y la sangre que llora Jesús?

—Eso es obra de algún cura listo.

—¿Tú crees en algo que no puedas ver? —preguntó ella, recordando en ese momento el encontronazo que había tenido lugar entre él y Hugo.

—Sí.

Luca pensó en Francesco, pero decidió no hacerla partícipe de todas las cosas extrañas que le habían ocurrido durante la semana anterior. Lo que compartía con Cosima era de una vastedad incalculable, como profundo era el vínculo que esa vastedad había engendrado entre ambos. A pesar del cariño que sentía por Freya, no tenía intención de compartirlo con ella.

—Hay algo que quiero decirte —empezó.

Rosa bajaba a la playa con Alessandro y con Olivia cuando vio a lo lejos a Luca con una desconocida. Les susurró a los pequeños que no hicieran ruido y se quedó mirándoles. Conversaban muy juntos. La joven vio que él sacaba una cajita del bolsillo y se la daba a la mujer. La misteriosa mujer era guapa. Rosa pudo verlo aun a pesar de la distancia. La larga y bonita melena se agitaba a merced de la brisa y la piel pálida parecía traslúcida contra el telón de fondo del mar. Era delgada y esbelta, de piernas y brazos largos, aunque llevaba unos pantalones cortos que le favorecían muy poco. La mujer cogió la caja. Rosa sintió que le embargaba la rabia. ¿Sabía Cosima que estaban allí? La mujer vaciló antes de abrirla, al parecer con un gesto de protesta, pero él la animó,

empujándole la mano. Cuando la desconocida vio lo que contenía la caja, negó con la cabeza, la cerró y rodeó a Luca con los brazos. Se quedaron abrazados como un par de amantes durante lo que a Rosa se le antojó una eternidad. Mareada de rabia, cogió a sus niños de la mano, dio media vuelta y volvió a subir por el camino con la mente hecha un mar de posibilidades. Claro, ahora entendía que Luca hubiera flirteado con ella. También le había visto flirteando con Stephanie. Era un *playboy*. Y aunque ella había escapado por poco de sus garras, Cosima no había tenido tanta suerte. Era vulnerable como una presa fácil para un cazador. Jamás debería haber confiado en él. Sabía muy bien que tenía que hacer lo que fuera mejor para su prima. La sangre era más espesa que el agua. Tenía que contárselo.

Luca siguió abrazado a Freya.

—Sabía que lo entenderías.

Ella se apartó y le devolvió la caja negra. Sus ojos destellaban como el mar.

—Es muy bonito. Le encantará. ¿A qué mujer podría no gustarle?

—No sabes las ganas que tenía de compartirlo contigo. Pero es que no sabía si hacía bien contándotelo después de los problemas que estás teniendo con Miles.

—Es una noticia fantástica, Luca. Me alegro por ti. Me ha ayudado a dejar de pensar en mí.

—Es muy generoso de tu parte.

—No es cierto. Somos amigos, ¿no? Yo estuve ahí cuando me necesitaste. Ahora tú estás aquí cuando te necesito. Ya ves, yo tenía razón. Tú querías lo que yo representaba. Te dije que algún día nos reiríamos de esa conversación.

—No me estoy riendo —respondió él tímidamente—. Me siento demasiado avergonzado.

—Pues no deberías. A mí me parece muy cómico. Déjame decirte que te volviste mucho más atractivo en cuanto me enteré de que Miles tenía una aventura. Supongo que no hay manera de que coincidamos. Simplemente no estamos hechos para estar juntos. —Entrelazó su brazo al de él y echaron a andar por la playa en dirección al paseo—. Al menos tengo la suerte de tenerte como amigo, aunque ahora sé que nunca terminaremos lo que empezamos.

—Para mi desgracia —dijo él diplomáticamente.

—¡Y para la mía! Y ahora ¿por qué no me presentas a la afortunada?

Cosima estaba tan furiosa que volvió temprano a casa, dejando a Alba en la terraza hablando con Fitz y con su flaca esposa. Encontró a Rosa esperándola en la cocina con expresión preocupada. Los niños estaban fuera con Beata, que escuchaba a Alessandro mientras el pequeño leía en voz alta su libro de texto.

—Tengo que hablar contigo —dijo Rosa.

—No estoy de humor —respondió Cosima, pasando por delante de ella en

dirección a la nevera para sacar una jarra de zumo de limón.

—Es sobre Luca.

—No quiero hablar de él.

Rosa pareció confundida.

—¿Lo sabes?

—¿A qué te refieres? —Sirvió el zumo en un vaso y se apoyó contra el aparador.

—A su novia.

—Yo soy su novia —declaró Cosima, dedicando a su prima una mirada asesina—. Si te refieres a la mujer que está pasando unos días en el *palazzo*, ya lo sé. Les he oído hablar de ella en la *trattoria*.

—¿Quieres decir que no lo has sabido por él?

Cosima clavó los ojos en su vaso.

—No, aunque estoy segura de que pensaba decírmelo. —Desvió la mirada, negándose a revelar la profundidad de la traición cometida por Luca.

Rosa inspiró laboriosamente y soltó lo que tenía que decir.

—Les he visto en la playa.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Estaban muy juntos. Luca ha sacado una pequeña caja y se la ha dado. Ella la ha abierto y ha caído en sus brazos. —La sangre abandonó al instante el rostro de Cosima—. Ojalá no les hubiera visto —continuó Rosa—. Ojalá no fuera yo quien tiene que contártelo.

—¿Estás segura?

—No estoy mintiendo. ¡Es él quien miente!

—¡No te creo, no te creo en absoluto! Dame una sola razón por la que debería hacerlo.

La reacción de Cosima a la traición de Luca había sorprendido a Rosa. Dejando a un lado las disputas continuas y diarias entre ambas, cuando se trataba de un tema de sangre, su prima era parte de la familia. Rosa la quería.

—No eres sólo mi prima, Cosi. Eres mi hermana.

Cosima se deshizo en lágrimas.

—Dios, Rosa, ¿crees entonces que ha mentado en todo?

—Yo no me creería una sola palabra de lo que dice.

Cosima pensó en Francesco y sintió que la sangre la abandonaba como el agua por un sumidero, dejándolo todo tan negro como antes. Negó con la cabeza, incapaz de dar voz a su desesperación. Cuando Luca y Freya llegaron a la *trattoria*, Romina seguía allí con Alba, Rosemary y Fitz, Nanni, Ma y Caradoc.

—Ven a sentarte con nosotros, cariño —dijo Rosemary.

Alba miró a Freya de arriba abajo, preguntándose si era hija de Fitz.

—Freya es mi hijastra —dijo él, leyéndole el pensamiento—. De hecho, es hija mía, aunque no lleve mi sangre.

—Es muy guapa —dijo Alba.

—Estoy muy orgulloso de ella.

—¿Dónde está Cosima? —preguntó Luca.

Alba había estado tan distraída con Fitz que se había olvidado de su sobrina.

—Debe de haberse ido a casa.

—¡Maldita sea! Quiero presentársela a Freya.

—Quizá debería ir a buscarla —sugirió Caradoc, comunicándole así que algo no iba bien del todo.

—¿Está bien? —preguntó Luca, inclinándose hacia el profesor.

—No le ha comentado nada sobre la llegada de Freya, ¿verdad?

Luca puso los ojos en blanco, consciente de su estupidez. Había dejado que su ego prevaleciera sobre su sentido común.

—¿Está furiosa?

—Como sólo puede estarlo una mujer latina y realmente apasionada.

Luca dejó a Freya con el grupo y corrió a la plaza a coger un taxi. Marcó el número de Cosima, pero le saltó el contestador. Sentía su propia ansiedad como un peso invisible sobre el pecho. Si había apagado el móvil, debía de estar furiosa con él. Miró con atención tras los árboles que bordeaban la calle que rodeaba la *piazza*, pero no vio ningún taxi. Se metió las manos en los bolsillos, sin saber qué hacer, cuando vio a Eugenio fumando en los escalones de la comisaría, hablando con otro *carabiniere*. Cuando el marido de Rosa le vio, arqueó las cejas en señal de reconocimiento.

—*Buon giorno*.

—Hombre, ¿por casualidad no me ayudaría?

—¿Qué puedo hacer?

—Necesito que me lleve a su casa. Tengo que ver a Cosima urgentemente.

Eugenio arrojó la colilla al suelo y la aplastó con la bota.

—Venga, le llevo. Si tan urgente es... —Luca le siguió hasta el coche de policía que estaba aparcado junto a la acera.

—¿Ha encontrado ya a la intrusa? —preguntó Eugenio cuando subieron al coche.

—No, aún no —respondió Luca. No quería mencionar que sospechaba de Rosa.

Eugenio estuvo encantado, aunque no dio muestra de ello.

—Creía que iba a encargarse de vigilar la puerta.

—He tenido cosas mejores que hacer con mi tiempo.

—¿Está bien Cosima?

—Eso espero. Se trata de un simple malentendido.

—Cosima es una mujer muy frágil —dijo Eugenio con un tono de voz colmado de aprensión.

—Por eso necesito aclarar esto lo antes posible.

* El pollo viejo da buen caldo. (*N. del T.*)

CUANDO LUCA llegó a casa de Cosima, bajó del coche y corrió colina abajo hacia la casa. Beata estaba en la terraza con Rosa y los niños, que en ese momento comían unos grandes cuencos de pasta. Cuando la joven le vio, se le heló la expresión del rostro. Luca supo entonces que algo iba realmente mal.

—*Buona sera* —saludó educadamente a Beata, que le sonrió, ajena a lo que ocurría. Rosa se levantó y entró a la cocina. Luca la siguió.

—¿Qué ha ocurrido, Rosa?

Ella se volvió bruscamente con las manos en la cintura y empezó a chillarle.

—¿Cómo te atreves a traicionar a mi prima? Todos hemos caído bajo tu hechizo. ¿Así que no somos más que un puñado de idiotas provincianos?

—¿De qué estás hablando?

—Será mejor que vuelvas por donde has venido porque aquí ya no eres bienvenido. ¡Si Falco estuviera vivo, acabaría contigo en tu maldito *palazzo*!

—¡No te entiendo! Yo no he traicionado a nadie.

Rosa se rió, aunque más que una carcajada lo que salió de su boca fue un salvaje cacareo.

—¡No me mientas! Te he visto.

—¿Que me has visto? ¿Dónde? —Entonces lo entendió—. Me has visto en la playa con Freya.

—¿Así se llama? Bonito nombre.

—No es lo que parece.

—Nunca lo es. Sois todos condenadamente predecibles. Me pregunto por qué a los hombres nunca se os ocurre nada original, en vez de esos viejos clichés.

Eugenio entró cuando ambos se callaron.

—¿Interrumpo algo?

—No te preocupes, Luca ya se iba.

—No puedo irme sin que oigas mi explicación.

—Si Rosa te pide que te vayas, te vas —dijo Eugenio con frialdad.

—Tranquilo, Eugenio. —La joven suspiró dramáticamente y se volvió de espaldas—. Será mejor que tengas una buena explicación. —Luca sacó la cajita del bolsillo. Rosa la miró, recelosa—. Eso es lo que le diste a Freya.

—Sí. Pero si hubiera querido que se lo quedara no lo tendría ahora en la mano.

Rosa abrió la caja.

—*Madonna!* —Soltó un silbido, enseñándoselo a su esposo.

—Es para Cosima. Voy a pedirle que se case conmigo.

—Entonces, ¿por qué se lo has dado a Freya?

—No se lo he dado. Se lo estaba enseñando.

—Curioso eso de enseñar a una mujer un anillo de compromiso.

—Freya es una vieja amiga —explicó pacientemente Luca—. Acaba de dejar a su marido porque ha descubierto que tiene una aventura. No tenía dónde ir. No podía decirle lo de Cosima así, sin más. No me ha parecido justo contarle mi buena noticia cuando ella era tan desgraciada. Así que he esperado a encontrar el momento adecuado. Freya se ha alegrado por mí. Nos hemos abrazado como amigos, Rosa.

—¿Por qué no le dijiste a Cosima que venía?

—Porque tuve miedo de que no le gustara la idea.

Ella hizo una mueca.

—Bueno, al menos eres sincero... y tienes, razón, no le gusta.

—¡Oye! Yo nunca traicionaría a Cosima. La amo.

Rosa le devolvió el anillo.

—Será mejor que la ames con toda tu alma y con todo el corazón porque, créeme, si la haces infeliz, lo lamentarás. Mi familia tiene un largo historial de venganzas infringidas de un modo muy violento.

—Vamos, ¿piensas decirme dónde está?

—No lo sé.

—¿No tienes la menor idea?

—Ha salido corriendo. —Luca se sacó el teléfono del bolsillo—. No te molestes. No quiere hablar contigo.

—Tengo que encontrarla.

—¿Rosa? —Eugenio se apiadó de Luca. También él sabía lo que era amar demasiado.

—De acuerdo, tengo una ligera idea de dónde puede haber ido.

—¿Dónde?

—Ven conmigo. Te lo enseñaré. Eugenio..., conduce tú.

Fitz regresó al *palazzo* con Rosemary, Freya, Romina, Ma, Nanni y Caradoc. Durante todo el trayecto de regreso no hizo sino mirar por la ventanilla, sin dejar de lamentar no haber podido pasar un rato a solas con Alba. Rosemary parloteaba sobre el paisaje y sobre lo hermoso que era, cualquier cosa antes que hablar sobre Alba. Romina le leyó el pensamiento a Fitz, quien para ella era tan transparente como si fuera de cristal.

—Voy a descansar un poco antes de cenar —dijo el profesor, mientras entraba vacilantemente en el vestíbulo.

—Creo que haré lo mismo —declaró Ma—. Qué tarde más agotadora. Nada

cansa más que estar perpetuamente de vacaciones.

—¿Le apetece una partida de cartas? —preguntó Nanni a Fitz.

Éste se volvió diligentemente hacia su esposa.

—¿Qué quieres hacer, cariño?

Romina se apresuró a intervenir.

—Querida Rosemary, tengo el plan perfecto para ti y para Freya. Una preciosa tiendecita llena de exquisita artesanía italiana que os va a encantar. La mayoría de mis cosas que tanto os han gustado proceden de allí. Se llama Casa Giovanna y es un pequeño rincón secreto, totalmente apartado. Mañana cierra, pero si llamo a Imelda nos la abrirá ahora para nosotras solas. ¿Qué me decís?

—Me encantaría. —A Rosemary se le ocurrió que unas compras era justo la terapia que necesitaba después de haber pasado un par de horas en compañía de la hermosa ex novia de Fitz.

—Supongo que Luca no ha llegado todavía, ¿verdad? —preguntó Freya no sin cierta melancolía en la voz—. Espero que esté bien.

—Volverá a tiempo para cenar —dijo Romina, abriendo la puerta—. Vamos, ¡no perdamos ni un minuto más! —Miró a Fitz y le guiñó el ojo.

—¿Y bien? ¿Qué me dice? —insistió Nanni.

—Quizá más tarde. Ahora me gustaría hacer un ejercicio de memoria.

—Bueno, lo dejamos para otra ocasión —dijo Nanni, agachándose para acariciar a *Porci*.

Fitz se quedó de pie en la grava, intentando decidir qué hacer e incapaz de quitarse a Alba de la cabeza. Sabía cómo llegar a su casa. Se acordaba del viejo punto de vigilancia, del olivo y de la tumba de Valentina. Hay recuerdos que nunca se borran. Pasaría por delante del capricho y bajaría por el sendero. Esperaba encontrarla en casa.

Alba estaba desanimada. Maldecía a la posesiva esposa de Fitz por no haberles dejado un rato a solas. Debería haber sabido que él terminaría con una mujer así. Probablemente se había casado con ella porque no lo quedaba otra; era demasiado enérgica y crispada para que nadie la quisiera. Una mujer a la que le gustaba controlarlo todo. Conociendo a Fitz, seguro que se había acostumbrado a ella. Sabía que él estaba feliz así, pero también que había varios grados de felicidad y habría apostado un buen pellizco a que la felicidad de Fitz alcanzaba apenas la mitad de su capacidad.

Ya en casa, se sentó a hablar con Beata, que le dijo que Rosa y Eugenio habían desaparecido con Luca a toda prisa. Había oído gritar a Rosa en la cocina, pero no sabía por qué. Alba puso los ojos en blanco. Cosima fue la primera en quien pensó. Sentía un nudo en la boca del estómago, temerosa de que su sobrina cometiera alguna estupidez. Estaba tan acostumbrada a la fragilidad de la joven

que siempre esperaba lo peor. Pero Beata no sabía dónde estaba Cosima.

—Quizás haya salido a dar un paseo —dijo Alba, levantándose—. Voy a darme una ducha. Ha sido un día muy largo.

—¿Has estado todo el día en la *trattoria*?

—¿Sabes quién ha aparecido? Fitz. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto que me acuerdo de él. Qué sorpresa más agradable. ¿Qué hace aquí?

—Está alojado en el *palazzo*.

—Ah. ¿Y vas a subir a verle?

—Naturalmente que no. Ni un milagro podría arrastrarme hasta allí.

—¿Está casado?

—Sí, ¡con una marimandona! —Le hizo bien poder compartir sus sentimientos con Beata—. La muy idiota no nos ha dejado a solas ni un minuto. Tenía muchas ganas de hablar con él. Han pasado treinta años. No entiendo por qué su esposa es tan posesiva, la verdad.

—Porque eres una mujer hermosa, Alba.

—Ya no.

—Oh, ya lo creo que sí. Los años han sido generosos contigo, porque han sido felices.

—Ni que fuera a robárselo. Podría haber sido un poco generosa y habernos dejado solos. Pero no, no habría podido soportarlo. Tenía que quedarse a escuchar. Ni siquiera sabía de qué hablábamos.

—Pobre Fitz. Siempre estuvo condenado a casarse con una mujer fuerte.

—Pues no me quiso tanto como para seguirme hasta aquí. Es culpa suya. Nadie le obligó a casarse con Rosemary.

—Pero tú tienes a Pánfilo. Tienes lo que merecías, Alba, lo mejor.

Ella subió a darse una ducha. Los recuerdos llovían sobre ella como el agua y empezó a canturrear, disfrutando de las imágenes mentales que durante tantos años había tenido olvidadas. Se acordó de la casa barco de Cheyne Walk y de sus botas de ante y suela de madera favoritas que se había comprado en Biba. Se acordó también de la cabra que había subido al techo del barco de Viv para que se comiera la hierba y las flores que había plantado allí, e imaginó el rostro horrorizado de su vieja amiga cuando lo descubrió. Se preguntó dónde estaría Viv y si había alguien que se molestara en seguir leyendo sus libros. En aquel entonces era una mujer muy distinta.

Terminó de ducharse y se dio aceite en la piel antes de vestirse. Hacía calor en su habitación. La ventana estaba abierta de par en par y los chirridos de los grillos flotaban en el aire, barridos desde el exterior por la brisa. Mientras se abotonaba el vestido se acercó a mirar al jardín y al mar que se extendía más

allá. Fue entonces cuando oyó una voz grave claramente masculina. Era inconfundible. El hombre hablaba en un pobre italiano con Beata, que le escuchaba pacientemente. Era la voz de Fitz.

Alba bajó corriendo y se serenó durante un instante en la cocina antes de salir a la terraza.

—¡Ah, eres tú! —exclamó, fingiéndose sorprendida.

—Justo pasaba... —A punto estuvo de inventarse que había pasado por allí por mera coincidencia, pero Alba le caló al vuelo—. Quería verte —se limitó a decir entonces.

—¿Dónde está tu esposa?

—De compras.

—¿Te apetece dar un paseo? Podríamos bajar a la vieja torre de vigía.

—Me encantaría.

—¿Te quedarás hasta que vuelva Rosa, Beata?

—Me quedaré el tiempo que me necesites, cariño. Ve y pásalo bien. —La anciana sonrió. No era tan vieja como para no recordar lo que era disfrutar de la compañía de un hombre atractivo.

Fitz se metió las manos en los bolsillos y se despidió de Beata, deseándole buenas noches antes de seguir a Alba por el olivar hacia los acantilados. El sol se ponía en el horizonte, tiñendo el cielo de carmesí y de oro.

—Este lugar no ha cambiado nada, ¿no te parece? —dijo, mirándola—. Y tú tampoco, Alba.

—En realidad, sólo cambiamos por fuera. Cuando estoy contigo, vuelvo a tener veinticinco años.

—Debería haberte hecho caso.

—No, hiciste lo que creíste conveniente.

—No era lo conveniente. Tú eras lo que me convenía. Es como si estos últimos treinta años no hubieran pasado. No sé por qué me faltó el valor.

—¿Cuánto tardaste en casarte con Rosemary desde que me fui?

—Semanas.

—¿Tan poco? ¿No estabas ni siquiera un poco triste?

—Estaba desolado. Te echaba terriblemente de menos. Hubo un momento en que estuve a punto de volver, pero entonces apareció Rosemary. Logró convencerme de que no sería feliz en Italia. Me dijo que si de verdad me hubieras querido me habrías antepuesto a Italia.

—No se trataba sólo de Italia, Fitz. También estaba Cosima. Ya sabes que para mí es como una hija. Jamás me he arrepentido de haber vuelto.

—Pues yo me he arrepentido de no haberte seguido un millón de veces.

—Pero ¿eres feliz con Rosemary?

—Era feliz contigo. Estoy satisfecho con Rosemary. Es una buena mujer. Me cuida. Lo nuestro no es nada apasionado como lo era contigo y desde luego no nos reímos tanto. —La miró con ternura—. Fuiste el gran amor de mi vida, Alba. Nunca habrá otra como tú.

—Me siento halagada. Nos divertimos juntos, ¿verdad? —Eché a andar con paso ligero. Con Fitz se sentía testaruda y traviesa, como si volviera de pronto a ser joven y juguetona y no una abuela que tuviera que responder a un estereotipo determinado.

—He pensado a menudo en ti todos estos años. Es increíble pensar que eres abuela. Te he congelado en mi mente tal y como eras cuando te marchaste.

—Me temo que soy mucho más vieja y más gorda de lo que era en aquel entonces.

—No, ahora eres aún más hermosa porque tu rostro revela tu sabiduría. Y también estás más calmada; salta a la vista.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Cuando te conocí, eras increíblemente egoísta.

—¡No es cierto!

—Eras promiscua, caprichosa, obstinada e indomable. Tenías a todos los hombres revoloteando a tu alrededor. Por eso me enamoré de ti, porque eras como un animal salvaje. Dime, Alba, ¿quién ha conseguido domesticarte?

—Un fotógrafo llamado Pánfilo.

—Gran nombre —concedió Fitz.

—Y un gran hombre.

—¿Te ha hecho feliz? ¿O habrá sólo un Fitz en tu vida?

Ella le dio un pequeño empujón en son de broma.

—Lamento no poderte decir lo que quieres oír. Te diré las cosas como son. Pánfilo es el amor de mi vida. No sé lo que habría sido de nosotros si hubiéramos seguido juntos, pero Pánfilo me ha hecho muy feliz.

Fitz intentó ocultar su decepción.

—¡Habría preferido que me hubieras dicho que has sido desgraciada durante estos últimos treinta años!

—¿Y qué pasaría luego? ¿Dejarías a Rosemary, yo dejaría a Pánfilo y empezaríamos una vida juntos? Sabes muy bien que eso sería imposible.

—Mentiría si te dijera que no lo he pensado.

—Desde luego, mira que eres gracioso.

—Ya estoy viejo, Alba. Tengo derecho a soñar.

—¡No estás viejo! No hay ninguna excusa para esa clase de sueño. Hiciste tu apuesta y ahora debes asumir las consecuencias.

Llegaron al olivo y se sentaron.

—¿Y qué ha sido de Viv?

—Viv murió, Alba.

—¡Santo cielo! —Palideció al enterarse de la muerte de su vieja amiga—. ¿Viv muerta?

—Hará unos diez años.

—Era mi mejor amiga. Estuvo a mi lado a las verdes y a las maduras y era la única persona con la que podía hablar. Me entristece que perdiéramos el contacto. Pero no hablemos de cosas tristes. Cuéntame cosas de Inglaterra. Hace años que no he vuelto. Háblame de ti. —Se tumbó a su lado, apoyando la cabeza en la mano—. Soy toda oídos. Quiero saberlo todo. Ésta será la única oportunidad que tendremos.

—No estoy tan seguro de eso. Si Rosemary nos encuentra, ¡tendremos el resto de mis días para seguir hablando!

Eugenio cruzó con el coche las puertas de entrada de La Marmella.

—¿Qué te hace pensar que está aquí? —preguntó Luca a Rosa.

—Si no está aquí, no sé dónde puede estar.

—Oh, Dios —gimió Luca—. ¡Si no está aquí, es que me corto el cuello!

El coche traqueteó por el camino. Los limoneros brillaban bajo la luz de la tarde. Las moscas revoloteaban entre las hojas y una bandada de pajarillos echó a volar en el cielo. Luca estaba enfermo de preocupación. Sabía lo frágil que era Cosima y era consciente de que debía de pensar que la había traicionado. Que era un mentiroso. Que había utilizado a Francesco para llegar hasta ella como un rufián de mala vida cualquiera. Rezaba en silencio para que estuviera allí con Manfreda, la única mujer que podía responder por su integridad. El coche se detuvo justo delante de la puerta principal. Y Luca bajó de un salto y llamó al timbre. Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. Vivió los segundos que Manfreda tardó en abrir como si fueran toda una vida. Cuando la anciana por fin apareció, Luca estuvo a punto de ser presa de un ataque de ansiedad.

—¡Manfreda! —exclamó—. ¿Está aquí?

—Por supuesto que está aquí —respondió ella calmadamente—. Ven, pasa. —Se hizo a un lado para dejarle paso—. Hola, Rosa. Eugenio. —Se rió entre dientes—. ¡Pero si has traído a todo el mundo contigo!

—¿Está bien?

—Sí, está bien —respondió Manfreda muy seria—. Pero tú, jovencito, tienes mucho que explicar —le dijo, agitando en el aire un dedo huesudo.

—Lo sé. ¿Dónde está?

—En la terraza.

Manfreda se volvió a mirar a Rosa.

—Violetta ha preparado un *limoncello* delicioso. Venid a tomar un poco. Está en la cocina. —Se los llevó con ella. Rosa se volvió a mirar por encima del hombro, lamentando no poder estar presente durante la reconciliación de la pareja. A Eugenio le traía sin cuidado. La perspectiva de disfrutar de un vaso de *limoncello* era infinitamente más apetecible que ver una reunión entre Cosima y Luca.

Éste salió a la terraza. Allí, a la mesa, encontró sentada a Cosima... y a Francesco. Luca tardó una décima de segundo en reparar en su presencia. Durante un instante creyó que el niño era real, aunque enseguida reconoció la luminosidad que envolvía su cuerpo, como si estuviera hecho de colores transparentes, como un arcoíris. Decidió que no era el momento para mencionar su presencia.

Cosima le miró con una expresión distante en los ojos. Entre ambos se había elevado una barrera tras la que ella estaba sentada muy tensa, como una completa desconocida.

—Lo siento, Cosi. Debería haberte hablado de Freya.

—Te escucho.

—Es una vieja amiga. De hecho, es mi mejor amiga. No me porté bien con ella la última vez que la vi. Nunca me ha gustado su marido. Es un idiota. Así que flirteé con ella, sabiendo que estaba casada y que lo nuestro era imposible. Le dije que era la única mujer que había amado y que ahora que me había divorciado me daba cuenta de que la mujer que siempre había buscado había estado siempre a mi lado. Entonces vine aquí y te conocí. —Quiso tomarle la mano, pero ella la retiró y la puso sobre sus rodillas. Él insistió—. Ahora Freya ha descubierto que su marido tiene una aventura. La invité a que viniera para animarla. No te lo dije porque no quería molestarte y necesitaba contarle lo nuestro en el momento adecuado para no molestarla. Supongo que he intentado complacerlos a las dos y al final no he hecho más que herir a la mujer que más amo. En la playa le he dicho que ya no soy un hombre libre y que mi corazón es tuyo. —Inspiró hondo—. No imaginé que sería así —prosiguió, sacando el pequeño joyero—. Había fantaseado con que estaríamos en algún lugar romántico. —Los ojos de Cosima se posaron en la caja—. Le enseñé esto a Freya. Quería que supiera lo serias que son mis intenciones contigo. —Empujó la caja hacia ella—. Te amo, Cosi. Nunca te he mentado y nunca lo haré. Quiero pasar contigo el resto de mi vida.

Francesco vio cómo su madre cogía la caja. Cosima se mordió el labio mientras decidía qué hacer hasta que la curiosidad pudo con ella y la abrió. Sin

esperar su permiso, Luca le tomó la mano izquierda y le puso el anillo en el anular.

—Por favor, perdóname, cariño. —Una gruesa lágrima se deslizó por la mejilla de Cosima—. Por favor, dime que te casarás conmigo.

Ella negó con la cabeza y se quitó el anillo, volviendo a dejarlo con cuidado en la caja.

—No puedo casarme contigo.

Luca sintió que el mundo se le venía abajo.

—¿No puedes? ¿Por qué?

—Porque no puedo vivir en ningún otro sitio que no sea éste.

—¿Por qué?

—¡Porque no puedo abandonar a Francesco! —exclamó, tragando saliva.

El niño la miró sin ocultar su tristeza. Luego se volvió a mirar a Luca con sus ojos marrones grandes y suplicantes.

—Tienes a Francesco a tu lado —dijo con suavidad—. Ahí, en esa silla.

Cosima miró el espacio vacío que tenía justo al lado.

—Basta, Luca. No me hagas...

—Está aquí. Te lo juro —insistió.

—¡No me atormentes! —Palideció, presa de la furia—. ¡No utilices a mi hijo para manipularme!

Él cerró los ojos e inspiró hondo. Vació su cabeza de pensamientos para que el niño pudiera comunicarse a través del vacío.

—Háblame, Francesco —dijo—. Tu madre te necesita ahora, y yo también.

Esperó. Cosima se quedó totalmente quieta y en silencio, mirándole incrédula. Al principio, Luca tan sólo podía oír los latidos de su corazón en el pecho. Si fallaba, perdería toda la confianza de Cosima. Tenía que comunicarse con Francesco. Su vida dependía de ello.

En el silencio de su mente, las palabras formaron frases que no eran obra suya. Despacio, Luca repitió lo que oía. No abrió los ojos pues temía romper el momento y no pensó en la reacción de Cosima, sino que se concentró en asirse a la voz al tiempo que un escalofrío de excitación le envolvía al verse por fin capaz de comunicarse con el hijo de ella.

—Dejé mis juguetes desperdigados por la casa para llamar tu atención, *mamma*, pero siempre culpabas a mis primos. Nunca imaginaste que era yo. He hecho cuanto he podido para que sintieras mi presencia. Estoy siempre contigo, de día y de noche. Nunca me he movido de tu lado, pero tú no puedes verme y eso me pone triste. Siento haber echado a correr tras la pluma. De pronto estaba en el agua y un instante después volví a estar en la playa, pero tú no me veías ni me oías. Quise que te sintieras mejor y te puse mi mariposa sobre la almohada,

pero te enfadaste con Alessandro. No sabías que era yo y que intentaba decirte que lo sentía. Alessandro me veía, pero estaba demasiado asustado para decírtelo. Le di una rosa amarilla para que te la diera, pero en ningún momento se te ocurrió que era yo quien te la daba. ¿No te acuerdas? El amarillo es mi color favorito. Puse una pluma blanca en la mesa de los cirios de la iglesia y después a tus pies, cuando te arrodillaste para rezar. No tenía otro modo de llegar a ti. Sólo Luca puede verme, pero no sabe por qué. Otros niños también pueden verme, y así me divierto porque si no me sentiría muy solo. Intento llegar a la luz, pero tu tristeza me pesa tanto que no puedo saltar tan arriba. Llegará el día en que sabrás que la muerte no es un final, sino la vida que sigue de otro modo. Ahora sé que fue mi momento de volver a casa. Estaba decidido antes de que naciera. Lo único que nos llevamos con nosotros es el amor. Llevo conmigo tu amor, *mamma*, en mi corazón.

Francesco guardó silencio. Luca tenía los ojos velados por las lágrimas. Miró a Cosima. Ella se había tapado la boca con la mano y le temblaban los dedos. Ninguno de los dos dijo nada.

El niño movió la mano y puso los dedos sobre la caja. Aunque en un primer momento apenas resultó discernible, poco a poco fue ganando en velocidad al tiempo que Francesco movía la caja sobre la mesa. La pequeña caja se movía ante los ojos de ambos, aparentemente por sí misma, hasta que se detuvo delante de Cosima.

Francesco miró a su madre.

—Quiero que seas feliz —dijo.

Luca intentó hablar, pero tan sólo fue capaz de articular un extraño gemido. Se aclaró la garganta y repitió luego lo que Francesco había dicho.

—Pregúntale una cosa —susurró Cosima—. ¿Cuál es el nombre de su mariposa preferida?

Luca ni siquiera tuvo que preguntarlo. Francesco respondía ya.

—Mi *Morfino*.

Cosima se echó a llorar.

—Ése era el nombre especial que él le daba. Su *Morfino*. Dile que espero que el cielo esté lleno de *Morfinos*.

—Dice que llegará el día en que tú misma las verás con tus propios ojos.

Cosima abrió la cajita y se puso el anillo en el dedo.

—Yo también quiero ser feliz —dijo—. Pero no quiero irme de Incantellaria.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Sí, si te quedas aquí conmigo.

Luca le tomó la mano por encima de la mesa.

—Si quieres quedarte aquí, que así sea. Mi felicidad depende de la tuya, Cosi.

—Se rió al ver que Francesco ponía la mano encima de las suyas—. Tenemos la bendición de tu hijo. Ahora seamos discretos hasta que tengamos también la de mis hijas.

CUANDO MANFREDA salió renqueando laboriosamente a la terraza, seguida de Rosa y de Eugenio, estuvo encantada al ver que la paz había quedado restaurada. El enorme diamante que Cosima lucía en su dedo brillaba casi tanto como la luz de sus ojos.

Rosa dejó a un lado la bandeja con las bebidas y abrazó a su prima. Sentía apenas una ligera punzada de envidia por el hermoso diamante y por la buena fortuna de Cosima.

—Me alegro de que Luca no sea el mentiroso que creí que era —dijo, antes de volverse hacia él y añadir—: Siento haber dudado de ti.

—Todo resuelto. Cosima ha accedido a casarse conmigo. Estoy loco de felicidad.

—Tenemos que decírselo a *mamma* —dijo Rosa.

—No se lo diremos a nadie hasta que se lo haya dicho a mis hijas. ¡Luego le pediré tu mano a Toto y lo anunciaré a los cuatro vientos para que se entere toda Incantellaria!

Manfreda se recostó en la silla, visiblemente feliz.

—Todo es como tenía que ser —dijo, cruzando las manos sobre las rodillas.

—Bueno, casi todo —intervino Luca—. Rosa, hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo.

—¿Qué es?

—¿Eres tú la intrusa del capricho?

Eugenio se apresuró a responder en su lugar.

—¡No sea ridículo! ¿Qué puede buscar Rosa en el capricho? —Sin embargo, en cuanto habló supo que se equivocaba—. ¿Rosa?

Ella se sirvió una bebida y se sentó.

—No, no soy yo la intrusa. O al menos, no soy la intrusa original.

Eugenio la miró, visiblemente sorprendido.

—¿Así que es allí donde vas cuando desapareces durante la noche?

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. Te veo salir y te veo volver, pero no sé adónde vas.

Ella le tomó la mano, horrorizada.

—Debes de pensar que...

—Confío en ti —la interrumpió—. Por lo menos, quiero confiar en ti.

—¡Por favor, no se lo digas a *mamma*!

—Pues dinos la verdad.

—¿Quién es la intrusa original? —preguntó Luca, intrigado.

—¿Os acordáis de las extrañas luces y de los testimonios de ruidos en el *palazzo* en mitad de la noche? El lugar está encantado y lo ha estado durante años, aunque nada tienen que ver los muertos. Me gusta pasear por la playa durante la noche. —Dedicó a Eugenio una sonrisa de disculpa y le estrechó la mano—. No te enfades conmigo. Es sólo una forma de despejarme la cabeza y de disfrutar de un poco de tiempo sola. Me encanta la oscuridad. Me encanta dar ese paseo en la oscuridad. El mar está precioso bajo la luna y lo oigo todo, hasta el repicar de mis propios pensamientos. Pero una noche sentí el impulso de subir al capricho. De todos es sabida la fascinación que siento por mi abuela, Cosima. Aunque tuvo una vida trágica, a mí me resulta en cierto modo romántica. Ya sé que *mamma* se pondría furiosa, pero el capricho me atraía como un imán. Quería estar cerca de Valentina y sentía curiosidad por ver si Romina lo había cambiado o si había visto allí lo mismo que yo y lo había conservado como estaba. —Rosa sintió un escalofrío al saberse el foco de la atención de todos—. Así que subí por el sendero que conozco bien y llegué a esa querida casa. Pero había luz dentro. Vi el parpadeo de una vela entre los huecos de las contraventanas. Tuve que elegir entre dar media vuelta y volver a casa o abrir la puerta y ver quién había dentro. Incantellaria es un pequeño pueblo aburrido en el que apenas pasa nada y de repente tenía ante mí la posibilidad de vivir una aventura propia. Así que abrí la puerta.

—¿Quién era? —preguntó Luca.

Rosa sonrió enigmáticamente.

—Permitidme que haga una llamada. Luego os lo enseñaré.

—¡Tienes que decírnoslo! —exclamó Cosima.

—No. Quiero que lo veáis con vuestros propios ojos. —Se volvió hacia su marido—. Lo siento.

Los temores de Eugenio se disolvieron bajo la dulce luz de su sonrisa, pues tan sólo él sabía lo mucho que le costaba a Rosa disculparse.

Cosima dio a Manfreda un afectuoso abrazo.

—Gracias —le susurró a la anciana al oído.

—No me des a mí las gracias. Esto es lo que mereces. Ya es hora de que abras tu corazón a la felicidad.

Alba y Fitz veían ponerse el sol en el mar. La tierra quedó bañada en una luz violácea.

—Ésta es la mejor hora del día —dijo Alba, visiblemente satisfecha.

—No quiero que termine. No quiero volver a mi vida. Quiero quedarme aquí contigo como si hubiéramos retrocedido treinta años. Como si fuéramos jóvenes y estuviéramos enamorados.

—Ya no somos los mismos.

—¿Tanto cambia la gente?

—Sí, la vida nos moldea. Incantellaria me ha moldeado. Vi hundirse con el *Valentina* a esa chica arrogante de la minifalda y de las botas con suela de madera.

—No, esa chica sigue viviendo en ti —replicó Fitz con una sonrisa pícar—. Yo puedo verla.

—A Dios gracias eres el único.

—Eso es porque los demás no la reconocerían, aunque les abofeteara en plena cara. La reconozco porque la amo.

—Eres un romántico incurable.

—Una vez me dijiste que ése era precisamente mi problema.

—¿Te acuerdas?

—Sí. Dijiste que no creías en el amor ni en el matrimonio.

—Ya lo ves: la gente cambia.

—Y yo te dije que cuando me enamoro, entrego del todo mi corazón. Y cuando eso ocurre, jamás lo recupero.

—Oh, Fitz. —Le tomó la mano—. ¿Estás enamorado de un recuerdo?

—Te dejé escapar. Es la mayor estupidez que he cometido en mi vida.

—No te preocupes. Ahora tienes a Rosemary —bromeó Alba al tiempo que era presa de una oleada de júbilo. Quizás era cierto que la chica de la minifalda y de las botas seguía viviendo en ella—. Oye, Fitz, ¿por qué no nos colamos otra vez en el *palazzo*, los dos solos?

—¿Y por qué ibas a querer hacer algo así?

—Porque no he vuelto a subir desde que lo hicimos hace ahora treinta años. No me he atrevido. Pero contigo sí que me atrevo.

Él le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Vayamos al capricho. Nadie tiene por qué enterarse. Podemos colarnos juntos. Al parecer, Romina no ha cambiado nada.

—Es cierto, lo ha conservado igual —respondió él—. Lo he visto, y sigue exactamente como era cuando tu madre se cepillaba el pelo sentada al tocador.

—Santo cielo, Fitz. Tiemblo de nervios.

—No temas. Estamos juntos en esto. De no ser porque cada vez tengo menos flexibles las articulaciones, creería que vuelvo a ser joven.

—Lo sigues siendo por dentro —respondió ella—. Lo reconozco porque en su

día amé a ese joven.

—Dime que todavía le amas.

—Si lo recuerdas, también te dije que hay muchas formas de amar.

—Entonces todavía me amas.

Alba echó a andar colina arriba.

—Todavía te amo, Fitz —le gritó, volviéndose de espaldas.

Él corrió tras ella.

—¡Y yo también te amo por seguir amándome!

Rosa aparcó en la misma colina, ligeramente por debajo del *palazzo*. No querían que Romina les sorprendiera husmeando por ahí. Cosima tomó a Luca de la mano y siguió a su prima entre los árboles hasta que llegaron al capricho. Había oscurecido. Una luna envuelta en un halo de neblina se elevaba despacio en el azul oscuro del cielo y los parpadeantes ojos de miles de estrellas iniciaban su vigilia nocturna. La brisa agitaba las hojas y los invisibles grillos chirriaban su canción habitual entre los matojos.

Rosa abrió la puerta. Dentro, el cálido resplandor de las velas iluminaba la habitación. Entró. Eugenio, Luca y Cosima la imitaron, estirando el cuello para ver quién había dentro. Allí, de pie junto a la ventana posterior, exhalando el humo en el aire de la noche, había un hombre. Estaba tan delgado que los pantalones le colgaban y los llevaba sujetos a la cintura con un cinturón, dejando a la vista los tobillos. Llevaba una camisa blanca y el poco pelo que le quedaba era blanco como plumas de oca. La mano que sostenía el cigarrillo era huesuda y estaba cubierta por una piel diáfana como las alas de las polillas, salpicada de manchas rosas y marrones. El mismo perfume dulzón que había impregnado el misterioso pañuelo llenaba el aire.

—¿Nero? —dijo Rosa en voz baja. El anciano se volvió. Cuando vio que no estaba sola, pareció estremecerse de júbilo.

—Así que esta noche tenemos compañía —dijo lánguidamente—. *Che bello!*

—Éstos son mi marido Eugenio, mi prima Cosima y Luca, su *fiancé*.

—Ah, Eugenio, he oído hablar muy bien de usted. —El policía no supo qué decir. Jamás habría imaginado algo así—. Y bienvenido, Luca. —Fijó sus ojos claros en Cosima, devorando sus rasgos—. Es un placer conocerla. El parecido es innegable —añadió, tendiéndole la mano. Ella se la estrechó. Encontró la piel fría y húmeda como la de un cadáver—. Pero tú, Rosa, eres la única que has heredado el rostro de tu abuela.

—¿Es usted el hijo adoptivo del *marchese*? —preguntó Luca, incapaz de

ocultar su incredulidad.

—El mismo. Éste era mi lugar favorito. Ovidio lo amaba más que a nada en el mundo. Cuando murió, dejé que el *palazzo* cayera en el abandono. —Agitó la mano en el aire, desestimando su pasado—. Yo me derrumbé y el *palazzo* se derrumbó a mi alrededor. Pero sí que cuidé este lugar, y lo hice por Ovidio. Y él sigue aquí. ¿No le perciben? —Cosima miró recelosa a su alrededor—. Tomen asiento, se lo ruego. Ahórrense los formalismos. —Retiró la silla que estaba delante del tocador y Rosa se tumbó en la cama como si fuera suya, dando una palmada a su lado para que Eugenio se tumbara junto a ella. Luca y Cosima, incómodamente conscientes de que Nero probablemente les había visto haciendo el amor, se sentaron juntos en el suelo.

—Imaginarán mi alegría la primera vez que vi a Rosa. Creí que Valentina se había levantado de entre los muertos. Somos amigos, ¿verdad, querida?

—Nero estaba muy triste cuando le encontré. Era como uno de esos perros perdidos que se quedan junto al cadáver de su amo. Un espectáculo realmente triste.

—¿Dónde vive? —preguntó Cosima.

—En una pequeña casa que hay en las colinas, no lejos de aquí. La compré con los restos de la fortuna de Ovidio cuando el *palazzo* se volvió inhabitable. Hice lo imposible por conservarlo, créanme, pero se pudría a mi alrededor. Al final, no tuve más remedio que marcharme. Pero como la paloma que regresa siempre a casa, volvía todos los días, viendo cómo poco a poco el edificio iba hundiéndose en el jardín. Dejé este capricho como estaba porque todo lo que contenía fue elegido específicamente por Ovidio para decorarlo. Estos libros, la estatua, los cuadros, las alfombras..., nada de todo esto tiene valor alguno en ningún otro lugar salvo aquí, en el capricho de Ovidio. Así que lo dejé como un santuario.

—¿No os parece romántico?

—Pero no podía suponer que mi madre lo conservaría como estaba —dijo Luca.

—No. Intenté ahuyentar a la gente, pero no resulté ser un fantasma muy convincente.

—Entonces, ¿era usted quien vagaba por el *palazzo*? —preguntó Eugenio.

—Vagaba por estos pasillos durante la noche cuando todos dormían. —Era indudable que todavía sentía el *palazzo* como si fuera de su propiedad—. Conozco cada rincón, cada grieta...

—No me extraña que Ventura se queje de que hay fantasmas —dijo Luca.

—No tiene de qué tener miedo. La única persona a la que este fantasma ha hecho daño ha sido a sí mismo. Entonces, ¿es su familia la que vive aquí ahora?

—Sí —respondió Luca.

—Ha sido una suerte que haya caído en unas manos tan sensibles. Fue un riesgo que tuve que correr. Necesitaba el dinero, así que tuve que vender.

—Le gusta lo que tu madre ha hecho con el *palazzo* —dijo Rosa.

—Ella cree que ha capturado la belleza del edificio original —explicó Luca.

—No es el mismo edificio —intervino bruscamente Nero—. Poco tiene que ver ya con lo que era. Tengo un libro de viejas fotografías que así lo prueban. Aunque tiene buen gusto —concedió—. Ovidio apreciaba el buen gusto.

—Nero y yo hablamos hasta altas horas de la noche. Os asombraría saber la gente a la que conoció con Ovidio. La grandeza de toda Europa se alojó aquí durante su infancia: el Aga Khan, los duques de Windsor... Podría pasarme horas escuchando las historias de Nero. —Miró a su marido, buscando su aprobación. Él la miró con ternura, aliviado más allá de las palabras por el hecho de que Nero no fuera el joven amante cuya existencia tanto había temido.

—Y yo podría hablar durante horas. Lo cierto es que en general no me gusta la gente. Soy más feliz con los recuerdos de aquellos a los que quise y que no están ya entre nosotros. Pero Rosa y yo somos amigos. Ya no estoy solo. Qué ironía que la nieta de la mujer que robó el corazón de Ovidio sea ahora mi consuelo.

En ese preciso instante se abrió la puerta y asomó la cara de Alba, perpleja al descubrir que el capricho no estaba vacío.

—*Mamma!* —exclamó Rosa, sentándose en la cama en un arrebato de culpa.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Santo cielo! ¿Nero?

—Alba —dijo el anciano, encantado al ver que su público aumentaba—. ¿Eres tú, Fitz? —Éste entró detrás de la mujer—. Adelante, vamos, no seáis tímidos. ¡Cómo pasan los años!

—Rosa, ¿de qué conoces a Nero? —Alba estaba perpleja. Creía que llevaba muchos años muerto.

—Le encontré aquí. —Se encogió de hombros, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Ahora que por fin hemos encontrado al intruso, ya sólo nos queda decírselo a mi madre.

Fitz miró a Alba con ansiedad. De pronto imaginó qué ocurriría si Rosemary les descubría juntos y apenas se atrevió a contemplar las consecuencias.

—Tengo que irme —dijo.

—No te vayas —intervino Nero—. Tenemos aquí organizado un *salon*. Deberíamos celebrarlo todas las noches. Será el *salon* más envidiable de toda Italia.

Cuando Fitz se volvió de espaldas, dispuesto a marcharse, se dio de bruces con Romina, que había aparecido en la puerta en compañía de Rosemary como un

par de maestras irrumpiendo en una ilícita fiesta de medianoche.

—¿Qué diantre está ocurriendo aquí? ¿Quién es este hombre? —preguntó, señalando a Nero.

—Usted debe de ser Romina —dijo el anciano, levantándose—. Permítame que me presente. Mi nombre es Nero. El *Palazzo Montelimone* fue mío en una época.

—¿Nero? —repitió Romina—. *Madonna!* ¡Desde luego, hay que ver lo raro que es este mundo! Entonces, ¿usted es el intruso? *Che fascinante!* Siempre me he preguntado quién podría ser. Luca, corre a casa y trae un poco de vino. Necesito una copa. Hazte a un lado, Rosa, querida. Tengo que sentarme. Nero, ¿quién habría podido imaginar que volvería usted de entre los muertos?

—Nunca me he sentido más vivo. —Sonrió y dejó a la vista un hueco donde habían estado sus dos dientes delanteros.

—Mi querido amigo, cuéntemelo todo sobre el *marchese*. Me muero de ganas por saber. —En ese momento, *Porci* pasó corriendo por delante de ella, lanzándose a los brazos abiertos de Nero.

—Hola, cerdito. Ya sé lo que quieres. —Sacó un trozo de bizcocho del bolsillo que el animal se zampó ávidamente.

—Bien, he aquí otro misterio aclarado —masculló Romina, sentándose.

Rosemary fulminó con la mirada a su esposo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¡Llevamos un buen rato buscándote!

Todos se volvieron a mirar a Fitz y a Alba. Durante un instante ninguno de los dos supo qué decir.

Rosa vio llegada la oportunidad de hacer las paces con su madre.

—Es culpa mía —declaró, bajando de la cama—. Nero es mi amigo. Quería presentárselo a Eugenio, a mi madre y a Cosi, así que vinimos a hurtadillas y nos vimos descubiertos por Fitz y Luca, que habían subido a su vez a atrapar a la intrusa. —Levantó las manos—. Somos culpables de todos los cargos.

—Pero yo soy el auténtico intruso —objetó Nero—. Es una palabra más afectuosa que fantasma. ¡Me gusta!

—De haber sabido que usted era el intruso, Nero, le habría invitado a una copa —declaró Romina.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Éste es su capricho. Gracias a usted, está perfectamente conservado. Para ser sincera, nunca sentí que me perteneciera, por eso no lo he tocado. En el fondo, debía de saber que era propiedad de otra persona, alguien que tenía más derecho sobre él que yo.

—Es usted una mujer con un gusto excelente. Ovidio la habría tenido en muy

alta estima. Tengo un álbum de viejas fotografías. Quizá le gustaría ver cómo era el *palazzo* en su época de esplendor, antes de que dejáramos que sucumbiera a los elementos.

—¡Me encantaría! Y me encantaría que viniera tan a menudo como lo desee, siempre que se comprometa a contarme las maravillosas historias sobre el *marchese*.

—Nada me haría más feliz. —Le besó la mano—. No es usted sólo hermosa, sino que además posee una inteligencia deslumbrante. Su resplandor es para mí una lección de humildad. Mi gratitud es abrumadora. ¿Le importa si fumo un cigarrillo?

Rosemary relajó los hombros.

—Lo siento —masculló, rodeando con la mano el brazo de Fitz—. Estaba muy preocupada.

—¿Por qué?

Ella negó con la cabeza, pues no deseaba dar voz a sus temores sabiendo que podía ser oída por Alba.

—Tonterías de mujeres. Estás bien y eso es lo único que importa.

Alba sonrió a su hija. Fue una pequeña sonrisa, pero Rosa sintió su orgullo como el calor del sol. Se había ganado la admiración de su madre y también su gratitud. Las cosas iban a cambiar a partir de ese momento.

Cuando Luca regresó con las copas y el vino, lo hizo acompañado del resto de los habitantes de la casa. Todos se apretujaron en el capricho, abrieron las botellas y escucharon embelesados mientras Nero revivía el pasado con los vívidos relatos de duques, príncipes y el inimitable *marchese*.

Luca tomó a Cosima de la mano. El anillo brilló en su dedo con el resplandor propio de una estrella, aunque nadie pareció reparar en ello hasta que él sorprendió al profesor mirándole con una expresión de paternal afecto. Su mirada se deslizó entonces hasta el anillo de su prometida, antes de dedicar a Luca un guiño y una discreta aunque laudatoria inclinación de cabeza.

LUCA les dijo a sus padres que regresaba a Londres para ponerse al día con sus cosas, pagar algunas facturas y ver a sus amigos. No les habló de sus planes de boda ni compartió con Cosima los planes que tenía para el futuro de ambos. Simplemente, tomó un avión de vuelta a casa con la intención de allanar su propio camino para pasar el resto de su vida con la mujer que lo había hecho todo posible.

Se marchó dejando el *palazzo* en un estado de absoluta excitación. Romina había adoptado definitivamente a Nero, rebautizando el capricho con su nombre e invitándole a que se quedara en él siempre que quisiera. Se pasaba horas en la terraza con las viejas fotografías del *palazzo* y de toda la gente elegante que el *marchese* había invitado en decadente magnificencia. Dio la bienvenida a los *salons* nocturnos con Rosa, y Eugenio, profundamente aliviado al saber que Nero no era el apuesto extraño que había imaginado, le permitió verle tan a menudo como ella quería. El decrepito y viejo Nero era para él una pobre competencia. El entusiasta fragor amoroso de su joven esposa, sin el estímulo adicional de las peleas, fue claro testimonio de ello.

Fitz, Rosemary y Freya volvieron a Inglaterra. Miles estaba al borde de sus fuerzas, asustado hasta el punto de caer enfermo ante la posibilidad de que su esposa le dejara por Luca. Y a decir verdad, de no haber sido por Cosima, Freya quizá lo habría hecho. En cualquier caso, aceptó las disculpas de su marido y le creyó cuando él le dijo que había puesto punto y final a su aventura y que jamás volvería a repetirse. Miles apenas le quitaba las manos de encima y la seguía por toda la casa como un entregado cachorrillo, cosa que a Freya le resultaba ligeramente irritante, aunque estaba contenta de encontrarse de nuevo en el lugar al que pertenecía. No necesitaba acostarse con Luca para recomponer el equilibrio de su vida matrimonial. Tenía todas las cartas en la mano.

Fitz sabía que no volvería a ver a Alba. La salvaguardó en el rincón más remoto de su corazón junto con su arrepentimiento y con cierta tristeza. No tenía sentido seguir anhelando lo imposible. Alba y él eran un capítulo cerrado mucho tiempo atrás. Regresaría a su vida y miraría adelante. Intentaría no pensar en lo que podría haber sido y no lamentaría su falta de valor. Estaba demasiado viejo para amargarse los años de vida que le quedaban. Pero Alba sería por siempre la depositaria de todo su amor.

Durante la ausencia de Luca, Nero se convirtió en parte de la familia del

palazzo junto con Nanni, Caradoc y Ma, que parecía decidida a quedarse más allá del fin del verano. El amor incondicional de *Porci* hacia Nero ganó en intensidad con el paso de los días, y el cerdito empezó a dormitar a sus pies. Bill aceptó a la excéntrica pandilla de amigos de su esposa con su relajación habitual. Lo que hacía feliz a Romina era tener a un grupo de amigos constantemente a su alrededor. Él se concentró en el jardín y empezó a darle vueltas a la idea de construir otro capricho —éste dedicado a la belleza y al estudio— para Romina.

De regreso a Londres, el abrumador ruido de la ciudad y la extraña sensación de estar solo entre millones de personas inquietó a Luca. Aspiraba el aire contaminado, no podía evitar una mueca de horror al ver las multitudes que se empujaban y soportaba los embotellamientos al tiempo que un nudo de frustración iba cerrándole el estómago. Cuando regresaba a su solitaria casa, sentía que el vacío volvía a engullirle.

Fue a Kensington para sorprender a las niñas. Oyó sus risas antes de llamar al timbre y sintió que aumentaba su entusiasmo. Normalmente, les habría llevado regalos, pero esta vez, con la prisa por verlas, se había olvidado por completo.

Cuando Claire le vio, se sonrojó de pura sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —Antes de que él pudiera responder, Coco y Juno pasaron corriendo junto a ella y se echaron en brazos de Luca. Él las abrazó, besando sus cálidos rostros y frotándoles el pelo con la nariz.

—¡Os he echado de menos! —jadeó, dándose cuenta en ese instante de hasta qué punto era verdad.

—¡*Greedy* quiere verte! —dijo Juno, escapándose hasta su habitación para ir a buscar a su oruga.

—¿Cómo estás, Coco?

—¿Vamos a volver pronto a Italia? —preguntó la niña.

—Si queréis...

—Me gusta la piscina.

—A mí también.

La pequeña soltó una risilla.

—¡Eres el cocodrilo malvado!

Luca le hizo cosquillas en el costado.

—Y sabes lo que hacen los cocodrilos malvados, ¿verdad?

—¡Se comen a los niños! —se rió ella, echando a correr por el pasillo.

—Será mejor que pases —dijo Claire.

—¿Estás sola?

—Si te refieres a John, sí, estoy sola.

—Bien. Tengo que hablar contigo de las niñas.

—¿Sobre qué? —El estómago se le revolvió al imaginar un mundo de

espantosas posibilidades.

Luca le acarició la espalda.

—No tienes nada que temer, Claire. —Vio que relajaba los hombros—. Tengo una noticia que quiero compartir contigo.

—De acuerdo. Pasemos a la cocina. ¿Te apetece tomar una taza de té?

—Mejor café, por favor. ¿No tendrás una galleta?

Claire llamó a las niñas y todos se sentaron a la mesa. Luca de pronto se sintió receloso. Temía que su noticia no fuera bien recibida por sus hijas, que se sintieran de pronto amenazadas por la presencia de otra mujer que reclamaba para sí el corazón de su padre.

—¿Y bien? ¿Cuál es la noticia? —Claire le puso delante una taza de café.

Luca miró los rostros expectantes de sus hijas.

—Me voy a vivir a Italia.

—¿Te vas a vivir a Incantellaria? —preguntó Claire, perpleja—. ¿Y qué diantre se supone que vas a hacer allí?

Él la ignoró y esperó la respuesta de sus hijas.

—Espero que vengáis a verme todos los festivos y en vacaciones. Mamá y yo os compartiremos.

A Juno se le iluminó la mirada.

—¿Cuándo es el próximo festivo?

—Pronto —respondió Luca. Claire permaneció en silencio mientras el café se filtraba en la cafetera, calculando las consecuencias que el traslado de Luca podía tener para ella.

—Entonces, ¿os alegra que me vaya a vivir a Incantellaria? —preguntó Luca a Coco.

—Sí —replicó ella con aires de importancia—. Mucho.

—¿Sabéis que mamá tiene un amigo que se llama John? —Claire lanzó a Luca una mirada desconfiada. Las niñas asintieron con la cabeza—. Bueno, pues papá está muy solo en Incantellaria. Si mamá y papá no pueden estar juntos, lo mejor para ellos es que cada uno encuentre a un nuevo amigo. Mamá ya ha encontrado al suyo, y papá...

—Vas a casarte —le interrumpió Coco con total tranquilidad.

Claire volvió a sonrojarse.

—¿Es eso cierto?

—Sí —respondió él con mucho tacto—. He encontrado a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—¿Quién es? —Claire sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

—Se llama Cosima —respondió Luca—. Quizás os acordéis de ella —les dijo

a las niñas.

—Es muy guapa —dijo Coco, encantada de estar al tanto—. Tiene una espesa melena preciosa y una bonita sonrisa. Ya vi que le gustabas, papá.

—¿Y yo? ¿Me acuerdo de ella? —preguntó Juno.

—*Greedy* sí se acuerda de ella —dijo Coco.

—Entonces, ¿me dais vuestra bendición?

—Sí —respondió Coco.

—¡Yo también! —exclamó Juno, haciendo que el peluche asintiera, mostrando así su acuerdo.

—Bien, pues está decidido.

Coco aprovechó al vuelo la oportunidad.

—¿Podremos ser las damas de honor?

Luca fue presa de una oleada de alegría. Sus hijas aprobaban su elección. Tan sólo le quedaba una cosa por hacer.

—Claire, quiero dejar arregladas las disposiciones económicas sin tener que llegar a los tribunales —dijo.

—Venga, niñas, ¿por qué no os vais a jugar? Papá y yo tenemos que hablar de algunas cosas. Muy aburridas. —Las niñas salieron corriendo de la cocina, chachareando entusiasmadas sobre la boda de su padre. Luca entregó un sobre a Claire—. ¿Por qué has enterrado la espada?

—Porque soy feliz, Claire, y también quiero que tú lo seas.

—¿De verdad?

—Sí, tenemos dos niñas preciosas. Son nuestras hijas. Puede que lo nuestro no funcionara, pero sí hicimos algo bien.

Ella abrió el sobre y sacó una carta pulcramente doblada. Luca la miró mientras la leía.

—¿Estás de broma? —jadeó Claire.

—¿Por qué? ¿No es suficiente?

Ella le miró como si Luca acabara de entregarle el mundo en bandeja.

—Es más que suficiente. Saldrías mejor parado si me llevaras a juicio.

—No quiero llevarte a juicio ni tampoco quiero ser más rico. Lo mereces. Estuvimos diez años casados. Te malcrié hasta límites insospechados. Ahora no puedo pretender que vivas con menos de lo que tenías cuando estábamos casados.

Claire se cruzó de brazos.

—Entonces se acabó de verdad —dijo, intentando enmascarar su tristeza—. ¿Fuimos felices alguna vez?

—Cuando nacieron Coco y Juno, fuimos las dos personas más felices de este planeta.

—Debe de ser una mujer muy especial para haber conseguido que te vayas a vivir allí.

—Sí, lo es.

—¿Qué vas a hacer?

—Ah, la pregunta del millón de dólares. —Aunque su sonrisa dejaba entrever que ya lo sabía.

Luca pasó un par de semanas en Londres arreglando sus asuntos y viendo a los pocos amigos que realmente le importaban. Con la ayuda de su antigua secretaria, respondió a los cientos de invitaciones y cartas que habían ido acumulándose durante las semanas que había estado fuera y puso en venta la casa. Llamaba a Cosima todas las mañanas y todas las noches y cada día que pasaba la echaba más de menos. No echaría de menos Londres y mucho menos la City. Esos días eran parte del pasado. Estaba embarcándose en una nueva vida y la simple idea de disfrutar de ella le llenaba de entusiasmo.

Regresó a Italia en su Aston Martin. Conducía con la capota bajada y con el viento en el pelo, mientras no dejaba de pensar en Cosima. Cantaba a voz en grito las canciones de Andrea Bocelli y se sentía flotar. Entre tanta belleza, con la perspectiva de un futuro tan positivo como el que tenía delante, por fin entendía por qué esa noche en su pequeña cochera de pronto le había venido a la cabeza esa idea. *La oscuridad es sólo la ausencia de luz*. Dependía de él encontrar la luz en su interior, y lo había hecho.

Había algo que tenía que hacer antes de ver a Cosima. Se trataba de algo vital y de lo que dependían todos sus planes. Con el corazón en un puño, cruzó con el coche las puertas de La Marmella.

CUANDO LUCA apareció, Cosima estaba tomando un pedido en la terraza de la *trattoria*. En cuanto ella reconoció sus rasgos, la sorpresa le tiñó las mejillas de un hermoso tono de rosa y el cariño le suavizó la expresión del rostro.

—Disculpe —le dijo a la anciana que estaba atendiendo—. Fiero, ¿podrías ocuparte tú? —El camarero asintió, preguntándose por qué llevaba Luca una gran cesta de limones.

Cosima se fundió contra él como si el abrazo de Luca fuera el único lugar del mundo en el que se sentía segura y en paz.

—Te he echado de menos.

—Yo también —respondió él, besándola en la sien—. Eres más hermosa de lo que recordaba.

Ella se separó de él y se rió al ver la cesta con los limones.

—Qué gracioso —dijo—. ¿Me dejas que adivine de dónde son?

—Son de tu granja.

Ella frunció el ceño.

—¿Mi granja?

—Sí, tu granja.

—Nunca he tenido ninguna granja.

—Acabo de comprarte la más hermosa de las granjas con vistas al mar. Vamos a cultivar limones y a envejecer allí juntos.

Cosima cogió un limón y se lo acercó a la nariz. Durante un instante pareció desconcertada.

—Pero juraría que son de La Marmella.

—Y lo son.

Ella volvió a dejar el limón en la cesta y cuando quiso decir algo no encontró las palabras. Se le abrieron aún más los ojos, húmedos de felicidad.

—¿Me has comprado La Marmella?

—La he comprado para los dos. Vas a ser mi esposa y el futuro será lo que hagamos de él.

—¡No puedo creerlo! ¿Y qué ha dicho Manfreda?

—Naturalmente, Manfreda estaba al corriente de todo. Simplemente, estaba esperando a que le hiciera una oferta para poder marcharse a vivir con su hijo en Venecia. Hace mucho que quería vender la granja. Me dijiste que debía plantar una semilla y verla crecer. Pues bien, eso es lo que haremos.

—¡No sé qué decir!

—El profesor me dijo que mirara en mi interior y que decidiera lo que realmente es importante. Pues eso es lo que he hecho. Tú eres importante, Cosima. Tú, mis hijas y los hijos que podamos tener juntos. Nada es más importante que el amor. Francesco me lo enseñó. No puedo llevarme conmigo mis pertenencias materiales, pero sí me llevaré mi amor.

Cuando Cosima hizo su entrada por el pasillo de la pequeña iglesia de San Pasquale, Luca vio que al lado de Toto, de cuyo brazo ella caminaba, de Coco, Juno, Olivia y Domenica, las damas de honor, y de Alessandro, que era su único paje, caminaba otro niño al que sólo él podía ver. A decir verdad, era justo que fuera Francesco quien entregara a Cosima a su futuro marido, pues era él quien les había unido: el pequeño casamentero italiano.

Cosima sabía que su hijo estaba con ella porque él mismo así se lo había dicho en sueños. Ahora ella creía, a pesar de no poder verle con sus propios ojos. Sabía que si se quedaba en silencio, cerraba los ojos y se lo pedía, él se acercaría.

Caminando despacio del brazo de su padre, fue presa de una oleada de alivio. Podía empezar un nuevo capítulo de su vida, sabiendo que contaba con la bendición de su hijo y que el amor que sentía por Luca no le impedía querer a Francesco, y que la capacidad de su corazón era ilimitada. Su largo vestido de color marfil crujía con cada uno de sus pasos sobre el suelo de mármol al tiempo que los zapatos nuevos asomaban por debajo, recordándole el día de compras que había pasado en Nápoles con Alba y con Rosa, cuando las tres se habían reído simplemente por la felicidad que sentían con la compañía mutua. El velo que le cubría el rostro era el mismo que Alba había llevado el día de su boda.

Romina había contratado a la maquilladora que había intervenido en la sesión de fotos del *Sunday Times* para que le recogiera el pelo a Cosima y lo decorara con pequeñas flores amarillas que por expreso deseo de la novia debían predominar en todos los arreglos. Su suave piel resplandecía y sus profundos ojos marrones brillaban ante la buena fortuna que por fin le sonreía. Alto y guapo, Luca esperaba para tomarla de la mano de su padre y conducirla al futuro. Cosima sabía que él nunca la abandonaría porque Francesco le había elegido y el pequeño nunca la decepcionaría. Se tomaron de las manos delante del padre Filippo para hacer sus votos matrimoniales. Las velas del altar parpadeaban, el incienso impregnaba el aire con su leñoso perfume y Francesco vio cómo su Morfo Azul brasileña echaba a volar desde su mano en el aire. El sacerdote se fijó en la extraña criatura y comentó que sin duda la mariposa era

un buen augurio. La congregación dejó escapar un jadeo al ver semejante milagro. Jamás habían visto una mariposa tan hermosa en Incantellaria. Luca y Cosima se sonrieron, cómplices.

Romina se secó los ojos con un pañuelo de seda y Bill le rodeó los hombros con el brazo. Aunque a ella no le gustaba reconocer que se equivocaba, sí llegó admitir para sus adentros que quizá su hijo sabía lo que quería después de todo. El profesor sonrió cuando Luca se arrodilló ante el altar sobre los cojines que Beata había bordado especialmente para ellos. Caradoc sabía que el chico por fin había descubierto lo que quería de su vida, lo que era importante. Aunque era algo muy sencillo, había mucha gente que nunca llegaba a saberlo. En silencio, se felicitó por haberle enseñado el camino. Aunque no podía atribuirse el que hubiera hallado el amor: Luca lo había encontrado por sí mismo. Ma descubrió, perpleja, que una lágrima temblaba sobre su labio superior. Se la secó, horrorizada ante las emociones que burbujeaban a la superficie de su armadura, dejando así a la vista su blando corazón. Nanni lo vio y arqueó una ceja con fingida sorpresa. Ma no dudó en fulminarle con la mirada.

Rosa estrechó la mano de Eugenio.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos nosotros los que estuvimos ahí? —susurró.

—Claro.

—Fue más hermoso.

—Sin duda, mi amor. No ha habido ni habrá jamás una novia más radiante que tú.

Rosa le propinó un suave codazo y volvió la vista hacia la novia y el novio, que estaban a punto de empezar a andar por el pasillo en dirección a la puerta. Vio los rostros ansiosos de sus hijos cuando Coco los colocó en posición. La congregación se puso en pie. La música empezó a sonar y Cosima y Luca emprendieron su camino hacia el futuro.

Faltaba una persona en la procesión que salió ordenadamente al sol de la plaza, una persona que por fin había sido liberada y había recuperado su luz propia. El pequeño casamentero italiano sentía que su espíritu se agrandaba y ganaba en brillo, colmado con la luz infinita del amor incondicional. Allí, delante de él, estaban Immacolata, Falco y Valentina, junto con otros que habían partido antes y a los que él no había conocido, pero a los que de pronto reconoció como parte de la eterna corriente de la vida. Por fin estaba en casa.

Epílogo

EL padre Filippo regresó a la iglesia en cuanto los recién casados y los invitados se marcharon a casa de Alba y de Pánfilo para celebrar allí el banquete. No había podido reprimir una risilla al ver partir a Luca y a Cosima en un carro de caballos lleno de limones. Tal había sido el deseo de la novia de quedarse en Incantellaria entre los recuerdos de su hijo que había contemplado la posibilidad de quedarse sola para toda la vida. El sacerdote le había aconsejado que si Luca tanto la quería, se quedaría. Se felicitó por haber estado en lo cierto.

Cuando avanzaba por el pasillo central de la iglesia hacia el altar para apagar las velas, algo al fondo atrajo su atención. Miró la estatua de mármol del Cristo. Allí, contra la lustrosa piedra blanca, vio un fino hilo de sangre roja goteándole del ojo derecho.

El padre Filippo jadeó al tiempo que todo su cuerpo temblaba, sobrecogido. Se persignó apresuradamente y cayó de rodillas, honrado al entender que él y sólo él había sido elegido para presenciar el milagro.

Minutos más tarde comprobó que la sangre seguía allí y corrió hacia la puerta por el pasillo a toda prisa, gritando:

—*Miracolo, miracolo, miracolo!*

Muy pronto todo el pueblo se había congregado en el pequeño templo. Las ancianas lloriqueaban y los hombres lloraban en silencio mientras que los más jóvenes contemplaban la escena sin decir palabra, maravillados de que en el mundo moderno tuviera lugar un milagro. Las campanas de la iglesia siguieron tocando y todos los presentes previeron una gran celebración, todos, excepto Alba, su familia y sus invitados, que disfrutaban ya de su propia fiesta.

—El día que Cristo derrame lágrimas de sangre, todos los fantasmas descansarán en paz —dijo el cura, recordando las extrañas plumas y la mariposa—. Ese día ha llegado por fin.

Agradecimientos

Hacía años que deseaba escribir este libro. Después de haber visto espíritus con frecuencia a lo largo de mi vida, tengo la certeza de que la vida no termina con la muerte, sino que en realidad regresamos al lugar del que vinimos. Aquellos de nuestros seres queridos a los que hemos perdido están siempre a nuestro alrededor, mirándonos y queriéndonos. La vida no termina con la muerte. Simplemente nos lleva a otra orilla.

No podría haber escrito esta novela sin la ayuda de Susan Dabbs, una amiga especial y muy querida. Susan es una mujer extraordinaria, dotada de un asombroso don que me ha abierto los ojos al fascinante mundo del Espíritu. Se trata de una experiencia que ha de prolongarse durante toda mi vida, y estoy disfrutando de cada nuevo descubrimiento que me brinda.

Desde que era niña, mi padre y yo hemos mantenido largas discusiones sobre la vida y la muerte. Con los años, él ha avivado mi interés y ha dado respuesta a mis preguntas con sabiduría y con una actitud abierta. Hemos compartido libros, ideas y nuestra fascinación común nos ha acercado. Sin su aliento no habría empezado la escritura de este libro.

Quiero también dar las gracias a mi madre por leer mis manuscritos con un gran ojo para los detalles. Es una seguidora incondicional y su aplauso significa mucho para mí. Ella me ha enseñado muchas cosas en la vida, pero sobre todo me ha enseñado lo que es el amor.

Quisiera dar las gracias a mi editora, Susan Fletcher, por haber peinado el manuscrito al milímetro una vez más. Sus sugerencias editoriales son siempre certeras y han mejorado enormemente el resultado final. ¡No sé qué haría sin ella! Cuento con un equipo entregado y muy trabajador en Hodder, y me gustaría darles las gracias a todos por su energía y por su entusiasmo: a Eleni Fostiropoulos, a Swati Gamble, a Auriol Bishop y a Lucy Hale.

Estoy profundamente agradecida a Sheila Crowley, mi agente. Siento que me pertenece en exclusiva, pues tiene el increíble don de hacer que todos sus autores se sientan únicos e importantes. Es además una gran amiga y una sabia consejera que trabaja sin descanso por el bien de mis intereses y jamás está demasiado ocupada para no escuchar. Gracias.

No habría conseguido publicar en tantos países de no haber sido por la labor del departamento de venta de derechos a otras lenguas de A. P. Watt. Por eso, un millón de gracias a Linda Shaughnessy, Homa Rastegar y Teresa Nicholls, y a Robert Kraitt, mi agente de derechos de televisión y cinematográficos.

Lily y Sasha, nuestros hijos, son mi gran alegría y también mi inspiración. A ellos les dedico todos mis libros.

Y gracias también a Sebag, mi querido esposo y mi más fiel apoyo y devoto *consigliere*.

Título original: *The Italian Matchmaker*

Editor original: Hodder & Stoughton, London

Traducción: Alejandro Palomas Pubill

ISBN EPUB: 978-84-9944-204-4

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2009 by Santa Montefiore

All Rights Reserved

© de la traducción 2012 by Alejandro Palomas Pubill

© 2012 by Ediciones Urano, S.A. Aribau, 142, pral. — 08036 Barcelona

www.umbrieleditores.com

Depósito legal: B — 8.925 – 2012

<http://www.umbrieleditores.com>

<http://www.facebook.com/umbrieleditores>

http://www.twitter.com/ediciones_urano

<http://www.edicionesurano.tv>

Table of Contents

[SANTA MONTEFIORE](#)

[Sinopsis](#)

[Un misterio en Italia](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[Epílogo](#)